Isaías García Aponte

Naturaleza y forma de lo panameño

Baltasar Isaza Calderón

Panameñismos

Mario Riera Pinilla

Cuentos folklóricos de Panamá

Biblioteca de la Nacionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ

Naturaleza y forma
de lo panameño

Panameñismos

Cuentos folklóricos
de Panamá

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.

• • • • •

Isaías García Aponte

Naturaleza y forma de lo panameño

Baltasar Isaza Calderón

Panameñismos

Mario Riera Pinilla

Cuentos folklóricos de Panamá

Recogidos directamente del verbo popular

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999

Editor
Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición
Lorena Roquebert V.

Asesoría editorial
Natalia Ruiz Pino
Juan Torres Mantilla

Diseño gráfico y diagramación
Pablo Menacho

Impresión y encuadernación
Cargraphics S. A.

301
G216 García Aponte, Isaías
Naturaleza y forma de lo panameño-Isaías García Aponte. —Panamá: Autoridad del Canal, 1999.
10v. 480 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)
Contenido: v.10. **Panameñismos,** Baltasar Isaza Calderón. **Cuentos Folklóricos de Panamá**: Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
ISBN 9962-607-08-6
1.NACIONALISMO. I.Título

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.

BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999

BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La *Biblioteca de la Nacionalidad* constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Isaías García Aponte

Naturaleza y forma de lo panameño

Isaías García Aponte

Naturaleza y forma de lo panameño

I

El doctor Isaías García Aponte nació en El Guarumal, distrito de Soná, provincia de Veraguas, el 19 de enero de 1927. Inició su educación primaria en la Escuela "Miguel Alba" de Soná (1934), pasó a la Escuela República de México (1939) y la concluyó en la Escuela República de Guatemala (1941). Cursó su instrucción media en el Instituto Nacional, el "Nido de Águilas" (1949), la que dolorosamente se vio obligado a interrumpir por estrecheces económicas que lo llevaron a ejercer prematuramente el cargo de maestro de escuela en Soná. Apenas había cumplido los quince años de edad. A pesar de todo, en 1954 obtuvo su título de licenciado y profesor de Filosofía e Historia. En 1959 se recibió como doctor en la Universidad de París, donde presentó su tesis sobre Andrés Bello. Redondeó su formación académica con estudios de Estética y Filosofía Hispanoamericana en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Desde la cátedra universitaria de Estética, que ganó el 19 de mayo de 1963 en concurso, combinó la "paideia" filosófica con una incesante productividad literaria que abarcó los géneros del ensayo, la poesía y la apreciación del arte. Proyecta y critica; produce y vulgariza; instruye y realiza actividades tendientes a enriquecer el gusto por las producciones artístico-plásticas y a afinar el sentimiento estético de quienes lo rodean.

Fue la suya una personalidad polifacética, de delicada sensibilidad y aguda intuición que se revela en sus estudios filosóficos y estéticos y en su musa poética.

Como filósofo de sólida formación, transita por los intrincados vericuetos del pensamiento, pasa por el caldero del análisis a pensadores, sistemas, teo-

rías y métodos. Fue la suya una lucha espiritual entre las enseñanzas recibidas de sus maestros y las creencias y principios que pugnaban en su vida interior. Así, profesó y asimiló con igual ardor las corrientes plasmadas en la historia de la filosofía. Sus inquietudes juveniles y sus vivencias filosóficas, aparejadas a las existenciales, lo llevaron de la mano por las aguas procelosas del marxismo. Luego, tras la incursión en las aulas universitarias, y alcanzada una madurez juiciosa, transita por el antirracionalismo o irracionalismo que caracterizan corrientes como el historicismo, el vitalismo, la fenomenología y el existencialismo, para finalmente recalar en el espiritualismo y misticismo, expresión que condensa sus dudas, incertidumbres, soledades, frustraciones y conmociones espirituales.

A los cuarenta y un años fenece ante el asombro de todos los que veían en él al maestro que generosamente prodigaba sus conocimientos y auguraba realizaciones inéditas.

La impronta de la implacable Segadora no sólo hace realidad la sentencia existencialista de que somos seres en-el-mundo y seres para-la-muerte, sino la premonición que una vez hizo en su *Introducción a la filosofía:* "Todos mis esfuerzos en esta vida no alcanzan a superar mis límites, a superar las contradicciones que me definen, y al final sólo me espera la muerte".

II

Tras la consolidación de la independencia política, los hispanoamericanos asumen la tarea de encontrar su identidad. José Gaos, el propulsor; Leopoldo Zea; Francisco Miró Quesada; Francisco Romero; Alejandro Korn; Samuel Ramos; Guillermo Francovich; Joao Cruz-Costa; Arturo Ardao; Ernesto Mays Vallenilla, son algunos nombres conspicuos en tal investigación. Ellos escriben sobre la mexicanidad, peruanidad, bolivianidad, venezolanidad, argentinidad, brasileñidad, etc., buscando en las raíces del Continente, la razón de ser americano.

En Panamá, el Dr. Diego Domínguez Caballero fue el precursor en lo que a esta preocupación se refería y la promovió a través de la cátedra y en los siguientes escritos: *Lo panameño como problema* (inédito), *Esencia y actitud de lo panameño* (1946), *La Universidad panameña* (1946), *Filoso-*

fía y pedagogía (1952) y *Motivo y sentido de una investigación de lo panameño*. Bajo su influencia, una generación de estudiosos de la Filosofia elaboró sus Trabajos de Graduación sobre la temática. Entre estos destacamos *Pensamiento panameño, Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad en el siglo XIX y Autenticidad e inautenticidad de lo panameño* de Moisés Chong M., Ricaurte Soler (q.e.p.d.) e Isaías García (q.e.p.d.), respectivamente.

El libro de Isaías García A., escrito para optar al título de licenciado o profesor de Filosofía e Historia con especialización en Filosofía, salió a la luz bajo el título de *Naturaleza y forma de lo panameño* (1956).

Obra de juventud, rebosa entusiasmo e inspirado idealismo patriótico. Es una investigación seria y coherente, escrita en buen estilo que se contrae a describir el pasado histórico y lo vivencial del panameño con miras a descubrir en la esencia, expresión y carácter su incapacidad de hallarse a sí mismo, de mostrarse indiferente ante los problemas capitales; la renuencia a dar la cara al mundo interno en busca de las "apetencias nacionales". En fin, la falta de conciencia en torno al presente que ha invalidado su posibilidad de "aquilatar una plena conciencia del ser panameño".

Consciente de que toda investigación necesita ser guiada por un método y que el objeto, a su vez, define el método, Isaías García Aponte se enfrenta a las difíciles interrogantes de cuál es la esencia del ser panameño y cómo podemos conocerla. Se trata, pues, de un planteamiento ontológico-gnoseológico, esto es, de una pregunta sobre el ser y el conocer panameños. En la búsqueda de la esencia del ser panameño, le parece adecuado el uso del método fenomenológico, que, a través de sucesivas "epojés", puede penetrar en aquello que no ha sido alterado, a pesar de la constante mutabilidad del pasado panameño, que bien se puede otear estudiando su historia. A pesar de ello, debe permanecer incólume una especie de estructura espiritual, independiente, un factor formal y supraindividual que permanece uno, pese a las variaciones del ser histórico inmerso en el espacio tiempo. Un elemento supraindividual que pervive en el ser panameño; es el alma del pueblo, el espíritu nacional, el sentimiento patriótico; sea lo que fuere, es la raíz auténtica de nuestro ser: "lo que muere es nuestra historia y nada más. Lo panameño es lo que sobrevive a la historia, porque no vive su muerte".

Pero, descubrir lo esencial de la panameñidad no es suficiente; importa indagar en qué consiste, cómo se singulariza. Basado en la obra de Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*, aclara que es un cierto estilo, "una forma en que los hechos de la actuación temporal de nuestro ser colectivo se van revelando como el modo (sic) de ser humano, típico y peculiar de la panameñidad". Estilo y comunidad son términos consustanciales pero que, lejos de significar un grupo sociológico, llama la atención sobre el elemento humano en que se basa la sociedad y que la especifica de las demás; de un ser humano diferenciado por el espíritu y la intencionalidad de cualquier otro ser vivo y de los otros "yoes". Se trata, pues, de una comunidad humana, una colectividad de seres humanos y una comunidad de objetivaciones que la sociedad conserva como tradición y se transmiten por herencia cultural que se enriquece cada vez con nuevas experiencias objetivantes. Digamos, en fin, que el hombre es un ser polarizado, es decir, un ser que a la par que se entrelaza su mismidad con ese mundo de objetivaciones también se fusiona con los otros "yoes". Se percibe en su reflexión la influencia de la obra *Filosofía de las formas simbólicas* de Ernest von Cassirer.

Isaías García A. explora histórica y sociológicamente el pasado panameño ahondando en los orígenes, constitución y caminos de la panameñidad; y luego se contrae el análisis de lo sociológico para darnos una disección del carácter social del panameño: solitariedad, extraversión, inmadurez e inestabilidad mental, irresponsabilidad, discontinuidad en la acción. Como se percibe, estas singularidades caracteriológicas del ser panameño son todas negativas.

Un concienzudo examen de las mismas lleva a Isaías García A. a conclusiones interesantes: la "solitariedad" —la del hombre del campo y de la ciudad— es la cifra más alta y la clave de su comprensión. Nace de la conciencia del campesino de que está frente a un entorno que no puede cambiar, que le es permanentemente hostil; en el ciudadano, en una soledad de convivencia que surge de su incapacidad de trasponer los límites de lo humano. Es un ser que vive rodeado de gente y, sin embargo, ahíto de soledad. La respuesta es el ensimismamiento e introversión en aquél, y la extraversión en éste. Hay, al parecer del filósofo, una relación entre la extraversión y la libertad; de ahí que "no haya sido el Istmo tierra fértil para la tiranía". Así, "individualidad y autodeterminación constituyen un "ideal" fundamental de nuestra nacionalidad,

alimento en nuestro acontecer histórico (...). La soledad del panameño se torna en el termómetro de su más íntima valoración del hombre y de su capacidad para tomar conciencia de lo más valedero de la existencia humana".

La "inmadurez e inestabilidad mental se adivina en el panameño como falta de sentido de responsabilidad y su inestabilidad al plantearse siempre metas que nunca llega a concretizar tornándose indolente e indiferente frente al medio, a los otros "yoes" y a sí mismo. Este carácter lo lleva a pensar que no puede ofrecer nada valioso. Su "inestabilidad", lejos de ser el resultado de nuestra condición "transitista", deriva de la condición misma del panameño frente al hombre; esto es, "que en la soledad (...) se encuentra el trauma originario de su consistencia espiritual... El panameño siente su congruencia en su condición de individuo en sí y por sí teniendo al mismo tiempo la vivencia de esos otros... Desazón y enojo; asombro y anonadamiento. He ahí las consecuencias inevitables que en su alma lacerada van a impedir su total incorporación a la existencia colectiva en sentido creador".

La inmadurez mental es algo cualitativo; responde a esa marginación de la cultura que el panameño ha sufrido por años y que únicamente con la apertura de la Universidad se abre una opción cultural.

La secuela de todo esto es el debilitamiento del sentimiento de nacionalidad que, lejos de ser la resultante de una meditación racional, se torna en problema emocional. La insatisfacción de no poder ser lo que se quiere ser y de no ser evaluado y apreciado como se quisiera, trae la frustración y la sensación de nadidad cuyo correlato psíquico es la apatía, el descontento y el pesimismo.

El hombre panameño, pues, ha de fortalecer su espíritu, lo que supone abandonar el pretérito incierto y volcarse hacia sí mismo como una posibilidad proyectada hacia el futuro; es algo así como construir el presente desde el futuro. En lo cultural, "habrá de proyectarse hacia un futuro con porvenir, no hacia un presente con pasado".

Naturaleza y forma de lo panameño es una obra de consulta obligante, a pesar de haber sido pensada y escrita con el frenesí y calor propios de la edad temprana. Intenta ponernos al corriente de lo que "hemos sido"; al panameño lo define "por lo que le falta: la panameñidad", no como un cordón umbilical biológico, sino como un contenido espiritual moral.

Con sentido profético y exaltación patriótica, Isaías García A. se despoja de ese espíritu que lo hace presentar el perfil caracteriológico del panameño en términos puramente negativos y la panameñidad como algo aún por alcanzar, para advertirnos que finalmente esas carencias tan arraigadas en lo profundo de nuestro ser no impedirán la integración de nuestra personalidad como nación ni se constituirán en atalayas infranqueables para el robustecimiento de nuestro sentimiento de nacionalidad, porque lo que hay que lograr es "rescatar al espíritu panameño de su ignorancia atávica'', lo que es factible por el camino siempre expedito de la educación.

DR. JULIO C. MORENO DAVIS

Panamá, enero 28 de 1999.

... a mi madre.

Este ensayo fue presentado inicialmente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional como trabajo de graduación para optar al título de Profesor de Filosofía e Historia. La dirección del trabajo estuvo a cargo del Dr. Diego Domínguez Caballero. Su publicación ha sido posible gracias a la intervención del Profesor Miguel Mejía Dutary y a la buena voluntad del Ing.Víctor Cruz Urrutia, Ministro de Educación. A todos ellos mi más sincero agradecimiento.

Lo negativo y lo afirmativo en el carácter social panameño

Poco hemos ejercitado los panameños la reflexión sobre nosotros mismos. Hacernos objeto del propio pensamiento, proponernos como tema de nuestras agitaciones, sumergirnos lúcidamente en nuestra intimidad, son aventuras a las que permanecemos indiferentes. Tentativas no han faltado de descifrar el sentido del derrotero colectivo, revelar la estructura del carácter social o interpretar sus manifestaciones tenidas como significativas. Pero sólo unas cuantas han dado rendimientos valiosos para la comprensión de nuestra entidad nacional. Y cabe observar que las más fértiles se han efectuado en momentos en que el proceso de la nacionalidad afrontaba situaciones inciertas o asumía inflexiones decisivas. Justo Arosemena, en el siglo pasado, Eusebio A. Morales, Guillermo Andreve, José Dolores Moscote, Octavio Méndez Pereira, en el presente, se han ocupado de analizar el acontecer republicano, para desentrañar las incógnitas de nuestro futuro. Y aunque sus empeños han contribuido al conocimiento y apreciación de diversas fases de la psique colectiva, quedan inexploradas otras que deben examinarse con atención si hemos de llegar a entendernos a nosotros mismos.

Posiblemente los infortunios que asedian a la nación desde hace varios años han obrado como incentivo sobre varios espíritus moviéndolos a proseguir la tarea iniciada por aquellos varones conspicuos. Alrededor del cincuentenario de la república aparecen trabajos dedicados a escrutar en distintas direcciones la

conciencia nacional. Citaremos algunos. "1903-Biografía de una república", de Víctor F. Goytía. Las monografías del tomo *Panamá-Cincuenta años de república*, editado bajo la dirección de Rodrigo Miró. La conferencia y los ensayos de Diego Domínguez Caballero sobre "lo panameño". Finalmente los trabajos de graduación de Moisés Chong Marín, *El pensamiento panameño"; Ricaurte Soler, "Pensamiento panameño en el siglo XIX*; e Isaías García, *Naturaleza y forma de lo panameño*. Estos esfuerzos indican que las vicisitudes nacionales de los últimos lustros no ocurrieron en vano. Ante las demasías de los poderes, frente a situaciones intolerables, la conciencia de algunos panameños ha sentido la necesidad urgente de una empresa rectificadora que confronta a la inteligencia con una responsabilidad indeclinable. En el plano del pensamiento, esta faena debe comenzar por buscar la raíz de la existencia colectiva, por alumbrar los jugos primordiales que nutren en su génesis a la nacionalidad, por revelar la íntima contextura desde donde se proyectan los modos de la actividad colectiva. Y no podrá considerarse concluida sino con el señalamiento de los medios aptos para rescatar la nación de su extravío y situarla en condiciones de superarse a sí misma.

Es alentador, sin duda, que varios de los ensayos más meritorios de indagación de nuestra realidad espiritual hayan sido llevados a cabo por elementos vinculados a la Universidad. Ello sugiere la posibilidad de que nuestro primer plantel no haya vuelto la espalda a las penurias de la nación. Son éstas, precisamente, las que se presentan al pensamiento de Isaías García como un magno y apremiente problema a cuya dilucidación consagra los recursos intelectuales que acendró durante su estancia en esa casa de estudios. A sus ojos la "vida civil" muestra una "alarmante irresponsabilidad" que denuncia en los panameños la "falta de conciencia del contenido y sentido de su existencia". Pero este hecho negativo no puede comprenderse ni explicarse sin una previa investigación de lo que en lenguaje sociológico llamaríamos el carácter social panameño y que García denomina *el ser paname-*

ño. Es, pues, un problema ontológico que le suscita una "meditación sobre el propio ser".

Es obvio que el camino y desenlace de una pesquisa de tal índole están anticipados, y tal vez implícitos, en la posición filosófica del autor y en su técnica de investigación. Si no es por fuerza exacto que cada fin escoge sus medios, sí parece que el método condiciona los resultados del análisis. Isaías García se muestra desde las primeras páginas de su ensayo sobremanera influido por las tesis últimas del anti-racionalismo o irracionalismo que postulan la fenomenología y el existencialismo alemanes. Derivaciones extremas de la crisis de la metafísica en el siglo XIX, esas tendencias que insurgen contra la abstracción generalizadora, el escepticismo y el positivismo, terminan volviendo a posiciones medievales ya superadas. Arrogándose una misión renovadora y hasta revolucionaria en la meditación filosófica, no vienen sino a restaurar la vieja metafísica y a reiterar sus fracasos reavivando exhaustos conceptos sustancialistas y esencialistas, sin dejar de caer en las implicaciones escépticas de que se horrorizaban. Coincidentes en el afán por descubrir las esencias últimas e inmutables, decretan la degradación de los métodos científicos como medio de conocimiento médico de la realidad y confieren a la intuición, "intelectual" o "emocional", el privilegio de conducirnos al reino de las primeras esencias, los "objetos ideales" y las "cosas" absolutas, intemporales, eternas, siempre idénticas a sí mismas. No cabe negar que la fecundidad de sus disquisiciones ha sido en algún sentido beneficiosa para el pensamiento filosófico contemporáneo. Pero también resulta indudable que, traídas al lugar donde vive y sufre el hombre, estas filosofías que piden la renuncia a las abstracciones en favor de las cosas concretas y que hablan tanto de la vida como de la muerte, se muestran incapaces de responder a las preguntas que el hombre le dirige a su oscurecido destino.

Isaías García —decíamos arriba— siente juvenil "inquietud vital" ante la desoladora visión de nuestras desventuras naciona-

les. Sus cavilaciones le enseñan que el panameño carece de la conciencia de sí mismo. Pero advierte que este no percatarse podría indicar la inexistencia de ese "sí mismo", de esa "mismedad" que habría de aprehenderse por acto de conciencia. Y entonces se formula la cuestión siguiente: "¿Existe una realidad panameña? Si existe, ¿cuál es su esencia? ¿Cuál su estructura?" Para solucionarla García se esfuerza en aplicar la metodología vinculada a un punto de vista que él no confiesa directamente, pero que se hace explícita en su repertorio de distinciones, en su vocabulario y en el giro de su discurso.

La convicción filosófica del autor y su manera de desempeñar la tarea en mientes quedan perfiladas en la "introducción" y las "consideraciones finales". Su objeto estriba en descubrir y captar una realidad a la que da nombres varios: lo panameño, la panameñidad, el ser panameño. ¿Qué es ello? ¿En qué consiste? ¿Dónde radica? Es —nos dice— el elemento permanente e inmutable que presenta manifestaciones variables y transitorias sin sufrir él mismo alteraciones en cuanto base unitiva que integra las diversas instancias en una totalidad. Para comprender ese ser no basta conocer aislada, simultánea o sucesivamente las formas en que se expresa o actualiza temporalmente, sino que hay que penetrar directamente en la totalidad de que ellas hacen parte. "La auténtica comprensión —aclara— implica penetración en el sentido de la cosa, sentido que se da en la medida en que la cosa esté ínsita en una totalidad. Por tanto, penetrar en el sentido de una cosa en nuestro caso un hecho histórico es penetrar en la totalidad de la cual el hecho histórico es parte. De allí que la comprensión de la parte sólo sea posible mediante la comprensión del todo, y no la del todo por la parte". Se transparenta aquí la debatida cuestión de la esencia y la existencia que la metafísica clásica fue incapaz de resolver, porque no puede serlo planteada en esos términos. Igualmente visible se hace la proyección de las escuelas que reniegan de los métodos de la ciencia con sus demostraciones parciales y sus clasificaciones, preconizando la

apelación a la "mirada intuitiva" que abarca en una visión inmediata y directa la esencia y totalidad de las cosas. Las consecuencias de este criterio son imperiosas. Si la esencia del ser —con cuanto la expresión tiene de tautológica— es invariable, si permanece una y misma no obstante sus "objetivaciones" temporales, nunca podrían éstas decirnos nada verdadero sobre aquella. En el caso de la panameñidad, sus varias actualizaciones en el tiempo poco o nada nos revelarían sobre la realidad del ser inmutable y eterno en que ella consiste. Nada tan lógico, por lo tanto, como el desafecto con que García mira las monografías sobre diversos aspectos del proceso histórico nacional y los ensayos de interpretación de éste. Para él, en efecto, tales trabajos, "a lo sumo pueden servir de instrumental práctico para nuestras urgencias actuales".

Excederíamos nuestro propósito tratando de criticar detenidamente el presupuesto filosófico y metodológico que rige el ensayo de García. Ello requeriría razonamientos prolijos que restarían campo a la consideración de las partes de la obra que, sea cuales fueren la posición y manera del autor, contribuyen a enriquecer un aspecto de la labor intelectual que tiene escasos cultores en nuestro país. Diremos, para abreviar, que a nuestro juicio la tarea emprendida por Isaías García sólo puede evacuarse en la dirección y con los recursos propios de la historia como ciencia positiva, la colaboración con la sociología y la psicología-social.

La investigación, según el autor mismo, tiene como objeto un ser histórico: la nacionalidad panameña. Cierto que él no lo nombra directamente, sino mediante un rodeo metafísico: lo panameño, la panameñidad, el ser panameño. Pero estos son conceptos referentes a características o modalidades psíquicas de un grupo humano en cuanto conjunto real delimitado en el espacio y particularizado en el tiempo por un desarrollo o evolución determinados. Sabemos que toda agrupación humana, desde la más primitiva o simple a la más evolucionada o compleja, asume peculiaridades psicológicas —usando el término en su mayor lati-

tud— que se hacen visibles y tangibles en sus costumbres, preceptos, mitos y ritos, artes, ello es, en su cultura. Toda contextura de vida colectiva fragua mediante un proceso que comienza y termina en algún lugar y hora, aunque tales iniciación y final no lo sean de modo absoluto. Las naciones, pues, son productos históricos ya que, precisamente, la historia es transcurso y decurso, despliegue y desenlace. Constituyen un estadio o momento en la evolución humana, una forma de agrupación o de relación inter-personal de ninguna manera imperecedera. No importa, por lo demás, que el proceso de formación de las nacionalidades no haya sido uniforme ni que los elementos materiales o espirituales comprometidos en su factura no sean siempre unos mismos. La raza, la lengua, la religión, la ubicación territorial no son, aislados o combinados, componentes o substratos únicos de la nación. ¿No estamos viendo cómo las imposiciones del poder político erigen dos naciones en el territorio donde moraban bajo una sola pueblos de unas mismas lengua, religión y tradiciones? ¿O que, al contrario, se hace una misma nación de porciones humanas unidas por la religión, pero asentadas en territorios distantes? Los caracteres espirituales de un conjunto nacional, cuando exhiben cierta uniformidad o generalidad, se presentan, como productos históricos tanto como la nación misma. Y aún cuando aparenten durante un período más o menos extenso cierta permanencia y univocidad son transformables y perecederos en la medida en que varían y periclitan las condiciones de subsistencia de la nación. Buscar lo invariable en el espíritu o las manifestaciones de un pueblo como entidad nacional o la universalidad en sus particularidades expresivas temporales, lleva siempre a resultados conocidos. O se toman una o varias de sus manifestaciones o rasgos para convertirlas de facciones, en verdaderas hipóstasis, en entidades eternas cerradas, inmodificables. O se eliminan los módulos que lo tipifican históricamente y, olvidando cuanto el hombre es como elaboración de sí mismo en una dilatada evolución social, se le reduce a escueta realidad biológica. Su univer-

salidad vendría así a radicar en su primigenia animalidad. Pero entonces sería ocioso averiguar cómo se humanizó ese espécimen zoológico, ni por qué difiere el hombre antiguo del medieval y éste del contemporáneo. Ello nos hace pensar si, a despecho de sus requisitorias contra el biologismo y el psicologismo, la ontología no nos retrotrae en definitiva a los umbrales de un tosco naturalismo.

Consecuente en su posición, García define la panameñidad como "una estructura espiritual independiente y ajena al ambiente al cual se enfrenta para engendrar los distintos modos existenciales del carácter histórico". O también como "un factor formal supraindividual que se realiza en sus distintas manifestaciones y que se revela como estructura permanente". ¿Tendríamos, pues, que convenir en que la panameñidad existía desde siempre en el reino infinito, de las puras esencias? Pero ¿por qué, cómo, para qué esa esencia eterna, intemporal y supraindividual "irrumpe en la historia" –según frase de García– para actualizarse en ese conjunto humano que vendría a ser luego la nación panameña? El autor no pasa indiferente ante el escollo. En las primeras páginas de la introducción se le encara diciendo que la inquisición respecto al qué es una cosa y otra distinta la relativa al cómo. Ontológica aquélla, histórica ésta, las adquisiciones de una darían fundamento a los empeños de la otra. Sin embargo, la búsqueda de la panameñidad, de esa esencia eterna que forma el substrato permanente e invariable de la nación panameña, se libra enteramente en el terreno de la historia. El propio García nombra los tres componentes raciales de la población istmeña y sitúa los orígenes, formación y desarrollo de nuestra nacionalidad en el cuadro general de la historia americana. No podía ocurrir de otro modo, cualesquiera fuesen los supuestos filosóficos de que partiera. La primordialidad o esencialidad de los panameños, sea cual fuese, surge y se sostiene en una realidad social históricamente formada y que, desde luego, actúa también como factor histórico. De igual modo, aun cuando considerásemos que en tal

realidad no se da auténticamente el ser panameño, pues la manifestación de éste en el acontecer histórico no corresponde a su esencia debido a que el hombre panameño no ha sabido actualizar su auténtico ser, sólo en esas inauténticas actualizaciones históricas podremos conocer algo, aunque en forma negativa, de la esencia eterna que perseguimos.

De la exploración histórica, sociológica y psicológica que García efectúa se obtiene un saldo provechoso. El autor resume los esfuerzos de algunos de los que le precedieron en la indagación de los orígenes, formación y ruta de la nacionalidad y de la anatomía del carácter social panameño. Apoyado en esos antecedentes fija los rasgos comunes que confieren "unidad originaria a lo panameño por debajo de la aparente multiplicidad de sus manifestaciones". Encuentra los siguientes: la solitariedad, la extraversión, la inmadurez e inestabilidad mental, la irresponsabilidad, la discontinuidad en la acción. Todos, como se ve, tienen signo negativo. Cada una de estas manifestaciones del carácter social panameño puede someterse a menudo análisis. García lo realiza para llegar a deducciones que encontramos muy interesantes, aunque no las compartamos totalmente. Según él, por ejemplo, la solitariedad constituye la cifra del ser panameño y la clave de su comprensión. De ella dimanan, junto con su extraversión, tanto el sentimiento de independencia y libertad, como el de frustración e impotencia, así su alegría como su pesimismo.

Habría mucho que esclarecer al respecto y, por las razones susodichas, no podríamos entrar aquí en extensas dilucidaciones. Pero no podemos dejar de señalar el origen y carácter histórico de los rasgos primarios y secundarios que García descubre en la intimidad del panameño colectivo. El sentimiento de soledad o, como él dice, la solitariedad, es un precipitado histórico, cernido en determinadas condiciones sociales. Como sentimiento o instinto primario, el hombre tiene el de la solidaridad con sus semejantes, el de la gregariedad. El aislarse sólo es posible por haber estado asociado y el sentimiento o la percepción de la so-

ledad trasluce la nostalgia de la compañía, aun cuando el aislamiento fuese en apariencia voluntario. La soledad que García nota en el vivir panameño constituye, según sostienen numerosos pensadores, una de las características de la existencia en el mundo occidental, sujeta a las particularidades del régimen social imperante. En nuestro caso, la soledad del campesino, que forma dos tercios de la población nacional, deviene de la peculiar estructura económico-social del país, del juego recíproco de factores naturales e históricos. La solitariedad que García califica como rasgo definitivo del panameño, no subsistiría si el agro sintiera la acción de una política económica y demótica que cimentara sobre bases distintas el trabajo en las áreas rústicas. Cabe observar, además, y lo hace el propio autor, que la solitariedad no obnubila en el campesino el sentimiento de solidaridad que demuestra en ciertos actos de la vida social. Parejas observaciones haríamos respecto a los otros rasgos del carácter y la conducta del panameño que enumera García. La impronta de las condiciones sociales y el desarrollo histórico del Istmo aparece claramente en ellos.

Las limitaciones forzosas de nuestro cometido nos detienen aquí para expresar una apreciación de conjunto sobre *Naturaleza y forma de lo panameño.* La obra responde a un esfuerzo metódico, con orientación firme, consecuentemente seguida, por desentrañar la intimidad del carácter social panameño. La materia ha sido dispuesta lógicamente y la exposición transita por una ruta sin accidentes. La dicción es clara y decorosa. El estilo cuidado y vivaz. Los frutos de su empeño poseen considerable valor. Desde luego, no podemos tenerlos como definitivos. En primer lugar, por lo que al comienzo dijimos; apenas nos iniciamos los panameños en esta faena de autoconocimiento que requiere como ninguna la colaboración constante y continua de las generaciones. En segundo término, porque tal clase de trabajos exige un capital historiográfico o historiológico del que carecemos. Los panameños hemos hecho una rica, agitada y patética historia. Pero

queda ahí, como objeto mudo e inerte al que no hemos sabido animar e interrogar. La historia subjetiva, la narración comprensiva y sistemática del pasado vivido, falta todavía. La prueba estadística de esta deficiencia la presenta la bibliografía puesta al final del libro. De los ochenta autores citados, menos de veinte son panameños.

La contribución de Isaías García "a la comprensión de lo que hemos sido", siendo en sí misma muy apreciable, lo será más, sí, como esperamos, tiene efecto estimulador. Pues la cuestión que él plantea no es nada académica sino inmediata y urgente. "El panameño se define por lo que le falta" dice alguien citado por el autor. Sin duda a los rasgos negativos que él descubre en la caracterología nacional se añaden otros igualmente aviesos. Contra el sentimiento de libertad trabaja en las zonas profundas de la psique panameña el de dependencia, cierta propensión a la dimisión de la personalidad que en ocasiones pretéritas diera suelo y asidero a tentativas dictatoriales que cualquier día pueden resucitar. Otro síntoma ominoso de inseguridad espiritual es la transición brusca de la exaltación fanática de sí mismo a la autodenigración que suele verse en las expresiones cotidianas del panameño. Cada vez parece más evidente que la nacionalidad sólo consiste para muchos en un mero vínculo biológico, exento de contenido espiritual o moral. Y apremia, en consecuencia, no sólo hacer el inventario de nuestras deficiencias, sino colmar su vacío con los elementos necesarios para que la nacionalidad presentida y anhelada se realice plenamente. Aunque sean muchas nuestras carencias, habremos de superarlas. De la negatividad extraeremos los ingredientes de la afirmación. Por ello García, luego de señalar los rasgos negativos del ser panameño, emite una nota optimista: "Así, pues, concluimos que las actuaciones del panameño —con fuertes manifestaciones de irresponsabilidad, de discontinuidad, de desaliento y de limitaciones estrechas— tienen su fundamento en la inmadurez e inestabilidad mental, con profundas raíces en nuestro ser, pero que no constituyen valladares

infranqueables para la integración de nuestra personalidad. Es cuestión de rescatar al espíritu panameño de su ignorancia atávica". Se trata, diremos para terminar, de un problema de educación.

DIÓGENES DE LA ROSA
Panamá, febrero, 1956.

Introducción

Vivimos actualmente momentos de importancia decisiva en la estructuración de la nacionalidad panameña. Hemos llegado a esa edad en la cual se hace necesario sopesar lo actuado para determinar, en forma precisa y unívoca, qué es lo que somos y qué es lo que podemos llegar a ser. Ya no basta la íntima satisfacción por el don recibido de nuestros mayores, sino que se impone, como condición imperiosa de nuestro existir, la reflexión valiente, sincera y despojada de todo "patrioterismo" que induce a ocultar nuestros males sin lograr otra cosa que debilitar nuestros bienes; y esta reflexión, sana, inspirada en el más profundo amor a lo patrio, al solar en el que han nacido y robustecido nuestros sueños, afanes e ilusiones, sirva de fundamento de nuestras realizaciones encaminadas hacia el futuro.

Un como inexplicable temor a encontrarnos con nosotros mismos se ha evidenciado con persistencia agobiadora en el tráfago incesante de nuestra vida civil; un irresponsable vivir sin preocuparse por comprender la razón y el fin de ese vivir; una inquietante negativa a enfrentarse con ese mundo interno en el cual se enraizan nuestras apetencias nacionales. Resultado: una abrumadora ignorancia sobre nuestra conformación nacional con su correlato en la esfera del espíritu: no hemos logrado aquilatar una plena conciencia del ser panameño.

De vez en cuando un curioso esforzado echa una mirada retrospectiva y nos entrega una serie de datos que encajonamos en el marco de lo que llamamos nuestra historia, dándonos por satisfechos con una supuesta autognosis que en realidad no pasa de ser mera información estadística. Un organismo muerto y fragmentario, eso es todo lo que en verdad hemos logrado conocer.

No han faltado quienes, con mayores ambiciones que los otros, se hayan decidido a ofrecernos su personalísima interpretación de nuestra historia. Pero quienes tal cosa han hecho, se han limitado a la monografía particular, especialmente sobre hechos relacionados con la génesis de nuestra República en virtud de nuestra separación de Colombia. Estos últimos —más cercanos a una verdadera toma de conciencia de nuestra realidad vital— si bien ofrecen una interpretación del momento inicial de nuestra azarosa vida republicana, no revelan ni pueden revelar una auténtica comprensión de tan magno acontecimiento. Intuiciones, aciertos tal vez; pero de lo que se trata es de entender y no simplemente de interpretar.

Interpretando no se conoce. Se conoce comprendiendo. Y la auténtica comprensión implica penetración en el sentido de la "cosa", sentido que se da en la medida en que la "cosa" esté ínsita en una totalidad. Por tanto, penetrar en el sentido de una "cosa" —en nuestro caso, un hecho histórico— es penetrar en la totalidad de la cual el hecho histórico es parte. De allí que la comprensión de la parte sólo sea posible mediante la comprensión del todo, y no del todo por la parte. En el primer caso, en la visión integral previa, a nuestro entendimiento se abre un mundo de relaciones, de vínculos y lazos entre las partes que modifican y estructuran esas partes en el todo. En el segundo caso, tales relaciones y vínculos escapan a la mirada escrutadora y sólo obtenemos datos inconexos que podemos interpretar, mas difícilmente entender.

Tal es el caso de las monografías a que hemos hecho referencia. No exageramos si decimos que tales exploradores, por admirar los árboles, perdieron de vista el bosque. El resultado es la evidente ausencia de perspectiva entre nosotros. Claro está, al formular estas afirmaciones no pretendo negar en absoluto la validez de estas monografías. Ello sería un contrasentido. Las monografías han sido siempre de importancia indubitable para el conocimiento histórico de los pueblos. Solo quiero evidenciar la imposibilidad de entender lo que somos sin tener previamente la visión integral del proceso de nuestra realidad en su historicidad. Aquí, entre nosotros, es absurdo pretenderlo.

Por las razones apuntadas nos hemos impuesto la tarea de realizar el presente esfuerzo inquisitivo sobre la cuestión relativa al ser panameño, a la

panameñidad. ¿Existe una realidad panameña? Si existe, ¿cuál es su esencia, cuál su estructura? Con esta descripción —a la cual daremos un carácter ontológico— no pretendo otra cosa que acercarme a una delimitación de la realidad panameña como el objeto posible de una ciencia histórica. Determinada esta realidad estaríamos en condiciones de enfrentarnos al problema lógico-gnoseológico de la historia: ¿es posible el conocimiento de lo panameño en su historicidad? ¿Cómo?

No anida en nuestro espíritu la creencia de que con este esfuerzo vamos a resolver el problema de la falta de unidad y orientación en nuestras investigaciones históricas. Pero sí creo poder aspirar a sentar algunas premisas que sirvan de base para futuras discusiones que nos permitan esclarecer la direccionalidad de nuestra formación como pueblo y como nación.

Por otra parte, no dudamos que muchos pensarán que es un exabrupto que conjuntamente con la afirmación del desconocimiento de nuestra historia, pretenda hacer en mi trabajo un análisis de la esencia y estructura de lo panameño. Se dirá que no tiene sentido hablar de la esencia de lo panameño si antes no conocemos la formación de lo panameño. Pero si en esto existe aparentemente una contradicción, valgan los párrafos subsiguientes para desvanecer la sospecha.

•••••

Una cosa es preguntar qué es lo panameño, y muy otra preguntar cómo se ha formado lo panameño. Lo primero constituye un interrogante ontológico, lo segundo, un interrogante histórico. El ontológico inquiere por el ser, por lo que de permanente e inmutable tiene el ser; el histórico inquiere por las expresiones del ser, por lo que de histórico y dinámico tiene el ser. Las posturas son distintas. En una se hace referencia a la inalterabilidad y, en la otra, a la historicidad. La doble postura se justifica porque en todo ser hay algo inalterable, inmutable, ahistórico; y algo que se resuelve en dinamismo, en historicidad. Lo inalterable es objeto de la ontología; lo mudable, de la historia, ciencia descriptiva de las distintas expresiones del ser en su historicidad. Ahora bien, esta ciencia

descriptiva puede fundarse en el conocimiento de la inalterabilidad, esto es, en una ontología.

No es que el ser histórico permanezca inalterable a través de sus distintas expresiones, ya que, como histórico, es lo fenoménico irremediablemente atado a la temporalidad. Su historicidad radica en su temporalidad fenoménica. Pero la historicidad no es absoluta. Ella no afecta a la estructura misma del ser que es esencialmente ahistórica. Como historicidad se nos revela en cada período con rasgos característicos particulares que van a permitirnos determinar el sentido y la forma de cada momento histórico. Pero, al mismo tiempo, dentro de ese proceso del cambio de las variaciones históricas del ser, se nos revela un elemento permanente, elemento que es precisamente el que le da unidad a través del cambio, el que permite que cada instancia forme parte de una esfera supratemporal o estructura ahistórica.

Este elemento que le da unidad al ser en su historicidad, que hace posible que en cada momento diverso de su proceso sea uno y el mismo ser y no otro, es lo que constituye la esencia del ser, esencia ajena a toda facticidad fenoménica, y que, en nuestro caso, constituye lo que hemos denominado la panameñidad. Determinar las notas estructurales de esa panameñidad es lo que nos proponemos realizar en las siguientes páginas, como base para una posible ciencia histórica panameña. Y es que la comprensión de la esencia es instrumento insustituíble para comprender el cambio como manifestación expresiva del ser.

No intentamos otra cosa, pues, que buscar la estructura permanente del ser humano del panameño que nos permita explicarnos las variaciones históricas ocurridas y ocurrentes en la temporalidad de nuestra realidad. No ignoramos que esta proposición lleva implícita la aceptación por nuestra parte de que la panameñidad debe ser entendida en términos de "entidad", esto es, como una realidad sustancial determinable dentro de ciertas categorías ontológicas. Y no ignoramos, por tanto, que estamos frente a lo que Nietzche llamaría un problema con cuernos. Porque, ¿en qué basamos nuestras pretensiones de una descripción ontológica de la panameñidad?

Pero ya hemos dicho que historicidad e inalterabilidad no son dos términos que se excluyen en relación a nuestro ser histórico, de manera que esa

natural condición de histórico no anula la posibilidad de darle categoría ontológica a nuestras indagaciones sobre lo panameño. Baste con tener presente que detrás de todas las formas variables del existir humano hay un modo de ser propio, una estructura constante, que es, precisamente, como ya indicábamos más arriba, el fundamento, el origen y la razón de ser de esas variadas formas existenciales. Y esa estructura tiene que ser necesariamente, como productora de la variabilidad, una estructura inmutable; de lo contrario, las maneras particulares del ser que se dan en la historia, carecerían por completo de unidad, y, por consecuencia, de "entidad". Hablar de lo panameño no tendría entonces el menor sentido.

Se podría argüir en contra de nuestra afirmación ontológica que nos estamos refiriendo a un modo de ser humano, y, por tanto, a un momento de una realidad cuya característica fundamental es la universalidad. ¿Cómo es posible —se nos podría objetar— hablar de panameñidad como esencia particular si ello no es sino un accidente de la universalidad del hombre? Ello, de partida, nos estaría negando la posibilidad de una ontología de lo panameño, ya que no se trata de un ser sino de un accidente del verdadero ser —lo humano en su esencia universal—. Aceptar este criterio sería caer nuevamente en la posición negativista que señalábamos anteriormente: la panameñidad carece de entidad; plantearla como tal, es una ilusión.

Pero veamos la cuestión con más detenimiento y pongamos de manifiesto si, en efecto, carecemos de entidad, no pudiendo aspirar, por tanto, más que a la categoría de accidente de una sustancia universal.

• • • • •

¿En qué consiste eso que llamamos la universalidad del hombre? ¿No es acaso precisamente en lo humano que hay simultáneamente en todos y cada uno de nosotros? No creo que nadie pueda negar esta evidencia. Siendo ello así, la universalidad no se da, en relación al hombre, como una realidad superior y externa a la singularidad, sino que, por el contrario, ella es en tanto existe la singularidad, por cuanto ella reside en lo singular. La universalidad sólo puede buscarse entonces en lo singular, porque es en cada uno de

nosotros donde está presente lo universal humano. Busquémonos a nosotros mismos y allí encontraremos al hombre, o, más bien, si se quiere, la estructura universal del hombre. Lo demás pertenece a la historia, a la circunstancia del yo con la cual ese yo forja su realidad particular sin dejar de ser por eso, el hombre universal. Según esto, lo que hemos llamado universalidad humana no tiene más realidad que las formas humanas particulares, teniendo ambas realidades, consecuentemente, igual categoría ontológica.

Hablar de la panameñidad como entidad es, pues, hablar de lo que nosotros somos, de nuestro modo de ser específico como panameños, sin contradicción alguna con la universalidad. Buscar lo que somos es buscar nuestra circunstancia a la vez que participamos de la universalidad. Universalidad y circunstancia vienen a resolverse aquí en una fórmula binomial que supera la contradicción: el hombre panameño.

Pero claro está, una ontología de lo panameño que nos diga apriorísticamente que lo panameño existe, sin explicar por qué existe ni cómo existe, no nos ayudaría mucho en el conocimiento de nosotros mismos. Por ello, nuestras indagaciones serán llevadas más allá de la mera afirmación existencial de lo panameño tratando de describir, hasta donde nuestras posibilidades lo permitan, los modos y formas de nuestro existir. Nuestro ser —para valernos de una expresión de Spinoza— es una especie de *Natura naturans* que se actualiza en un lugar y en un tiempo en determinadas formas concretas. Sin ese modo de ser creador nuestra existencia no podría ser tal, porque nuestro existir reside primariamente en la actividad creadora. De allí la necesidad de saber cómo existimos, bajo qué formas, sobre qué potencias nos realizamos.

Ya decíamos anteriormente que nuestra realidad se daba en términos de la relación del ser con su circunstancia. El ser, existiendo en comunicación constante con su circunstancia, actúa sobre ella y produce sus distintos modos existenciales, o formas actuales. Por tanto, conocernos nosotros mismos es conocer lo que de *ente* hay en nosotros y las formas culturales actualizadas por nuestra entidad. Ser y cultura, sujeto y objetivaciones, van a ser así las realidades sobre las cuales auscultaremos en nuestra búsqueda de la panameñidad.

En esta forma es posible que lleguemos a determinar, no sólo lo que nosotros somos, sino también lo que es extraño, como creación, en nosotros. Nos

referimos a aquellas expresiones culturales bajo las cuales nosotros nos expresamos, pero que no constituyen, por su sentido, verdaderas manifestaciones de lo que nosotros somos. Porque, indudablemente, a cada paso nos encontraremos con elementos que creemos nuestros, pero que no son auténticamente nuestros.

Así, al intentar un análisis de nuestra cultura, vale decir, de nuestras objetivaciones, no ignoramos que podríamos llegar a la afirmación de que nuestro ser auténtico no ha encontrado todavía su expresión auténtica. Y es posible que, al hacerlo, nuestra estimativa de los valores nacionales esté más que nada dirigida a lo negativo, porque es precisamente allí donde creemos encontrar el logos explicatorio de nuestra inautenticidad. Y no se vea en nuestras palabras los rasgos de una supuesta malquerencia antinacional.

En este sentido queremos hacer nuestras las palabras de Waldo Frank con que se justificaba al enterrar las uñas de su crítica en el corazón de su América: "Mi silencio sobre los encantos de mi país es la prueba mayor de que me dominan. No es posible tomar América como objeto de capricho. No es posible cortejarla y jugar con ella para luego envilecerla y explotarla. El hombre que lucha por convertirla en carne de su espíritu, merece perdón si en la hora creadora se olvida de alabarla... Pues al poner de relieve sus faltas, sus vicios y sus peligros, conviértela en carne de su carne".[1]

1 Frank, Waldo: *Redescubrimiento de América*. **Revista de Occidente**. Madrid. 1930. Pág. 9.

CAPÍTULO I

Lo panameño y su problematicidad

1
Planteo de la cuestión

La existencia de los Estados Nacionales a lo largo de la historia universal no es sino el resultado de un proceso de individuación que se ha producido en determinadas regiones geográficas. Hablar de un Estado Nacional es, por tanto, hablar de algo que ha surgido de la nada,[2] de la indeterminación absoluta, para pasar luego a una totalidad de la cual se ha ido disgregando, individualizando, en virtud de potencias conformadoras de carácter inconsciente. Quien dice nación, pues, hace referencia a la individuación, individuación hecha ya consciente. No es la individualidad, referida a las naciones, un estado otorgado por la naturaleza ni el fruto sublimado de extrañas fuerzas telúrgicas. Es una individualidad hecha historia, porque en la historia fue engendrada.

¿Qué eran las actuales naciones europeas en la época de los césares sino un abigarrado conjunto de células organizadas con arreglo a fragmentarios órdenes de elemental categoría? ¿Quién hubiera dicho entonces que de ese caos embrionario habrían de salir las naciones que llegarían a tener en sus manos la balanza de los destinos de la cultura occidental? Fue necesaria la integración paulatina de esos elementales gérmenes en una totalidad de dilatados límites —el Sacro Imperio Romano— para que de ella surgieran, individualizados, organismos religados en torno a una conciencia, a un espíritu nacional: las naciones europeas. Con sus particulares y necesarias variantes, es más o menos el mismo proceso que se operó en lo que hoy son los Estados del Cercano y Lejano Oriente. Es el mismo proceso también que se está desarrollando en el África de hoy, donde, lenta, pero irremediablemente, se está gestando un movimiento de la conciencia de los pueblos que va preparando el camino de la individuación. Más tarde o más temprano, del corazón de ese continente surgirá ante el mundo la concien-

2 Ello en sentido nacional.

cia de pueblo para destruir los últimos vestigios de una arcaica mentalidad colonialista y levantar, sobre sus cenizas, los contornos de jóvenes naciones definitivamente autónomas. Y es precisamente en cuanto han estado integrados a esas grandes estructuras coloniales, como se han ido formando las ideas nacionales, quizás demasiado tempranas aún, pero que ya darán su fruto cuando la historia les señale su hora.

No ha sido otro el proceso de la formación de la nación panameña, como tampoco lo ha sido el de las otras naciones americanas. Miremos un rato hacia el período precolombino. ¿Qué era el Istmo de Panamá en los tiempos en que París, muy niño aún, escuchaba embelezado las narraciones heroicas de un padre guerrero? ¿Qué era si no un extenso territorio sin más límites que aquellos que impusiera la naturaleza misma, poblado de millares de indios de mentalidad y organización tribal, donde las miradas y ambiciones no iban más allá de los altos cerros y de las murallas arbóreas que recortaban el horizonte? Allí la conciencia de grupo no traspasaba las fronteras del minúsculo espacio vital de cada tribu. Pequeñas lentejuelas humanas diseminadas entre hondanada y hondanada o perdidas entre la espesura de bosques impenetrables. En ese mundo encerrado por apasibles mares y altivas montañas, lo que es hoy la nación panameña no era ni siquiera en potencia. Ese espacio geográfico horadado por la planta desnuda de este ser ignorado por la civilización, no era más que una posibilidad para los designios de la historia.

Pero un día de Marzo de 1501, mientras una niña de piel bronceada y ojos ovalados juguetea con conchitas policromadas en una playa bordeada de palmeras, un hombre extraño hunde su planta en las blandas arenas que el mar había acariciado desde siempre. Y con él, una nueva época se abre para este mundo de virginales entrañas. Mundo nuevo para ambas partes: mundo nuevo para la Europa que descubría regiones ignoradas; mundo nuevo para el indio que se enfrentaba a una civilización que ni siquiera presentía. La niña asustada que observó con ojos aterrados al primer barbudo, jamás sospechó que estaba presenciando el parto de una nueva edad humana.

Y es así como, mientras el loro de vistoso plumaje pronuncia las primeras palabras castellanas y el indio aprende a rezar en cristiano, el Istmo de Panamá da sus primeros pasos por los corredores de la historia. Y con esos primeros pasos se sientan los basamentos de una nueva estructura orgánica que se

mantendría en pie por más de tres siglos desde que aquel blanco violó por primera vez la milenaria tranquilidad de nuestros bosques.

Pasados los primeros años de la turbulenta conquista de un indio rebelde y de una naturaleza hostil, Panamá se integraba a una entidad de ilimitados marcos: el imperio colonial español. Su vida amalgamada a una realidad que sobrepasaba los límites más o menos precisados de lo que dió en llamarse Reino de Tierra Firme, quedaba supeditada a una esfera que no conocía los contornos de la nacionalidad. Pero fueallí precisamente en esa existencia subsumida en una estructura continental, donde comenzaron a nacer los gérmenes de su propio ser. Lo panameño, ya potencializado, se encaminaba despaciosamente hacia su necesaria actualización. Es por ello que a principios del Siglo XIX, cuando los vientos de la insurrección comienzan a agitar por los caminos de América la polvareda de la revolución, los panameños toman conciencia de su responsabilidad histórica y proclaman su autonomía en un acta que les valió la admiración laudatoria de Simón Bolívar.

No fue un acto inconsciente surgido de la pasión que las hazañas de Bolívar pudieran haber encendido en el corazón de los istmeños. Fue el resultado consecuente y espontáneo de una fuerza vital que se había desarrollado a través de toda la colonia. Era el florecer de una nacionalidad que demandaba de la historia su posición de tal. Su adhesión inmediata a la Gran Colombia no lo niega. Por el contrario, durante los años de adhesión al ideal bolivariano vemos como ese sentimiento se reafirma, se refuerza, hasta lograr su expresión autónoma definitiva con el acto separatista de 1903.

Pero una vez hechas estas consideraciones nos surge al entendimiento el mismo interrogante ante el cual se enfrentaba el Dr. Carlos Manuel Gasteazoro hace algunos meses: "¿Qué fue lo que individualizó al Istmo? ¿Qué fue lo que le dió sentido a Panamá?".[3] La dificultad para encontrar la respuesta adecuada a estas preguntas fundamentales ha sido señalada por el mismo Gasteazoro: "no encontramos en las obras y en los hechos anteriores (a 1821) una chispa mística que capte las esencias de lo panameño en forma precisa y elocuente", sobre todo si se tiene en cuenta que lo que podríamos llamar la vida espiritual

3 Gasteazoro, Carlos Manuel: **Interpretación sincera del 28 de noviembre de 1821.** Editora El País.

de Panamá en el Siglo XVIII, plasmada en lo que Rodrigo Miró denominó la "expresión criolla"[4], apenas si revela un trasunto de "expresión nacional, en forma bastante disimulada e incolora".

Ahora bien, la dificultad del problema es posible aliviarla si pensamos que la panameñidad no es un rompecabezas para cuya integración en un todo consecuente es preciso encontrar una multitud de piezas que deben engarzarse una a una a través de los recortes asimétricos que va ofreciendo el conjunto concatenado. La panameñidad se nos manifiesta, más bien, como una fuerza sublimada imposible de recoger en forma tangible —nos estamos refiriendo al período anterior a 1821— en determinadas formas concretas. Recuérdese que hemos dicho al principio de este capítulo que la individuación de las naciones es un proceso que se da en virtud de fuerzas conformadoras de carácter inconsciente. De allí que resulte vano intento el tratar de encontrar una expresión de la conciencia panameña cuando la panameñidad era apenas una entidad potencial, no actual. La conciencia es algo que se da cuando esta realidad potencial comienza a pugnar por su debida actualización. Actualización y conciencia del ser se dan simultáneamente; lo potencial es un estado previo de carácter inconsciente. Nuestra vida anterior a 1821 refleja claramente ese estado de integración e individuación inconsciente, razón por la cual no podemos encontrar en las obras y hechos de nuestros hombres dieciochezcos, una auténtica expresión de lo panameño.

Por ello podríamos aceptar el criterio de Gasteazoro de que a los hombres que proclamaron nuestra independencia de España les faltó tener una conciencia de Panamá en el espacio y en el tiempo, pero de ninguna manera que la independencia fue un acto determinado por los acontecimientos que conmovían la vida política de otras latitudes. La situación americana de esos días no fue sino la circunstancia propiciatoria para que la panameñidad, conformada en lo que podríamos llamar la subconciencia de nuestra historia, adquiriera su expresión externa en el gesto emancipador. De no ser ello así, con nuestra unión a Colombia toda apetencia nacionalista habría quedado ahogada, sumergida, y en lugar de una conciencia panameña, habríamos tenido una concien-

4 Miró, Rodrigo: **La cultura colonial en Panamá.** Ed. B. Costa-Amic. México. 1950. Panamá. 1953.

cia colombiana. Pero todos sabemos que no fue así. A partir de 1821 podemos ver los rasgos claros y distintos de un empeño nacional, panameño, contenido en los diversos hechos consumados a la vera del Siglo XIX y que encuentran su justificación teórica en ese monumento del pensamiento panameño que es *El Estado Federal de Panamá*, de Justo Arosemena. La panameñidad, en estado potencial en el Siglo XVIII se había actualizado en torno a una conciencia: la conciencia del propio ser.

2
Esencia de lo panameño

Hemos hablado de nuestra nacionalidad; nos hemos referido a la formación inconsciente de la panameñidad que, una vez actualizada, se ha hecho consciente de sí misma; pero, ¿en qué consiste la panameñidad? ¿En qué idea o ideas, en qué elemento o elementos, se funda la nacionalidad panameña? ¿Cuál es, en definitiva, la esencia de lo panameño? ¿Será lo panameño el conjunto de realidades materiales estructuradas de acuerdo a un orden histórico en este espacio geográfico que forma el Istmo de Panamá? ¿O será acaso una realidad superior a nuestros trajines y a las formas en que hemos resuelto el problema de organizarnos y de entendernos? ¿Se trata, pues, de una entidad de orden material o de una entidad de orden espiritual?

Quienes se han preocupado por definir la nacionalidad han tomado uno de los dos caminos, dando origen a las teorías naturalistas y espiritualistas de la nacionalidad. Para los primeros, la nacionalidad se define por determinaciones de orden material; para los segundos, por determinaciones de carácter espiritual.

Tomemos, en vías de discusión, una definición de tendencia naturalista. José Stalin, uno de los grandes teóricos del marxismo, nos dice en un opúsculo titulado *"El marxismo y la cuestión nacional"*, que la "nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura". [5] No

5 Stalin, José: **El marxismo y la cuestión nacional.** Ediciones de Lenguas Extranjeras. Moscú. 1946. Pág.12.

basta ninguno de estos rasgos para que por sí sólo forme una nación, es más, "basta con que falte aunque sólo sea uno de estos signos distintivos, para que la nación deje de ser una nación". Esta última afirmación de Stalin es preciso tenerla muy en cuenta, pues ella por sí misma está negando la validez de la definición. Para demostrarlo no tenemos más que recordar que Suiza es, un país que no goza de una comunidad de idioma y, ¿quién puede negar que Suiza es una nación?[6] La misma observación cabe hacer si nos fijamos en la comunidad territorial. Nadie puede negar que los habitantes de Alaska son tan miembros de la comunidad nacional norteamericana como cualquier jugador de béisbol de Nueva York. Y, sin embargo, Alaska está separada del resto de los Estados Unidos nada menos que por un inmenso país como lo es el Canadá.

Las objeciones que aquí hacemos a la teoría marxista de la nacionalidad es la misma que se le puede hacer a todas las teorías naturalistas. Ello nos demuestra, no que la nación sea indefinible, sino que se le ha querido definir, no por lo que ella es, sino por la forma en que ella se expresa.

En efecto, todos esos elementos de orden material que se han señalado como los principios constitutivos de la nacionalidad no pasan de ser simples signos o símbolos en los que ella se expresa exteriormente. El mismo Stalin nos habla de comunidad de idioma, de territorio, etc., en términos de signos distintivos del la nacionalidad. Pero, una cosa es el signo y otra distinta lo signado. El signo indica o significa siempre algo que es distinto de sí mismo. Es cierto que el signo comporta en sí un significado, pero ese significado va dirigido precisamente a una realidad exterior a él y, por tanto, diferente. De allí el contrasentido de querer definir la nacionalidad por el signo, que es su representación y no su esencia. La nacionalidad es algo anterior, superior y distinto al conjunto de los signos en que ella se expresa. Definir la nacionalidad por las formas simbólicas —válganos el término de Cassirer— en que ella se realiza, es lo mismo que definir el valor por los bienes en que él se encarna.

Los espiritualistas, por su parte, niegan que pueda definirse la nacionalidad por determinaciones materiales, y acuden a elemen-

6 Es necesario observar aquí que quienes definen la nacionalidad por elementos del orden material niegan generalmente que Suiza sea una nación. Nosotros, naturalmente, lo afirmamos basados en que en ese país hay una comunidad espiritual que supera las contradicciones materiales.

tos desposeídos de todo sentido morfológico. Renán, por ejemplo, nos habla de nación como "adhesión plebiscitaria que todas las almas tributan a la unidad histórica de la patria"; y Ortega y Gasset, como "proyecto de convivencia total en una empresa común y la adhesión de los hombres a ese proyecto iniciativo". A estas dos ideas de nacionalidad como adhesión Manuel García Morente se ha opuesto con un criterio bastante afortunado. "En realidad —nos dice— la nación no es el acto de adherir, sino aquello a que adherimos. Aquello a que adherimos no es tampoco ni la realidad histórica pasada, ni la realidad histórica presente, ni el concreto proyecto futuro, sino lo que hay de común en los tres momentos, lo que hace que los tres sean homogéneos, lo que los liga en una unidad de ser, por encima de la pluralidad de instantes del tiempo"... [7] Para él, esa comunidad formal que liga el pasado con el presente y el futuro, que le da homogeneidad al ser a través de sus distintas instancias temporales, es lo que ha denominado *estilo*, término que probablemente ha adoptado de la filosofía de la cultura para aplicarlo a su idea de la nacionalidad.

Pero, ¿en qué consiste el estilo? El estilo está constituido por las modalidades en que se expresa la "íntima personalidad del agente" y no por la realidad objetiva del acto o hecho. Es una especie de estimativa en relación a lo que se quiere ser, esto es, actos de preferencia que se dan tanto en el individuo como en el sujeto colectivo o nación.

Con García Morente hemos llegado a una idea más depurada de la nacionalidad y que se acerca más, por tanto, a lo que yo entiendo por panameñidad. No obstante, no puedo aceptar del todo que la panameñidad podemos reducirla a una unidad de estilo. El sujeto permanente de nuestra historia, esa esencia eterna que hemos llamado panameñidad, esencia surgida en la historia y al mismo tiempo productora y modeladora de nuestro acontecer histórico, es algo más que un acto volitivo fijado en una estimativa de lo que se quiere ser.

Para mí, la panameñidad es una *estructura espiritual* independiente y ajena al ambiente al cual se enfrenta para engendrar los distintos modos existenciales de carácter histórico. En nuestro suceder histórico se da un fac-

7 García Morente, Manuel: **Idea de la hispanidad.** Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 1947. 3ª. edición.

tor formal y supraindividual que se realiza en sus distintas manifestaciones y que se revela como una estructura permanente. Ese factor formal y supraindividual es lo que constituye la panameñidad.

La panameñidad, como factor formal y permanente de la historia, es lo que le da homogeneidad a las distintas manifestaciones de nuestro ser en su historicidad. El modo en que se nos revela esa unidad de ser histórico es lo que podemos llamar *estilo*. El estilo no es, por tanto, lo que constituye la nacionalidad panameña, sino que, por el contrario, es la manera en que los hechos de la actuación temporal de nuestro ser colectivo se van revelando como el modo de ser humano típico y peculiar de esto que hemos llamado panameñidad.

Llámesele como se quiera a esa estructura fundamental y esencial que se nos revela eternamente presente en nuestra diversidad temporo-espacial. Llámesele, si así se quiere, el alma nacional o nuestro espíritu de pueblo; pero, independientemente del nombre que le demos, es preciso reconocer que en ella reside la más alta, la más diáfana verdad de nuestro existir, porque es en ella donde está la raíz de nuestro ser y la savia de nuestra historia. Es cierto, y no lo negamos, que nuestro vivir es un vivir en la historia, pero también es cierto que la historia es un permanente morir, un constante dejar de ser. Y, ¿vamos a reducir la panameñidad a un eterno enfrentarse con la muerte? No. De ninguna manera. Lo que muere es nuestra historia, y nada más. La panameñidad es lo que sobrevive a la historia, porque no está viviendo su muerte.

Ferrater Mora se rebelaba hace algunos años contra la actitud de quienes se niegan a ver nada más allá de la pura historia. Sus palabras de ayer se identifican con mi modo de pensar de hoy y por ello lo cito: "Nos han acostumbrado tanto a decir que el hombre es una realidad histórica —exclamaba— que vamos olvidando que el hombre es también una realidad humana. Esta realidad que somos nosotros, los hombres, no puede ser explicada solamente por su historia. La historia es una manera, tal vez la más característica, que tiene de vivir el hombre, pero no la única. El hombre vive en la historia, pero también la verdad vive en la historia y es algo más que una verdad limitada al tiempo y la ocasión en que se enuncia".[8]

8 Ferrater Mora, José: **Cuatro visiones de la historia universal.** Ed. Losada. Buenos Aires. 1945.

La panameñidad también vive en la historia, pero, es algo más profundo y verdadero que la historia, porque, en el eterno perecer de ésta, ella permanece como la naturaleza eternamente viva, eternamente incorruptible. Preguntarse por la panameñidad es, pues, preguntarse por lo que no muere, por lo que permanece insepulto en nuestro constante morir histórico.

Es precisamente esa condición de eternidad,[9] de permanencia, de la panameñidad, lo que le da sentido a nuestra existencia como nación. Porque, de no ser así, ¿qué objetivo, qué propósitos podría tener un existir en cuyo final sólo espera la muerte? Es, pues, esa eternidad de nuestro ser la que nos descubre una realidad trascendente a nuestra temporalidad y a la que aspiramos por encima y más allá de la historia. Nuestro ser no se prolonga por razones contingentes como una ola en la inmensidad oceánica, sino por una necesidad inherente a su propia esencia. Somos porque debemos ser y aunque no querramos ser. Ello es nuestro premio o nuestra condena.

Al criterio historicista, quizás el más generalizado en Panamá, repugna toda formulación que envuelva el concepto de permanencia, por cuanto ello pareciera destruir la conexión causal que fundamentaría el proceso histórico-cultural. Para tal criterio, si la historia es proceso, devenir interno, no queda lugar alguno para suponer la legalidad de un trasfondo permanente que sirva de unidad creadora. La causalidad histórica es ya negación de tal supuesto ontológico.

La razón de este criterio tiene su origen en una visión exageradamente parcializada del hecho histórico desde la cual sólo es posible captar un momento de la historia: el proceso causal. Pero la historia no es solo causalidad, no es solo devenir interno. La causalidad es sólo una de las formas —quizás la

9 Para evitar malos entendidos por uso de "eternidad", aclaramos que no nos estamos refiriendo a la eternidad en el sentido de las ideas, que es eternidad de lo intemporal, sino a eternidad en el sentido de lo que subsiste en la temporalidad. Para un mayor aclaración, incluímos aquí la definición de eternidad que nos da Ferrater Mora en la cual se muestra el doble significado del término: "Parece haber dos acepciones fundamentales de eternidad: la que la concibe como una suspensión del tiempo o, si se quiere, como una abstracción intemporal, y la que hace de ella, el fundamento del tiempo. La eternidad se distingue en ambos casos de la infinitud temporal, que es un tiempo sin principio ni fin, algo sempiterno, pero no propiamente eterno". José Ferrater Mora: ***Diccionario de Filosofía.*** Editorial Atlante, S.A. México. 1944. Segunda Edición.
La panameñidad como realidad eterna es la pura subsistencia en la temporalidad histórica que se manifiesta como la plenitud del ser que abarca la multiplicidad de instancias históricas, y que no implica, por tanto, una infinitud temporal.

más característica— en que se manifiesta la historia, pero sólo una, como también lo son las teleológías en tanto que cada hecho histórico se concibe como formando parte de una totalidad.

Y si la causalidad es la forma más característica que tiene de vivir la historia, no menos importante resulta en ella el concepto de estructura óntica. Y ya el concepto de estructura escapa a la esfera causal, sin que ello signifique negar la posibilidad del determinismo histórico.

Así como excluir la causalidad significaría desfigurar el proceso histórico, así mismo excluir su estructura óntica equivaldría a negar la unidad histórica. Y es que en la pura causalidad no es posible encontrar un punto de referencia para el valor y el sentido que sólo puede darlo la unidad en el proceso. Y esa unidad sólo puede ser un acto fijo.[10]

De allí nuestra insistencia en concebir la panameñidad no sólo como estilo, que ya pertenece al orden causal, sino también, y antes que eso, como estructura permanente que sirve de elemento conjuntivo a través de la variabilidad de sus formas existenciales.

10 Al plantear la cuestión lógico-gnoseológica de la historia, al final de este ensayo, volveremos

CAPÍTULO II

La panameñidad como conciencia

Hemos dicho en los párrafos que preceden, que la panameñidad irrumpe en la historia al fusionarse un conjunto de elementos dispersos en una realidad que no conocía las determinaciones de la nacionalidad. Decíamos asimismo que el hombre panameño era ajeno a la estructuración de esa esencia supraindividual que iba a enderezar y conformar sus destinos en la historia; pero que, una vez que esa panameñidad logra su expresión fáctica, ella se hace consciente de sí misma.[11]

En efecto, el panameño, cuando en esa elevación de la conciencia se comprende sujeto activo de la historia, dirige su mirada hacia el mundo interior que lo anima en un intento de legitimar ante la historia su verdad existencial. Ello viene a confirmar nuestra afirmación anterior de que actualización y conciencia de la panameñidad son hechos simultáneos de nuestro ser. Nunca antes de 1821 se vió a un panameño preocupado por la búsqueda palpitante de lo que se era como entidad particular; jamás persona alguna pensó siquiera que esto pudiera constituir un problema de nuestra realidad vital. Bastó, sin embargo, que se proclamara nuestra independencia de España para que se viera, una y otra vez, en la acción y la palabra, aflorar la angustia permanente por comunicar a los hombres de todas las latitudes que se era un ser único, con derecho a una existencia como sujeto individual.

En las páginas que siguen trataremos de recoger las palpitaciones de esa angustia vital que proclama nuestra autenticidad de ser, tal como ellas se manifiestan en los tres momentos culminantes de nuestra vida históricamente individualizada: el período de adhesión a Colombia, el nacimiento de la República y el Panamá de nuestros días. En cada uno de estos tres momentos fundamentales de nuestra historia, la idea de la panameñidad reviste características particulares que responden a las condiciones de cada uno de ellos. En el primer momento, las meditaciones sobre lo panameño tienden a la justifica-

11 La afirmación no implica una concepción psicologista de la panameñidad. Al hacerse consciente de sí misma lo hace a través de las conciencias particulares del panameño que, en su conjunto, constituyen la conciencia nacional. Ella no pertenece ya al individuo ni puede ser modificada por él puesto que constituye una realidad espiritual superior a él.

ción del ser; en el segundo, a su afirmación; y, en el tercero, esta tendencia se orienta hacia la búsqueda de una definición de lo panameño. Justificación, afirmación y definición vienen a ser así los modos en que la conciencia de lo panameño nos va entregando su mensaje de autenticidad.

1.
Justificación del ser

Cuando en 1821 los panameños declaran su independencia de España y deciden unir sus destinos a la Nueva Granada, no lo hacen por la convicción de que Panamá formaba parte de esa entidad política como cualquier otra provincia colombiana. Lo hacen sí, porque con ese acto creyeron asegurar para su pueblo la felicidad que ellos no estaban en condiciones de ofrecer. Con esa mentalidad vivieron siempre, convencidos de que Panamá constituía una unidad aparte de Colombia, convencimiento que siempre mantuvo en ellos la idea viva de que su destino era la completa independencia. Como bien ha indicado Publio A. Vásquez, "ese pueblo, si en verdad renunció a constituir un Estado independiente al imponerse al Estado colombiano en 1821, no perdió, con todo, su ser característico, su voluntad de gobernarse por sí mismo".[12]

No es de extrañar por ello que cuando el panameño del Siglo XIX hable de patria se refiera únicamente a Panamá, y que no se considere atado por el sentimiento patriótico más que a nuestro territorio. Es esa actitud la que origina los distintos movimientos separatistas de la época, movimientos confirmadores de un auténtico sentir panameño de dimensiones nacionales.

No respondían tales conflictos a las apetencias personalistas de determinados individuos o grupos; no respondían tampoco a simulados apetitos de mando y poder; respondían sí al deseo indiscutible de lograr una estructura política que correspondiera a la entidad propia, inconfundible, de que ellos se consideraban poseedores.

Bastaría para probar la existencia de tal sentimiento en el panameño del Siglo XIX las siguientes reveladoras palabras del General Tomás Herrera:

---

12 Vásquez, Publio A.: *La personalidad internacional de Panamá*. **Boletín de la Academia Panameña de la Historia**. Año I. No. 5. Panamá, Diciembre de 1933. Página 569.

> "Ciertamente la razón apoyada por la experiencia tiene atestado, vosotros conciudadanos lo sabéis, que este país de una naturaleza singular en el globo, inútilmente ha esperado y esperaría prosperar, sometido a ser un apéndice irregular de la Nueva Granada, cuyos altos poderes jamás conocieron ni conocerán sus necesidades, ni podrán satisfacerlas".[13]

Estas palabras, pronunciadas en 1841, nos están diciendo a las claras cuál era el verdadero sentir y hacia donde se dirigían las aspiraciones de los panameños. Es ese mismo sentimiento el que se manifiesta con eufórica fruición cuando, en 1855, se organiza el Estado de Panamá. No está de más citar las palabras con que Francisco de Fábrega, Presidente de la Asamblea Constituyente, entrega el mando a Don Justo Arosemena como Jefe Superior del Estado:

> "Habéis recibido un valioso tesoro, que deposita en vuestras manos esta Asamblea, como órgano del pueblo soberano. Yo señor, hago votos porque el cielo derrame en estas tierras todos los bienes que ha querido procurarle el memorable Congreso Nacional el corriente año.
> Lo hago porque a vos toque la honra de abrirle una nueva época de paz y de ventura, que afianzando las libertades individuales, *asegure para siempre nuestra nacionalidad*".[14]

Las palabras que hemos citado, tanto de uno como del otro patriota, nos dan suficiente fundamento para afirmar sin temor al equívoco ingenuo, que el panameño del Siglo XIX había logrado una verdadera toma de conciencia de lo nuestro y que no aspiraba a otra cosa que a reasumir su total autonomía. Es por ello que la creación del Estado de Panamá es vista como un paso necesario conducente a la independencia definitiva. De ello nos da fe una carta de otro

---

13 Mensaje de Herrera, Presidente del Estado Libre del Istmo, al Congreso extraordinario de 1841. Ver: Ricardo J. Alfaro, **Vida del General Tomás Herrera.** Imprenta de Henrich y Compañía. Barcelona. 1909. Pág. 122.

14 Méndez Pereira, Octavio: **Justo Arosemena.** Imprenta Nacional. Panamá. 1919. El subrayado es nuestro.

gran patriota nuestro, José D. Espinar, dirigida a don Justo Arosemena en Junio de 1855. Dice así:

> Mi muy estimado amigo:
>
> Acabo de saber ha regresado Ud. a Panamá después de haber coronado la obra de casi emancipación política. Ha merecido Ud. bien de nuestra patria; y es de prometerse la ayude Ud. eficazmente en su próxima organización, a través de las dificultades con que habrá de tropezarse a cada momento. *Es el paso intermediario que había que dar para obtener un día una existencia propia*. Pero eso será obra del tiempo y de la instrucción y moralidad de nuestras masas. ¡Loor perdurable a Ud., mi buen amigo, por su perseverancia y acierto!
>
> Contribuyó Ud. al permiso que obtuve de la legislatura granadina para recibir el pan con que me brindara la del Perú. Jamás echaré en olvido tan remarcable servicio...
>
> Pero más me gozara de alcanzarlo de mi patria, porque en ella no sería extranjero.
>
> Sea Ud. pues indefenso en sus útiles trabajos, y disponga —en todas circunstancias— del invariable afecto de su reconocido y consecuente amigo q. b. s. m.
>
> *José D. Espinar.*[15]

Como los documentos citados aquí, documentos probatorios del sentido de la panameñidad que se expresaba en el Siglo XIX, es posible exponer un sinnúmero de igual calidad patriótica;[16] pero ello sería desviarnos de nuestro propósito que va a afincarse, en lo que antañe a lo que hemos llamado la justificación del ser, en la obra del hombre más ilustre de nuestra patria, don Justo Arosemena.

---

15 Citada por el Dr. Octavio Méndez Pereira. **Op.cit.** Pág. 212-13. El subrayado es nuestro.

16 Estúdiese, por ejemplo, la magnífica colección de documentos publicados con motivo del cincuentenario de la República. Edición de la Junta Nacional del Cincuentenario. Recopilación de Rodrigo Miró. Imprenta Nacional. Panamá. 1953.

A.– *Justo Arosemena o el furor de ser*

Elie Faure, ese gran descubridor del alma de los pueblos, ha caracterizado brillantemente el alma del pueblo judío con la frase que recoge su sentido más íntimo: el furor de ser.[17] Nada más indicado que tomarla nosotros para caracterizar el sentimiento patriótico de don Justo Arosemena, representante por derecho propio de la actitud del panameño del siglo XIX. Y no es que el pueblo panameño de la época, como el pueblo judío, no tuviera una patria. No. El panameño la tenía, pero huérfana de expresión política propia. De allí que la lucha del panameño, como la del pueblo judío, se centrara en la justificación del ser, empeñándose valientemente en proclamar su entidad sobre todo y ante todo. No es otro el contenido del pensamiento de don Justo. Su furiosa pasión por lo panameño constituye el evangelio espiritual de nuestro siglo pasado, y en él se fundaron las más audaces tentativas libertarias. Por ello acertadamente Diógenes de la Rosa ha calificado su *Estado Federal de Panamá* como el manifiesto de la nacionalidad panameña.[18]

Nada más indicado, pues, cuando se habla de las meditaciones de lo panameño, que comenzar por el pensamiento de don Justo como el máximo justificador del ser auténtico panameño.

En numerosas ocasiones el problema de lo panameño fue materia de discusión y análisis en sus escritos y discursos. Allí quedan como resultado de sus preocupaciones, valiosos testimonios como la *Revolución del Istmo*, la *Suerte del Istmo*, la *Carta a los Istmeños*, el *Convenio de Colón*, el *Examen sobre franca comunicación entre los dos océanos*, y muchos otros ensayos y artículos periodísticos que manifiestan esa perenne inquietud por lo nuestro.

No obstante, la más sustanciosa acometida a las entrañas del propio ser, surgida de las más íntimas regiones del sentimiento y de la inteligencia, es el *Estado Federal de Panamá*. Allí, pasión, juicio, crítica, ciencia y justicia se dan la mano para entregarnos la más acabada, sincera y profunda defensa de lo panameño. No es de extrañar que después de su publicación, el Congreso Granadino aprobara sin mayores dilaciones su proyecto de reforma constitu-

17 Faure Elie: **Descubrimiento del Archipiélago.** Ed. Poseidón. Buenos Aires. 1944.
18 De la Rosa, Diógenes: *Don Guillermo y Don Justo.* **Cuadernos de Cultura**, No.1. Panamá, noviembre de 1952.

cional que creaba el Estado de Panamá. ¡Brillante término para tan valiente actitud que jamás acabaremos de apreciar en su cabal significado!

No pretendía don Justo otra cosa que demostrar a los colombianos que nosotros constituíamos una entidad aparte, históricamente formada con absoluta independencia de la estructura política de Colombia; que nuestra patria tenía sus propios intereses, su propio espíritu, sus propias necesidades, todo lo cual justificaba nuestra aspiración a gobernarnos nosotros mismos. Para ello acude nuestro claro varón a los más diversos géneros de argumentos. Y es que la historia, la geografía, la ciencia política, la psicología, todo estaba de nuestra parte, y nada de ello desaprovechó don Justo.

Con la historia prueba don Justo que Panamá se formó siguiendo sus propios cauces, con un régimen político que, salvo en contadas ocasiones, no dependía en forma alguna del Reino de Nueva Granada. "Su situación aislada, y el haber sido la primera colonia del continente —afirmaba— hicieron que continuase gobernándose por mucho tiempo con sujeción directa de la metrópoli".[19] Así es que desde el principio todo parecía indicar que ésta iba a ser una región autónoma con respecto a las demás colonias. Por ello exclama don Justo: ¿Quién hubiera dicho a Panamá en 1521 que habría de pertenecer a una entidad política, cuyo nombre puramente local y propio de ciertas regiones andinas aún no descubiertas, se impondría quince años después a todo el país, inclusas las riberas de ambos mares?... ¿Y quién hubiera sospechado en el Istmo durante la primera mitad del Siglo XVI, que la legislación de un pueblo esencialmente marítimo y mercantil, se dictaría desde el corazón de los Andes a más de doscientas leguas distante del mar? "Pero —continúa don Justo— por extraño que todo esto sea, ha sucedido, lo palpamos, y *así como otros males con que uno se familiariza a fuerza de sentirlos*, la estrecha dependencia del Istmo al centro de la Nueva Granada es un hecho que hoy a nadie admira".[20]

La consecuencia de tal sujeción es evidente, y los mismos hechos se encargaron de demostrar que los problemas panameños requerían ser resueltos con prescindencia de las autoridades granadinas. Tanto es así que aún en el siglo XVIII y a principios del XIX las graves cuestiones de Panamá y Veraguas se ventilaban directamente en la corte.

---

19 Arosemena, Justo: **El Estado Federal de Panamá.** Biblioteca Istmeña, Año I. Vol. I. Panamá. Agosto de 1952.

20 Arosemena, Justo: **Op. cit.** Pág. 17. El subrayado es nuestro.

Otro hecho que don Justo tomaba muy en cuenta era la creación de la Audiencia de Panamá en 1539, de fundamental importancia si se tiene en cuenta que estas corporaciones "no sólo administraban justicia, sino ejercían funciones ejecutivas, y aún disponían de los gobernadores".[21] La existencia, aunque accidentada, de esta Audiencia, confirma que el Panamá de la colonia ocupaba una posición muy especial, casi de independencia, frente al régimen virreinal de la Nueva Granada.

Una de las observaciones fundamentales de Don Justo para desnudar las falsas pretensiones de los colombianos sobre Panamá, se refiere a la circunstancia de nuestra independencia de España, debida única y exclusivamente al valor y patriotismo de los panameños, y, por ningún momento, al esfuerzo libertario de Colombia. En este respecto, el pensamiento de don Justo es claro e irrefutable. He aquí uno de los momentos culminantes de su defensa de nuestra autenticidad:

> "Colombia pretendía adjudicarse al Istmo de Panamá por el principio *de uti possidetis*, bueno para evitar querellas entre las varias nacionalidades que surgieron de la catástrofe colonial, pero insignificante comparado con el principio de la soberanía popular, que en todo el país, recién liberado de la soberanía de la fuerza, impera de una manera absoluta. Como si la providencia quisiera privar a Colombia de todo derecho para poseer el Istmo, que no se fundase en la libre voluntad de sus moradores, hizo fracasar la expedición que a órdenes de Mac Gregor fué destinada en 1819 a combatir en aquel territorio las fuerzas españolas".[22]
>
> .....
>
> .....
>
> "Quede, pues, para nosotros solos la gloria de nuestra emancipación; quede la de habernos unido a Colombia, cuyo esplendor nos deslumbró, y cuyo derecho sobre el Istmo era ninguno. Al declarar que nos incorporábamos a aquella Re-

21 Arosemena, Justo: **Op. cit.** Pág. 21.
22 Arosemena, Justo: **Op. cit.** Pág. 22.

> pública, no fué por sentimiento de deber sino por la reflexión y el cálculo y previo un detenido debate que conocen muy bien los contemporáneos de nuestra independencia. Si en vez de unirnos a Colombia, hubiéramos tenido por conveniente constituirnos aparte, ¿nos habría hecho la guerra aquella República? Puede ser que los mismos a quienes parecía insoportable el derecho de la fuerza cuando lo ejercía España, lo hubiese encontrado muy racional cuando lo hacía valer Colombia; pero no es la cuestión si había en América un pueblo bastante poderoso e injusto para vencernos y anexarnos con la elocuente demostración del pirata: es la cuestión si el derecho independiente de la violencia, la facultad inquestionable de disponer de nuestra suerte, la soberanía conquistada el 28 de Noviembre de 1821, estaban o no de nuestra parte. Pero tal es la inconsecuencia de los hombres, que una simple alteración de fechas, de personas, o de lugares, cambia sus juicios, trastorna sus sentimientos, y desfigura en su alma los principios constitutivos de la moral y de la justicia".[23]

Hermoso breviario de patriotismo; elocuente síntesis de un profundo sentido del propio ser; imponente oración a la patria que se eleva a los más sublimes niveles del sentimiento. Allí nada podía resistirse a la poderosa unción y al persuasivo poder de sus palabras. La patria, que para don Justo fue siempre Panamá —jamás Colombia— quedaba en esos párrafos rubricada para siempre con la fuerza generatriz propia de los grandes himnos de amor a lo terrígeno.

Aquí queda también justificado, para siempre, cualquier intento que los panameños realizaran para separarse una vez por todas de la esfera política de Colombia. Quienes en la actualidad se empeñan en negar la legitimidad de nuestra República, debieran, antes de hablar, leer a Justo Arosemena. Si después de haberlo hecho, insistieran en la afirmación de que nuestra separación de Colombia no tuvo otra causa que los abultados apetitos personales de los

23 Arosemena, Justo: **Op. cit.** Pág. 24.

próceres, o es víctima de la ceguera, o simplemente es un ser carente de sensibilidad para entender el significado heróico de lo panameño.

A estas razones, que por sí solas bastaban para justificar nuestra aspiración a un gobierno propio, agregaba don Justo algunas consideraciones de orden geográfico. Con el natural ingenio que lo caracterizaba, demuestra cómo la naturaleza misma nos separaba de Colombia, dándonos un lugar bajo el cielo que jamás podría confundirse con el bloque territorial de Colombia:

> "Tal es nuestro aislamiento que toda suposición es igualmente natural [24], y si una gran catástrofe del globo sepultase al Istmo en el Océano, y franquease así la navegación de norte a sur, el hecho no se haría notorio en Cartagena y el Chocó, sino cuando los marinos viesen sorprendidos que sus cartas hidrográficas no correspondían con la nueva configuración de las costas. Hoy mismo, cuando los volcanes de Centro-América sacuden fuertemente la tierra, la conmoción se hace sentir en todas las provincias istmeñas, pero rara vez atraviesa los ríos y las montañas que nos separan de las demás que siguen hacia el oriente. *La naturaleza dice que allí comienza otro país, otro pueblo, otra entidad, y la política no debe contrariar sus poderosas e inescrutables manifestaciones*".[25]

Si la geografía nos regaló con un pedazo de tierra, cuya independencia iba contenida en su propia configuración, la historia, atenta a tan singular advertencia de la naturaleza, fijó allí, con la huella indeleble de su andar en el tiempo, la fisonomía de una comunidad que iba a perpetuarse en la tipicidad de nuestra nacionalidad. Por ello, geografía e historia vinieron a ser las fuentes fundamentales en las que don Justo iba a buscar la razón de ser de nuestro existir autónomo.

---

24 Se refiere a la suposición de que en lugar de que el Istmo fuese parte de Nueva Granada, lo fuese de Centro América, o simplemente independiente.

25 Arosemena, Justo: **Op. cit.** Pág. 19. El subrayado es nuestro.

Pero, si como ello no bastara, don Justo dirige su pensamiento hacia las ciencias políticas para encontrar todo un caudal de principios que justificaran esa aspiración medular del panameño. Ella —la ciencia política— aconseja que las pequeñas nacionalidades conserven su independencia, que es lo mismo que conservar la libertad. Estas, sin embargo, cuando las circunstancias señalen la necesidad de vincularse a otras nacionalidades, pueden hacerlo voluntariamente, siempre que ello no signifique la aniquilación de su propia naturaleza. Por el carácter de tales conjunciones políticas, puede afirmarse que tanto su objeto como duración no son permanentes, "y aún puede asegurarse que no son sino ligas transitorias, que terminan pasado su móvil principal".[26] Ese carácter de transitoriedad era precisamente el que revestía nuestra comunión con los destinos colombianos. Pero, ¿cómo podría preservarse la propia personalidad dentro de una comunidad de nacionalidades?

La solución a tan grave cuestión la encontraba don Justo en la idea del federalismo. Sólo un sistema federal podía mantener la soberanía de nuestro pueblo que en ningún momento había sido cedida al Estado colombiano, al mismo tiempo que nos aseguraba una administración que correspondiera a nuestros intereses y especiales peculiaridades.

Con ello no hace don Justo sino recoger el pensamiento que dominaba a todos los panameños de aquel entonces. La idea del federalismo, podemos afirmar, estaba presente en el corazón de todos los panameños. Recordemos, por ejemplo, los artículos aprobados por la Convención del Estado del Istmo de 1841. Su artículo 2º. decía: Si la organización que se diere a la Nueva Granada fuese federal y conveniente a los pueblos del Istmo, éste formará un Estado de la Federación. Parágrafo único: En ningún momento se incorporará el Istmo a la República de la Nueva Granada bajo el sistema central".[27]

Poseído de este pensamiento, don Justo se convierte en el campeón del federalismo, convencido de que sólo en un régimen semejante los panameños podrían encontrar una administración de sus negocios que correspondiera a

26 Arosemena, Justo: **Op. cit.** Pág.8.

27 Ley Fundamental del Estado del Istmo, de marzo 20 de 1841. Ver **Documentos fundamentales para la historia de la nación panameña.** Edición de la Junta Nacional del Cincuentenario. Panamá. 1953. Pág.30.

sus intereses de pueblo soberano, a más de la satisfacción patriótica de saberse gobernados por sí mismos.

Si tales aspiraciones no se cumplían, él veía la proximidad de la independencia. "En ocasiones anteriores he manifestado mis temores -advertía- de que el Istmo de Panamá se pierda para la Nueva Granada si ésta no vuelve en sí, estudia atentamente la condición de aquel país interesante, y asegura su posesión dándole un buen gobierno inmediato, de que ha carecido hasta hora".[28]

Tal posibilidad, no sólo no era de extrañar, sino que se justificaba plenamente. Por ello, más adelante apuntaba: "creo demostrado que el Istmo tiene derecho a organizarse como le convenga".[29] Tales consideraciones nos permiten convenir con don Guillermo Andreve en que don Justo era un partidario de la independencia política de Panamá.[30] Su federalismo acendrado no se contradice con un ideal independentista, pues, como hemos visto, él se mostraba partidario de disponer de nuestros destinos siempre que se nos quisiera uncir a un centralismo que agotara nuestras posibilidades.

Con el Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena dejó definitivamente establecida la personalidad del Istmo. Después de publicado lo que constituye la más vibrante defensa de lo panameño, cualquiera discusión en torno una supuesta sujeción real y sustancial a la nación colombiana, estaría viciada de necedad y ciega obstinación.

2.
Afirmación del ser

Con el acto separatista de 1903 la conciencia del propio ser cobra nueva vida y sentido. No se trata de justificar la aspiración de asumir la responsabilidad de su propio destino histórico, sino de concretar una realidad que se había alcanzado. Animada por este sentido, la conciencia de la panameñidad se endereza hacia su propia confirmación sustancial, tarea que le estaría reservada a la generación de los optimates. Justipreciar la labor realizada en este

28 Arosemena, Justo: **Op. Cit.** Pág. 46.
29 Arosemena, Justo: **Op. Cit.** Pág. 47.
30 Andreve, Guillermo: *Justo Arosemena*. **Boletín de la Academia Panameña de la Historia**. Año VII. No.20. Panamá. Enero de 1939.

sentido resulta harto difícil si no se vincula a la intrincada trama de acontecimientos y de fuerzas que convergieron en torno al nacer republicano, deficiencia que es notoria en aquellos que, más por impulso emocional que por visión histórica, se han dado a la tarea no muy patriótica de rodear a los próceres en una nube venenosa de sospechas y suspicacias evidentemente antinacionales.

Cuando se observan las condiciones internas y externas en que nace nuestra República, condiciones que no parecían presagiar otra cosa que en este país la dignidad del hombre iba a quedar sepultada bajo un espectáculo desolador de rapiña y egoísmo, conmueve comprobar que el sentimiento de la nacionalidad fue más fuerte que la adversidad circunstancial y que, por encima de los aullidos de los profetas del derrumbe interior, ella creció en dignidad logrando asegurarnos un hogar permanente del cual jamás tendríamos que avergonzarnos. Sucumbieron los profetas con sus lúgubres vaticinios mientras que el sentimiento nacional logra su empeño histórico.

Por ello crece ante nuestros ojos la estatura de aquel puñado de hombres a cuyas manos se encomendaba la tarea de organizarnos y conformarnos material y espiritualmente. Herederos de una filosofía política que en nuestra América, por razones socio-económicas bien conocidas, no dio los frutos de otras latitudes; sucesores de los vicios políticos incubados en los partidos colombianos en virtud de actitudes ideológicas no bien aclimatadas; portadores en fin de todo lo positivo y negativo que ofrecía la vida política colombiana del decimonono, se enfrentaron a la construcción de nuestro pequeño mundo republicano con la entereza de carácter y la fe suficientes para superar la multitud de obstáculos que el génesis panameño llevaba consigo. Con toda su debilidad ideológica y su inexperiencia en materia de gobierno, sus propósitos se vieron cumplidos. Por ello su debilidad se transforma, al juzgarlos, en fortaleza; y su inexperiencia, en audacia caballeresca.

Fue el triunfo de un Arosemena y de un Arango, de un Valdés y de un Andreve; fue el triunfo también de un pueblo con conciencia de sus propias potencias anímicas y con gran confianza en la justeza de sus aspiraciones. Y en ese triunfo le corresponde gran parte de la gloria al Partido Liberal, máximo exponente del sentimiento de la nacionalidad desde Justo Arosemena. Bien lo

ha indicado Diógenes de la Rosa: "la historia de la República ensambla en la historia del liberalismo istmeño, del partido liberal y de sus hombres".[31]

Fueron liberales quienes le dieron textura orgánica a nuestra República; liberales eran quienes sentaron los fundamentos de la educación y la cultura panameñas; fueron liberales, en fin, quienes nos dejaron el más brillante mensaje de autenticidad del ser panameño en su afirmación definitiva.

El caudillismo y la intolerancia; las ambiciones despiertas y los odios efervescentes, nada de ello fue obstáculo decisivo para la construcción de la República. Si durante la administración enfermiza del patricio Amador todo parecía conducir al desplome, nuestros hombres reaccionaron para darle el triunfo electoral a Obaldía, con lo cual se abrían nuevos caminos de salvación. Su feliz iniciativa de escoger un gabinete en el cual figuraban las más destacadas figuras de nuestro mundo intelectual como lo eran Valdés, Mendoza, Arango y Morales, bastaba para asegurar la verdadera iniciación de nuestra consolidación interna. A partir de entonces, los rumbos seguidos por la joven República iban a confirmar el triunfo de la nacionalidad.

• • • • •

Una y otra vez el liberalismo aportaba sus más recias figuras en esta gran faena de estructuración nacional, ya en el terreno de la política como en la esfera de la cultura. Y es que en ellos había el firme convencimiento de que un país como el nuestro, huérfano de una fuerte tradición cultural, no bastaba el afianzamiento de las instituciones políticas para caracterizar nuestra personalidad de pueblo libre y soberano, sino que era necesario, a más de ello, el desarrollo de una cultura nacional.

A este afán de ofrecer a la faz de América nuestra personalidad cultural, responde inteligentemente don Guillermo Andreve, juicioso paladín de los más esforzados intentos espirituales. Su clara comprensión del papel que el liberalismo, como actitud intelectual,[32] debía asumir en el desarrollo de nuestra vida republicana, ya le daba una estatura honrosa en el mundo ideológico que nos

31 De la Rosa, Diógenes: **Guillermo Andreve. La tragedia de su deshora.**
32 Andreve, Guillermo: **Consideraciones sobre el liberalismo.** Casa editorial "El Tiempo". Panamá, 1931.

conformaba. Pero nada tan positivo en él ni tan revelador de una auténtica conciencia de lo panameño, como su labor de crítico y orientador de nuestra cultura literaria. Refiriéndose a su labor desde las páginas del "Heraldo del Istmo" ha dicho Rodrigo Miró: "Durante tres años su voz se difundió por todos los ámbitos del continente, llevando la expresión panameña, y ganando para el país y sus hombres afectos muy entrañables entre los más distinguidos escritores hispanoamericanos del momento".[33]

A estos tres años fundamentales de nuestra cultura siguieron muchos otros en los cuales Andreve, incansable animador de nuestra literatura, ya desde *Nuevos Ritos*, ya desde su *Biblioteca de Cultura Nacional*, cumplía sus propósitos de tesaurizar las dispersas expresiones del espíritu panameño.

Ramón Valdés, por su parte, en ese magnífico ensayo en que discute la legitimidad de la República[34], nos habla, el primero, en un tono que no deja la menor duda en cuanto a la claridad que los patriotas tenían respecto a la idea de una nacionalidad panameña. Remontándose al año de 1821, hace un recorrido a través de los cauces accidentados de nuestras relaciones con Colombia para arribar a la conclusión definitiva de que la independencia del Istmo no era sino la consecuencia necesaria de la madurez del sentimiento de la nacionalidad que, en un acto de su voluntad autónoma, decide reasumir la responsabilidad de su propio destino. Era "el desenlace lógico de una situación ya improrrogable, la solución de un problema gravísimo e inquietante, la manifestación sincera, firme, definitiva e irrevocable de la voluntad de un pueblo".[35] He allí una clara conciencia de nuestra autenticidad que nos impulsa a considerar su opúsculo legitimista como el capítulo final del *Estado Federal de Panamá* de Justo Arosemena.

• • • • •

A.– *Pablo Arosemena, o el afán de salvación*

Hay un nombre que siempre irá ligado al de nuestra nacionalidad: ese nombre es el de Pablo Arosemena. Hombre de sólida cultura, espíritu noble y

33 Miró, Rodrigo: *Don Guillermo Andreve y su labor literaria,* en **Teoría de la Patria.** Buenos Aires. 1942.
34 Valdés, Ramón: ***La Independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación.*** Imprenta "Star and Herald". Panamá. 1903.
35 Valdés, Ramón M.: **Op. cit.** Pág. 2.

generoso, corazón de vibrante sensibilidad, fue Don Pablo uno de los liberales más ilustres con que contó la naciente República. Su amor por la patria es algo que emociona y su compenetración del sentido y significado de nuestro devenir histórico algo que da mucho que pensar.

El patriotismo de Pablo Arosemena no era ni la máscara encubridora de bastardos apetitos ni la actitud irreflexiva que pudiera provocar el alud de circunstancias del momento. Ni el egoísmo oportunista ni la engañosa alucinación nublaron jamás su dimensión de lo nacional. Esto lo confirma el hecho de que el 14 de Noviembre de 1903, cuando la embriaguez libertaria estremecía aún los corazones panameños, escribiera con esa sinceridad que siempre emanaba de sus escritos: "El pensamiento de la independencia del Istmo de Panamá, *que es muy antiguo*, nunca tuvo mi favor."[36] Mas, no se mal interpreten sus palabras. Si su pensamiento no favorecía la idea de la independencia, no se debió ni por un momento a una ausencia de perspectiva de lo nacional; se debía, por el contrario, a que su razón le decía que la inmadurez del panameño no podía asegurarnos la estabilidad de la República. A este respecto decía:

> "He pensado que el pueblo istmeño —cuya educación ha sido descuidada— no había ganado aún condiciones morales y la fuerza material que requieren una organización política seria, estable y fecunda para el pueblo".[37]

Esa primaria desconfianza en nuestras posibilidades se iba a transformar posteriormente en una gran fe en nuestra potencialidad de pueblo, y a esa gran fe iba a dedicar su vida. Por ello, ya desde el primer momento en que la determinación había sido tomada, él mismo iba a considerar inoportuno el discutir sobre la materia; la suerte estaba echada y sólo cabía asumir la responsabilidad que la decisión involucraba. "Suceso de extraordinaria gravedad y de largo alcance —diría después— planteó la cuestión política con claridad matemática: ser o no ser".[38]

---

36 Arosemena, Pablo: *Declaración del 3 de Noviembre de 1904*, en ***Escritos.*** Imprenta Nacional. Panamá. 1930. Tomo II. pág 147.
37 **Ibid.** Pág. 147.
38 Arosemena, Pablo: *Discurso ante la tumba del Dr. Manuel Amador Guerrero.* **Op.cit.** Pág. 142.

A partir de ese momento, su pluma, quizás la más brillante de los repúblicos, no tuvo más objetivos que el de fundamentar la República sobre la base de una auténtica comprensión de lo panameño responsabilizada frente al futuro. Tal propósito implicaba, en primer término, la justificación del acto independentista y, en segundo lugar, el mantenimiento de la misma mediante cumplimiento de los graves deberes que tal acontecimiento les imponía.

Para lo primero no desaprovechó ocasión. Allí donde su voz debía oírse, sus palabras se ofrecían siempre como una apelación a la conciencia histórica en demanda de un claro entendimiento del derecho de autodeterminación que le asistía al pueblo panameño. Y en él entonces, el lógico razonamiento se conjugaba armoniosamente con el cálido sentimiento para subrayar su reclamo. Así se nos manifiesta a la muerte del Dr. Manuel Amador Guerrero:

> "La Palabra patria significaba en la antigüedad la tierra de los padres; Tierra Patria. La patria de cada hombre era la parte del suelo que su religión doméstica o Nacional había santificado; la tierra donde reposaban los huesos de sus antepasados y ocupada por sus almas. "Tierra sagrada de la patria", decían los griegos. Y Platón decía: "La patria nos cría, nos sustenta y nos educa". Y Sófocles: "la patria nos conserva"... Comprendo el gozo íntimo de aquel adalid mitológico en cuyos labios pone la historia esta frase atrevida: "Al paso de mi caballo se va ensanchando Castilla". Y aprecio también la devoción del mártir de San Mateo; fue grande su sacrificio; pero más grande fue su gloria; tuvo por sepultura el firmamento y por sudario un manto de estrellas".
>
> "Se halla la aspiración de la independencia firme en el alma de los pueblos. Sólo rinden su derecho de soberanía las razas degeneradas; las que por la acción letal del despotismo han caído, en la sima de vergonzosa degradación. Es persistente en el esclavo el deseo de quebrantar sus cadenas".[39]

39 Arosemena, Pablo. *Discurso ante la tumba del Dr. Manuel Amador Guerrero.* **Op. cit.** Pág. 143.

La fundamentación histórica, bruñida de poesía, se hace aquí patente, lo que no debilita su razonamiento. Por el contrario, ello le da más calidad humana. Es el grito de la razón que se apoya en el corazón del hombre.

Planteada así la cuestión, nada más natural que el pueblo panameño, haciendo uso de un derecho inherente a su condición de comunidad históricamente conformada, tomara en sus propias manos el gobierno de sus negocios. Por ello no vacila en afirmar:

> "La proclamación del 3 de Noviembre de 1903, es hecho natural y lógico, que tiene la sanción de la moral y de la historia; *acto de legítima defensa*, que requería, urgida, la salud del pueblo istmeño. Era dolorosa; pero necesaria. No podía, no debía prevalecer el sentimentalismo sobre los consejos de la razón. El egoísmo es la principal de las condiciones del hombre de Estado".[40]

Posteriormente seguirá insistiendo constantemente en la idea de la independencia como un acto de defensa de nuestro pueblo. Así volvemos a encontrarnos con esta idea en una alocución de Don Pablo cuando ocupaba la más alta magistratura de la República. "La proclamación de la independencia —decía—estaba ampliamente justificada. Se concibe el suicidio de un hombre, pero no el de un pueblo. Esa proclamación fue un acto de defensa".[41] Las ideas anteriores son completadas más tarde con su ensayo *"La secesión de Panamá y sus causas"*, publicado en 1915 [42], interpretación de nuestra independencia "la más completa, más lógica, la más profunda y más viril" a decir de Gasteazoro.[43]

Y como apuntábamos más arriba, este empeño de don Pablo por justificar el acto separatista, patriótico empeño que no tiene parangón en la historia de nuestro devenir republicano, iba acompañado del esfuerzo más significativo aún de asegurarnos esa conquista mediante la afirmación de nuestra entidad.

---

40 Arosemena, Pablo: **Op. cit.,** loc. cit. Pág. 143.
41 Arosemena, Pablo: *Alocución,* en ***Escritos.*** Pág. 185.
42 Arosemena, Pablo: *La Secesión de Panamá y sus causas,* en ***Escritos.*** T. II. Págs. 160-184.
43 Gasteazoro, Carlos Manuel: ***El 3 de Noviembre de 1903 y nosotros.*** Ed. Castilla del Oro. Panamá. 1952. Pág. 7.

Los caminos que avisoraba eran muchos: la moral y la cultura; el espíritu de justicia y la conservación de la paz; las posibilidades eran pocas: un puñado minúsculo de hombres capaces con una gran fe en el porvenir. Y él personalmente se convierte en el campeón de esta lucha afirmativa. Ya en los primeros días de nuestra experiencia autonómica, y con motivo de la toma de posesión del Dr. Manuel Amador Guerrero, exclamaba enérgicamente:

> "No tenemos el derecho de matar lo que hemos creado; no tenemos el derecho de deshonrarnos ante el mundo, que nos observa atento, para aplaudirnos, si subimos; para insultarnos si caemos. Tenemos en nuestras manos nuestro destino: salvémoslo".[44]

Hermosas palabras del patricio, reveladoras hasta la saciedad de una conciencia medularmente penetrada de la responsabilidad que le cabía ante la historia. No se trataba de gobernar simplemente; se trataba de organizar, de crear y de consolidar. En otras palabras, había que hacer una República que sólo podía tener por base una profunda dimensión de lo nacional. "La República —decía— está apenas decretada en las instituciones: su conservación en la legalidad y en la justicia requiere la acción juiciosa y armónica de todos los istmeños".[45]

Esa conservación en la legalidad y la justicia sólo podía lograrse mediante la impulsión de la ley y el orden institucional hacia la realización y canalización de la soberanía del pueblo por derroteros justos y vitalmente creadores.

> "El pueblo istmeño tiene la seguridad de que la soberanía de los pueblos no resultará escrita con tinta simpática; y de que los poderes del porvenir tendrán su origen, no en capricho oficial —una culpa— sino en el sufragio de los electores, libremente emitido, honradamente escrutado".[46]

---

44 Arosemena, Pablo: *Discurso en la toma de posesión del Dr. Manuel Amador Guerrero*, en **Escritos,** T. II. Pág. 113.
45 **Op. cit.,** Loc. cit. Pág. 112.
46 Arosemena, Pablo: **Op. cit.,** Loc. cit. Pág. 113.

En un pueblo como el nuestro, intelectualmente castrado por la crasa y secular ignorancia a que nos habían condenado los que desde dentro y desde fuera nos gobernaban, resultaba casi una ilusión, una utopía, esperar la efectividad de tan sanos propósitos. De ello era consciente el ilustre ciudadano y por ello habría de insistir con tesonera terquedad en la urgente necesidad de culturalizar al pueblo, de conducirlo por los caminos de las ideas y del conocimiento, a fin de insuflar en ellos con claridad meridiana e inconfundible las nociones del derecho y del deber.

> "En las escuelas se cultiva la mente y se modifica, si no se modela el corazón; el delito es en muchos casos error; noción insuficiente del deber. Pueblo que conoce sus derechos los estima y los defiende; pueblo que tiene la idea exacta de sus deberes, los pesa y los cumple. Se impone la enseñanza persistente de la moral política, y alentar las manifestaciones del valor civil; el valor civil salva las sociedades". [47]

Pasando de las palabras a la acción, don Pablo supo ser leal a sus ideales patrióticos. De ello nos dan fe los resultados de la labor realizada durante su período presidencial. Si bien sus opositores lo acosaron siempre dibujándolo como un ambicioso y tirano, dibujos ejecutados, como él mismo decía, con pinceles empapados en sangre, es necesario reconocer que su administración constituye uno de los basamentos de nuestra estructura política y espiritual. Vacilaba la República en el oleaje embravecido de una tempestad de odios y luchas internas, pero vacilante, caminaba hacia adelante confirmando su personalidad de pueblo libre. Cuando abandona don Pablo la presidencia exclama: "Aún podemos salvar lo que queda de independencia y de República. Este resultado se alcanzará levantando los corazones; reemplazando el criterio del odio por el criterio de la patria y alzando con brazo firme, y muy alto, los colores nacionales".[48] Y la independencia fue subrayada por la historia y la

---

47 **Op. cit.,** Loc. cit. Pág.113.
48 Arosemena, Pablo: *Mensaje a la Asamblea Nacional en 1912,* en **Escritos.** T. II. Pág. 225.

República salvada por sus hombres. Salvación nacional que debe al Dr. Pablo Arosemena más de lo que la historia hasta el momento ha revelado.

B.- *Eusebio A. Morales o la conciencia crítica*

Acertado ha estado Diógenes de la Rosa al considerar al Dr. Eusebio A. Morales como la conciencia crítica de la República.[49] Coautor de la misma, fue al mismo tiempo el más audaz y virulento crítico de la obra que había contribuido a forjar. Quizás nadie más autorizado que el Dr. Morales para ocupar el papel de vigilante activo de la República, pues pocos como él llegaron a conocer tan bien los distintos cauces de su desenvolvimiento. No hubo resquicio que su mirada escrutadora no repasara ni dédalo administrativo que no sintiera el calor de sus manos. Oteador del progreso, quiso ser, como Sarmiento, un actualizador del porvenir.

Instruido en las ciencias del Derecho y de la Política, investigador incansable de nuestra vida social y económica, bebedor permanente en las fuentes del saber, su espiritu inquieto escudriñó, en el ajetreo incesante de su vida, cada intersticio que la existencia humana ofrecía y que pudiera ser puesto al servicio de nuestro andar vital.

No era Morales el tipo de hombre de ciencia frío y calculador, sino que, por el contrario, la minuciosidad del matemático con la inspiración del poeta encontraban en él una maravillosa síntesis. Ello nos lo demuestran las palabras que brotaron de su pluma cuando en las alturas del Volcán de Chiriquí, semejando a Petrarca en el Ventoso, sus miradas se extasiaban ante el maravilloso espectáculo que la naturaleza ofrecía:

> "¡Cuán inmenso, armonioso y sublime es el poder de las leyes de la naturaleza a cuyo influjo surgen los mundos y se originan y desarrollan y transforman los seres vivos! ¡Cuán inmensa es la escala viviente que principia en el plasma de las cromáceas y termina en el hombre! ¡Y cuán pequeño es el ser que se atribuye el papel de rey de la creación y no ha

49 De la Rosa, Diógenes. **Eusebio A. Morales.** Imprenta Nacional. Panamá. 1950.

podido pasar los umbrales del templo en que la naturaleza guarda sus misterios".[50.]

El hombre que estas cosas escribía no podía ser menos que un pensador profundo atenaceado en su espíritu por el mundo que lo circundaba. Sólo así nos explicamos la pasión y la casi religiosidad con que se nos revela en algunos de sus escritos, más que nada en aquellos en los que se refería a las cuestiones imbrincadas en el problema de la nacionalidad.

Cuando la República adviene soberana en el concierto de las naciones libres, su pluma y su cerebro están ya al servicio de la nación. A él se deben el *Manifiesto de Separación de Panamá* y el *Mensaje* dirigido por la Junta de Gobierno Provisional a la Convención Constituyente de 1904, piedras angulares de la nueva estructura estatal. Es el punto de partida de su actividad, en la acción y el pensamiento, conducente al logro de una expresión real de la panameñidad.

Nació la República con una pesada carga sobre sus débiles hombros: el Tratado del Canal. A este problema glandular de nuestra existencia como país libre dedicaría Morales gran parte de sus energías. Ya en 1904, en sus *Cuestiones del Canal*, inicia su campaña de reafirmación de la soberanía nacional en la zona arrendada a los Estados Unidos. "No fue el pensamiento —diría— de las altas partes contratantes celebrar un convenio de cesión de territorio ni de renuncia absoluta de soberanía por parte de alguna de ellas".[51]

No había entre Panamá y los Estados Unidos otra relación jurídica que aquella existente entre un arrendador y su arrendatario, y a esta relación debía ceñirse toda interpretación de las cláusulas del Tratado. La existencia de cláusulas que estuvieran en contradicción con esta idea, debían ser desechadas o interpretadas a la luz de aquellas posteriores a ellas en las cuales se afirmaba nuestra soberanía sobre la Zona del Canal. No era capricho ni desvirtuación de principios. En este sentido recuerda que en los tratados públicos es inadmisible la existencia de cláusulas inútiles o contradictorias. Las primeras deben ser entendidas de modo que produzcan algún efecto, y las segundas, deben

50 Morales, Eusebio A.: *Chiriquí,* en ***Ensayos, documentos y discursos.*** Ed. La Moderna. Panamá. 1928. Pág.102.
51 Morales, Eusebio A.: ***Cuestiones del Canal.*** Op. Cit. Pág. 62.

interpretarse teniendo en cuenta el tenor de las últimas porque, y en ello se apoya en Woolsey, se supone que éstas expresan la última idea o pensamiento de las partes contratantes.

Sobre la base de este criterio jurídico presenta Morales su alegato sobre puertos, correos y aduanas que constituye el fundamento teórico de todos nuestros reclamos reivindicativos hasta el presente. Mas, nuestras relaciones con los Estados Unidos no se reducían a una simple cuestión de interpretación del Tratado. Convencido como estaba de que este adolecía de vicios y absurdos peligrosos para nuestra estabilidad como nación libre, se convierte en el primer paladín en la lucha por un nuevo Tratado del Canal.

Pero los problemas de la República no estaban únicamente vinculados a la cuestión fundamental del Canal. Allí estaba el drama interno, el desmembramiento de las instituciones, el pesimismo obturante del progreso y el desborde de las pasiones y apetitos, frenadores del desarrollo de nuestras virtualidades. Como coautor de la República se sabe con la responsabilidad de pesar lo actuado para poder seguir adelante.

"Los hombres —decía— que hemos estado envueltos en los movimientos políticos y sociales y en las transformaciones que el país ha experimentado durante casi un cuarto de siglo, tenemos el deber sagrado de manifestar lo que hoy pensamos de nuestra obra de ayer y de expresar con sinceridad y franqueza los resultados de nuestra experiencia".[52]

Avizor de las dificultades implicadas en la construcción de la República, captador de la fragilidad de las bases en que se asentaba la nacionalidad y deseoso del fortalecimiento de la misma, fue desde los inicios de la vida republicana el eterno pulsador de la inquietante incertidumbre que se cernía sobre los pueblos istmeños. Actuando con infatigable afán, sugiriendo y criticando los derroteros por los cuales se encaminaba la joven nación, fue un devoto de nuestra afirmación nacional y un profeta de nuestro porvenir incierto. Ya en los primeros años atestaba que, para nuestro pueblo,

> "fundar una nacionalidad, crear un Estado, o sea, un nuevo organismo político con personería internacional, no es la so-

52 Morales, Eusebio A.: *Discurso pronunciado el 28 de Noviembre de 1922 en la graduación de la Escuela Nacional de Derecho,* en **Ensayos, documentos y discursos.** Pág.168.

> lución completa del problema de sus necesidades y aspiraciones".[53]

Era preciso levantar la República sobre bases sólidas; que las promesas que se habían hecho al pueblo del Istmo no fueran, simples palabras; que el impulso de las almas y la aspiración de los corazones encontraran en las realizaciones del nuevo Estado los objetivos de sus apetencias. Para ello era preciso dar un nuevo contenido al organismo creado, orientarlo hacia horizontes de renovación total. De lo contrario, la separación debía ser considerada como un fraude "reprobado por la conciencia y execrado por la historia".[54] Animado por esta idea de renovación integral lo vemos sentenciar en el discurso pronunciado con motivo de la toma de posesión del Presidente Obaldía:

> "Renovación de hombres, de prácticas, de costumbres y de sistemas. RENOVACIÓN, señor, es la idea que corresponde al anhelo actual del pueblo panameño; renovación es la bandera que casi inconscientemente han llevado en alto las agrupaciones que os han elegido".[55]

Con la consigna de "es preciso cambiar de rumbos o fracasar", fustigaba día tras día con el dardo de su crítica cáustica lo que él llamaba nuestras pervertidas costumbres políticas y perniciosos hábitos sociales, mientras que, con la sabiduría que lo caracterizaba, indicaba los nuevos rumbos de la regeneración nacional. Por allá por el vigésimo segundo año de nuestra independencia se mostraba partidario de una reforma constitucional, pues comprendía que nuestra Constitución de 1904 ya no se ajustaba a las exigencias de la nación, por lo cual reclamaba una reforma sustancial de la misma fundamentalmente en lo que afectaba al Poder Judicial. Él quería una República en la que el Juez, como en el Imperio de Dioeces, fuera árbitro amigable entre gentes

---

53 Morales, Eusebio A.: *Discurso pronunciado en la toma de posesión del Presidente Obaldía,* en obra citada. Pág. 139.

54 Morales, Eusebio A.: *Discurso en el cumpleaños del Dr. Pablo Arosemena,* en obra citada, T.II. Pág. 146.

55 Morales, Eusebio A.: *Discurso al tomar posesión el presidente Obaldía,* en obra citada. T. I. Pág. 140.

anhelosas de justicia. Así mismo señalaba la necesidad de una reforma esencial de la estructura democrática establecida en la Constitución de manera que la política funcionara, no como una industria provechosa, sino como un deber cívico en el cual se pusieran en juego las capacidades del individuo.

> "Debemos esforzarnos —decía— por establecer que la democracia verdadera se funda en la capacidad y en la integridad individual de los ciudadanos y en el valor social de éstos como seres conscientes y responsables; y que su importancia y su grandeza nacen de la combinación de las voluntades sinceras movidas por impulsos espontáneos. En otras condiciones la democracia es una farsa, un sueño, un delirio y un peligro".[56]

Pero más que las reformas constitucionales, más que la renovación de nuestro sistema económico y social, más que el desarrollo de las industrias, la salvación de la República precisaba de un afianzamiento del sentimiento de la nacionalidad. Y es quizás en esto donde el Dr. Morales se nos manifiesta profundamente poseído por el espíritu nacional. Nadie como él comprendió que la permanencia de nuestra patria dependía fundamentalmente de una fuerte conciencia del propio ser sobre la base de una exacta mesura de lo panameño. "Nuestro país —decía— necesita ante todo y sobre todo el cultivo del sentimiento de la nacionalidad".[57] Por encima de los ideales partidistas, por encima de los enconos y de las luchas individualistas, debía imperar la inalterable voluntad colectiva de ver al país como una entidad moral segura frente al futuro.

> "El sentimiento de la nacionalidad —apuntaba— es el supremo creador de ideales, el generador de los grandes heroísmos, la fuente de todos los triunfos y glorias nacionales y el resorte moral que impele al hombre a los más grandes sacrificios. Un país sin ideales no es una nación, no es un Estado,

56 Morales, Eusebio A.: *Discurso en la Escuela Nacional de Derecho,* en Obra citada. T. II. Pág. 167.
57 Morales, Eusebio A.: *Discurso de posesión del presidente Valdés.*

> es un girón geográfico sin personalidad moral, cuyo destino es desaparecer y extinguirse para siempre. Cultivemos el sentimiento de la nacionalidad para que de él nazcan los ideales propios que le sirvan de estrella polar, no a un gobernante, sino a todos los gobernantes nacionales, cualesquiera que sean su origen y sus opiniones políticas, y para que la nación misma se vea impelida hacia arriba por una fuerza moral irresistible e inflexible".[58]

Como el enemigo más peligroso en el robustecimiento de la conciencia nacional consideraba el pesimismo con que el panameño se enfrentaba al porvenir, la patente desconfianza en su destino. Por esta mentalidad contraria a toda idea de crecimiento interno, resultaba más difícil el logro de una verdadera toma de conciencia de lo nuestro.

> "Era esa una labor árdua —sentenciaba— en un país como el nuestro en donde impera el pesimismo más desconsolador sobre nuestros destinos nacionales. Tal parece que nadie entre nosotros mismos creyera en la existencia real del país como entidad independiente, y es precisamente ese pesimismo lo que debilita nuestro carácter y nos arrastra a perder lo que poseemos".[59]

Ante esta situación se hacía impostergable la afirmación y consagración de la panameñidad mediante la erradicación de esa mentalidad antinacional. Tal necesidad se hacía más urgente entre nosotros por la presencia en nuestro propio terruño de un poder extranjero, de una cultura extraña que fácilmente podía absorber los elementos más preciados de nuestra nacionalidad. Afortunadamente para nosotros, la tarea de reafirmación nacional fue lograda y, ante la amenaza persistente de disolución por factores extraños, lo panameño conquista su entidad propia, inconfundible; hazaña que pocos pueblos han logrado

58 Morales, Eusebio A.: **Op. cit.** Loc. cit. Pág. 185.
59 Morales, Eusebio A.: **Op. cit.** Loc. cit. Pág. 186.

alcanzar en iguales circunstancias. Ello debido a que el panameño, si bien se mostraba pesimista frente al futuro, no llegó a desconfiar de sus propias potencias creadoras hasta el punto de que llegara a negarse a sí mismo plegándose a un pueblo extraño, a una cultura divorciada de sus más íntimas aspiraciones e ideales.

El Dr. Morales comprendió esto. Si bien advertía el peligro, nunca temió que la panameñidad pudiera ser suplantada por un producto híbrido de inconsistente valor nacional, desfiguración de lo propio que sólo podía conducir a la muerte, a la extinción definitiva. Por ello, al tiempo que criticaba nuestro pesimismo, afirma orgulloso no temer a la dominación de los Estados Unidos.

> "Quien teme a la influencia o a la dominación de otro —exclamaba— sea el caso entre individuos, o sea entre naciones, demuestra aceptar y reconocer una inferioridad que lo convierte en materia plástica para el vasallaje. Nosotros hemos aprendido a confiar en nosotros mismos, hemos aprendido a ser independientes, a no creernos inferiores, a no aceptar humillados la dominación de nadie".[60]

Finalizamos así nuestro ligero recorrido por la obra de nuestro distinguido patricio, en el cual sólo he insistido en aquellos elementos que más revelan la intensidad de su sentido de lo nacional como una de las fases del movimiento afirmativo de la panameñidad. Consideramos que con su obra llega a su final un período crítico de la República en el cual se jugaba su personalidad como nación libre y soberana. Quizás muchos de sus afanes y desvelos quedaron como simples metas señaladas que a nosotros cabe alcanzar. Pero independientemente de que sus luchas no alcanzaran su adecuada actualización, es preciso reconocer que ya para la tercera década de la vida republicana la nacionalidad había quedado definitivamente asegurada. Desde entonces nuevas direcciones en el pensar panameño comenzarían a manifestarse para el cumplimiento del deber nacional. A ellas vamos a referirnos enseguida.

---

60 Morales, Eusebio A.: *Discurso pronunciado en Mobile el 28 de Octubre de 1913,* en **Op. cit.** T. I. Pág.163.

3.
Definición del ser

Pasadas las tres primeras décadas en las cuales la conciencia de lo panameño se revertía hacia el proceso de integración y consolidación de la nacionalidad, una nueva intención cobra la discusión en torno a la panameñidad. Ya la nación había logrado su configuración física y espiritual; ya la República se había asegurado un puesto permanente en el concierto de las naciones libres de América; ya nadie dudaba que aquí, en esta estrecha garganta geográfica, el espíritu de pueblo había vencido la adversidad que las circunstancias habían impuesto sobre el nacimiento de nuestra nacionalidad.

Otros problemas de vital importancia rondaron en torno al devenir republicano. Si la crisis del parto había sido superada, la crisis del crecimiento comenzaba a hacer sentir sus síntomas degeneratrices. Y fue entonces cuando comenzó a perfilarse un nuevo acento en la investigación de lo panameño. Ya se habla de crisis de valores, de fracasos, de agotamiento del impulso inicial. En estas condiciones, la mirada inquisidora se propone nuevos objetivos. La regeneración nacional requería el conocimiento de lo panameño, la búsqueda de lo que nos define como entidad real para, a partir de ese conocimiento, encontrar las vías conducentes a una reconstrucción de la nacionalidad.

En la vida política se hace sensible ese espíritu de renovación con el surgimiento de nuevos partidos que se proponen negar viejos principios y doctrinas desteñidas. La juventud enarbola la bandera del nacionalismo como instrumento de reestructuración nacional y se ve envuelta en movimientos que si bien no logran siempre el cumplimiento de sus ideales, constituyen avanzadas de una mentalidad modeladora del futuro. En el terreno de la cultura se nota esa inquietante necesidad de elevarse sobre los reducidos marcos de nuestros haberes intelectuales y, como resultado de ese saludable movimiento del espíritu, vemos cimentar, en 1935, las bases de nuestra Universidad Nacional: brillante estocada al poderío de la ignorancia.

En las tertulias caseras y en las páginas de los periódicos se discute sobre el papel de las nuevas generaciones. En el ardor y el entusiasmo que sólo la juventud sabe imprimir en la polémica patriótica, no faltan los detractores de la

labor del pasado; error perdonable por la buena fe que los inspira. Es de comprender que ninguna generación se sienta satisfecha de sus maestros y que no falte quien se considere huérfano de ellos. ¡En cuántas ocasiones no hemos oído decir que la lucha actual del panameño es más que nada una lucha de generaciones! Perdónese la injustificada tesis por lo positivo que en ella pueda esconderse. Desgraciado el país en el que la juventud se sienta satisfecha con lo que ha recibido. El impulso a la superación sólo puede nacer en el epicentro de una gran insatisfacción.

Vitalizado por este sentimiento vemos surgir en la historia de la conciencia nacional el afán por la búsqueda de una definición de lo panameño y del panameño. Como afluentes de esta corriente purificadora de lo nuestro han participado nuestros más destacados intelectuales, entre los que figuran los nombres de Rodrigo Miró, Roque Javier Laurenza, Ricardo J. Bermúdez, Carlos Manuel Gasteazoro, José Isaac Fábrega y muchos otros que, en sus escritos, no han dejado de sentirse preocupados por la pregunta que interroga por el propio ser. Pero quienes más sistemáticamente se han ocupado en el encuentro de la médula sustancial de la panameñidad, son, sin duda alguna, el Dr. Octavio Méndez Pereira, el Lic. Diógenes de la Rosa y el Dr. Diego Domínguez Caballero, a quienes hemos de dedicar algunas consideraciones en torno a su labor definidora.

A.—Octavio Méndez Pereira

El primero en nuestro país que habla de panameñidad, entendida ésta como la esencia y sustancia de lo panameño, es el Dr. Méndez. Y es que lo nuestro, en tanto que somos y podemos ser, fue preocupación permanente en su vida y en su pensamiento. En todos sus escritos y discursos podemos captar la emoción palpitante por los problemas de la nacionalidad, fundamentalmente por aquellos que rozan con las cuestiones de la cultura. ¿Y qué es lo que ha dicho sobre una definición de lo panameño? ¿Qué es lo que para el Dr. Méndez constituye el logos explicatorio de nuestra existencia espiritual?

Basándose en la idea del "espíritu territorial" con la que el distinguido ensayista Ángel Ganivet interpreta el alma del pueblo español, el Dr. Méndez Pereira, en ese magnífico ensayo de redescubrimiento de la panameñidad que se titula "Panamá, país y nación de tránsito", se dió a la meritoria tarea de

considerar el carácter del panameño desde tan especial punto de vista. "Valdría la pena —nos dice— intentar un día un estudio a fondo de ese carácter especial que a los panameños nos ha creado y nos está desarrollando nuestro *espíritu territorial*".[61] Y no es otra cosa lo que intenta el Dr. Méndez, con resultados verdaderamente positivos.

El espíritu territorial que nos caracteriza tiene su fundamento en nuestra condición de país de tránsito, condición a la que fuimos condenados por la naturaleza y por el hombre. Nuestra vida espiritual está íntimamente vinculada a esta realidad de camino.

> "He sostenido yo antes con respecto a Panamá —nos dice—, que esta posición de puente del mundo nos va creando, sin darnos cuenta, una psicología de pueblo de tránsito, si así puede decirse. Psicología ligera, despreocupada, sin sentido de tradiciones, de constancia, ni aun de nacionalismo bien entendido, pues el que a veces ha apuntado ha sido de imitaciones de fobias".[62]

No es la primera vez que se nos caracteriza como nación de tránsito. Ya en el Siglo XIX, Salvador Camacho Roldán en sus *Notas de Viajes*[63], y José María Hostos en sus apuntes a propósito de su paso por Panamá[64], dirigían su atención a esta especial peculiaridad del panameño. Ahora el Dr. Méndez, fundándose en el papel histórico que ha jugado nuestro país en la realidad americana, desde los primeros años del descubrimiento, interpreta el carácter del panameño como determinado por esta posición de camino.

Una actitud de fuga frente al presente, un como permanente estado de alerta para seguir andando, quién sabe hacia dónde, y que le recuerda al Dr. Méndez la figura de la Victoria de Samotracia: he allí la actitud mental del panameño. Así nada puede tener raigambre nacional, pues nuestra propia vida parece haber sido hecha para la transitoriedad. Vivir para el presente, tal pare-

---

61 Méndez Pereira, Octavio: ***Panamá, país y nación de tránsito.*** Biblioteca Selecta. Año I. No 2. Febrero de 1946.
62 **Ibid.** Pág. 16.
63 Camacho Roldán, Salvador: ***Notas de viajes.*** Librería Colombiana. Bogotá. 1897.
64 Hostos, José María: ***Mi viaje al Sur.*** Universidad. No. 31. Panamá. 1952.

ciera ser la filosofía que nos orienta en la vida, con su correlativo en la esfera del espíritu: "un sometimiento del espíritu a los impulsos primarios de la vitalidad, con detrimento grave de la cultura".[65]

En tales condiciones, nuestra supervivencia como país y como pueblo nos obliga a volver la mirada hacia nosotros mismos para sopesar lo que somos y poder llegar al cumplimiento de lo que debemos ser: una nación fuerte, solidaria con su destino. De allí que se imponga la búsqueda de caminos; rutas que nos enderecen hacia nuestra interioridad, creando una conciencia colectiva de pueblo y que vincule fuertemente la existencia interior del panameño a la realidad vital que nosotros somos. Esos caminos, para el Dr. Méndez, sólo pueden encontrarse por la vía de la educación y la cultura que nos instruya a la vez que fortalezca nuestra voluntad de pueblo. A este respecto ha dicho:

> " ... no sólo nos falta una cultura así integralmente concebida; nos falta como consecuencia el equilibrio que ella establece entre las fuerzas externas de transformación y la personalidad permanente del pueblo. Esta formación de la propia personalidad parece la condición *sine qua non* para que la cultura trascienda de nosotros mismos y pueda contribuir a darle consistencia histórica y conciencia de su propia potencialidad a la nación".[66]

Adalid de no pocos movimientos intelectuales de nuestro país, fue el Dr. Méndez un convencido de la preeminencia del desarrollo cultural como manera de asegurarnos una auténtica panameñidad. Esa forma "alegre y confiada" que tenemos los panameños de vivir nuestra vida sin atender al futuro, puede ser convertida en una férrea conciencia nacional que nos enseñe a vivir con dignidad y confianza, y no en la ingenua fe en la generosidad de Júpiter. Ello es todo un desafío a la crisis de nuestro tiempo y que, para él, debe hacerlo fundamentalmente la Universidad.[67]

---

65 Méndez Pereira, Octavio: **Op. cit.** Pág.22.
66 Méndez Pereira, Octavio: **Op. cit.** Pág. 24.
67 Méndez Pereira, Octavio: ***Un Juramento Académico.*** Editora Panamá América. Panamá. 1951. Pág. 8.

Enraizar nuestro porvenir en lo más arterial de nuestro propio ser como vehículo para alcanzar una auténtica expresión de lo panameño en la que se conjugue nuestra espiritualidad con las realizaciones en los otros órdenes vitales: he allí el camino. Así, vida y espíritu sustancializados con nuestra historia y tradición, habrá de "formarnos con nuestras propias fuerzas un auténtico destino y una auténtica nacionalidad".[68]

En estos tiempos en que el hombre vive subsumido en el diario trajinar cuya meta impulsiva es el medro personal y en que los altos valores del espíritu quedan subordinados a las apetencias utilitarias, resulta estimulante la presencia de personas que, como el Dr. Méndez creen en la afirmación de la espiritualidad como medio necesario para lograr nuestra autenticidad de pueblo. Su consigna de "la regeneración por la cultura" es toda una advertencia que todo panameño debe llevar siempre como divisa.

B.–*Diógenes de la Rosa*

Pertenece Diógenes de la Rosa a esa generación que por allá por los primeros años de la década del 30 comenzaba a dar visibles muestras de insatisfacción frente al pasado y desazón frente al futuro. Se discutía entonces el problema de las generaciones. Roque Javier Laurenza, el Dr. Méndez Pereira y Rodrigo Miró participaban de la polémica. En estas condiciones, Diógenes de la Rosa tercia en la disputa e inicia su reflexiones en torno al sentido de lo panameño.

No sería exagerado decir que es él el primero y quizás el único que intenta, a base de las doctrinas filosófico-políticas del marxismo, darnos una nueva interpretación de la realidad panameña. Así, su pensamiento va a estar impregnado de un carácter eminentemente sociológico. La infraestructura económica y el hombre como "ser social" van a ser los ingredientes determinativos del sentido de lo panameño.

Sobre la base de este criterio nos da su posición frente al pasado. No se trata de destruir el pasado para proyectarnos hacia el futuro; se trata, más

68 Méndez Pereira, Octavio: *Cultura como expresión del espíritu*. Editora Panamá América. Panamá. 1952. Pág. 2.

bien, de explicarlo. Y explicación significa en él la negación, en cuanto negación es término positivo en la formulación del porvenir. "No queremos los hombres de la nueva generación, indudablemente, continuar el pasado. Al contrario, lo negamos. Es decir, buscamos destruirlo para edificar el futuro, una nueva ordenación en la cual ascienda el nivel vital del hombre. Mas no puede ser sino ese mismo pasado y ese mismo presente los que nos presten los ingredientes que la química de nuestra acción realizará en una síntesis más alta".[69] No es un desentenderse del pasado sino un explicitárselo, y, desde allí, y desde el presente, la creación futura. Tesis, antítesis y síntesis. La vieja tesis hegeliana va a encarnarse en su concepción de lo panameño.

Se retrotrae al pasado inmediato; al nacimiento de la República, donde la generación inmediatamente anterior, la de los repúblicos, empeña sus armas en la estructuración de la nacionalidad. Un breve análisis de las condiciones del nacimiento lo empuja a afirmar que nuestros próceres, como los personajes dramáticos de Ibsen, vivían su tragedia sin comprender las fuerzas que se agitaban en el fondo de los acontecimientos.[70]

Por otro lado anota la afluencia del metal aurífero a la vida de la nación, con la consecuente actitud de quien está con las manos abiertas bajo el cuerno de la abundancia sin darse cuenta que "el auge no ha oreado sino la epidermis de la vida nacional y que en el fondo siguen letárgicas las aguas de la palude".[71]

¿Y cuál va a ser la consecuencia en la vida del espíritu panameño de esta riqueza periférica? Una actitud ligera y de imprevisión. He allí el resultado de haber tenido lo que él llama "la riqueza sin el esfuerzo, el signo sin el significado, la forma sin el contenido".[72] Ideológicamente esta actitud se traduce en términos de superficialidad; superficialidad del espíritu, superficialidad de la cultura. "Nadie piensa instruirse para apercibirse a la aventura de explotar luego los mares del pensamiento y sondear los problemas constantes de la

69 De la Rosa, Diógenes: *Reflexiones.* **La Estrella de Panamá.** Vol. LXXXIV. No. 24.167. 1o. de Mayo de 1933.

70 Demás está decir que no compartimos el criterio del distinguido ensayista pues ya hemos advertido cómo numerosos actores del génesis republicano mostraron una auténtica comprensión de la República en sus actuaciones. Basta con recordar a Pablo Arosemena y a Eusebio A. Morales.

71 De la Rosa, Diógenes: **Op. cit.**

72 De la Rosa, Diógenes: *Hipos de la reacción.* **La Estrella de Panamá.** Vol. LXXXIV. No. 24.220. 23 de junio. 1933.

ciencia y la filosofía. El intelectual es el individuo que sirve a determinados intereses sociales suministrándoles fuerzas tomadas del predio de la supraestructura ideológica".[73] Vida espiritual sin grandes preocupaciones y sin grandes objetivos. Basta con flotar en la superficie de los hechos y, desde esa superficie, adornar el andamiaje de una estructura también superficial en su forma.

En la literatura esa actitud se hace sensible en el vanguardismo, movimiento que él considera propio de una pequeña burguesía atemorizada. "Gran parte de la literatura que la ignorancia de los críticos epidérmicos denomina "vanguardista", traduce las vacilantes e incertidumbres de la pequeña burguesía que se revuelve contra la burguesía sin complicarse en la insurgencia proletaria".[74]

Queda así hecha, a grandes rasgos, una radiografía de nuestra vida próximo-pasada y presente. Y, ¿qué es lo que queda para el porvenir? ¿Cuáles son las posibilidades del espíritu panameño en el mundo del futuro que nos aguarda? ¿Somos seres capacitados para las altas faenas culturales? Su respuesta es afirmativa. Ni ausencia de imaginación ni carencia de emotividad caracterizan el alma panameña. "Me parece que por muy escasas que sean las aportaciones de los panameños a la cultura, no sólo a la nuestra, sino a la cultura universal, no podemos tampoco honestamente darle a esta primera cuestión como respuesta una negativa absoluta".[75] Las elaboraciones jurídicas del período colonial, las sugestivas incursiones a las más diversas disciplinas del pensamiento en el curso del décimo-nono, las actuales urgencias espirituales que vemos aflorar en el hombre de nuestros días, todo ello le permite negar la afirmación de que el panameño es resistente a las incitaciones de las labores del pensamiento. Claro es que el alcance de nuestra dedicación cultural es aún limitado. "No hemos forjado obras de pensamiento en las cuales revele su auténtico rostro el modo de ser panameño. No hemos elaborado obras que, por hondamente reveladoras de lo muy panameño acendren valor genérico. Que ingresen al acervo intelectual universal como signo y cifra, como indicio y testimonio de la cultura panameña".[76]

---

73 Ibid.
74 De la Rosa, Diógenes: *Sobre el drama del intelectual pequeño-burgués.*
75 De la Rosa, Diógenes: *Sobre la posibilidad de una cultura panameña.* Conferencia inédita.
76 De la Rosa, Diógenes: Conferencia citada.

Y en este punto se plantea el problema de siempre: ¿es posible una cultura nacional? Hasta dónde podemos alquilatar valores e ideas propias e inconfundibles dentro de la trama total de las creaciones universales. La idea de una cultura nacional no sólo es factible sino necesaria como medio de penetrar en el alma de nuestro pueblo y adquirir la fisonomía propia que nos corresponde como realidad vital y espiritual que nosotros somos. Para ello es preciso "auscultar el alma panameña en su más soterraña identidad, horadar los más hondos estratos de la realidad panameña y ver si contiene sustancia y potencia con qué elaborar, trasmutando los aportes de fuera, una expresión cultural propia".[77]

• • • • •

C.–*Diego Domínguez Caballero*

Con el Dr. Diego Domínguez Caballero, la conciencia de lo panameño, del propio ser, penetra en los umbrales mismos de la reflexión filosófica. No es ya la simple conciencia de algo que "está ahí" y que se revela como angustia del presente y profetización del futuro o, que bien, se ancla en la simple descripción fenomenológica. Es, por el contrario, la indagación que va en busca de una conciencia de lo auténtico que es ya, como diría Nicol, capacidad de interrogarse. Y cuando la conciencia se hace interrogante, la conciencia se hace interrogante en el sentido de la filosofía.

Educado en el pensar filosófico, pensar como disciplina y como dimensión, se ha hecho problema de las realidades que encierran los conceptos "lo panameño" y "el panameño". Ya en 1946, en un opúsculo sobre la Universidad panameña, comienza a poner de relieve la preocupación que lo aguijoneaba. "Es necesario —decía— una investigación de lo panameño"[78], investigación que en él cobraba cierto sentido pedagógico, pues, en el conocimiento de nosotros mismos veía el camino de la superación y que él expresaba en la

77 Ibid.
78 Domínguez C., Diego: ***La Universidad panameña. Algunos aspectos de su misión.*** Imprenta de la Academia. Panamá. 1946. Página 16.

fórmula: "Comprendernos y, desde esa comprensión, emprender el camino de nuestro mejoramiento".[79]

Fiel al sentimiento de esta necesidad autocognoscitiva del panameño, emprende ese mismo año la publicación de una serie de artículos en los que se experimenta ese afán de articular una auténtica filosofía de lo panameño. Allí se ofrecían ya algunas notas estructurales de lo panameño. "Nosotros hemos sido, más que nada, pueblo de impulso y emoción".[80]

A partir de entonces, todos sus escritos y conferencias estarán impregnadas de esta sensibilidad de lo nacional y verticalmente dirigidas hacia el redescubrimiento de nuestra entidad. Fruto de estos esfuerzos y afanes en el orden de lo panameño es la conferencia *Lo Panameño como problema*, recientemente dictada en el Paraninfo de la Universidad. En esta conferencia sus indagaciones adquieren una unidad estructural y demuestran una íntima aproximación al sentido y significado de nuestro ser.

¿Existe lo panameño? He allí el punto de partida de sus reflexiones. Indudablemente existe; existe como pensar, como sentimiento y como expresión circunstancial en forma de cultura. Y ¿es posible penetrar en su sentido, en su esencia?

Aquí se plantea, desde luego, una cuestión de método. ¿Y cuál es el método que puede conducirnos a la peculiaridad panameña? Este método va a ser el fenomenológico. Hay que "partir de la cosa, de lo dado, para luego, por medio de la reducción, llegar a lo real", o en otra forma, "descubrir en lo concreto los fenómenos y de estos fenómenos adentrarnos a la realidad".[81] Esta reducción fenomenológica ha de hacerse desde la universalidad y desde la individualidad, proceso que ha de descubrirnos lo que es peculiar a lo panameño, o en otras palabras, lo esencial panameño, esencia que sólo puede anidar en lo concreto.

Las anteriores afirmaciones son asaz importantes por cuanto su planteamiento metodológico parece comprometerlo desde ya en una especial concepción de lo panameño. Su idea de que la reducción nos conduce a la "esen-

79 Domínguez C., Diego: **Op. cit.** Pág. 16.
80 Domínguez C., Diego: *Esencia y actitud de lo panameño.* **Épocas.** Año I. No.3. Octubre de 1946. Pág. 45.
81 Domínguez C., Diego: *Lo panameño como problema.* Conferencia inédita.

cia" de lo panameño pareciera advertirnos que en él lo panameño va a ser visto desde un punto de vista estrictamente ontológico. Pero ¿hasta dónde el pensamiento del profesor Domínguez va a quedar enmarcado en un esencialismo ontologista? El hacerlo implicaría el predicamiento de una serie de notas de estructura que caracterizarían lo panameño como esencia fija o absoluta y que conducirían a la formulación de una teoría de lo absoluto esencial. Y, ¿es realmente esto lo que se propone el profesor Domínguez? Más adelante nos vamos a encontrar con una afirmación que lo desmiente. "Para calar lo nacional de un pueblo es menester tomar en consideración su naturaleza —lo físico— y su historia, el cañonazo donde se patentiza el ser".[82] Esto nos está colocando ya en otro punto de vista. Lo esencial panameño no es algo que está allí en sentido absoluto, sino algo que se nos revela en el proceso del devenir histórico. ¿Implica esta nueva idea un pensamiento historicista? ¿Se da entonces en su pensamiento una conjunción ontológico-historicista? Imposible por cuanto ambas tendencias se contradicen definitivamente.

Ni ontologismo estricto ni un verdadero historicismo. Su idea de la "esencia" y su idea de la participación histórica lo colocan en una posición fundamentalmente distinta de tal dualidad conceptual. ¿Cuál es pues su ubicación exacta? Su posición, a nuestro buen entender, es primariamente existencialista[83] por cuanto su idea del ser panameño como realidad histórica está negando un esencialismo absoluto. Hablamos de existencialismo en el sentido de que sus ideas conducen a una teoría histórica y existencial de lo esencial panameño, lo que equivale, a la par que a negar en absoluto la idea de una esencia absoluta, a afirmar la formación histórica y existencial de tal esencia panameña. Así, la doble dificultad se empareja. No hay esencia absoluta; pero tampoco lo panameño debe ser entendido como la totalidad del flujo incesante de lo vivido. Debe ser considerado más bien como un sedimento irreductible que queda y permanece debajo del flujo histórico.

A base de este criterio metodológico, el profesor Domínguez se adentra al problema de la definición del panameño. Inicialmente nos advierte la dificultad con que se tropieza: la falta de homogeneidad del panameño. En nuestro país

82 Ibid.
83 Usamos aquí el término existencialista no en su sentido doctrinario sino en su sentido metodológico.

se dan dos ambientes físicos fundamentales: la soledad campesina y la vorágine urbana. Esta situación produce dos psicologías distintas: la del campesino, encerrado en sí mismo, y la del hombre de la ciudad, extrovertido por naturaleza. Pero el problema se complica por la existencia en el hombre de la ciudad, de lo que él llama dos mundos espirituales diferentes que corresponden a los grupos humanos que en ella conviven: el panameño y el criollo antillano. En virtud de esta trilogía humana el sentido afirmativo de lo panameño se escinde en tres direcciones distintas, problema capital de nuestra entidad. Conclusión: el panameño se define por lo que le hace falta y que para el Dr. Domínguez es "la conciencia que da la lucha y el esfuerzo por realizar el propio ser".[84]

Otro aspecto importante en las consideraciones del profesor Domínguez tiene que ver con la idea de una cultura panameña. La filosofía de la cultura es en la actualidad una de las ramas más fascinantes de la filosofía. En el profesor Domínguez, como en tantos otros hispanoamericanos buscadores de lo nacional, la filosofía de la cultura adquiere el sentido de filosofía circunstanciada de la cultura. Refiriéndose a este empeño en los jóvenes filósofos mejicanos, el profesor Gaos ha dicho: "Una filosofía de la circunstancia cultural es una misma cosa con ésta, con una circunstancia de cultura potenciada, de cultivo de la ciencia, especialmente la humana, y la voluntad potente para propulsarla".[85]

Esta orientación de indudable procedencia orteguiana, ha encontrado, en nuestro país, su expresión en el prof. Domínguez.

La cultura, como objetivación del espíritu, nos ofrece la posibilidad de un adentramiento en el alma panameña, o, como él dice, una investigación axiológica en la entraña panameña. Desafortunadamente, las limitaciones de una conferencia no le permitían realizarla personalmente y se permite por lo tanto, enunciar solamente las direcciones en que la tarea debe realizarse. Así nos indica:

> "Una investigación de lo panameño debe partir, claro está, del trabajo realizado y la realidad circundante, y desde ahí,

84 Domínguez C., Diego: Conferencia citada.
85 Gaos, José: **Lo mexicano en filosofía.** Filosofía y Letras. Tomo XX. No. 40. Octubre-diciembre. 1950. Pág. 236.

> determinar lo que de original tenemos y lo recibido o asimilado de otra cultura. La cultura no siempre se funda en la originalidad, entendida ésta como pura creación o novedad histórica. Más aún, es discutible este concepto de lo original. Aunque el hombre no luzca como creador de nuevas modalidades tiene la posibilidad de hacer suyas otras culturas que, amasadas con sus afanes y sus anhelos, transidas de lo telúrico y lo nacional, adquieren esa *originalidad* que caracteriza y destaca a los habitantes de un pueblo determinado".[86]

Declarándose adversario del sistema antológico de boga en nuestro país, advierte la necesidad de buscar la esencia y el sentido de la cultura panameña que sólo puede ser, no *en* la producción, sino *desde* la producción. Lo primero sólo puede ofrecernos un conjunto de cosas hechas por panameños; lo segundo es lo único que puede revelarnos lo auténticamente panameño de esa producción.

No se trata, pues, simplemente de ser nosotros mismos, sino también sabernos auténticamente personales. Así se impone, como deber nacional, ser auténticos en expresión y conciencia. Aunadas las dos actitudes lo panameño encontrará su verdadera fisonomía inconfundiblemente caracterizada.

86 Domínguez C., Diego: Conferencia citada.

CAPÍTULO III

La panameñidad como estilo

1.
Comunidad y estilo

En nuestro capítulo 1º afirmábamos que la panameñidad, entendida como elemento unitivo de la variabilidad histórica, se significaba en una estructura formal subyacente tras de la diversidad temporal. A continuación apuntábamos que esa estructura, al actuar sobre la comunidad, se expresaba en ciertas formas homogéneas que denominábamos *estilo*. Queda, de este modo, definido el estilo como la manera en que los hechos de la actuación temporal de nuestro ser colectivo se van revelando como la estructura humana, típica y peculiar, de nuestra realidad panameña.

Ahora bien, ¿cuál es el sentido del estilo y qué relación tiene con la comunidad? Y, por otro lado, ¿qué entendemos nosotros por *comunidad*? He allí algunos conceptos que debemos aclarar como cosa previa al desentrañamiento de la estilidad manifiesta en la trama vital de lo panameño.

Cuando nosotros usemos el término comunidad, no indicaremos con ello la idea de grupo con sus peculiares características emanadas de la vida en sociedad, sino, más que eso, el elemento humano en que se funda la tal vida en sociedad y que la hace esencialmente diferente de toda otra agrupación de seres vivos. En otras palabras, concebimos la comunidad desde el punto de vista especial del hombre diferenciado, por el espíritu y la intencionalidad, de los otros seres de la escala biológica.

El hombre, según lo ha definido Max Scheler [87], es un ser cuya estructura óntica se caracteriza por el espíritu. Por esta condición de ser espiritual, al hombre le es permitido objetivar al mundo y a sí mismo, lo que lo define como un ente primordialmente intencional. Siendo la comunidad humana una agrupación de hombres, cabe decir, de entes intencionales, la naturaleza de esa comunidad va a emanar de esa particular relación entre un sujeto objetivante y un mundo de objetivaciones. Francisco Romero nos da una idea exacta de esta

87 Scheler, Max: **El puesto del hombre en el Cosmos.** Espasa-Calpe. Buenos Aires. 1942.

peculiaridad de las sociedades humanas al decir: "La comunidad humana es comunidad intencional, y esto la define y la aleja de cualquier tipo de comunidad zoológica". [88]

En este sentido podemos afirmar que la comunidad humana no sólo es comunidad de hombres, sino también comunidad de las objetivaciones de esos hombres. Ese cúmulo de objetivaciones es conservado por la sociedad (en la tradición), trasmitido como significaciones (por la cultura) y acrecentado en el flujo incesante de lo vivido (nuevas experiencias objetivantes). Una comunidad así configurada nos va a ofrecer un vínculo anímico entre la pluralidad de sus miembros, contenido en el conjunto de las objetivaciones que son poseídas como patrimonio común. Esa urdimbre de valoraciones y de interpretaciones atesoradas en tales objetivaciones le da a un pueblo determinado una especial concepción del mundo, es decir, una actitud peculiar en sus referencias al mundo circundante.

Así pues, el hombre en comunidad es un sujeto que acumula una gama de objetivaciones que, por un lado, exterioriza y expresa en términos de cultura y, por otro, lo solidariza mental y espiritualmente con los otros hombres de su comunidad. Determinada su concepción del mundo, estructuralmente prerreflexiva, el hombre adquiere conciencia de sí mismo, no sólo en cuanto ser, sino en cuanto tal determinado ser, es decir, autoconciencia de ser *un ser* específicamente diferenciado.

Y es que de la persistencia acumulativa de las objetivaciones surgidas de nuestras experiencias vitales, el mundo adquiere cierto sentido y significado derivados de su imagen y de los cuales emanan los principios supremos de nuestro comportamiento moral y espiritual. "A partir de una trama vital especial —nos dice Dilthey—, toda la vida cobra un color y una interpretación en el alma sentimental y cavilosa, y surgen disposiciones de ánimo universales".[89]

Ahora bien, el hombre no es solamente un ser objetivante en permanente referencia al mundo, sino también un ser constantemente polarizado hacia los otros hombres. Así, a la par que en la vida la *mismidad* del yo se entrelaza con el mundo de las objetivaciones, se entrelaza también con los otros "yoes". Se

88 Romero, Francisco: **Teoría del hombre.** Editorial Losada. Buenos Aires. 1952. Pág. 105.
89 Dilthey, Wilhelm: **Teoría de la concepción del mundo.** Fondo de Cultura Económica. México. 1945. Pág. 133.

escinde el hombre, en tal virtud, en una doble dirección de sentido en la exteriorización de su mismidad y que Schwartzmann ha formulado de la siguiente manera: "A la inmediatez ante el prójimo corresponde la mediatización frente al mundo, y a la mediatización ante los demás corresponde la inmediatez frente al mundo".[90] Tenemos entonces que visión del mundo y experiencia de *los otros* se articulan y se complican para darnos el nexo total de la dirección humana. De ahí que intuir al hombre significa sumergirse tanto en el mundo de sus objetivaciones como en la trama de sus relaciones intrahumanas, lugar donde hemos de encontrar el secreto de la conexión o estilo de la vida anímica.

Buscar el estilo de la panameñidad significa, entonces, buscar la conexión primordial de la actitud del panameño en su referencia al mundo y en su referencia a "los otros". Concepción del mundo y experiencia del prójimo vienen a constituir la primordialidad de la experiencia panameña que se manifiesta en su modo de ser típico y peculiar. Intentaremos ahora encontrar esa tipicidad nuestra en esta doble dirección del panameño.

2.
Soledad y extraversión

Entendemos por estilo de la panameñidad según se ha esbozado más arriba, como la unidad originaria de lo panameño que se vislumbra por debajo de la aparente multiplicidad de manifestaciones de lo nuestro. Esa unidad debe ser entendida en términos del rasgo común en el cual convergen tensiones espirituales y ajustes psíquicos que confluyen hacia la interioridad de la vida panameña. Allí lo auténtico adquiere su prístina afirmación interiorizada y que emerge desde dentro de nosotros mismos como un anhelo común enderezado hacia el porvenir.

Precisa aquí aclarar que al intentar la búsqueda de lo que nos define como pueblo, no pretendemos hacer gala de un nacionalismo mal fundado y peor entendido. Como Briceño-Iragorry ha indicado, "defender la integridad de la casa, los muros de la ciudad, los linderos de la patria, no constituye negación

90 Schwartzmann, Félix: **El sentimiento de lo humano en América.** Universidad de Chile. Santiago. 1950. Pág. 34.

del valor ecuménico del hombre".[91] Buscar los perfiles fisonómicos, los linderos espirituales de nuestra patria, es urgencia inaplazable del panameño, pues pocos pueblos como el nuestro han recibido en su carne los dardos emponzoñados del desprecio y la incomprensión provenientes, incluso, de nuestros propios hermanos americanos. Es hora ya de que demostremos ante la conciencia americana que nosotros no somos, como pensaba Alfredo Palacio, un "pueblo vendido", y que nuestra personalidad espiritual ha sabido resistir, quizás con más dignidad y energía que otros pueblos de América, los embates de fuerzas absorbentes.

Entre nosotros, buscar ese elemento común vertebral de nuestra entidad es tarea un tanto difícil, lo reconocemos. En primer lugar está lo señalado por el Dr. Méndez en relación a nuestra posición de país de tránsito que nos hace blanco de insistentes corrientes extrañas que golpean día a día sobre la personalidad y estructura panameña; en segundo lugar, por lo que indicaba el profesor Diego Domínguez Caballero respecto a la existencia, en nuestro suelo, de tres unidades humanas distanciadas una de la otra y teniendo cada una de ellas su propio espacio vital y experiencial. ¿Cómo encontrar así, en esa diversidad de tipos humanos con sus respectivas psicologías y trayectorias espirituales, alejadas, si no contradictorias, la unidad originaria de la panameñidad?

Pero, ¿no sería posible que precisamente en ese aparente desmembramiento panameño se encuentre el primer elemento unitivo que sirva de base unípeda a la nacionalidad? Para nuestro criterio esto no sólo es posible, sino que, en efecto, allí se encuentra una de las cualidades primarias de lo panameño, según se expresa en un especial sentimiento de la vida que analizaremos a continuación.

La convivencia de estos tres mundos vitales que se han señalado, ha creado en el panameño una actitud espiritual que nos es común a todos: la solitariedad. El profesor Domínguez ha creído encontrar en la soledad la nota espiritual característica del habitante del campo; pero, para nosotros, esa solitariedad constituye la sustancia en que se nutre la existencia panameña toda y que, aquella supuesta extraversión del hombre de la vorágina urbana, no viene a ser sino una de las formas en que se manifiesta la solitariedad raizal del panameño.

---

91 Briceño-Iragorry, Mario: **Dimensión y urgencia de la idea nacionalista.** Ediciones Bitácora. Madrid. 1953. Pág. 25

La soledad del panameño, en su triple expresión, tiene un origen común: la impotencia. En el campesino es la impotencia del hombre frente a la naturaleza hostil, roturante de su equilibrio interior. El paisaje, sublime, pero a la vez terrible e indiferente, lo sobrecoge y lo obliga a recluirse en su debilidad interna, imposibilitándole para imponerse a ella y vincularse al ritmo del acontecer panameño hacia el deber ser él mismo en una plenitud futurante. Allí, en el centro mismo de esa presencia de lo insondable que se trasluce entre el follaje abismal, surge una imagen del mundo y de lo humano que lo desconcierta y lo empuja al ensimismamiento, a recluirse en las celdas de su interioridad. La vida adquiere para él, en su anonadamiento, ese matiz de soledad infranqueable. Y, en el fondo de esa soledad, un sentimiento de indiferencia y pasiva contemplación anida en su alma impotente.

A esta huida hacia sí mismo que se opera en el campesino en virtud de su debilidad frente a la naturaleza, se agrega su aislamiento del mundo, del decurso histórico-universal. Sin vías comunicativas con lo exterior, se forja una idea del cosmos a imagen de su pequeño reducto vital. Y en ese minúsculo rincón vegetal, escenario de sus vivencias, se siente solo, desamparado, abandonado en su destino. Esto le empuja más hacia sí mismo, reduciendo su visión anímica a su eterna solitariedad. Ajeno a los deberes que la nacionalidad impone, vive, o, más bien, vegeta, en torno a sí mismo.

Mas no todo en la solitariedad campesina es negativo. Al vivir la vida desde sí mismo y valorar al hombre desde su propia interioridad, en él se vislumbra una tendencia a la hermandad. Lo humano adquiere cierta vigencia para él íntimamente vinculado a lo que estima y aspira, despertándole un especial sentimiento de solidaridad con los otros hombres. Ello nos explica la actitud amistosa del campesino frente al extraño y sus típicas usanzas de creación colectiva ejemplificada en la "junta". Schwartzmann ha captado este sentimiento que emerge de la solitariedad cuando nos dice: "El solitario por amor al hombre, interioriza en su soledad a la sociedad toda y desde ella vive con mayor hondura a su prójimo".[92] Así nuestro campesino vive más al prójimo, porque lo valora desde sí mismo.

92 **Op. cit.** Pág. 139.

En nuestro hombre de la ciudad la solitariedad no está vinculada al sentimiento de la naturaleza, sino al sentimiento de los otros. Es el caso típico de la soledad en la convivencia. Se vive en comunidad con "los otros", pero desarraigado de ellos. Es la existencia monológica que transcurre más atada a sí misma que al hombre. Y, como en el campesino, por un profundo sentimiento de impotencia; pero, no se traduce en términos de incapacidad para traspasar los límites de lo natural, sino de incapacidad para cruzar los umbrales de lo humano.

Caminando entre la corriente multitudinaria que se desliza por las calles, dialoga —o monologa— consigo mismo, concentrando sus miradas en aquello que va incrustado en su propia existencia. Imposibilitado para vincularse al "otro", mira el mundo, como el solitario del campo, desde el fondo de sí mismo. Su inconsciente aislamiento del maremagnum que se agita en torno suyo, lo hace retraerse y olvidarse de los otros seres cuya existencia quizás dependa —¡quién lo creyera!— de su propia existencia unipersonal. Encajonado en su propia área espiritual, su voluntad parece sustraerse —indiferente— a los reclamos del ser-en-comunidad.

Por ello decíamos que su aparente extraversión no es otra cosa que la explosión de su solitariedad. Busca la alegría, sana o insana, para el caso nada importa, pero su alegría no traspasa sus propios límites de solitario. Bien puede delirar de entusiasmo ante el vecino que musita un rosario de penas. Incluso en nuestras fiestas más colectivas —las festividades patrióticas o el carnaval— lo colectivo en ellas es sólo circunstancial. En la euforia masiva, la alegría sigue siendo individual.

Por otro lado, y por la misma razón, esa pasión del panameño por lo personal casi egoísta —o, más bien egocentrista— parece explicarnos el amor del panameño a la libertad. El panameño lo resiste todo con ejemplar estoicismo, menos la pérdida del derecho a legislar su propia vida. Si bien ese derecho se encuentra limitado por sus posibilidades, se satisface y se enorgullece de la existencia pura de ese derecho. No es exageración afirmar que nuestro país no es tierra fértil para las tiranías, pues la historia misma ya lo ha confirmado.

La historia política de América Latina es una historia de dictaduras. Ya desde los primeros días de la conquista, capitanes, encomenderos, gobernadores y virreyes se proclamaban a sí mismos, amparados por la lejanía de la metrópoli, mandantes supremos de la vida y bienes de los americanos. La colonia está

salpicada de estos pequeños césares. Y cuando los días de la liberación política se asomaron al escenario americano, las tiranías siguieron enseñoreándose por todos los rincones de nuestro continente. No había caudillo que no llevara grabado en el espíritu la idea de la tiranía como objeto de su existencia ni pueblo que no lo aceptara con resignación, y, no pocas veces, con simpatía. Los Santana, los Flores, los Rosas y los Francia eran los hombres del día. Y, en la actualidad, basta pasar la mirada por la geografía americana para comprobar que la dictadura se ha convertido en un mal endémico de nuestras tierras.

Sin embargo, nosotros jamás hemos sucumbido postrados ante su majestad, a pesar de poseer un espacio geográfico propiciatorio para su enraizamiento. Nuestra historia, por raro que parezca, ha sido una permanente negación de su imperio. Ya en los primeros días de la colonia, en 1546 exactamente, los panameños rechazaban por primera vez el poder dictatorial personificado en don Hernando de Bachicao. Poco tiempo después, 1550, la sanguinaria aventura de los hermanos Hernando y Pedro de Contreras se ahogaba en su propio lecho de sangre. La tercera intentona dictatorial, realizada ésta por don Rafael Figuerola (1559-1561), terminaba con el encarcelamiento de su fautor. En el Siglo XIX el espíritu tiránico estuvo representado por el Coronel Juan Eligio Alzuru, cuyo poder fue fugaz, además de costarle la vida. Ya iniciada nuestra vida republicana, el General Esteban Huertas tuvo pretensiones de encaminar nuestro país hacia el despeñadero de la dictadura, pero, afortunadamente, sus propósitos no se vieron cumplidos.

Este rápido escarceo a la historia nos confirma que la libertad individual, la autodeterminación, constituye el ideal fundamental de nuestra nacionalidad, alimentado en nuestro acontecer histórico y virilmente mantenido hasta el presente. Allí en la soledad interior de nuestros hombres, el respeto por la dignidad del hombre se ha sustancializado en tal forma con nosotros mismos que negar nuestra libertad equivaldría a negar nuestra propia existencia, nuestra razón de ser. Así, la soledad del panameño se convierte en el termómetro de su más íntima valoración del hombre y de su capacidad para tomar conciencia de lo más valedero de la existencia humana. El hombre que aspire a gobernar nuestros destinos debe tener muy presente esta peculiaridad esencial del panameño.

En esta actitud espiritual del panameño frente al mundo y frente al hombre encontramos el centro umbilical desde el cual podemos comprender la complicada trama de sus problemas anímicos y vitales. La disparidad de caracteres, y aún de psicologías, en los distintos grupos nacionales, tienen como principio originario esas solitariedad que habita en lo más profundo de nuestra almas. Comprender el panameño es, pues, comprenderlo desde esa solitariedad, logos explicatorio de su mismidad diferenciada.

3.
Inmadurez e inestabilidad mental del panameño

Siempre que se habla del panameño no falta quien le eche en cara su irresponsabilidad y su falta de constancia en las tareas creativas. Y no deja de haber un gran verdad en el fondo de tan terrible acusación. El panameño es un hombre de grandes propósitos, capaz de llegar a los límites más extremos del entusiasmo ante una perspectiva creadora, pero, cuando de actuar se trata, el impulso inicial desmaya hasta perecer en el lodazal de la indolencia. Pueblo de grandes planes, pero muy pocas ejecutorias, tal parece ser un principio definidor de nuestra entidad. Desde el más humilde vecino de pueblo hasta el más encumbrado funcionario público, los panameños vivimos construyendo castillos en el aire y chozas sobre la tierra.[93]

Diego Domínguez ha señalado esta deficiencia mental nuestra cuando decía: "Bajo lo cálido de un momento determinado somos capaces de cualquier acción, aun de la acción heróica. Pero este enorme esfuerzo como que se agota con el pasar del tiempo y, al bajar la temperatura emocional, decae el original impulso arrollador y caemos en tierra aplastados, tan chatos como un globo falta de aire; y, lo que es peor, con una desilusión en el espíritu, que luego, poco a poco, degenerará en escepticismo y cinismo".[94] Y no le falta razón al profesor Domínguez. De tanto planear y no hacer nada, en nuestro espíritu se va anidando el convencimiento de que somos incapaces para la verdadera creación, para

93 Quien quiera corroborar esta afirmación no tiene más que leerse las compilaciones de leyes de 1904 a nuestros días.

94 Domínguez C., Diego: *Esencia y actitud de lo panameño.* **Épocas.** No. 3. octubre de 1946. Pág.45.

darle sentido y dirección a nuestra vida. Otro catedrático de nuestra Universidad, en un ensayo publicado hace algunos años, reflejaba exactamente esa conciencia de empequeñecimiento nuestro, de achatamiento de nuestras potencialidades. Sus palabras siguen resonando como una cruel advertencia: "No encontramos razones —decía— para aducir que entre nosotros el sentido de la vida tiene siquiera dirección, significado o propósito. Hasta el presente hemos existido como un conglomerado humano sin orientación propia, satisfechos con la autosugestión de que somos aún demasiados jóvenes como pueblo, para señalar normas de vida dignas de nuestra verdadera edad mental".[95]

Pero, ¿en dónde está el fundamento de esa inestabilidad espiritual del panameño, de ese desequilibrio mental que lo anquilosa y le impone límites tan estrechos a su actividad creadora? Ya hemos visto cómo el Dr. Méndez interpreta nuestra psicología de país alegre y confiado sobre la base de nuestra posición de puente. Quizás esta circunstancia geopolítica tenga algo que ver con ello; pero no debe olvidarse que esa circunstancia sólo afectaría al hombre de nuestras ciudadades principales. Y ¿qué decir del interiorano, cuyos esfuerzos creadores son tan limitados, o quizás más, que los del hombre de las ciudades terminales? Quien quiera entendernos sobre los supuestos de un determinismo ambiental podría recurrir también a las consecuencias en el orden mental y espiritual de las relaciones de nuestro hombre con una naturaleza tropical. Nuestra pereza y nuestra fatiga serían una pereza y una fatiga tropicales.

Nosotros consideramos que no es posible negar en absoluto la indudable influencia que la realidad ambiente ejerce sobre el alma del hombre; pero, al mismo tiempo, nos resistimos terminantemente a entender nuestra inestabilidad espiritual sólo a base de tal determinismo naturalístico.

Esa inestabilidad mental tiene su fundamento, según nuestro criterio, en la actitud misma del panameño frente al mundo y frente al hombre, es decir, que en la solitariedad del panameño se encuentra el trauma originario de su inconsistencia espiritual. En su fuga hacia el fondo de sí mismo al tiempo que vive en relación con "los otros", el panameño siente una incongruencia en su condición de individuo existente "en sí" y "para sí" teniendo al mismo tiempo la vivencia de esos "otros". En esa experiencia vital se siente como desposeído,

95 Bermúdez, Ricardo J.: *A propósito de una generación extraviada*. **Épocas.** Año I. No. II. septiembre de 1946. Pág. 39.

como negado en su ser mismo. El desequilibrio de su vida interior se hace aquí patente, desequilibrio que él va a revelar en su actuación exterior. Desazón y enojo; asombro y anonadamiento, he allí las consecuencias inevitables que en su alma lacerada van a impedir su total incorporación a la existencia colectiva en sentido creador. La imaginación y la fantasía van a ocupar, luego, el lugar de la actividad constructora. Con una tradición cultural más poderosa, nosotros seríamos más que nada un pueblo de poetas y grandes místicos.

Pero lo que pudo ser un factor positivo con la ayuda de la cultura, se convierte en elemento negativo cuando, en ese resentimiento por lo solidario que aflora en nuestro pecho, nos alejamos cada vez más de auténticos ideales de superación común. La sociedad, vista como Leviatán aniquilador de lo personal, va a ser repudiada, aunque inconscientemente, en nuestro andar solitario y atemorizado. Con el descontento en el alma y el desánimo en el corazón, seguimos nuestro camino, desconfiando de unos, indiferentes a todos. Y, como es natural, cierto debilitamiento se va incubando en nuestro sentimiento de la nacionalidad, mantenido sólo por nuestra manera de ver la totalidad panameña como un ensanchamiento de nuestra propia interioridad, resultado, no de la meditación racional, sino de nuestra pura sensibilidad emocional.

A este extraño drama existencial nuestro debemos agregar otras situaciones anímicas no menos importantes en la consideración integral del alma panameña.

Nuestro pueblo es un pueblo insatisfecho, insatisfacción que tiene dos fuentes nativas. Por un lado está la conciencia de no poder ser lo que se quiere ser; de nuestra incapacidad vertebral para rebasar los límites de nuestra propia pasividad improductiva. Es un vacío interno que acompaña a la intuición de una existencia contradictoria que vacila entre un anhelar mucho y un hacer poco. Ya apuntábamos anteriormente que nosotros somos un pueblo de grandes planes, planes que casi nunca logran proyectarse sobre la realidad. Ante tan desoladora evidencia, la insatisfacción y el desgano se apoderan de nuestro espíritu. En esa angustia vital nuestra de no ser lo que anhelamos encontramos la explicación de lo que el profesor Domínguez ha llamado nuestro complejo de inferioridad y que yo denominaría, más bien, la conciencia de nuestra insuficiencia potencial.

La segunda fuente de nuestra insatisfacción la encontramos en una extraña sensación de frustración que nos acompaña. Pero no se trata aquí de sentirnos

defraudados por nosotros mismos como ocurría en el caso anterior de insatisfacción. Allí nos sentimos responsables de nuestra propia limitación; acá, por el contrario, nos sentimos defraudados por los otros. Quizás sea que, por aligerar la carga, vemos muy cómodo responsabilizar también a los otros. Así, "los otros", personificados en la sociedad, son vistos como elementos negativos, y es más, como verdaderos obstáculos de las proyecciones que nuestra fantasía ha generado. Así llegamos al convencimiento de que vivimos en una sociedad que impide el desarrollo de nuestras facultades. En medio de tal convencimiento, no es extraño escuchar razonamientos de esta naturaleza: "Si yo hubiera nacido en otro lugar, otra cosa sería". Y ¡ay de quien nos discuta la verdad que encierra nuestra afirmación de que haber nacido en esta sociedad es ya un principio de limitación espiritual! Es como si hubiéramos nacido condenados al fracaso.

A tal sentimiento de la realidad no puede responder sino una actitud apática, un profundo pesimismo que desconfía del futuro. De allí nuestra vida que se finca en el presente, olvidándose del porvenir, y esa típica superficialidad que nos imputaba Diógenes de la Rosa.

No interesa determinar aquí hasta dónde ese sentimiento de limitación por la sociedad es justificado o no, ya que no es otro el propósito nuestro que el caracterizar nuestra inestabilidad mental. Baste con agregar que tal sentimiento espolea más nuestra huida hacia el fondo de nosotros mismos, abandonándonos en nuestro ensimismamiento.

Hemos señalado también la inmadurez mental como una de las características de nuestro estilo existencial. Y, ¿qué vamos a entender por esa idea de la inmadurez mental? ¿Es acaso aquella autosugestión de que hablaba Ricardo Bermúdez que utilizamos como una manera de esquivar nuestra responsabilidad bajo el escudo de una supuesta juventud como pueblo? No la entiendo yo así. No se trata de establecer nuestra edad cronológica sino nuestra estatura mental, que ya es otra cosa. No es una simple determinación cuantitativa sino cualitativa. Hay que pensar que, así como en el reino de la biología encontramos hombres de edad avanzada con un desarrollo mental escaso, así en el reino de las sociedades humanas se encuentran comunidades que muestran una visible inmadurez mental. Claro que no por razones orgánicas. Es más que nada un problema de cultura.

Pocos pueblos de América han permanecido tan al margen de la vida del espíritu como el pueblo panameño. Nuestro país, descubierto hace 450 años, estuvo siempre desvinculado de los grandes centros culturales de América, incluso de Bogotá, nuestro más cercano nervio intelectual. Como si eso fuera poco, y lo que es peor, dentro de nuestro propio territorio jamás tuvimos instituciones que pudieran convertirse en verdaderas matrices de nuestra cultura. En 200 años de vida colonial sólo tuvimos una Universidad, de existencia muy fugaz por cierto. Nada podía esperarse de 15 años de vida universitaria. No fue más que un hermoso empeño que los acontecimientos se encargaron de hacer naufragar.

Nuestra vida cultural en el Siglo XIX nada recibió de aquella República a la cual nos unimos en un gesto de desprendimiento que jamás fue valorado en su total significado por quienes fueron objeto de tan especial distinción. Si algo fue descuidado, más que descuidado, abandonado, fue la educación de nuestro pueblo.[96] La instrucción era un lujo que muy pocas personas podían adquirir. Sólo unos cuantos hombres, cuya situación económica se los permitía, lograron acercarse a las corrientes del saber. No ha sido sino en los últimos cincuenta años, los que corresponden a nuestra existencia republicana, cuando la vida del espíritu ha encontrado en nuestro país los cauces propios de su desarrollo, alentada ahora con el respaldo de una Universidad que parece haberse consolidado para siempre.

De una opresión secular del espíritu no puede esperarse otra cosa que un escaso desarrollo de la mente, pues si bien ella tiene un origen físico, sus posibilidades se agotan ante la ausencia del cultivo. Es cierto que estos últimos cincuenta años hemos hecho bastante —tanto que basta para asombrar a quienes conozcan el vía crucis de nuestra cultura—, pero nuestras realizaciones apenas sí nos han permitido alcanzar una adolescencia mental. Vivimos ahora, precisamente, la crisis de adolescencia, y de la cual habrá de salir una juventud emprendedora. Por lo menos, eso esperamos. Sufrimos, como diría Diego Domínguez, los dolores del parto.

Nuestro problema, que es más que nada un problema de edad mental, no física, se convierte en drama cuando adquirimos conciencia de su realidad. Al

96 Ver Méndez Pereira, Octavio: **El desarrollo de la instrucción pública en Panamá.** Tipografía Moderna. Panamá. 1916.

retornar la mirada hacia el mundo vivencial de nuestro espíritu, nos angustiamos ante la presencia del vacío que nos sustenta. Por la existencia de ese vacío sobre el que flotamos, es por lo que nos inclinamos a pensar que nuestro fortalecimiento espiritual no lo lograremos, como consideran algunos, volviendo hacia nosotros mismos en dirección al pasado, sino volviendo a nosotros mismos, pero como posibilidad proyectada hacia el futuro. Sólo así podremos enriquecer nuestra espiritualidad, sin que ello implique, necesariamente, una negación de lo vivido. Se trata simplemente de postura. Nuestra cultura debe apuntar hacia un futuro con porvenir, ya que no a un presente con pasado.

Ahora bien, ese proyectarse hacia el futuro requiere algo más que entender su necesidad y tomar ánimos de creación. El ánimo, la conciencia y la voluntad deben fundarse primariamente en la cultura. El desarrollo del psiquismo va aparejado con el desarrollo de la cultura. A los eternos enemigos de la cultura, verdaderos fariseos de la nacionalidad, que la niegan persistentemente porque presuponen que a un mayor grado cultural corresponde un universalismo que conduce a la desnacionalización del individuo, debe recordárseles que si un hombre culto adquiere sentimientos universalistas es precisamente porque ha logrado comprenderse más a sí mismo, a su pueblo, y desde esa comprensión, al hombre en sus conexiones universales. Es cuando los pueblos han logrado tal comprensión cuando han llegado a la mayoría de edad mental. Nuestro universalismo, no el canalero, sino el espiritual, será el resultado de un poderoso desarrollo de la panameñidad.

Así, pues, concluimos que las actuaciones del panameño con fuertes manifestaciones de irresponsabilidad, de discontinuidad, de desaliento y de limitaciones estrechas, tienen su fundamento en la inmadurez e inestabilidad mental, con profundas raíces en nuestro ser, pero que no constituyen valladares infranqueables para la integración de nuestra personalidad. Es cuestión de rescatar el espíritu panameño de su ignorancia atávica.

Se trata de saber ahora hasta donde las notas estructurales que hemos indicado como preformadoras de la panameñidad, son exclusivamente nuestras y, hasta donde la panameñidad se confunde con la americanidad (entendida ésta en términos de Hispano América).

4.
Panameñidad y Americanida.

Hace algún tiempo, el peruano Luis Alberto Sánchez se hacía la terrible pregunta: ¿ Existe América Latina? [97], pregunta que envolvía, no un concepto geográfico o político, sino un concepto humano fundado en una estructura espiritual única e indivisa. Y no hay duda que la respuesta debe ser afirmativa. ¿Caracteres distintos?; bien, pero expresiones siempre de una sóla fisonomía interior. Basta preguntarse, por ejemplo, ¿qué es lo panameño?, para que al final tengamos que enfrentarnos inevitablemente al interrogante: ¿qué es lo americano? Y es que ahondar en el problema de la panameñidad, de la chilenidad, de la argentinidad o de la mexicanidad, es, en definitiva, ahondar en el problema de la americanidad.

El resultado que anotamos tiene su explicación en el hecho de que interrogarse por lo nuestro, por lo nacional, es anular, en el plano indagatorio, lo externo, lo meramente circunstancial, para penetrar en el reino de las esencias, trasfondo íntimo de nuestra realidad. Y como es precisamente en esa trama de lo externo en donde se da la disparidad de caracteres nacionales hispanoamericanos, adentrarnos en la esencia de nuestras nacionalidades significa adentrarnos en la esencia de lo americano.[98]

---

97 Sánchez, Luis Alberto: **¿Existe América Latina?** Fondo de Cultura Económica. México. 1945.

98 La afirmación hecha es de extraordinaria importancia por las implicaciones conceptuales que ella envuelve. Si en el trasfondo de las nacionalidades americanas se revela una unidad espiritual que denominamos americanidad, ¿en dónde quedaría la entidad que hemos supuesto en las respectivas nacionalidades? Todo parecería indicar una contradicción en la cual negamos la existencia objetiva de la panameñidad que tanto hemos afirmado.
Pero parécenos que la contradicción es sólo aparente. Al hablar de la americanidad como unidad esencial de los países hispanoamericanos nos referimos a la suma de entidades nacionales que constituye, por tanto, una entidad supranacional. La realidad óntica de una no niega la otra, como tampoco la realidad del hombre universal niega la categoría ontológica de los hombres particulares. Ver: Introducción. Pág. 7.
En este sentido cabe hablar de una esencia individual (panameñidad) y de una esencia general (americanidad) consideradas en determinadas dimensiones ónticas. La noción de la diferencia entre ambas esencias (general y particular) se adquiere de la determinación de la forma específica, cabe decir, por la definición de la circunstancialidad histórica. Por ejemplo, cuando señalamos la soledad como elemento anímico presente tanto en lo panameño como en lo americano, es preciso aceptar la diversidad junto a la comunidad, diversidad que la dirección histórica impone. La comunidad esencial, vista de lo general a lo particular (de lo americano a lo panameño o colombiano), se da como indeterminación de la forma incluida como determinación, vista desde lo particular (lo panameño) a lo general (lo americano).

De allí que aceptemos decididamente la existencia de la unidad sustancial hispanoamericana subyacente bajo la multiplicidad expresiva de nuestras nacionalidades. Si en lo externo somos diferentes, esa diversidad periférica expresa simples modalidades en las que se encarna nuestra esencia común. Nada menos que un europeo, André Siegfried, pudo advertir nuestra comunión espiritual. "Después de repetidas visitas a México y a Cuba, un rápido periplo me ha permitido recorrer las Antillas, Venezuela, el Istmo de Panamá, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; y he tenido la impresión de que todos esos países ofrecen rasgos comunes que hacen posible agruparlos en una atmósfera latinoamericana igualmente común".[99]

Y es que no se necesita ser un observador muy sagaz para captar esta evidencia latente en nuestros contrastes caracterológicos. La americanidad latina, es un factum humano que habla por sí mismo.

Pero vayamos a las caracterizaciones esenciales de la americanidad para ver sí, en realidad, ellas coinciden con las nacionales, aplicándolas, para el caso, a las de la panameñidad, que son las que llevamos estudiadas.

Hablábamos en páginas anteriores de la inestabilidad mental del panameño, causa originaria de la discontinuidad y pasividad del panameño en la acción creadora. ¿Fenómeno único de nuestra tipicidad? ¿O, lo es acaso de la actitud general del hispanoamericano? De esto último estamos convencido. Miles de elementos se nos ofrecen para ello. Recuérdese, para el caso, la brillante interpretación del alma latinoamericana que Hermann de Keyserling hiciera sobre la idea de la "gana". El latinoamericano actúa bajo los impulsos de la gana, fuerza original inconsciente, por tanto ciega e irracional, que lo empuja desde dentro hacia fuera. "El americano es pasivo —nos dice—. Padece su vida. No conoce ninguna otra manera de vivir. Su vida es una capitulación continua ante el impulso interior; en cambio, cede muy poco a las influencias exteriores". Por esta razón, en nuestra América "no se hacen proyectos ni se cumplen cuando se hacen".[100]

Pero lo americano, que es indeterminación desde el punto de vista de lo panameño, es a su vez, por su categoría óntica, determinación desde el punto de vista de cualquier otra realidad humana superior (v. g. lo occidental). La situación se repite.

99 Siegfried, André: **América Latina.** Santiago de Chile. 1934. Pág. 7.

100 Keyserling, Hermann de: **Meditaciones suramericanas.** Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1933. Págs. 165-206.

La atinada observación del filósofo alemán concuerda en grado sumo con nuestras ideas acerca de la inestabilidad mental del panameño. El ya citado Félix Schwartzmann, por su parte, ha dicho: "Una manifestación típicamente americana la constituye la discontinuidad, la inestabilidad íntima propia de los actos que integran el curso de la vida personal".[101] Leopoldo Zea, el filósofo de la mexicanidad, ha encontrado en el complejo de inferioridad la actitud primordial del latinoamericano[102], idea que hemos visto aflorar en el pensamiento del profesor Domínguez en relación a la panameñidad.

Así tenemos una América Hispana con una idéntica categoría mental que se va a reflejar en su actividad creadora. Es posible que tal estructura psíquica adquiera mayor o menor relieve según el país de que se trate, pero se hace necesario aceptar que esa inestabilidad es la que matiza la totalidad de la vida americana.

Veamos el otro elemento de la primordialidad espiritual del panameño, germen seminal de nuestra peculiar concepción del mundo y de lo humano: la solitariedad. ¿Estaremos nuevamente ante una manifestación originaria de la vida americana? Hasta donde hemos podido extender la mirada, todo parece indicarnos que la solitariedad se encarna en el alma toda de hispanoamérica. Tanto el chileno como el peruano, el argentino como el mexicano, todos en fin llevamos impreso en el alma el sello indeleble de la soledad. Basta escuchar nuestras creaciones musicales típicas y estudiar nuestra literatura para sentirnos rodeados de una atmósfera de soledades humedecida por la tristeza. Recordemos al gran personaje de la literatura americana, Don Segundo Sombra, quien, según Guiraldes, "como acción amaba sobre todo el andar perpetuo; como conversación el soliloquio". ¿Y qué es Ricardo Gómez, el héroe que nos dibuja nuestro novelista Ramón H. Jurado en su San Cristóbal, si no un andante solitario que huye del mundo y de los hombres para encerrarse en el refugio que le ofrece su propia vida interior? Allá en las elevadas planicies del altiplano boliviano como acá en la espesura de nuestros reverdecidos bosques tropicales, al hombre lo acompaña siempre su soledad. Los versos de Lope de Vega: "De mis soledades vengo y a mis soledades voy, que para andar

101 Schwartzmann, Félix: **Op. cit.** pág. 214.
102 Zea, Leoopldo: **América como conciencia.** Ediciones Cuadernos Americanos. México. 1953.

conmigo, me bastan mis pensamientos", parecieran haber sido escritos por un americano. ¿No será acaso que la solitariedad americana es hija de la soledad del indio matrimoniada con la soledad española? Todo parece indicarlo; porque, ¿qué otra cosa es el místico "gusto por la muerte" del español sino expresión de una profunda soledad anímica? En cuanto al indio se refiere, harto conocida es su solitariedad entristecida. Con tales progenitores, el americano, por padre y madre, se apellida soledad. No de otra manera podía un americano exclamar: "Oid la voz del desierto, oid el llamado de la soledad, porque ella es don del cielo, porque sólo ella nos conduce al goce eterno de la visión de las cosas divinas".[103]

No es de extrañar que Keyserling haya anotado en sus meditaciones: "Apenas respiré su atmósfera, bauticé a Suramérica con el nombre de Continente de la Tristeza".[104] Es así como podemos afirmar, con orgullo si se quiere, que nuestro Nuevo Mundo ya no es sólo nuevo por su reciente incorporación al mundo de la civilización, sino también, y más que nada, por haber dado un nuevo tipo de hombre. Quizás no lo suficientemente fuerte para hacerse sentir con la energía que sólo el espíritu puede proveer, pero que tiene todo un futuro pleno de promesas. El citado Keyserling así lo preveía: "No me sorprendería lo más mínimo que Suramérica diera aún nacimiento, un buen día, a poderosas figuras de ese orden pues, es, por excelencia, el continente de la gana".[105] Pues bien, un buen día que nos dé "la gana" y nos despojemos de nuestra viciosa pasividad y aprendamos a caminar apoyándonos en nosotros mismos, podríamos asombrar al mundo occidental que no ha querido creer en nosotros. "Por este camino —ha dicho Alfonso Reyes— si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa".[106]

En medio del follaje de una naturaleza exuberante, ha surgido un hombre nuevo, que es lo mismo que decir una nueva realidad del espíritu. No es una mera frase de almanaque; es un hecho que tiene sus raíces en nuestra historia.

---

103 Ross, Waldo: **Soledad del Alma.** Citamos copia a máquina dejada en nuestra Universidad por el filósofo chileno. Ignoramos si ha sido publicada en Chile.
104 Keyserling, Hermann: **Op. cit.** Pág. 303.
105 **Op. cit.** Pág.179.
106 Reyes, Alfonso: **Notas sobre la inteligencia americana. Última Tule.** Imprenta universitaria. México. 1942. Pág.139.

El indiano de ayer como el suramericano de hoy constituyen realidades que superan la fragmentación que los conceptos jurídicos y políticos han impuesto sobre nuestra existencia. Y este hecho espiritual se confirma en un hecho de conciencia: la conciencia de ser suramericano. Ya a principios de siglo José Enrique Rodó decía: "Los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia clara y firme de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir".[107]

Una comunidad originaria y, lo que es más importante, la conciencia de esa comunidad. A partir de esa conciencia sólo es de esperarse la construcción de ese futuro común en el cual lo nacional se proyecte hacia lo americano. A este propósito Caballero Calderón observaba: "No hay que perder de vista que el espíritu de los libertadores fué suramericano antes que argentino, chileno, colombiano o venezolano, y que por lo tanto al fundar las distintas repúblicas que hoy integran este continente, su propósito fué el de libertar un mundo nuevo para que naciera un nuevo hombre: no un ciudadano de Chile o del Perú, sino un ciudadano de América, a quien ni la raza, ni la clase social, ni la procedencia caracterizarán".[108]

Una América única por su espíritu y por su cultura; una América que, también en lo político y lo económico, realice su destino común bajo la tutela de su propia conciencia para que el mundo ya no tenga que preguntarse quiénes somos ni para qué servimos, pues nuestra respuesta le será dada por nuestra actividad y nuestro pensamiento. Así el pensamiento americanista de Bolívar se convertirá, con el correr del tiempo, en un americanismo auténtico que entrelace nuestras vidas y nuestras creaciones. A propósito de la pasada Conferencia Panamericana, Briceño-Iragorry decía: "La gravedad de la hora de América hace, sin embargo, esperar que la discutida Conferencia pueda ser escenario donde vuelvan a encontrarse consigo mismos pueblos que han venido viviendo en una gemebunda soledad moral. Tal vez la voz perseguida de esos pueblos logre romper vallas severas, y en labios de hombres audaces

107 Rodó, José Enrique: **Ariel.** Editorial Calomino. La Plata, 1946. Pág. 176. La cita es de *El Mirador de Próspero.*

108 Caballero Calderón, E.: **Suramérica. Tierra del hombre.** Editorial Teoría. Medellín. Colombia. 1944. Pág. 247.

y honestos puedan, desde tan calificado sitio, decir al mundo su trágica verdad".[109]

Decir nuestra verdad, he allí la cuestión; pero también comprenderla nosotros mismos de manera que nuestra voz vaya acompañada del fundamento de nuestras acciones. Hablar sí, pero también actuar. Tal debe ser el sentido de nuestro americanismo vital.

Sólo así puede esta nueva realidad del espíritu que ha nacido y que se nutre de la savia vital que emana de esta tierra virgen, crear, con sus propias manos y de su propia sangre, una forma propia, un lenguaje propio con el cual hablar al mundo. Un hombre suramericano y una cultura suramericana: he allí la explicación teleológica de nuestra existencia. Una cultura suramericana que, sin dejar de ser occidental por sus principios, se nuestra por su sentido. Hasta dónde hemos llegado por este camino, será materia de los siguientes capítulos de este trabajo.

109 Briceño-Iragorry, Mario: **El fariseísmo Bolivariano y la Anti-América.** Ediciones Bitácora. Madrid. 1953. Pág. 59.

CAPÍTULO IV

Ideas sobre la cultura

1.
La cultura como objetivación del espíritu

Tócanos plantear ahora la cuestión de la cultura en nuestro avance por los arcaduces de la panameñidad, ya que, habiendo intentado el desentrañamiento de lo que nosotros hemos considerado que nos hace ser lo que somos, esto es, panameños, y, en sentido más amplio, suramericanos, no podemos menos que hacer un nuevo intento por descubrir el sentido y la forma en que nuestra existencia espiritual se objetiva. Y es que la existencia personal diferenciada no se expresa únicamente en el puro reino del espíritu, sino también en las creaciones en las que ese espíritu se encarna. Así, espíritu y cultura nos dan la totalidad de la existencia humana.

¿Y qué vamos a entender nosotros por cultura? ¿Cuál es su alcance, su fundamento? De la dilucidación de estas cuestiones obtendremos la comprensión del sentido y del significado de la cultura en el humano vivir. Y no puede ser de otra manera, si se tiene en cuenta que es precisamente en la posibilidad de la objetivación cultural en donde se finca lo específicamente humano.

El hombre vive rodeado de distintos tipos de objetos. Estos objetos se agrupan en dos órdenes que reciben las denominaciones *natural* y *cultural*. ¿Son estos conceptos unívocos? Si no, ¿en qué elemento reside la distinción que le atribuimos? Esa distinción se fundamenta en la misma estructura que los informa. Por un lado tenemos los objetos naturales que se caracterizan porque son dados directamente, pues su origen y crecimiento están regidos por simples leyes de la naturaleza. Los objetos culturales, por su parte, son aquellos creados o cultivados intencionalmente por actos humanos que persiguen fines valorados.[110] En virtud de esta actividad intencional y valorativa del hombre, los objetos culturales adquieren un nuevo elemento inexistente en los objetos naturales: el sentido o significado cultural. Así tenemos que mien-

110 Rickert, H.: **Ciencia cultural y ciencia natural.** Espasa-Calpe, Argentina, S. A. Buenos Aires. 1945.

tras los objetos naturales son pura materia; los culturales son materia y sentido.

¿En qué reside el sentido? El sentido del objeto cultural está dado por la referencia a un valor. En las creaciones culturales se incorpora, por la intencionalidad del sujeto, un valor que constituye el fin perseguido por el hombre en la creación y en virtud del cual lo cultiva y estima. En este sentido, los objetos culturales, como portadores de un valor, pueden ser definidos como realidades valiosas o, simplemente, bienes. La validez o valor de un objeto cultural es reconocido por todos —pueblo o grupo— de manera que su significación se convierte en una realidad comportadora de un sentido para la comunidad. Es por ello por lo que la cultura no depende solamente de un sujeto singular sino también de un sujeto supraindividual que participa de ella y por lo cual surge la idea de un tal deber ser que determina el sentido comprensivo de la conducta humana y que coloca al hombre frente a la responsabilidad de sus acciones. Es precisamente en el fondo de esa determinación primaria de la cultura en donde radica la fuerza espiritual que le permite mantener su autonomía frente a las culturas extrañas.

Cabe indagar ahora cuál es la relación íntima existente entre el hombre, como ser objetivante, y la cultura, portadora de sentido. Porque es en esa trama de relaciones e interacciones donde encontramos la explicación misma del sentido de la cultura y de la capacidad creadora del hombre. Hombre y cultura, aunque realidades pertenecientes a esferas distintas, se implican mutuamente y la una justifica la existencia de la otra.

Ya decíamos anteriormente, apoyándonos en Max Scheler que el hombre se distingue de la escala zoológica por el espíritu y, consecuentemente, por la intencionalidad.[111] Además, el hombre es un ser axiológico, es decir, que su actividad apunta siempre hacia el valor. Por esta doble condición de la naturaleza humana, las creaciones del hombre surgen como proyecciones de su espíritu a las que se adhiere un sentido. Así, una materia que pertenecía inicialmente al ambiente natural, se transforma, por la intencionalidad del hombre, en un ambiente espiritual, cabe decir, en un objeto de cultura. Pero el hombre

111 Para Francisco Romero lo que hace primariamente al hombre es la intencionalidad de la conciencia, intencionalidad que se da en él aún antes del advenimiento del espíritu. En esto su concepción del hombre se separa de la de Scheler. Ver *Teoría del hombre*.

no sólo está en capacidad de crear objetos culturales, sino que, también, le es permitido transformar los mismos objetos naturales en objetos significativos. Spranger así lo advierte: "El sujeto vivencial, en cuanto sujeto espiritual de un orden más elevado, confiere también un sentido a las estructuras naturales que le son inmediatamente dadas, pero lo hace anulando su carácter de tal y volviendo a conformarlas en nuevas estructuras de sentido".[112]

Esta conciencia creadora del sentido al mismo tiempo que lo comprende, es denominada por los filósofos de la cultura, *espíritu subjetivo.* Pero en la creación de la cultura se requiere algo más que la participación de espíritus singulares de manera que el significado de los objetos trascienda los límites del alma singular. Es por ello que en la actividad objetivante de la conciencia singular se nos manifiestan funciones de carácter supraindividual que son reconocidas bajo el nombre de *espíritu de la comunidad,* esto es, el conjunto de intenciones y orientaciones significativas que se dan en una comunidad humana. El objeto cultural resulta así, no sólo proyección del espíritu subjetivo, sino también del espíritu de la comunidad. Ello nos explica que una obra de arte no sólo sea valiosa para su creador, sino también para el resto de la comunidad.

En este punto ya tenemos los elementos constitutivos del objeto cultural. Por un lado están los elementos del medio ambiente, portadores del significado y, por otro, el conjunto de valoraciones y sentidos que en ellos deposita el espíritu subjetivo, esto es, el espíritu que se proyecta y la materia que le sirve de habitáculo. Este espíritu encarnado o materializado recibe el nombre de *espíritu objetivo.* Pero si bien es cierto que tanto el elemento material (puede ser también un hecho o idea representable como objeto) como el espiritual son condiciones necesarias de la objetivación, no es menos cierto que en ella hay una supremacía del espíritu. En este sentido Francisco Romero observa: "El núcleo ontológico en todos estos objetos es de índole psíquico-espiritual. La prueba es que en muchos casos todo lo material sea reemplazable sin que el objeto cambie, mientras que el contenido psíquico-espiritual debe mantenerse sin modificación para que el objeto a su vez no se modifique".[113]

---

112 Spranger, Eduard: **Ensayos sobre la cultura.** Editorial Argos. Buenos Aires. 1947. Pág. 47.
113 Romero, Francisco: *Sobre ontología de la Cultura,* en **Filosofía de ayer y de hoy.** Ed. Argos. Buenos Aires. Pág. 148.

Ahora bien, el espíritu que ha surgido de lo más íntimo del hombre para proyectarse sobre el mundo exterior, una vez que ha logrado su objetivación, su encarnación en un objeto, se independiza de su creador y adquiere su propia fisonomía autonómica determinada por ciertas direcciones impuestas por los valores.[114] Tal es el grado de independencia y autonomía que adquieren las formas objetivas, que puede decirse que ellas se completan a sí mismas. A este propósito Jesinghaus observa: "El arte de la creación combina ciertos elementos entre sí; pero la obra es completada por cierta regularidad intrínseca del mismo mundo de las formas, de manera que la estructura de la obra sólo en parte se debe a la actividad subjetiva; la otra se debe a esa coherencia típica de la esfera objetiva".[115]

Es en virtud de esta emancipación de las formas objetivas por lo que, para la comprensión de su sentido, no precisamos saber nada de su creador. La comprensión viene a ser así la actualización, por nuestras propias potencias anímicas, del sentido impuesto en un objeto por un alma distinta de la del que comprende, pero a la vez desprendido de su agente productor. Por esta dificultad es por lo que no siempre la comprensión es absoluta, no siendo posible a veces más que intuir el significado de una formación objetiva sin poderlo determinar. En otros casos, sin embargo, tales formaciones se van integrando de tal modo a la vida del individuo que van determinando su personalidad como ha indicado R. Linton.[116]

A la triple expresión del espíritu: subjetivo, común y objetivo, Spranger agrega el *espíritu normativo* que, en realidad, no viene a ser sino una modalidad de espíritu común. La totalidad de las valoraciones y significaciones que conforman la existencia culturalmente creadora del hombre se mantienen y orientan según ciertos principios universalmente aceptados por la comunidad cultural. Tales principios revisten un carácter moral ya que son los que señalan el deber ser de las creaciones culturales, razón por la cual se adjetiva de normativa a esta manifestación del espíritu. Su normatividad resulta —nos

114 Ver, **Las ciencias del espíritu y la filosofía,** de Francisco Romero. Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires. 1943.

115 Jesinghaus, Carlos: **El "espíritu objetivo" según Freyer.** Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires. 1943.

116 Linton, Ralph: **Cultura y personalidad.** Fondo de Cultura Económica. México. 1945.

dice Spranger— de la posición que el hombre ocupa en el tiempo. Apoyada en el umbral del presente, la acción del hombre penetra en un futuro aún incierto.[117]

De las observaciones hechas hasta aquí podemos poner en claro lo que Dempf llama las tres notas fundamentales del campo de la cultura.[118] La primera corresponde al campo de lo histórico, es decir, a la creación misma que se funda en una dialéctica real y no en leyes; la segunda corresponde a la tipicidad, nacida de la solidaridad y de la autoridad, y no de un determinismo; y, por último, el campo de las normas absolutas, basadas en la acción libre de las normas sobre la cultura personal y por la influencia de la cultura personal sobre la autoridad positiva. Implica una crítica ética, pero no un progreso mecánico.

Ahora bien, la creación original, la tipicidad solidaria y la normatividad de la cultura están en relación directa con las aspiraciones, propósitos, ideales y fines que la comunidad cultural se ha impuesto y que se derivan de su particular concepción del mundo. Es, pues, la concepción del mundo la que, en última instancia, determina el sentido de una cultura y la que, por tanto, le da el matiz de lo nacional, el aroma de lo telúrico. Ya Wölfflin así lo sugería al decir que el estilo artístico puede determinarse, no sólo con arreglo a determinados factores formales, sino viendo expresada en cada uno de esos factores una determinada orientación de conjunto, una especie de actitud espiritual del ojo, que "entrañan, como algo condicionante y condicionado, el fundamento mismo sobre que descansa toda la visión del mundo de un pueblo".[119]

Tal es la importancia de la conexión entre cultura y concepción del mundo, que trataremos, en las siguientes páginas, de explicitar sus relaciones como prolegómeno para adentramos al planteamiento de la autenticidad o inautenticidad de nuestra cultura.

---

117 Spranger, Eduard: Op. cit. Pág. 53.
118 Dempf, Alois: **Filosofía de la cultura.** Revista de Occidente. Madrid.1933. Pág. 182.
119 Wolfflin, Heinrich, **Hunstgeschichtliché Grundbegegriffe.** Munich. 1915. Citado por Cassier en **Las Ciencias de la Cultura.** F. de C. E. México. 1951. Pág. 96.

2.
Cultura y Concepción del mundo

La concepción del mundo tiene su origen en el abismo inicial que separa al sujeto espiritual de los misterios de la vida y del universo. El ser humano, enfrentado como está a la enigmática realidad que lo circunda, se sumerge en ella para explicársela, pero no poniendo en juego sus potencias intelectuales, sino sus capacidades estimativas para, a partir de las valoraciones acumuladas, darle un sentido a su existencia. "La concepción del mundo —anota Romero— no pertenece al orden intelectual, aunque cuente con elementos intelectuales y se procure justificar intelectualmente; responde a exigencias complejas, a inclinaciones primarias, a nuestras estimaciones, a nuestros deseos y esperanzas".[120] De allí que a la concepción del mundo no le importe la estructura y el modo de ser del mundo y de la vida, y atienda exclusivamente a su significado y a su fin, con lo cual le da forma a los afanes y apetencias del sentimiento y de la voluntad. Guillermo Dilthey ha caracterizado esta especial estructura de la concepción del mundo al decir que "consiste siempre en una conexión en la cual se decide acerca del significado y sentido del mundo sobre la base de una imagen de él, y se deduce así el ideal, el bien sumo, los principios supremos de la conducta".[121]

El hombre empieza por captar los objetos del mundo exterior, percepciones que van a ser depositadas y ordenadas en nuestro receptáculo representativo. Allí lo representado va a sufrir cierta organización en virtud de nuestras operaciones mentales como el juicio y el concepto, de manera que lo percibido nos va a ofrecer la totalidad de lo real. A esta conexión de las cosas sigue la estimación de las mismas y por medio de la cual adquieren un valor y un significado para nuestra existencia. Así, lo que en un principio fue sólo una imagen de lo real, se convierte, por el sentimiento, en el principio supremo de nuestra estimación de la vida y de la comprensión del universo. Nuestra vida, a partir de tal estimación y de tal comprensión, va a estar determinada e impulsada por las derivaciones, en el orden práctico, de esa actitud espiritual.

---

120 Romero, Francisco: *El problema de la Concepción del Mundo,* en **Filosofía de Ayer y de Hoy.** Ed. Argos. Buenos Aires. 1947. Pág. 179.
121 Dilthey, Wilhelm: **Op. cit.** Pág. 135.

Pero como hacíamos notar al principio, esa comprensión que hemos logrado no se funda en operaciones intelectuales, ya que no se trata de una teorización sobre el mundo, sino de una simple respuesta a los enigmas surgidos de la existencia humana. Y es allí precisamente donde está la diferencia esencial entre la concepción del mundo y la ciencia. Como ha indicado Müller, "la ciencia duda, y pregunta, y busca. La concepción del universo no duda nunca, cree; la concepción del universo no pregunta nunca, sabe y posee. El saber del auténtico hombre de investigar es *scientia nesciendi;* el saber del hombre de la concepción del universo es *scientia sciendi"*. [122]

He allí la cuestión diferencial. La ciencia es un penetrar en el objeto, un analizarlo, un descubrir su estructura, su modo de ser. La concepción del mundo es una simple toma de posición frente al objeto, sin penetrarlo, sin indagarlo. De allí también que la ciencia sea limitada, particularizada. En tanto que la concepción del mundo abarca la totalidad de lo real, adquiriendo de esta manera un carácter homogéneo como la realidad que concibe. Sólo de esta manera puede darle forma y sentido a la vida como es su propósito. Formativa, no teorética, la concepción del mundo se define por la totalidad. De ese carácter totalitario y homogéneo se desprende la inexistencia de pensamientos e ideas contradictorias, como generalmente ocurre en la ciencia. La concepción del mundo no tolera los vacíos, ni la contradicción ni las negaciones. Su pensamiento es unívoco, unilineal y completo. No significa ello que la concepción del mundo no esté sujeta a modificaciones; pero sí que esas modificaciones no se manifiestan como un cambio de dirección, sino como un crecimiento que no tuerce ni deforma su estructura.

¿Y qué relación hay entre la concepción del mundo y el individuo? ¿Se forma o elige cada cual su particular concepción del mundo? La concepción del mundo no expresa el sentimiento de un hombre, su posición vital, sino que es la expresión del alma de un pueblo, formada y acrecentada por las experiencias y vivencias de ese pueblo. El individuo, hijo de una comunidad, heredará de esa comunidad su concepción del mundo. Él no la elige; se la eligen, o se la imponen. Su alma es un fragmento del alma de su pueblo; sus ideales y sus afanes serán los

122 Müller, Allois: **Introducción a la filosofía.** Espasa-Calpe. Buenos Aires. 1940. Cap. *Problemas de la concepción del universo.* Pág. 277.

ideales y los afanes de su pueblo. Él no puede rebelarse, so pena de ser un inadaptado, un tránsfuga de la sociedad. El fracaso, la burla y el desamparo serán el resultado de sus acciones. Será un Quijote que vivirá arrastrado por las aspas de los molinos de viento.

Como la intuición de los valores constituye la raíz sustancial de las concepciones del mundo, ellos le darán su tonalidad, su especial inclinación. Cada pueblo se caracteriza por la estimación y elección de determinados valores. La supremacía de esos valores va a darle el colorido especial a su particular concepción del mundo. Y, así mismo, la cultura, que va a ser la expresión fáctica de esa concepción del mundo, estará impregnada de esa tónica. Es más, la misma unidad de estilo de la cultura, va a estar determinada por el acento de la concepción del mundo. De allí que para comprender el sentido de la cultura de un pueblo sea preciso sumergirse, previamente, en la concepción del mundo de ese pueblo que la está conformando.

Es quizás en el arte donde resulta más visible la íntima conexión entre la creación cultural y la concepción del mundo. Véase, por ejemplo, la poesía mitológica y se notará cómo la sensibilidad poética está aromatizada de un mundo visto a través del prisma del mito. Y ¿qué es la tragedia de Eurípides o de Sófocles sino la expresión de la concepción fatalista de la vida entre los griegos? Considérese, por otra parte, el arte medieval. La arquitectura gótica, así como la pintura y la escultura, revelan esa búsqueda de lo infinito en el hombre medieval, resultado de la supremacía de los valores religiosos en la concepción del mundo y de la vida de aquellos tiempos. Y así, en general, un pueblo con una concepción del mundo en la que preponderen los valores estéticos, utilitarios o espirituales, su cultura será el resultado de esa preponderancia axiológica.

Sólo los pueblos dominados, o aquellos que sufren permanentemente la interferencia de culturas extrañas más poderosas, demuestran cierto desequilibrio, cierto desajuste entre el alma de su concepción del mundo y las formas culturales adoptadas. Cuando tal cosa ocurre, el pueblo afectado debe solidificar sus potencias anímicas de manera que su cultura absorba y elimine la amenaza, o, de lo contrario, plegar su fisonomía a la personalidad extraña, lo que equivale, no a una asimilación, sino a la desaparición de su existencia espiritual diferenciada.

A la existencia de ese desquiciamiento entre el alma de un pueblo y su cultura es lo que nosotros llamamos inautenticidad cultural. Esa inautenticidad no conduce siempre al aniquilamiento del ser, pues queda la posibilidad del reajuste mediante la creación de una cultura propia que ensamble el alma del pueblo con las formas objetivas.

Tal desequilibrio es el que nosotros encontramos en la existencia espiritual del panameño. Nosotros no hemos logrado forjarnos aún una cultura que sea exteriorización de nuestra concepción del mundo y de la vida, y que evidencie esa conexión íntima entre el alma panameña y nuestras creaciones. Pero no por ello tememos a una desfiguración de nuestra personalidad de pueblo, pues sólo los esclavos, los que desconfían o desconocen sus potencias espirituales, pueden plegarse, sumisos, a la absorción extraña. Y, por fortuna, como decía Morales en frase que citábamos anteriormente, nosotros los panameños "no le tememos a la dominación de nadie". Con la conciencia de nuestra debilidad, sabemos encontrar en ella las fuerzas necesarias para mantenemos libres.

CAPÍTULO V

El drama de nuestra cultura

1.
De nuestro presente

Cuando un pueblo ha logrado la total alquitaración de su espíritu de manera que pueda hablarse con propiedad del alma de ese pueblo, éste logra estructurar su propia concepción del mundo y de la vida; cuando un pueblo logra la formulación de una auténtica cosmovisión, éste logra proyectarse en una cultura genuina y personal. Se trata entonces de un pueblo que ha alcanzado la más alta expresión del espíritu, y que se conjuga en términos de libertad. "Llégase al grado más alto en la historia de la cultura —indica Dempf— cuando el reino de la libertad, del ser consciente humano, comienza, haciendo posible conscientemente una ordenación de la totalidad del pueblo, haciéndose consciente de la cultura por la cultura del espíritu".[123]

¿Podemos decir nosotros, panameños, que nuestra cultura ha alcanzado tan alto grado de desarrollo? Para afirmarlo o negarlo es preciso antes buscar en los fenómenos concretos de nuestro acontecer cultural la posible ligazón entre esos fenómenos y las formas subjetivas de nuestra existencia, pues ya hemos dicho que la cultura no es sino una categoría del espíritu, que su esencia está entretejida por el arquetipo humano que la produce y que se manifiesta, en acto, como la conciencia definida del ser de un pueblo.

En el capítulo anterior terminábamos con la afirmación de que en nosotros se manifiesta un desequilibrio entre nuestra cultura y nuestra concepción del mundo. ¿En qué fundamos tal afirmación? ¿Qué evidencia tenemos de la existencia de ese desajuste?

Al referirnos al estilo de la panameñidad asegurábamos que el panameño había logrado forjarse una especial concepción del mundo y de la vida, nacida ella de un espíritu atravesado por la soledad, y en la cual lo humano adquiría cierta vigencia y preponderancia que caracterizaba nuestra realidad del espíritu. ¿Podemos nosotros afirmar con la misma seguridad que en Panamá ha

123 Dempf, Alois: **Op. cit.** Pág. 200.

nacido una cultura que corresponda a esa especial manera que tenemos nosotros de ver el mundo y entender la vida y que sea, por tanto, auténticamente nuestra? Negarlo no sería antipanameño; negarlo es comprendernos.

No hay nada en el mundo de las formas objetivas que nos circundan que pueda indicarnos una autenticidad cultural. Todo es prestado, todo es adoptado de otras esferas culturales por más que, por un nacionalismo ingenuo, nos queramos convencer de que lo ajeno, en nuestras manos, adquiere un acento personal. Eso sería posible si nosotros, al tomar y retomar las formaciones que nos vienen de fuera, las adaptáramos a las exigencias de nuestra subjetividad; pero —y ello es lo más terrible— nosotros somos los que nos adaptamos a las importaciones culturales, actitud suicida que promueve más nuestro desquiciamiento espiritual.

De allí que nuestro problema cultural se manifieste como un problema de dependencia. Si en lo interior, en lo psíquico, vivimos atados a nosotros mismos, en lo cultural vivimos atados a lo extraño. He allí la gran incongruencia.

Claro está que esto no es un novísimo problema de nuestro presente cultural; este presente no es sino una prolongación de una secular sujeción cultural, pero no una sujeción impuesta, sino una sujeción aceptada e, incluso, buscada. Nunca hasta ahora hemos querido ser, culturalmente, nosotros mismos, por lo que siempre nos nutrimos de la cultura europea, u occidental, como quiera llamársele, que es nuestra, pero que no podemos sentirla nuestra.

Panamá advino al mundo de la cultura como una prolongación de la cultura española. Nuestras ideas eran derivaciones del escolasticismo imperante en España; nuestros productos artísticos y literarios, sombra y reflejo de lo que se hacía en España. Y entonces estaba bien. Un hijo debe llevar las vestiduras que le ofrezca su padre; pero cuando el hijo crece y se independiza, no es justo que siga bajo la tutela del padre y, mucho menos, que busque la de un extraño. Él debe actuar según los impulsos de su propio espíritu.

Y esto fue precisamente lo que no hicimos. Cuando nos consideramos mayores de edad nos independizamos de España; pero independencia no significa sólo asumir autonomía política. Independencia significa también autonomía cultural, mental. Así lo comprendieron nuestros hombres del decimonono, y, en efecto, abandonaron la tutela de España. Pero, ¿fue acaso para seguir, culturalmente, nuestros propios caminos? De ninguna manera. Todo

se resolvió con un desplazamiento de tutela. De las faldas de España salimos para escurrirnos bajo las faldas de Inglaterra. ¡Quién lo hubiera creído! Nosotros, preparados ya para lo humano, caer bajo los moldes del utilitarismo. El pensamiento panameño postindependentista, personificado en Justo Arosemena, ¡era inglés![124] ¿Qué comunidad, qué afinidad podía haber entre nuestra vida espiritual y la tradición cultural inglesa? Ninguna. Por ello nos resistimos a aceptar el criterio de quienes quieren ver, en el utilitarismo panameño del Siglo XIX, la revolución del pensamiento correspondiente a la revolución política. Rebeldía, quizás; revolución, lo rechazamos.

Revolución en las ideas implica cambio brusco que afecta integralmente todas las esferas de la vida espiritual de un pueblo, cambio que va a perpetuarse a través de nuevas proyecciones en la vida del espíritu. ¿Podemos decir eso del positivismo panameño del Siglo XIX? No lo creemos. El utilitarismo de Justo Arosemena prácticamente perece con él. Nada profundo quedó que hubiera podido darle un nuevo sentido a la existencia panameña. Ello en virtud de lo que anotábamos arriba. Nada había de afinidad entre nuestra actitud espiritual y esa actitud mental, propia de la civilización inglesa. Por eso nos aventuramos a decir que el utilitarismo fue una fiebre de la que, a fines de Siglo, ya nos habíamos curado.

Cuando el panameño siente que no es precisamente en Inglaterra en donde podía encontrar el alimento que su alma necesita, revuelve la mirada en busca de caminos. Tan cerca de sí estaba su propio camino que no lo pudo ver. Más fácil le fue encontrar el camino ajeno, ahora el francés. Ya nuestros hombres de letras no pensaban en la brumosa Londres sino en el radiante París, y el cisne, símbolo de la poesía francesa del Siglo XIX, se convierte también en el símbolo de la nueva actitud espiritual del panameño.

El influjo del galicismo en muestra cultura tiene proyecciones más poderosas que el anglicismo y se manifiesta en todos los aspectos de nuestro quehacer cultural. Nacido en el siglo XIX, se proyecta muy claramente hasta muy avanzado el Siglo XX. Desde la llamada generación romántica hasta la segunda generación republicana, se advierte el fundamento francés de nuestra cultura. Y no se crea que es un fenómeno panameño por razón del canal francés.

124 Nos referimos exclusivamente a las ideas filosóficas de Justo Arosemena ya que, en lo demás, lo consideramos como el panameño por excelencia.

Es un fenómeno que se produce en toda la América Hispana. Es un uruguayo, José Enrique Rodó, quien señala los perfiles de la nueva actitud espiritual.

La enorme influencia de lo francés en nuestra cultura tiene su explicación: en Francia encontramos una cultura, una vía del espíritu, más afín a las exigencias de nuestra subjetividad. No es de extrañar por ello que el arielismo se convierta en la fuente de inspiración de nuestros hombres afanados en el cultivo del espíritu.

En la actualidad nuestro problema de cultura se complica con la existencia de una nueva corriente ideológica: la procedente de los Estados Unidos. Y no se piense que la influencia norteamericana nos viene de la Zona del Canal; de allí sólo obtenemos salarios y deformaciones idiomáticas. La verdadera influencia norteamericana nos viene, aunque parezca increíble, de panameños mismos, de aquellos que han sido formados culturalmente a la "americana". Sobre todo nuestros pedagogos, casi todos de una formación norteamericana y que hoy dirigen nuestra educación, son portadores de una mentalidad practicista, totalmente divorciada de todo lo que signifique sentido de lo panameño. El practicismo está bien en los Estados Unidos pues es una actitud mental que corresponde a la concepción de la vida que tienen los norteamericanos. Una filosofía pragmática tiene que ser expresión de una cultura técnica y práctica. Pero a nosotros, hijos del humanismo, que no pretendan ceñirnos a semejante moldes. Es de esperar, para nuestra salud espiritual, que esta nueva tendencia practicista tenga la misma existencia efímera del utilitarismo benthamista del decimonono.

Quedan así, pues, indicadas las distintas corrientes de nuestra formación cultural. Cabe indagar ahora qué es lo que poseemos, cuáles son nuestros haberes culturales, y demostrar con ellos qué poco hay allí que revele un verdadero sentido de lo panameño.

Tomemos, en vías de discusión, el problema de nuestra literatura. Hace algún tiempo Rodrigo Miró se preguntaba: ¿Existe una literatura panameña?[125] Su respuesta, aunque condicionada por la conciencia de la inestabilidad del panameño, era afirmativa. Hoy nosotros variamos el tono de la pregunta para formularla de este modo: ¿Hasta dónde nuestra literatura es auténticamente panameña?

---

125 Miró, Rodrigo: *La literatura en Panamá,* en **Teoría de la Patria.** Buenos Aires. 1947.

Porque no se trata ya de si en Panamá se cultiva o no la literatura, sino de demostrar si en realidad esa literatura ha alcanzado el dominio de lo personal. Para facilitar el análisis nos permitimos dividirla en dos grandes modalidades: la culta y la popular. Tenemos, por ejemplo, una poesía culta representada por poetas como Rogelio Sinán, Roque Javier Laurenza, Ricardo J. Bermúdez, Tobías Díaz B. y Tristán Solarte. Paralelamente a ella tenemos una poesía popular representada por Chang Marin, Demetrio Korsi y Demetrio Herrera S., entre otros.

La primera, la poesía culta, por su carácter estrictamente "literario" y de contenido libresco, no puede ofrecer, por su contenido, ninguna propiedad panameña que la defina; y, en cuanto a la forma, el estilo resulta siempre reflejo de los movimientos poéticos europeos, principalmente españoles y franceses.[126] Nutrida, en sustancia y forma, en la materia de allende, es una poesía eminentemente ecuménica; pero no es un universalismo que parte desde dentro hacia fuera, es decir, de lo panameño a lo universal humano, sino un universalismo que apunta de afuera hacia afuera, de manera que no lleva el menor trasunto de lo panameño, flotando como está en la superficie de lo nuestro.

En cuanto a la poesía popular, aquella que se finca en una temática panameña, tampoco llega a sustancializarse del alma panameña. Si bien demuestra una búsqueda de lo nacional, esa búsqueda se queda en la objetividad caracterológica, en el regionalismo folklorista, y, en cuanto al estilo, su novedad consiste en adoptar el lenguaje localista, ya de nuestros campesinos, ya de las clases populares de la ciudad. Se resuelve, pues, esta modalidad poética, en nuestra pintoresca realidad exterior y no en las aguas subterráneas de nuestra existencia, eliminando con ello, como ocurre en la poesía culta, toda posibilidad de convertirse en una voz de nuestra conciencia y en un auténtico canto de nuestro espíritu. Probablemente sea Demetrio Herrera el poeta que se ha aproximado un poco más al alma misma del pueblo panameño.

En cuanto a la novelística panameña se refiere, nos enfrentamos a la misma situación. Se muestra aquí también una visible tendencia hacia lo autóctono, hacia lo típicamente panameño; pero esa tendencia no va más allá de un

126 En reciente conferencia dictada por el profesor Ismael García en el Paraninfo de nuestra Universidad hay observaciones muy valiosas en relación a este problema.

sentido geográfico, de un enmarcamiento dentro del paisaje y, muchas veces, de un empalagoso costumbrismo. No se ofrece en toda ella una auténtica intuición del drama espiritual del panameño; una auténtica toma de conciencia del sentido de nuestra vida. El ruralismo en nuestra novela es pura vestimenta exterior que no indica la menor penetración en el mundo vivencial de nuestro espíritu. Sin embargo, hay quien opina lo contrario. Ramón H. Jurado, por ejemplo, ha dicho: "Es pues con el ruralismo cuando la novela panameña gana voz propia y consistencia. Al encuentro con la patria olvidada, la imaginación alcanza vuelo hasta entonces desconocido. Es por ello que a nuestro entender el Ruralismo es el acontecimiento más importante en la historia literaria del país".[127] Sobre la base de ese supuesto encuentro con la patria, se permite considerar al ruralismo como expresión ideológica. Olvida Jurado dos cosas: en primer lugar, que decir lo rural no equivale a decir lo panameño; y, en segundo lugar, que ser ruralista en la forma no supone, necesariamente, tener la vivencia de la intrínseca realidad humana que se esconde en lo rural, vivencia que es la única que puede darle valor categorial a esa literatura y, por tanto, suponer una posición ideológica.

Admitimos que en esa literatura ruralista se advierte una búsqueda de lo propio; pero esa búsqueda es una actitud, no una posición. La posición ideológica viene del encuentro de lo buscado, encuentro que es el que no se ha hecho efectivo. En nuestra literatura ruralista sí podemos encontrar el testimonio de que somos, pero no la expresión de lo que somos, que ya es otra cosa. En el testimonio se da un hecho potencial; en la expresión, un hecho de conciencia. A esto último debe dirigirse nuestra novela para ser verdaderamente panameña.

Lo mismo cabe decir de nuestra novela histórica. Ella es apenas un aletear en torno a lo meramente exterior del acontecer histórico; un evocar el pasado, evocación que no va a servir, en muchos casos, más que de telón de fondo de un argumento de película. Pero cuando le trata de intuir el significado de lo vivido como proceso de nuestra entidad, nuestra novela no alcanza a patentizar un verdadero sentido de lo histórico. Ocupados en la objetividad histórica, se olvi-

127 Jurado, Ramón H.: **Itinerario y rumbo de la novela panameña. El Ruralismo como expresión ideológica.** El Panamá América. Edición conmemorativa del cincuentenario. Noviembre de 1953. Pág. 85.

dan de que esa objetividad encierra un profundo contenido humano, que es lo que hay que caracterizar. Lo meramente anecdótico no tiene allí significado alguno.

Y ¿qué decir en relación al arte? ¿Podemos hablar de un arte panameño? Es evidente que tenemos una música aromatizada y sustancializada con el alma panameña; pero lo panameño de nuestra música no traspasa los límites de lo folklórico; la décima es un ejemplo.[128] Pero cuando de la música culta se trata, difícil resulta encontrar en ella un trasunto del espíritu nacional, una vitalización de lo telúrico. Lo mismo puede decirse de nuestra pintura. Nuestros pintores, por buenos que nos parezcan desde el punto de vista estrictamente estético, no han logrado penetrar aún en el estilo de la panameñidad para forjar, de ese modo, una auténtica pintura panameña.

Nada menos que uno de nuestros más distinguidos pintores, consciente de este problema, así lo ha testimoniado: "Nos parece imposible fundamentar una cultura nacional mientras estemos tan pegados a París, que no escribamos más que música impresionista o pintemos bodegones y odaliscas que nunca han llegado por aquí más que en copias".[129] Y es que cada cual pinta al gusto imperante en el país en que estudió sin que nadie se preocupe por trazar los linderos de un estilo pictórico panameño. No se trata sólo de abandonar las odaliscas para recurrir a las polleras. Una pollera puede ser pintada tan artísticamente por un norteamericano como por un panameño. Se trata, más que nada, de que el espíritu objetivado en nuestra pintura sea un fragmento del espíritu panameño y no de un espíritu extraño, de manera que, ante la presencia de un cuadro, la comprensión de su sentido corresponda a la comprensión de lo panameño. No importa tanto a qué elementos formales apelemos en la creación; lo que sí importa es la caracterización en el mundo del sentido, de las significaciones. Por abstracta que una obra de arte sea, ella es lo más concreto y personal en su dirección espiritual, por su referencia al espíritu.

---

128 Zárate, Manuel F. y Dora Pérez de: **La Décima y la Copla en Panamá.** Imprenta de la Estrella de Panamá. Panamá. 1953.

129 Silvera Eudoro: **¿Puede haber una cultura panameña?** El Panamá América. Edición del Cincuentenario. Noviembre de 1953. Pág. 92.

2.
De nuestras posibilidades

Cuando el artista panameño comprenda que su visión del mundo debe partir desde lo panameño y no desde lo norteamericano ni desde lo europeo, su obra de arte, por sí misma, por su coherencia intrínseca, apuntará hacia lo panameño. Es entonces cuando la creación artística nos hablará el lenguaje del espíritu panameño.

Es preciso que nuestro arte revele esa presencia del ser colectivo, ese rasgo distintivo de lo panameño, lo típicamente humano de nuestra existencia, sin que ello signifique, necesariamente, una limitación, en el artista, de su pura actividad creadora en sentido estético. A este propósito ha dicho Zum Felde: "En el arte —forma intrínsecamente subjetiva, objetiva sólo extrínsecamente— aquel factor psicológico es fundamental. Toda forma de arte, por más que se esfuerce en intelectualizarse, en abstractizarse —sea en virtud de teoría o de temperamento— no puede abandonar cierto lastre subconsciente de su propia historicidad".[130] Un arte personal, con lo que de originalidad conlleva personalidad, que se alimente de nuestro propio y auténtico modo de ser nosotros mismos, es lo único que puede darnos una cultura panameña.

Pero para que nuestra individual entidad se manifieste como culturalmente existente es preciso, pues, partir del hecho primario de nuestro espíritu en virtud de una elevación al plano de la conciencia. Haciendo de la instrospección o, más bien, de la intuición de lo propio, el régimen categórico de nuestras creaciones, nuestro ser original se manifestará directamente.

En este sentido, nuestro problema de cultura se resuelve en un problema de libertad. Nuestra tradicional dependencia cultural debe ser superada por una independencia cultural, lo que implica, como cosa previa, el rompimiento de nuestra mentalidad colonial que nos ha impedido comprender las vibraciones del alma panameña. ¿Y cómo llegar a esa comprensión y a esa manifestación de lo originario?

---

130 Zum, Felde: **El problema de la cultura americana.** Editoral Losada, S. A. Buenos Aires. 1943. Pág. 64.

Ya hemos observado cómo la historia de nuestra cultura es la historia de una superposición de culturas, de modo que bajo nuestro presente cultural no se encuentra un decurso unitario de formación, sino una serie de capas sobrepuestas, cada una de las cuales presenta las cualidades propias del pueblo que les ha dado origen. Primero tenemos el sedimento indígena. Sobre ese sedimento está la cultura española colonial, a la cual se agrega, en la colonia, el elemento africano. Estos tres elementos no logran fusionarse para darnos una síntesis cultural original, sino que cada uno quedó dominando en el grupo étnico correspondiente. Luego vimos aparecer el anglicismo cultural que no supo fundarse en ese pasado y proyectarse sobre el futuro. Cosa similar ocurre con el galicismo que, aunque más afín a nuestro espíritu, tampoco logra fundirse con el pasado en una síntesis cultural panameña. Es así como nuestra actitud cultural ha ido variando según la cultura adoptada, jamás asimilada para ser convertida en expresión de nuestras propias vivencias espirituales.

Como un síntoma positivo, en el presente el problema de nuestra libertad cultural se manifiesta como un drama de conciencia, drama que surge de un darnos cuenta del desajuste sobre el que se funda nuestra existencia cultural. La contradicción patética entre nuestro deber ser panameño —potencia o proyecto del ser— y nuestra realidad panameña actual se ha dramatizado con la conciencia de esa contradicción. De esa conciencia brota el movimiento de nuestras fuerzas espirituales hacia una búsqueda de los canales por los cuales actualizar el proyecto. De allí que nuestro drama de conciencia constituya el principio de nuestra entidad cultural. Hay un dolor que nos martiriza interiormente; ese dolor es el anuncio del alumbramiento.

El desequilibrio que observamos entre nuestra concepción del mundo y de la vida y las formas objetivas que nos circundan, se ha convertido, por la conciencia, en una lucha dialéctica en la que se afirma y se niega, se exige y se postula. En esa pugna dialéctica se juega nuestra personalidad de pueblo. Pero como esa dialéctica existencial nuestra no opera sobre leyes de la naturaleza sino sobre nuestras posibilidades mentales y espirituales, su desarrollo no está exento de contingencias peligrosas.

Recuérdese que hemos afirmado que el panameño se caracteriza por su inmadurez e inestabilidad mental, freno indubitable para la actualización de nuestras potencialidades. Pero así como decíamos que nuestra adolescencia

mental podía ser superada por el cultivo del espiritu, es decir, por la educación —en sentido de integración del hombre a la cultura—, así mismo nuestra autenticidad cultural encontrará su nervio motor por los caminos de la educación. La madurez mental, producto de la educación del alma, preparará al panameño para la comprensión y la satisfacción de nuestras urgencias espirituales.

Pero claro es, la educación del panameño debe estar inspirada en un sentido de lo panameño, o lo que es lo mismo, en una filosofía de lo panameño.[131] Para el planeamiento de nuestra educación no tenemos por qué estar pensando en los éxitos obtenidos en determinada escuela del Estado de Arizona. El estudiante panameño es una realidad mental y espiritual distinta y que requiere, por tanto, un tratamiento y una orientación nacidas de su propia existencia panameña. Nada ganaremos con la imitación de planes elaborados en las escuelas experimentales de los Estados Unidos sino aumentar el desequilibrio espiritual del panameño. ¿Por qué copiar, por qué imitar, por qué no ser nosotros mismos?

Si entre nosotros la vida tiene un sentido y un significado especial, ¿por qué no formular una educación que se nutra de esa especial concepción del mundo? Es cierto que para actuar se requiere partir de ciertos modelos, pero ¿no sería más provechoso e inteligente ser nuestros propios modelos? Así como el sastre, para la fabricación de su vestido parte de las medidas físicas de su cliente, así el educador debe partir de la medida espiritual del panameño.

Esto implica, como anotábamos, inspirarnos en una filosofía de lo panameño. Y cuando decimos filosofía de lo panameño, no se entienda un sistema filosófico panameño, sino una comprensión filosófica de la realidad que nosotros somos, de nuestro tiempo, de nuestra hora vital, de nuestro drama de conciencia. Mirar menos hacia afuera y mirar más hacia dentro de nosotros mismos: he allí la actitud que debe encerrar toda formulación educativa.

Aferrarnos a una actitud imitadora, resultado de una desconfianza arterial de lo propio, es aferrarnos a la dependencia, imposibilitando con ello nuestra emancipación. Posición suicida y antinacional que el Estado no debe prohijar y

131 Este problema ha sido planteado ya por el profesor Diego Domínguez en su **Filosofía y Pedagogía.** Imprenta Nacional. Panamá. 1952.

que nuestro pueblo debe rechazar violentamente. No es por odio a lo extraño, sino por amor a lo nuestro.[132] Ya hemos dicho que para la cultura norteamericana, para su escala de valores, para su actitud espiritual, su filosofía y su sistema educativo están por demás justificados, puesto que responden a sus exigencias. Pero su imposición en nosotros sería negativo, ya que podría dar como resultado una tendencia hacia la desfiguración de la panameñidad.

Ya se ha visto cómo a nosotros se nos considera un pueblo vendido, como en muchos pueblos de América se nos mira como a una colonia de los Estados Unidos, ¿por qué, entonces, seguir negándonos a nosotros mismos? ¿Es que al desprecio de los otros queremos añadir nuestro propio desprecio?

No lo creemos. Todo se debe a una mala ubicación, a una falta de perspectiva de lo nacional. Aticemos, pues, la llama viva de nuestra comprensión para que podamos ser lo que debemos ser: culturalmente auténticos.

132 Una actitud panameña en la educación no implica, claro está, desconocer los valiosos aportes de la pedagogía norteamericana o europea.

CAPÍTULO VI

Cultura panameña y cultura americana

Si en la primordialidad de la existencia panameña se conjuga lo esencial americano, así mismo, cuando de la cultura se trata y como expresión que es de esa primordialidad, es necesario reconocer que el problema de la cultura panameña va implícito en la cuestión de la cultura americana. Si nuestra América tiene una fisonomía común, su cultura objetiva debe ofrecer también una formulación unitiva. No queremos decir con ello que Suramérica ha logrado su autenticidad cultural, pues ello sería contradictorio con nuestra afirmación de la inautenticidad cultural panameña. Ocurre sólo que la cultura americana, aun dentro de su inautenticidad, tiene su distintivo común a todos nuestros países.

El hombre vive siempre en relación a su circunstancia, a su tiempo, a su hora. De ahí que su verdad sea la verdad circunstanciada de su hora, de su momento vital, conformada dentro de la trama singular de su concepción del mundo. El suramericano es hijo de una circunstancia y de un tiempo común como la cosmovisión que lo vigoriza. Esto ya tuvimos oportunidad de perfilarlo en páginas anteriores.

La cuestión está ahora en saber si el hombre suramericano, enfrentado como está a su problema, que es el problema de su circunstancia, además de asumir una posición espiritual afín ha logrado darle iguales soluciones a su problema circunstanciado, o, en otras palabras, si las formas objetivas encarnadoras de su espíritu llevan su idiosincrasia unitiva.

La respuesta no es difícil encontrarla. Tenemos el fondo común: lo indígena y lo español. Las otras capas culturales que hemos mencionado en relación a la cultura panameña, también se superponen en la cultura suramericana toda. Así como en Panamá la revolución política fue seguida de una rebeldía cultural orientada hacia el utilitarismo inglés, Suramérica toda ofrece este rasgo de canalización de su pensamiento hacia Inglaterra. Téngase en cuenta el siguiente dato: “Por poco aficionado que fuese un suramericano a los estudios de cuestiones políticas, leía a Bentham. En pocos años, una casa editorial

vendió, en la América del Sur, cuarenta mil ejemplares de una traducción francesa de Bentham."[133]

A este anglicanismo cultural americano también le sigue el afrancesamiento que encuentra su máxima expresión, como ya se ha dicho, en el idealismo romántico de Rodó. Ambas tendencias son respuestas a la circunstancia americana; representan el modo como el americano se busca, se reorienta, aunque, desafortunadamente, no logra encontrarse.

En este sentido puede hablarse de una filosofía suramericana; pero no es una filosofía que se concreta en lo adoptado de culturas extrañas, porque ello no es auténtico, sino una filosofía que se revela en esa actitud de búsqueda de una solución al problema de su circunstancia. Por tanto, no es una filosofía de solución, sino una filosofía de posición. Pero, se me dirá, la filosofía de un pueblo debe expresar la verdad circunstanciada de ese pueblo, única y personal. Pues bien, nuestra filosofía, la filosofía suramericana, no expresa la verdad de nuestra circunstancia como solución a la misma, sino la verdad que va contenida en el deseo que nos anima de ser nosotros mismos. Es por ello que el pensamiento suramericano no puede ofrecer un sistema filosófico americano, pero sí puede ofrecer una actitud filosófica como preocupación del propio ser. Entiéndase entonces la filosofía de Suramérica como la preocupación suramericana por lo humano que la informa.

En ello reside nuestra originalidad, si alguna tenemos. Mientras la filosofía europea actual centra sus preocupaciones en el problema del hombre, sin adjetivos, la filosofía en América se hace problema del hombre americano.

Por no haber podido Suramérica encontrar la solución al problema de su circunstancia, su espíritu no ha podido objetivarse en formas propias, personales. Su cultura resulta, así, una cultura de préstamos. Busca modelos, los imita, trata de adaptarse a ellos, pero nunca se siente satisfecha. Es la insatisfacción resultante del vacío en que se sustentan tales construcciones culturales; es la conciencia de la inadecuación de su cultura a su ser íntimo.

Tal es entonces la fragilidad de nuestra cultura, que aún no hemos logrado hacer sentir el impacto de nuestra irrupción al mundo cultural de occidente

133 André, Marius: **El fin del Imperio Español en América.** Cultura española. Barcelona. 1939. Pág. 99.

con el consecuente desprecio e indiferencia del europeo por todo lo que signifique suramericano, y lo que es peor, nosotros mismos llegamos a despreciarnos. En 1921, Francisco Bulnes, en polémica sostenida con Antonio Caso sobre el destino de la cultura americana, afirmaba: "Tanto comprendemos que el arte nacional es horrible, que nuestros grandes monumentos se los hemos confiado a arquitectos extranjeros, que nos han presentado los más bellos modelos de arte griego, latino, del Renacimiento y compuestos. Nuestro monumento dedicado al emperador Cuauthémoc es hermoso, porque la silueta del emperador es la de Trajano vestido de indio, y la construcción ha dejado de ser azteca porque se la ha estirado para darle altura y sacarla de lo chocante, de lo chaparro, tan característico de la arquitectura india. Es un monumento azteca helenizado. Pero no hay en toda América Española un arte propio que se pueda llamar hispanoamericano".[134]

El pensamiento de Bulnes es harto revelador. Nos está demostrando la idea que se ha ido incubando en nosotros sobre una supuesta incapacidad congénita del suramericano que sólo puede crear, con sus manos, obras de un chaparrismo estético que son un insulto al sentimiento de lo bello. A nosotros sólo nos puede llegar la belleza importándola de Europa. Si es necesaria una estatua hay que recurrir a un escultor italiano o francés; si hay que valorizar un cuento, hay que ver si es fiel a las normas que establece la literatura española o francesa. No importa que al encargar la estatua de uno de nuestros héroes nos manden un general francés, pues la estatua cumple con los mandatos de la estética europea.

No es que yo crea que un arte americano debe divorciarse absolutamente de las normas estéticas occidentales; no, es posible que acudiendo a tales normas podamos crear un arte americano, pero siempre que su sustancia, ya que no la forma, sea auténticamente americana. Nosotros tenemos un folklore auténticamente nuestro. Pues bien, el problema está en darle jerarquía artística a ese folklore, es decir, someter la materia prima que nos ofrece ese folklore a elaboraciones de categoría estética intelectualmente disciplinadas. Partiendo de esa sustancia original americana es posible que logremos forjar un arte

134 Hernández Luna, Juan. **Una polémica en torno al porvenir de América.** Filosofía y Letras. Tomo XXII. Números 43-44. México, Julio-Diciembre de 1951. Pág. 285.

americano, no sólo en cuanto al contenido y sentido, sino incluso en cuanto a la forma. Porque hay que reconocer que en el arte, el contenido sustancial que lo fundamenta impone cierta dirección, por su coherencia, sobre la estructura formal que lo expresa. Tal fenómeno se está produciendo actualmente en la pintura mural mexicana. Ella constituye un ejemplo de lo que debe hacerse.

Cuando los caracteres originarios del hombre americano asciendan a su clara definción en el plano de la conciencia intelectual y estética de América, nuestra cultura artística adquirirá, por sí misma, el rango categorial de nuestro auténtico modo de ser. Como Zum Felde lo expresa, "ascendiendo a lo humano universal, arquetipo, que hay en nosotros, en todos y cada uno de nosotros, es como llegaremos a constituir una unidad de cultura y a definir nuestra única entidad auténtica posible, dentro del mundo y de la historia. Este es nuestro imperativo, si alguno tenemos. La prueba de que lo tenemos, y de que es tal, estaría ya en esa afinidad que, desde los orígenes nacionales, nos impuso el magisterio intelectual de Francia".[135]

Para alcanzar esa elevación de lo americano al plano de la conciencia es preciso abandonar esa alocada y apresurada carrera que nos impele a saltar etapas; esa inconformidad perenne que nos conduce de un centro cultural a otro sin dar margen a una verdadera asimilación ni tiempo para la maduración de nuestras propias fuerzas creadoras. Nuestro porvenir cultural depende de la serena reflexión sobre nuestra vida y de la plena valoración de los elementos sustantivos que gravitan en el centro de nuestra existencia.

Por ello nos resulta aceptable el criterio de Antonio Caso cuando afirmaba, en respuesta a Bulnes, que "nuestros pueblos americanos valen como potencialidad, como esfuerzo humano posible, como energía vital de inmensas perspectivas históricas"[136], potencia cuya actualización tendrá su fundamento en la inteligencia americana consustancializada con la pura entidad espiritual americana. A esta proyección americana sobre lo concreto debe corresponder, conjuntamente, una transformación esencial en el plano de la concepción del mundo del hombre americano.

Hemos advertido que nuestra concepción del mundo es de naturaleza irreflexiva y sentimental, producto, no de una intelección del mundo, sino de

135 Zum Felde, Alberto: **Op. cit.** Pág. 134.
136 Hernández Luna, Juan: **Op. cit.** Pág. 287.

una simple respuesta a la problemática exterior. Pero cuando el americano, por un acto de su conciencia, se comprenda y se realice a sí mismo, en su concepción del mundo se irá operando un movimiento de lo puramente vivencial a la esfera de lo filosófico. Entonces el hombre americano habrá alcanzado las tres clases de saberes que ha caracterizado Max Scheler: el saber de dominio o saber de rendimiento, el saber de esencia o saber culto, y el saber metafísico o saber de salvación, tres grados del saber que concurren entrelazados a una transformación de las formas culturales y del hombre mismo.[137] La concepción del mundo del hombre americano, a través de esos grados, llegará a la categoría de concepción filosófica del mundo.

De este modo nuestra cultura se desprenderá de esa frágil superficialidad mimética y podrá dar el paso necesario de lo meramente apariencial a lo sustancial real, de lo aparente a lo óntico. Esto es, una cultura que se nutra, no del glosario reverente, sino de la conciencia del propio ser, sin que ello signifique, por supuesto, caer en esa "idolatría de campanario" muy al gusto de los "nacionalismos" de moda. Sólo así nuestra cultura dejará de ser cultura de molde para convertirse en auténtica cultura del espíritu; no la flor de herbácea parasitaria, sino el tronco vigoroso que profundiza sus raíces sobre la misma tierra.

"La cultura —ha dicho Alfonso Reyes— no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia".[138] Pero en nosotros, hemos visto, nuestra medianía ha impedido esa incorporación de la cultura al hombre, esa consustancialización del binomio hombre-cultura. Tiempo es ya de que entre nosotros tome el sitio preponderante que le corresponde al culto por el ideal de nuestro destino y la responsabilidad trascendental que nos impone el imperativo dramático de nuestra definición.

Conciencia de lo que aún no somos y conciencia de lo que debemos ser son los puntos cardinales de esta elevación del americano en este solar nativo en el que sólo bulle una gallarda carga de esperanzas. Que nuestras esperanzas se tornen en angustia, y que esa angustia le dé el timbre auténtico a la voz americana.

---

137 Scheler, Max: **Concepción filosófica del mundo.** Traducción de Vicente Quintero, sin publicarse aún.

138 Reyes, Alfonso: *Discurso para inaugurar los "Cuadernos Americanos"*, en **Última Tule.**

Consideraciones finales

Hemos llegado al final de nuestro andar inquisidor a través de la realidad panameña, en lo que este concepto comprende un factum humano y un factum cultural. No creemos haber penetrado en todos los intersticios que esta realidad, doblemente significativa, esconde en sus entrañas. Muchos problemas sólo han recibido el leve roce de nuestras miradas; otros, por su parte, apenas han sido señalados como manantial inagotable para la investigación seria y erudita.

No obstante, nuestra satisfacción se impone sobre nuestras deficiencias porque, por lo menos, en nuestra conciencia anida el convencimiento de haber contribuido a deslindar las fronteras propias de lo panameño, del ser humano que nosotros somos, y en cuyo deslinde queda más o menos sistematizada la problemática que ofrece nuestra existencia real y efectiva. Quede a otros la tarea de ahondar en las raíces subterráneas de la sustancia panameña, tarea no sólo destinada a los estudiosos de la filosofía y la historia, sino también a los artistas y literatos cuya sensibilidad se vea estremecida por el impacto del ser en la conciencia. Este impacto que hasta ahora muy pocas personas han sentido, es de esperarse que logre conmover el alma de todo panameño en su búsqueda de una expresión auténtica.

Cúmplenos ahora para terminar este estudio introductorio al problema del propio ser, sentar algunas premisas que puedan servir de base a un conocimiento más profundo y abarcador de lo panameño. Se trata de la fundamentación de ciertos principios que, según nuestro criterio, deben servir de norma para la autognosis, atendiendo a la historicidad implícita en la existencia panameña. A ello nos obliga la crítica que, al inicio de este trabajo, dirigíamos contra las investigaciones históricas en nuestro país. Además, téngase presente nuestra afirmación de que la delimitación de lo panameño en nuestro estudio conducía a la delimitación del campo posible de una ciencia histórica panameña, afirmándonos en el principio de que el conocimiento de nuestra historia requiere previamente el conocimiento ontológico de lo panameño.

No ignoramos que plantearse el problema de la historia panameña implica una posición determinada y una cuestión de método, es decir, una cabal teorización sobre la historia. Y claro es, tal cosa escapa a nuestros propósitos actuales. Por ello vamos a limitarnos, por el momento, a sentar premisas muy generales, simples principios que deberán ser desarrollados en otra oportunidad.

Para ello vienen a nuestro auxilio los trabajos sustantivos que en este terreno se vienen realizando desde que Dilthey, a fines del siglo pasado, se propuso demarcar, con claridad, los predios particulares de las ciencias del espíritu, labor continuada por Rickert y Windelband y que, en la actualidad, se endereza por nuevos derroteros con los magníficos aportes de Husserl y Heidegger.

Tal como están las cosas en las actuales concepciones de la historia, una ciencia histórica panameña puede tomar dos caminos: el historicista y el ontológico. En la primera posición se haría referencia a un mundo histórico, especie de taumaturgo prodigioso de la existencia panameña, en cuanto esa existencia va a ser concebida como producto de ese mundo histórico. El ser panameño, en tanto que ser histórico, va a ser interpretado por el historicismo con un fuerte lastre biologista pues se apela a ese evolucionismo naturalista que con tanta razón atemoriza a Huizinga.

En la otra posición, en la ontologista, la existencia panameña va a ser entendida, no como un producto de la historia, sino como la historia misma, sin que, en ese devenir, pierda su unidad originaria, sustancial. Como se ve, las dos posiciones son opuestas.

Nosotros consideramos que sólo con una posición ontologista es posible llegar a un auténtico conocimiento de nuestra historia, pues en ella debe buscarse, no lo que ocurrió y ya no es, sino la unicidad misma de la vida que se da históricamente. Ya en nuestra introducción asentábamos que la existencia panameña es una existencia histórica, historicidad nacida de la temporalidad del ser; pero que esa historicidad no es absoluta, que ella no afecta la estructura unitiva de lo panameño que permanece por debajo de la variabilidad. Como ha indicado Jaspers, "la historicidad del hombre es, desde luego, historicidad múltiple. Pero la multiplicidad está bajo la exigencia de la unidad".[139] Si bien la expe-

139 Jaspers, Karl: **Origen y meta de la historia.** Revista de Occidente. Madrid. 1950. Pág. 265.

riencia parece negar la unidad, no es menos cierto que ella es necesaria como elemento insustituible para la referencia del valor y del sentido. De allí la ineficacia de un criterio biológico-psicológico para una auténtica comprensión de nuestra historia.

En la historiografía panameña tradicional se va al pasado como se va a un depósito a buscar cosas que ya no tienen relación íntima con nuestra existencia efectiva y, a lo sumo, se pretenden extraer experiencias que pueden servirnos de instrumental práctico para nuestras urgencias actuales. Tal conocimiento histórico no es un conocimiento auténtico de nuestra historicidad.

El verdadero objetivo de la ciencia histórica consiste, o debe consistir, en objetivar nuestra historia, esto es, en considerarla objetivamente, como lo que es, que no es otra cosa que nuestra propia existencia. La inteligibilidad de la historia panameña debe ser entendida en término de la inteligibilidad de lo panameño y, su descubrimiento, el descubrimiento del ser panameño. De allí que no sea otra la tarea del historiador que la de encontrar la identidad del panameño en la historia.

Nuestro conocimiento histórico debe ser el conocimiento de nuestro propio ser y, en ese sentido, nuestro saber histórico será un saber ontológico. Para este tipo de saber adoptamos el término historiología que últimamente se viene utilizando para distinguirlo del saber de la historia naturalística o historiografía.

La existencia panameña no es, pues, histórica, porque sea producto de un mundo histórico, sino porque, ontológicamente, la historicidad le es consustancial. Su ser se caracteriza por la temporalidad, lo que le permite, en su despliegue, engendrar hechos, es decir, historia. La historia aparece así como resultado de la temporalidad del panameño por lo cual ella es existencia humana.

Será objeto de una historiología panameña descubrir cómo el panameño ha realizado con las potencias que le confiere su temporalidad, los actos que constituyen su historia, y cómo en esa historicidad se revela la unidad de su vida. Así nuestro pasado dejará de ser ese mundo histórico diltheyano para convertirse en nuestro propio presente, pues ese pasado forma parte de la existencia actual del panameño.

Y ¿cómo se manifiesta esa unicidad sustancial del panameño en su historicidad? Esa unicidad debe ser entendida, históricamente, como una es-

tructura sostenida por dos principios fundamentales: herencia y posibilidad, es decir, imposición y libertad.

La existencia histórica panameña se manifiesta, frente al pasado, como lo que ella ha sido, por su elección de determinadas posibilidades y, frente al futuro, como posibilidad condicionada por las posibilidades que ya han sido elegidas. Su libertad reside entonces en saber, por la autognosis, cuáles posibilidades han sido elegidas ya y que, por tanto, le son condicionantes, y cuáles posibilidades puede elegir o imponer. He allí lo que debe revelarnos la historiología: las condiciones y las posibilidades reales del existir panameño.

Por ello nos reafirmamos en nuestro criterio de que un auténtico conocimiento de nuestra historia debe partir, primariamente, de un conocimiento ontológico del panameño, que es lo único que puede ponernos en camino de encontrar la unicidad sustancial del panameño y que nos ponga, frente a frente, con nuestras posibilidades efectivas.

No es posible, pues, adentrarnos en nuestra historicidad desde un punto de vista categorial establecido en un "mundo histórico" desvinculado de nuestra existencia presente, sino que desde la existencia concreta del panameño, auténtica, es de donde debemos extraer el régimen categorial de la comprensión histórica.

Es preciso descubrir las características ontológicas del panameño, su sustancia y su esencia, y de allí comprender las posibilidades que ha ido eligiendo el panameño en su existencia histórica y que nos condicionan frente al futuro y nos abren las perspectivas estimativas del existir.

Éste era el propósito de nuestro trabajo. Coadyuvar al meritorio esfuerzo de otros por entender lo que somos e ir preparando así el camino para la comprensión de lo que hemos sido y podemos llegar a ser, es decir, ver nuestro pasado con la perspectiva del futuro sobre la base de nuestra unidad originaria.

Bibliografía

Alfaro, Ricardo J.: **El General Tomás Herrera.** Imprenta de Henrich y Compañía. Barcelona. 1909.
Andreve, Guillermo: *Justo Arosemena.* **Boletín de la Academia Panameña de la Historia.** Año VII. No. 20. Panamá, Enero de 1939.
Andreve, Guillermo: **Consideraciones sobre el liberalismo.** Casa Editorial El Tiempo. Panamá. 1931.
André, Marius: **El fin del imperio español en América.** Cultura Española. Barcelona. 1939.
Arosemena, Justo: **El Estado Federal de Panamá.** Biblioteca Istmeña. Año 1. No. 1. Panamá. Agosto de 1952.
Arosemena, Pablo: **Escritos.** Imprenta Nacional. Panamá. 1930. 2 tomos.
Bermúdez, Ricardo J.: **A propósito de una generación extraviada.** Épocas. Año I. No. II. Panamá. Septiembre de 1946.
Briceño-Iragorry, Mario: **El fariseísmo bolivariano y la Anti-América.** Ediciones Bitácora. Madrid. 1953.
Briceño-Iragorry, Mario: **Dimensión y urgencia de la idea nacionalista.** Ediciones Bitácora. Madrid. 1953.
Caballero Calderón, E.: **Suramérica. Tierra del hombre**. Editorial Teoría. Medellín. 1944.
Camacho Roldán, Salvador: **Notas de viaje.** Librería colombiana. Bogotá. 1897.
Cassier, Ernest: **Las ciencias de la cultura.** Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México. 1951.
De la Rosa, Diógenes: Don Guillermo y Don Justo. **Cuadernos de Cultura Panamá.** Año I. No. 1. Panamá. Noviembre de 1952.
De la Rosa, Diógenes: Guillermo Andreve. **La tragedia de su deshora.** Inédito.
De la Rosa, Diógenes: **Eusebio A. Morales.** Imprenta Nacional. Panamá. 1950.
De la Rosa, Diógenes: **Reflexiones.** La Estrella de Panamá. Vol. LXXXIV. No. 24.167. Panamá, 1o. de Mayo de 1933.
De la Rosa, Diógenes: **Hipos de la reacción.** La Estrella de Panamá. Vol. LXXXIV. No. 24.220. Panamá. 23 de Junio de 1933.
De la Rosa, Diógenes: **Sobre el drama del intelectual pequeño burgués.** La Estrella de Panamá. Vol. LXXXV. No. 24.210. Panamá. 13 de Junio de 1933.
De la Rosa, Diógenes: **Sobre la posibilidad de una cultura panameña.** Conferencia inédita.
De Michelis, Enrico: **El problema de las ciencias históricas.** Editorial Nova. Buenos Aires. 1948.
Dempf, Alois: **Filosofía de la cultura.** Revista de Occidente. Madrid. 1933.
Dilthey, Wilhlem: **Teoría de la concepción del mundo.** Fondo de Cultura Económica. México. 1945.
Dilthey, Wilhelm: **Introducción a las ciencias del espíritu.** Editorial Fondo de Cultura Económica. México. 1944.
Documentos fundamentales para la historia de la Nación panameña. Recopilación de Rodrigo Miró. Edición de la Junta Nacional del Cincuentenario. Imprenta Nacional. Panamá. 1953.

Domínguez Caballero, Diego: **La Universidad panameña.** Algunos aspectos de su misión. Imprenta de la Academia. Panamá.1946.
Domínguez Caballero, Diego: **Lo panameño como problema.** Conferencia inédita.
Domínguez Caballero, Diego: **Esencia y actitud de lo panameño.** Épocas. Año I. No. 2. Septiembre de 1946. Año I. No. 3. Octubre de 1946. Año I. No. 4. Noviembre de 1946.
Domínguez Caballero, Diego: **Filosofía y pedagogía.** Problemas de la escuela panameña. Imprenta Nacional. Panamá. 1952.
Faure, Elie: **Descubrimiento del archipiélago.** Editorial Poseidón. Buenos Aires. 1944.
Ferrater Mora, José: **Cuatro visiones de la historia universal.** Editorial Losada. Buenos Aires. 1945.
Frank, Waldo: **Redescubrimiento de América.** Revista de Occidente. Madrid. 1930.
Gaos, José: **Lo mexicano en filosofía.** Filosofía y Letras. Tomo XX. No. 40. México. Octubre-Diciembre. 1950.
García, Ismael: **La poesía panameña actual.** Conferencia inédita.
García Morente, Manuel: **Idea de la hispanidad.** Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 1947. 3a. edición.
Gasteazoro, Carlos Manuel: **Interpretación sincera del 28 de Noviembre de 1821.** Editora El País. Panamá, 1953.
Gasteazoro, Carlos Manuel: **El 3 de Noviembre de 1903 y nosotros.** Ediciones Castilla del Oro. Panamá. 1952.
Hernández Luna, Juan: **Una polémica en torno al porvenir de América.** Filosofía y Letras: Tomo XXII Núms. 43-44. México. Julio- Diciembre de 1951.
Hostos, José María: **Mi viaje al sur.** Universidad. No. 41. Panamá. 1952.
Huizinga, J.: **El concepto de la historia y otros ensayos.** Fondo de Cultura Económica. México. 1946.
Jaspers, Karl: **Origen y meta de la historia.** Revista de Occidente. Madrid. 1950.
Jesinhaus, Carlos: **El "Espíritu objetivo" según Freyer.** Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires. 1943.
Jurado, Ramón H.: **Itinerario y rumbo de la novela panameña.** El ruralismo como expresión ideológica. El Panamá América. Edición conmemorativa del cincuentenario. Panamá. Noviembre de 1953.
Keyserling, Hermann de: **Meditaciones suramericanas.** Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1933.
Kluckhorn, Clyde: **Antropología. Breviarios.** F. C. E. México.1949.
Linton, Ralph: **Cultura y personalidad.** Fondo de Cultura Económica. México. 1945.
Méndez Pereira, Octavio: **Justo Arosemena.** Imprenta Nacional. Panamá. 1919.
Méndez Pereira, Octavio: **Panamá, país y nación de tránsito.** Biblioteca Selecta. Año I. No. 2. Panamá,. Febrero de 1946.
Méndez Pereira, Octavio: **Un juramento académico.** Editora El Panamá América. Panamá. 1951.
Méndez Pereira, Octavio: **Cultura como expresión del espíritu.** Editora El Panamá América. Panamá. 1952.
Méndez Pereira, Octavio: **El desarrollo de la instrucción pública en Panamá.** Tipografía Moderna. Panamá. 1916.
Miró, Rodrigo: **La cultura colonial en Panamá.** Editorial Costa-Amic. México. 1950.
Miró, Rodrigo: **Don Guillermo Andreve y su labor literaria.** Teoría de la Patria. Buenos Aires. 1947.
Miró, Rodrigo: **La literatura en Panamá.** Teoría de la Patria. Buenos Aires. 1947.
Morales, Eusebio A.: **Ensayos, Documentos y Discursos.** Editora La Moderna. Panamá. 1928. 2 tomos.
Müller, Alois: **Introducción a la filosofía.** Espasa-Calpe. Buenos Aires. 1940.
Nicol, Eduardo: **Historicismo y existencialismo.** El colegio de México. 1950.

Nicol, Eduardo: *Meditación del propio ser.* **Filosofía y Letras.** Tomo XX. No. 40. México. Octubre-Diciembre de 1950.
O'Gorman, Edmundo: **Crisis y porvenir de la ciencia histórica.** Imprenta Universitaria. México. 1947.
Resta, Ricardo: **Notas de sus lecciones sobre filosofía de la cultura dictadas en el curso de ontología.** 1951-53.
Reyes, Alfonso: **Notas sobre la inteligencia americana.** Última Tule. Imprenta Universitaria. México. 1942.
Reyes, Alfonso: **Discurso para inaugurar los "Cuadernos Americanos".** Ultima Tule. Imprenta Universitaria. México. 1942.
Rickert, H.: **Ciencia cultural y ciencia natural.** Espasa-Calpe. Argentina, S. A. Buenos Aires. 1945.
Rodó, José Enrique: **Ariel.** Editorial Calomino. La Plata. 1946.
Romero, Francisco: **Teoría del hombre.** Editorial Losada. Buenos Aires. 1952.
Romero, Francisco: *Sobre ontología de la cultura.* **Filosofia de Ayer y de Hoy**. Editorial Argos. Buenos Aires. 1947.
Romero, Francisco: **Las ciencias del espíritu y la filosofía.** Universidad Nacional de La Palta. Buenos Aires. 1943.
Romero, Francisco: *El problema de la concepción del mundo.* **Filosofía de ayer y de hoy**. Editorial Argos. Buenos Aires. 1947.
Roos, Waldo: **Soledad del alma.** Se cita copia mecanografiada dejada por su autor en la Universidad. No es de nuestro conocimiento si ha sido publicado en Chile.
Sánchez, Luis Alberto: **¿Existe América Latina?** Fondo de Cultura Económica. México. 1945.
Scheler, Max: **Concepción filosófica del mundo.** Traducción de Vicente Quintero. Inédito.
Scheler, Max: **El puesto del hombre en el cosmos.** Espasa-Calpe. Buenos Aires. 1942.
Siefried, André: **América Latina.** Santiago de Chile. 1934.
Schwartzamann, Félix: **El sentimiento de lo humano en América.** Universidad de Chile. Santiago. 1950.
Silvera, Eudoro: *¿Puede haber una cultura panameña?* **El Panamá América**. Edición conmemorativa del cincuentenario. Panamá. Noviembre de 1953.
Soler, Ricaurte: **Pensamiento Panameño y concepción de la nacionalidad.** Imprenta Nacional. Panamá. 1954.
Spranger, Eduard: **Ensayos sobre la cultura.** Editorial Argos. Buenos Aires. 1947.
Stalin, José: **El marxismo y la cuestión nacional.** Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú. 1946.
Valdés, Ramón M.: **La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación**. Imprenta "Star and Herald" Panamá. 1903.
Vásquez, Publio A.: *La personalidad internacional de Panamá*. **Boletín de la Academia Panameña de la Historia.** Año 1. No.4. Octubre de 1933; Año. I. No. 5. Diciembre de 1933.
Zárate, Manuel F. y Dora Pérez de: **La décima y la copla en Panamá.** Imprenta de la Estrella de Panamá. Panamá. 1953.
Zea, Leopoldo: **América como conciencia.** Ediciones Cuadernos Americanos. México. 1953.
Zum Felde, Alberto: **El problema de la cultura americana.** Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. 1943.

Baltasar Isaza Calderón

Panameñismos

Baltasar Isaza Calderón:
La lengua y la identidad nacional

Nace este ilustre hijo de la provincia de Coclé en la histórica villa de Natá de los Caballeros el 12 de mayo de 1904, en los albores de la vida republicana, cuando la nueva nación empieza a asumir su destino incierto de país independiente.

Conscientes de la fragilidad de las instituciones del Estado nacional, los fundadores de la República dirigen sus esfuerzos hacia la educación como resorte fundamental para trascender la precariedad cultural de los primeros decenios republicanos.

Motivado por aquellos ideales de construcción nacional y dotado para los afanes intelectuales, Baltasar Isaza Calderón encamina su vida profesional hacia la barrera docente. Con sólo quince años de edad, obtiene en 1919 diploma como Maestro de Enseñanza Elemental, lo cual evidencia una inteligencia precoz y promisoria. En 1923 se gradúa como Profesor de Enseñanza Secundaria en la Sección Normal del Instituto Nacional. Ese mismo año se le expide Diploma de Maestro de Enseñanza Primaria.

Inicia por breve tiempo en 1923 su actividad docente en la Escuela Mixta de Natá, institución primaria de su terruño, porque es nombrado profesor en la Sección Normal del Instituto Nacional. Al año siguiente, ya es ayudante del Director de la Escuela Anexa de dicho plantel. Su talento y su alto sentido de responsabilidad profesional le propician ascensos a diversas posiciones educativas: Ayudante del Inspector en la Inspección de las Escuelas Primarias de la Capital (1925 - 1926) y Secretario de la Inspección de Enseñanza Primaria (1926 - 1927). Su labor de funcionario no opaca su vocación de maestro comprometido en orien-

tar a los nuevos educadores. Por eso publica diversos ensayos pedagógicos en las revistas *Estudios* (1923-1924) y *Educador* (1926).

En 1927 Baltasar Isaza Calderón inicia su periplo de formación universitaria en el extranjero, el cual habrá de brindarle una sólida educación humanista, en donde el estudio de la lengua será el eje de su carrera académica y su preocupación vital.

Su sensibilidad raizal, fundada en la lengua como portadora de las tradiciones nacionales, le permite comprender cómo el transitismo y el cosmopolitismo, agravado con la presencia del enclave zoneíta en el territorio patrio, minaban la identidad nacional, no solamente en su aspecto político y económico, sino en su realidad lingüística; pues la presencia avasallante del idioma inglés erosionaba las reservas espirituales de la nación. Ciertamente el español sufría menoscabo y distorsiones por su contacto diario con la lengua sajona.

Esta vivencia dramática —el reconocimiento de los vínculos indisolubles entre la lengua y la identidad nacional— va a prefigurar el núcleo de su protagonismo cultural en el futuro.

Chile y España van a ser los centros culturales donde se apropiará de la luz prometeica del saber, que, años tarde, proyectará en múltiples formas en su anhelo egregio por fortalecer los resortes espirituales de la nación a través del culto y el estudio del idioma.

Viaja primero a la patria cultural de Andrés Bello: Chile. Allí inicia sus estudios universitarios con plena disposición para forjarse en las acendradas fuentes de las ciencias del lenguaje. Como estudiante deslumbra por su extraordinario potencial para comprender a los clásicos griegos y latinos. Con apenas los rudimentos conceptuales de estas lenguas, su excelente rendimiento académico le granjea el respeto y la admiración de sus compañeros y profesores. Pero sus metas académicas excedían la realidad educativa existente en el Instituto Pedagógico de Chile de entonces. Por ello, en esta Institución cursa solamente un año. Sus notas sobresalientes le acrediten para que el Director y varios profesores le confieran certificados que son reconocidos en la Universidad de Madrid, institución a la cual se traslada. Un año después, en 1928, se le otorga el título de Bachiller en Humanidades. Seguidamente inicia sus estudios en la Facultad de

Letras de dicha Universidad y en 1932 se le confiere el título de Licenciado en Filosofía y Letras. A partir de esa fecha, realiza estudios de doctorado en la misma Facultad, y en 1934 se le otorga el título de Doctor en Filosofía y Letras con Notas Sobresalientes y Premio Extraordinario. Su tesis doctoral, titulada **"**El retorno de la Naturaleza**"** examina el tema de la naturaleza desde sus orígenes y en sus variaciones en la literatura española. Dicho trabajo, considerado modelo de investigación literaria, recibe fervientes elogios de sus egregios maestros: Ramón Menéndez y Pidal, Américo Castro y Pedro Salinas.

A la par de sus estudios de doctorado, Baltasar Isaza Calderón realiza cursos especializados de Fonética y Literatura Española en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Fue allí donde pudo asimilar la ciencia y los métodos de investigación de los grandes maestros de la Filología Española.

Después de seis años de ausencia de la patria, regresa a Panamá magníficamente preparado para dar inicio a su misión cultural. De 1935 a 1939 ejerce el profesorado en el Instituto Nacional donde da prueba fehaciente de sensibilidad literaria, rigor conceptual y ejemplaridad docente. Entre 1935 y 36 es profesor en el Centro de Estudios Pedagógicos Hispanoamericanos organizado en la Ciudad de Panamá, actividad que reitera su fe en la educación como vector transformador del hombre y su circunstancia.

En 1939 nutrido de auténticas inquietudes cívicas, participa en la organización de la Sociedad Patriótica Afirmación Nacional como Director de Prensa. Amante de las artes funda en 1940 la Sociedad Panameña Amigos del Arte, de la cual fue su primer presidente.

En 1937 inicia su apostolado universitario que durará tres décadas. Es elegido en 1943 Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá. Desde la cátedra irradia vocación científica y responsabilidad profesional. Muy pronto va definiendo su rol excelso como defensor insobornable de los ideales humanistas de la Universidad.

Porque es justo decirlo: Baltasar Isaza Calderón siempre ejerció entre sus estudiantes un acrisolado magisterio; pues, detrás de su afán de crear excelentes profesores de español, subyacía el ideal de crear hombres plenos dotados de autoridad intelectual, sensibilidad espiritual y virtudes ciudadanas.

Su labor universitaria no se limita a la docencia: fustiga la intromisión de la política partidista en la Universidad, polemiza con las fuerzas anárquicas que deformaban el ideal de la Casa de Méndez Pereira; fomenta el ejercicio de la investigación científica y percibe a la "Universidad como la conciencia crítica de la nación". Por tal razón colabora asiduamente en la *Revista Universidad* con artículos de orientación cívica y moral: "La juventud como fuerza de reconstrucción nacional"; "Exhortación a la juventud panameña". Asimismo, en dicha revista, hace comentarios literarios. Se destacan: "La concepción cervantina de la novela"; "Mensaje", de Esther María Osses; "El retablo de los duendes", de Gil Blas Tejeira. Además, publica artículos sobre diversas circunstancias nacionales en la *Revista Époc*a y en los diarios *El Panamá América* y La *Estrella de Panamá.*

Otras obras de este autor que merecen mencionarse son: *Estudios Literarios* (1966), texto que nos revela diáfanamente sus dotes como crítico de fina percepción estética, rigor lógico y elegante dicción; *El liberalismo* y *Carlos A. Mendoza en la historia panameña* (1994), denso ensayo que enriquece la historiografía nacional.

Estudia con fervor de discípulo y profundidad crítica la *Gramática* de Andrés Bello. Como resultado de este contacto intelectual con la magna obra del gran caraqueño, escribe *La teoría gramatical de Bello* (1967), estudio que constituye el aporte más significativo que panameño alguno haya hecho sobre la *Gramática* del ilustre venezolano.

Su labor en favor del uso correcto de la lengua española como reacción a la influencia deformadora del inglés lo lleva a escribir en 1977 una columna diaria en el diario *La República* titulada "Correcciones del lenguaje". Esta actividad calificada por el autor como "cátedra pública", se apuntala en un fervoroso patriotismo. Al respecto nos dice:

> "Defender la necesidad de cuidar el idioma, de ampararlo contra los extranjerismos que de modo tan penetrante han venido socavando su estructura es un deber patriótico inexcusable, pues el lenguaje heredado de los mayores, según he tenido ocasión de proclamarlo a menudo, constituye en nuestra patria un baluarte de la nacionalidad. Su progresi-

> vo deterioro, si a tiempo no remediamos el mal contribuirá a desgastarnos, hundiendo esas reservas espirituales sin las cuales un pueblo no puede subsistir".

Desde 1940 es miembro de la Academia Panameña de la Lengua. Posteriormente es elegido Director de esta docta corporación. Bajo su liderazgo la Academia acrecienta sus publicaciones periódicas, refuerza su campaña de conservación del idioma y auspicia actividades culturales de alta jerarquía artística. Uno de sus aportes significativos a la Academia Panameña de la Lengua fue la consecución de un edificio propio que habrá de permitirle a esta corporación un desenvolvimiento más decoroso y acorde con su jerarquía institucional.

Sitio especial ocupa en la extensa producción de Baltasar Isaza Calderón, su obra *Panameñismos* (1964), refundida y aumentada en 1968 con aportes lexicales del insigne polígrafo Ricardo J. Alfaro. Este diccionario es un repertorio de voces, cuya fuente es el hablante panameño del pueblo, quien con gracejo pintoresco ha ido enriqueciendo el español general. Algunas voces son de creación original, las más resultan variaciones semánticas de vocablos españoles, pero que dan cuenta de la fecunda imaginación popular. Estas palabras recopiladas, clasificadas y explicadas son calificadas por el autor como voces raizales vinculadas a un modo de vivir autóctono, las cuales son empleadas en la comunicación diaria del panameño del pueblo, en gran parte de las zonas rurales.

El reconocimiento que realiza el autor a estas voces vernáculas, las cuales responden a la expresión de la intimidad de nuestro pueblo, evidencia que la concepción lingüística de Baltasar Isaza Calderón dista de estar atomizada en momificados casticismos, sino que rinde tributo legítimo a la diacronía (evolución) de la lengua; como a sus niveles diatópicos (geográficos) y diastráticos (sociales).

A tres décadas de la publicación de *Panameñismos,* muchos de los vocablos incluidos en esta obra han emigrado desde su humilde origen a otros estratos sociales, y hoy son de uso muy frecuente en el habla coloquial culta. La Real Academia Española de la Lengua ha acogido en su Diccionario muchos de estos panameñismos, los cuales identifica como regionalismos. A su

vez, estas voces denotan la presencia del habla panameña en el sistema lingüístico, que comparte España y los países de América.

Por su aporte a la identidad nacional, la obra *Panameñismos* ha sido justamente seleccionada para formar parte de la Biblioteca de la Nacionalidad, esfuerzo cultural destinado a dar cuenta de los perfiles de una nación que inicia el nuevo milenio finalmente soberana.

Con la publicación del diccionario *Panameñismos* de Baltasar Isaza Calderón, la nación panameña le rinde un merecido homenaje a quien ha sido excelso y cimero custodio de la nacionalidad.

RICARDO SEGURA J.

Introducción

Este trabajo viene a representar en cierto modo el último resultado de una serie de aproximaciones realizadas en distintas fechas y oportunidades por personas de buena voluntad, encaminadas todas ellas a proporcionar una imagen más o menos afortunada de aspectos varios del léxico regional panameño.

La tarea era difícil y ponderosa. Recoger de la tradición oral y de la lengua viva, cuando no hay guía, documentos ni antecedentes, un material que abarque ampliamente ese vocabulario, constituye una empresa insegura y de tanteo, a la que hay que añadir, como cuestión de suma importancia, aparte del recuento de voces, la connotación de sus significados precisos, los que, como son en no pocas ocasiones producto de la propia imaginación vernácula, no siempre se captan, como es natural, con la debida exactitud.

La búsqueda ha de ser, por lo mismo, paciente y resignada, expuesta a equivocaciones y a fallas de información, a omisiones y deformaciones; en fin, sujeta a una cantidad de factores imponderables que la complican y dificultan. En el trabajo que ahora presento no pretendo tampoco haber eliminado por completo los impedimentos anotados, y debo anticiparme, por tanto, a pedir las excusas del caso cuando no haya acertado a recoger con precisión cuanto sea digno de figurar en un repertorio de esta índole. Responde, por otra parte, el léxico que ahora sale a la luz pública, a una necesidad desde hace tiempo sentida en la bibliografía idiomática hispanoamericana, pues mientras se dispone a esta hora de diccionarios regionales de otros pueblos de nuestra habla, Panamá no había hecho aún un recuento de sus voces de sabor vernáculo para darlo a conocer a otras naciones del continente y a la madre patria, por intermedio de la Real Academia Española, que centraliza hoy por hoy, a través de su Diccionario, la numerosa progenie que el castellano hablado aquende y allende el Atlántico va forjando con

progresivo impulso en el vasto escenario geográfico en el que extiende sus dominios.

Las primeras búsquedas, en cuanto respecta al vocabulario regional usado en el Istmo, datan de 1933, y se deben a don Sebastián Suere J., acucioso funcionario de nuestra educación pública durante años y observador también de los fenómenos del lenguaje; y merecieron, por cierto, al publicarse, un comentario del entonces Director de la Academia Panameña, don Samuel Lewis. El Padre Celestiano Mangado, por su parte, realizó también algunas investigaciones léxicas que aparecen impresas, junto con los dos trabajos antes mencionados, en el mismo ejemplar del boletín académico.[1]

El Dr. Ricardo J. Alfaro, conspicuo internacionalista panameño y al mismo tiempo lexicógrafo de notable competencia, que ha centralizado sus indagaciones en la recopilación de las voces inglesas introducidas subrepticiamente en el español contemporáneo[2], con riesgo creciente de su estabilidad, sobre todo en países como el nuestro, tan afectados por la penetración de la cultura de procedencia sajona, mantuvo una interesante correspondencia con don Augusto Malaret, gran conocedor del problema de los americanismos [3], para informarle acerca de sus averiguaciones sobre voces panameñas de sentido autóctono. Con sumo gusto me ha facilitado la lista de las que había logrado reunir, enviada al señor Malaret, que yo he cotejado con los materiales allegados bajo mi dirección por un grupo de jóvenes graduandas de la Universidad de Panamá, que presentaron en febrero de 1959 un trabajo de bastante extensión con los resultados obtenidos en dos años de recopilación y compulsa del léxico vernáculo, comparándolo con el publicado en diccionarios regionales de otros pueblos hispanoamericanos [4].

Se tomó como punto de partida, para la realización de ese trabajo, el material impreso en el Boletín de la Academia Panameña ya mencionado (nota l), junto con el conseguido gracias a la diligencia de la Profesora Otilda María

---

1 **Boletín de la Academia Panameña de la Lengua**, Año VII, Panamá, diciembre de 1933, núm. VII: Sebastián Sucre J. **Provincialismos Panameños**, pág 33.
Samuel Lewis. **Observaciones al anterior estudio**, pág. 55. Padre Celestino Mangado. **Modismos panameños**, pág. 73.

2 Ricardo J. Alfaro. *Diccionario de Anglicismos*. Imprenta Nacional. Panamá, 1950, 1 vol. 849 págs.

3 Augusto Malaret. *Diccionario de Americanismos*. Tercera edici6n. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1946. 1 vol. 835 págs.

Pinilla de Restrepo, a quien sus alumnos de distintas provincias de la República matriculados en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena, suministraron un repertorio variado de palabras y giros empleados, con significados de saber local, en sus lugares de procedencia.

Por otra parte, don Gil Blas Tejeira, escritor panameño de gran relieve y miembro de nuestra Academia de la Lengua, a quien interesé desde un principio en la investigación que se realizaba en la Universidad, ofreció con la mayor simpatía su colaboración, que abarcó no sólo el aprovechamiento de los datos por él allegados [5], sino además el suministro de diccionarios regionales que formaban parte de su biblioteca, para uso de las alumnas que trabajaban en el proyecto.

Juzgué, además, de importancia, hacer figurar en el léxico que se estaba recopilando, los nombres de la flora y de la fauna panameñas, presumiblemente nativos o, en todo caso, compartidos por naciones hermanas vecinas o cercanas a la nuestra. Para ello ayudó con su vasto saber don Alejandro Méndez Pereira, Catedrático de la Universidad, y se utilizó, además, la bibliografía existente sobre tales materias.

Me pareció conveniente, por otra parte, hacer acompañar los vocablos vernáculos de citas extraídas de autores panameños en las cuales se ilustrara su empleo. Para este aspecto de la investigación, las alumnas participantes en ella, leyeron obras nacionales de las más adecuadas para el caso, y se obtuvo de tal suerte un buen caudal de giros, con indicación de su respectiva procedencia.

Les hice consultar también el *Refranero Panameño* que la joven Bárbara Navarro preparó bajo mi dirección y los *Gentilicios Panameños* que, a su vez, allegó bajo mi guía la señorita Xenia Guardia, trabajos de graduación ambos que custodia la Biblioteca de la Universidad de Panamá.

Aun cuando revisé y corregí personalmente los materiales recogidos y preparados en una primera redacción por las jóvenes que trabajaban en el

---

4 **Diccionario de Panameñismos**, por Denia del C. Becerra, Reneira Cabrera, Diva J. Bautista de Chanis, Gloria Díaz Isaacs, Gloria T. de Pinilla, Edicenia Tijerino M. Trabajo de Graduación. Panamá, 1959-1960.

5 Gil Blas Tejeira. **El habla del panameño**. Conferencia. Panamá, Editora El País, 1954. Folleto, 23 págs. Para voces regionales empleadas en relatos y cuadros de costumbres:
Campiña interiorana. Ediciones Caribe, México, 1956, 1 vol., 368 págs.
El relato de los duendes. Imprenta de la Academia, Panamá, 1941, 1. vol., 162 págs.

seminario, he podido comprobar, al someterlos a un cuidadoso examen cuando me disponía a preparar el repertorio que ahora ofrezco, que no se acomodan al lenguaje usual en tales casos. La intervención plural de elementos de distinta mentalidad y grado de formación, resta, por otra parte, unidad y acierto en el enfoque; de modo que algunas partes resultan más adecuadas y están mejor concebidas que otras, sobre todo las que se refieren a la flora y a la fauna, en que hubo una fuente de referencias más directa y segura.

He tenido, pues, que redactar casi totalmente los materiales de que disponía, lo cual ha significado para mí un intenso recargo de tiempo y de esfuerzo, sumado a mis ocupaciones habituales. Dada la finalidad escolar que la casa editora tiene en mente, al suministrar, para usos docentes, un diccionario manual del idioma, ha sido preciso prescindir del aparato de citas de autores nacionales, y de la fraseología que en forma de refranes o locuciones de diverso orden se había recogido. Suprimo también los gentilicios, los nombres familiares de personas y una cantidad de anglicismos incluidos sin ningún discernimiento, que no pueden figurar en un vocabulario genuinamente panameño, pues lo contradicen de raíz y suenan a cosa extraña e incómoda que altera y perturba la tradición legítima.

Debo, por último, agradecer muy sinceramente la colaboración muy valiosa que me han prestado los esposos Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate, tan devotamente apegados a las cosas de la tierra panameña, en lo que tienen de savia auténtica, de calor popular y de sentimiento aborigen. Ambos han revisado conmigo parte considerable del material léxico que doy a la estampa, me han sugerido modificaciones e intercalaciones muy juiciosas cuando era menester. Sus trabajos sobre temas folklóricos [6] en los cuales aparece una buena cantidad de términos del léxico regional panameño, sirvieron también de fuente bibliográfica para la investigación que se emprendió en la Universidad, a la cual me he referido antes, así como el valioso libro de don Narciso Garay, *Tradiciones y cantares de Panamá* [7], que, ya en el año de 1930

6 Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate. *La décima y la copla*. La Estrella de Panamá. Panamá, 1953. 1 vol. 548 págs.
Dora P. de Zárate. *Nanas, rimas y juegos infientiles que se practican en Panamá*. Editora Panamá América. Panamá, 1958. 1 vol., 199 págs.

7 Narciso Garay. *Tradiciones y cantares de Panamá*. Ensayo folklórico. Presses de l'Expansion Belge 1930, 1 vol. 203 págs.

en que se publicó, nos introducía con sensibilidad de artista y competencia de conocedor y de patriota en los secretos y palpitaciones del alma nacional.

El Autor

Panamá, 27 de diciembre de 1963.

Diccionario de Panameñismos

ABREVIATURAS USADAS

adj.	adjetivo
adv.	adverbio
ant.	anticuado
bot.	botánica
Campes.	uso campesino
Dic. Ac. Esp.	Diccionario de la Real Academia Española
f.	femenino
fam.	familiar
fig.	sentido figurado
fr.	francés
interj.	interjección
intr.	verbo intransitivo
loc.	locución
m.	masculino
pl.	plural
pop.	uso popular
r.	verbo reflexivo
tr.	verbo transitivo
vulg.	uso vulgar, vulgarismo
zool.	zoología

A

ABARROTES Tienda de || m. pl. establecimiento donde se venden al por menor víveres y otros artículos.

ABARROTERÍA f. Lo mismo que abarrotes.

ABOTONAR intr. fam. En las jóvenes, indicios de que comienzan a brotar los pechos.

ABRACAR tr. Acción de ceñir con los brazos.

ABUSIÓN f. Nombre popular del fantasma.

ACABANGARSE r. Sentirse acongojado. Vid. **cabanga**.

ACÁPITE m. En una ley, código o decreto; cada una de las divisiones que abarca un **artículo ordinal**.

ACUDIENTE m. Persona que sirve de tutor a un estudiante.

ACUERPAR tr. En las lides políticas, respaldar a un candidato, apoyarlo.

ACULILLARSE r. Mostrarse acobardado ante los reveses o dificultades.

ACHICHARRONARSE r. Fig. De chicharrón: sufrir los efectos de un calor excesivo.

ACHOLADO adj. Aplícase al pelo parecido al del cholo o campesino de procedencia indígena, o a la persona que ofrece características de ese tipo.

AGUAMASA m. Aplícase a una persona apocada y tonta.

AGÜEVADO (por ahuevado, de **a** y huevo) adj. Vulgarismo de uso muy extendido: Sujeto tonto, necio, lerdo, sin empuje ni osadía.

AGÜEVARSE r. Dícese de las situaciones en que una persona se muestra poco osada y hasta tonta, dejándose engañar fácilmente. "No te **agüeves**, o pierdes la partida". "No hay que **agüevarse**".

AGÜEVAZÓN f. "Tiene una **agüevazón** que no puede con ella". "Déjate de **agüevazones,** es decir, de necedades".

AHOGO m. Asma. Con aspiración popular de la h: **ajogo.**

AJE! m. Desprecio || desaire.

¡AJÉ! Interjección muy empleada en las coplas del tamborito o baile típico panameño. **¡Ajé, ajé y ajá!** ¡Bonito viento pa' navegá!

¡AJO! Reducción de ¡carajo! || Vid. **carajo**.

AJOCHAR tr. Dar ánimos, azuzar. Uso campesino,

AJUPAR tr. En el habla campesina, azuzar a los perros.

ALANTE Simplificación popular de **adelante**. En la locución adverbial **echar p'alante**, es decir, marchar sin titubeos ni vacilaciones.

ALCANFORARSE r. Esfumarse || desaparecer.

ALCARRETO m. Cuerda resistente: hilo **alcarreto** || pequeño animal marino, poco visible, que en ciertas playas produce, al tocar la piel de los bañistas, un escozor desagradable.

ALCOHOLITO m. Muy aficionado a las bebidas alcohólicas.

ALEBRESTADO, DA adj. Excitado sexualmente.

ALEBRESTARSE r. Excitarse sexualmente.

ALEGRÓN m. En el lenguaje familiar, regocijo, alegría repentina: la noticia me causó un gran alegrón.

ALEGRONA adj. Mujer de vida dudosa: Es medio **alegrona**.

ALELADO, DA adj. Perplejo || sin saber qué hacer. Se quedó alelada, y no pudo decir palabra || tonto. Es un alelado.

ALELAZÓN f. Calidad de tonto, sin gracia. Por su **alelazón**, nadie lo toma en cuenta || incurrir en una tontería.

ALENTADO. DA adj. En la lengua campesina, estar bien de salud, o recuperándose de una enfermedad. "Ya se encuentra muy **alentao** (por **alentado**)". A una pregunta por la salud del padre: "El viejo está muy **alentao**".

ALFARDA f. Pieza de madera empleada como soporte de los techos de teja en las casas campesinas y de poblaciones provincianas.

ALGARETE m. adv. Dícese de una persona que anda sin rumbo fijo, al parecer desorientada. También de una nave que ha perdido el timón y la dirección.

ALMUERZO m. Comida del mediodía.

ALTERNADORA f. Mujer que en los centros nocturnos de diversión se encarga de atender a los clientes, sentándose con ellos y acompañándoles.

ALTOPARLANTE m. Bocina empleada en los espectáculos de trasmisión radial para agrandar la voz.

AMACHINARSE r. Estar triste, falto de ánimos, acobardado. Aplicase a los gallos de lidia, a los pajarillos enjaulados y aun a las personas.

AMANOJARSE r. Juntarse hombre y mujer para bailar, por oposición a bailar separados.

AMARRARSE r. Casarse, es decir, contraer un vínculo que amarra o liga.

AMELLAR igual que **mellar.** El machete está **amellado**.

ANGÚ m. Puré de plátanos.

AÑINGOTARSE r. Ponerse en cuclillas. V. **ñinga.**

APARAR tr. Recibir en el aire, con las manos extendidas, un objeto arrojado desde cierta distancia.

APARTAMENTO m. (Del ingl. **apartment**). Departamento o sección de una casa destinada al arriendo o alquiler.

APASITO (De **a** y **paso**) adv. Quedamente, sin hacer ruido.

APEGOTARSE r. Apretujarse.

APELOTARSE r. Apelotonarse.

APENARSE r. Sentirse acongojado o avergonzado por una falta cometida, una mala noticia, un revés ocurrido a otra persona. Muy usado en Panamá: Estoy muy **apenado, me apena** lo que le pasa.

APERCOLLAR tr. Abrazar (uso familiar) || r. fam. abrazarse.

APERREAR (de perro) tr. Maltratar de palabra a una persona ofendiéndola gravemente.

APILONAR (de pilón) tr. Acumular trastos, granos, enseres en un espacio reducido || apilonarse r. juntarse muchas personas apretujadamente.

APLANADORA f. Máquina rodante, provista de un rodillo de hierro, muy pesado, que sirve para compactar la tierra en la construcción de carreteras || D. R. A. aplanadera.

APLATANARSE r. Sentirse deprimido y con tendencia a la inactividad.

APLICAR intr, Verbo inusitado, formado del inglés **to apply,** en el sentido de **aspirar a un cargo o empleo:** Pedro **aplicó** para el puesto de oficial mayor.

APLICACIÓN s. Anglicismo muy generalizado en Panamá, en lugar de **solicitud, petición** || dícese, además, del formulario empleado para solicitar el cargo a que se aspira.

APOLISMAR tr. Comprimir || magullar.

APORREAR tr. En el lenguaje agrícola, **aporrear** un terreno, es quitarle la maleza.

APUÑUSCAMIENTO m. Aglomeración excesiva, apretura.

APUÑUSCARSE r. Aglomerarse, apretujarse.

APURARSE r. Andar con rapidez, muy aprisa: No puedo quedarme, ando muy **apurado.**

APURO m. Prisa || rapidez: Con el **apuro** que tenía, dejé en casa algunas cosas que necesitaba. No tengan tanto **apuro,** hay tiempo para todo. No vayas con tanto **apuro**.

ARDER tr. Irritar, resentirse. Le **ardió** mucho que le trataran mal. Está muy **ardido** por el desaire que le hicieron.

ARRANCAZÓN f. Penuria, falta de dinero. Uso familiar: Estoy pasando por una **arrancazón** muy grande || con el participio de arrancar. Nuestro amigo está muy **arrancado.**

ARRANCHARSE r. (De **rancho**, vivienda campesina). Entremeterse en una casa, a título de amigo, mas con disgusto de sus dueños y sin dar indicios o mostrar disposición de salir de ella.

ARREBATARSE r. Volverse loco || sufrir el enajenado arrebatos de locura.

ARREBIATA f. (De **arrebiatar**). **Grupo de animales arrebiatados** o atados unos a otros, que se llevan de camino.

ARREBIATAR tr. Atar una cosa a otra, un animal a otro.

ARRECOCHINAR tr. Arrinconar a una persona o a un animal, impidiéndole que escape.

ARRECOSTARSE r. pop. Reclinarse || vivir a costa de otro.

ARRECHO adj. Lujurioso || lascivo.

ARREMATAR tr. Hostigar a una persona, maltratarla hasta darle muerte.

ARRIERA f. Hormiga grande de color rojizo que vive en galerías subterráneas y sale a buscar su alimento, preferentemente de hojas, en manadas numerosas que arruinan los rosales y otras plantas de jardinerías.

ARRIMARSE r. Llegar el hombre a casa de una mujer, para vivir maritalmete con ella.

ARROCERO m. Pájaro que se alimenta de arroz o, en su defecto, de otros granos.

ARROJADERA f. Vómitos frecuentes que padece una persona.

ARROPAR tr. En lenguaje popular galante, abrazar y acariciar a una mujer.

ARROPÓN m. Acción de **arropar**, en el sentido galante indicado.

ATOJAR tr. Azuzar, incitar a los perros para que se lancen contra una persona, un objeto o un animal.

AUDITAR tr. Arquear.

AVERAGUARSE r. Aplícase a la ropa salpicada de puntos o manchas pequeñas, a consecuencia de la humedad.

AVIVATO m. Dícese de la persona inclinada a sacar provecho de otras, con poca vergüenza y escaso deseo de trabajar.

B

BABOSADA f. De **baboso.** Cuestión de escaso valor, necedad, tontería.

BABOSO, SA adj. Dícese del niño, por alusión a su incapacidad para retener el humor acuoso de la **baba.** || Por extensión, nómbrase así a quien demuestra ser todavía infantil e inocentón: Es un **baboso,** parece un **baboso.**

BACHICHE m. Nombre familiar, un tanto despectivo, dado a los inmigrantes italianos.

BAJADERO, m. Camino en descenso para llegar a la orilla de un río, de una zanja o del mar.

BAJAREQUE m. Llovizna muy menuda que suele caer en las regiones altas || pared en las viviendas rurales fabricada con hojas de cafia, de palmera o de otro material vegetal.

BAJO m. Nombre regional para designar la parte baja de un terreno, más apropiada para el cultivo, sobre todo si bordea una corriente de agua.

BALACEADO, DA Participio de un verbo inusitado **balacear,** por **abalear** o herir de bala.

BALACERA f. De balacear. Equivalente a **tiroteo.**

BALBOA m. Unidad monetaria de la República de Panamá, que tiene paridad con el **dollar.**

BALDADO, DA adj. Tuberculoso.

BALSERÍA f. Festividad anual de los indios guaymíes (Chiriquí, Bocas del Toro) en la que usan, como arma arrojadiza y para vencer al contrario, estacas de madera liviana, o **balsas**.

BALSO m. bot. Árbol de madera liviana, cuyo fruto, en cápsulas, produce lana vegetal.

BANDIDEZ f. Bandidaje.

BANGAÑA f. Vasija grande, en forma de totuma o de batea. Fam.

BAQUIANO m. Experto en exploraciones por la selva, la montaña o lugares escasamente conocidos.

BARAJUSTADA f. Aplícase a la huida súbita y violenta del ganado, presa del miedo o de alguna otra causa.

BARAJUSTAR intr. Acción de huir impetuosamente.

BARRA f. Grupo de personas que, por encargo de los organizadores de un espectáculo, aplauden o hacen demostraciones hostiles, según convenga || mostrador corrido, con asientos a todo lo largo, destinado a los clientes del establecimiento, en ciertos cafés o cantinas.

BARBEAR tr. Hacer abrir las mandíbulas, especialmente a los niños, para que ingieran determinados medicamentos, si se resisten a tomarlos.

BARREJOBO m. Aguacero repentino, cuando ya escasean, al fin de la estación lluviosa.

BARRIGA f. Estado de preñez: tiene una **barriga** ya muy avanzada.

BARRIGÓN m. Árbol tropical que se caracteriza por un tronco muy abultado.

BARRIO m. Sección de que consta una ciudad: Barrio de Santa Ana, de San Felipe, del Chorrillo (Ciudad de Panamá).

BATAZO m. Golpe que produce el bate || fig. noticia falsa.

BATE m. Trozo de madera especialmente preparado para golpear la bola en el juego de pelota.

BATEADOR m. En el juego de pelota, la persona a quien toca el turno de usar el bate.

BATEAR tr. Usar el bate.
BATIDA f. Redada, en las persecuciones policíacas.
BECADO m. Becario.
BELLACO, CA adj. Habilidoso || audaz || vividor.
BELLAQUERÍA f. Acción propia del bellaco.
BEMBA f. Labio inferior abultado (negroide).
BEMBÓN, NA adj. Persona con bemba.
BERREAR intr. Llorar gritando, en el caso de los niños.
BICHARECO m. (de **bicho**) Nombre despectivo aplicado a personas o cosas, para declararlas insignificantes y despreciables. || Sinónimo: bicharraco.
BICHE adj. Aplícase a las frutas que no han madurado bien.
BICHERA f. Hurto de gallinas, víveres o cosas apetitosas, efectuado por la noche, para hacer luego un festín.
BIENMESABE m. Dulce casero hecho con leche, harina, miel o raspadura.
BILLETERA f. Cartera para guardar billetes o papel moneda.
BILLETERO, RA m. y f. Persona que se gana la vida vendiendo billetes de lotería.
BIMBÍN m. Pajarillo silvestre muy estimado por su canto. Se le cautiva, haciéndolo vivir enjaulado, para disfrutar de su canto.
BIOMBO m. Honda pequeña que fabrican los muchachos con una horqueta, en cuyos dos extremos atan sendas bandas de caucho unidas mediante un pedazo de cuero flexible, y que utilizan para lanzar piedrecillas a los pájaros o frutos de los árboles.
BIOMBAZO m. Golpe que proviene de la piedra lanzada con el biombo.
BIRULÍ m. Especie de cañacilla de forma cilíndrica y alargada, en cuyo extremo brotan las flores de la caña de azúcar, que se utiliza para la fabricación de jaulas, cometas, etc.
BIRRIA f. Obstinación enfadosa de algunas personas en ciertos temas desagradables.
BIRRIOSO, SA adj. Condición del sujeto que incurre en la **birria.**
BIZCOROCHO, CHA adj. Denominación pintoresca adjudicada al bizco.
BOCACHO, CHA adj. Persona a quien le faltan algunos dientes || dícese de un cántaro, vaso o vasija con el borde quebrado.

BOCARACÁ f. Serpiente muy venenosa, arbórea, con bordes escamosos sobre los ojos y cola delgada y prensil.

BOCONA f. Nombre de una guitarra campesina de cuatro cuerdas, de tonalidad más alta que la corriente, que lleva cinco, llamada **mejorana.**

BOCÓN, NA adj. Dícese de la persona que habla demasiado, en forma altisonante, y concediéndose una importancia que no tiene.

BOCONADA f. Habladurías del bocón.

BOCHINCHE m. Chisme, a veces calumnioso contra una persona o familia, que cobra mayor proporción o maledicencia a medida que pasa de una persona a otra.

BOCHINCHOSO, SA adj. Aficionado a los bochinches, que los promueve o difunde.

BODEGA f. Establecimiento donde se expenden licores en envases cerrados, para consumo privado.

BOLUDO, DA adj. Dícese del que tras recibir un pago o ganancia, presúmese que tiene dinero. Estás muy **boludo**, y debes agasajarnos.

BOLUNGO, GA adj. Aplícase a una variedad de gallina que no tiene cola.

BOLLO m. Cilindro de masa de maíz que se envuelve, para cocinarlo, en hojas de caña de azúcar o en la cubierta de la propia mazorca del maíz, si es todavía tierno. Los hay de distintas clases, según los ingredientes que lleven, además de la masa.

BONCHAO m. Derivado del inglés **bunch**, para significar gran cantidad de personas o cosas.

BOQUISUCIO, CIA adj. Persona de habla vulgar e indecente.

BORRA f. Sedimento desechable que deja el café una vez sometido a la acción del agua hervida.

BORDÓN m. El último hijo de una pareja.

BORRIGUERO m. zool. Reptil pequeño de la familia de los lagartos, muy ágil y asustadizo || D. R. A. Lagartija.

BOTAR tr. Malgastar o derrochar el dinero || despedir de un empleo. Lo **botaron** por incompetente.

BOTARATE m. fam. Hombre atolondrado y derrochador.

BOYARSE r. Salir mal en alguna actividad, llevarse un chasco: Salió **boyado** en el negocio.

BRASIER m. Del francés **brassiere**. Sostén.

BRINCOTEO m. (De **brincar**). Jarana || diversión frecuente. Anda en un continuo brincoteo.

BUCHE m. Dícese de la persona muy aficionada a la bebida: Es un **buche.**

BUENAS TARDES f. bot. Planta de jardinería y también de crecimiento silvestre, de tallo frágil, que produce flores pequeñas y abundantes, que abren en la tarde. De aquí su nombre.

BUCHÍ m. Corrupción del inglés **bush man**: hombre silvestre, sin cultivo || hombre del campo avecindado en la ciudad.

BULLARANGA f. Bullicio || bullanga.

BULLARENGUE m. y también **BULLERENGUE**. Baile regional del Darién, parecido al tamborito, pero más movido y sensual.

BUNDE m. Baile regional y ceremonia alusiva a la Navidad, típicos de la Provincia del Darién.

BUREO m. Diversión con baile y bullicio.

BURUNDANGA f. Cosa apetitosa, generalmente de dulce, que los muchachos en particular comen a cualquier hora. "Se llenan de **burundangas** y no tienen apetito cuando deben comer".

BUS m. Simplificación popular de autobús, vehículo de transporte colectivo.

BUSERO m. Dícese, derivándolo de **bus**, del conductor del **autobús**.

BUSITO m. Diminutivo popular de bus, aplicable a un autobús de menor capacidad que el usual.

BUSTO m. Eufemismo para designar los pechos de una mujer: tiene el **busto** muy prominente.

C

CABALLADA f. Burrada || hecho o expresión disparatados.

CABALLETE m. Vértice alargado donde se juntan las dos vertientes de un techo.

CABANGA f. Dulce endurecido que se corta en pedazos rectangulares, hecho con los siguientes ingredientes: papaya verde, guayaba, coco, canela, leche, raspadura o miel || fig. aflicción, || pena amorosa || nostalgia.

CABARET m. Lugar de diversión nocturna.
CABARETISTA. f. Mujer que alterna con los clientes en el cabaret.
CABELLITOS de ÁNGEL m. pl. Dulce casero hecho con tiras largas y finas de papaya verde, cocidas en almíbar.
CABEZÓN, NA adj. De cabeza dura || torpe.
CABISTEAR tr. Cabestrear.
CABRESTILLO m. Por cabestrillo (con metátesis de la **r**, de igual modo que cabrestear). Cadena de oro larga y adornada con dijes y un escudo pendiente, que forma parte del aderezo de joyas con que se lleva el traje nacional de la **pollera**.
CABRÓN m. Calificativo insultante y despectivo adjudicado al hombre indigno || indecoroso || chulo, que vive de las mujeres.
CACIQUE m. El más pequeño y raquítico de una nidada de pericos.
CACOTAZO m. Ver cascotazo.
CACHAMENTA f. Cornamenta.
CACHARPA f. Automóvil destartalado. Tiene una **cacharpa** que casi no puede andar.
CACHETAZO m. Bofetada.
CACHETÓN, NA adj. De cachetes o carrillos abultados.
CACHIMBA f. fam. Pipa de fumar.
CACHITO m. Arbusto de tallo erizado de espinas **(cachitos, de cacho),** en el cual habitan numerosas hormigas cuya picada duele y molesta || otro nombre del arbusto: **cuernito.**
CACHO m. Cuerno || en algunas partes, **Chiste**; || cuento corto chistoso.
CADENA CHATA f. Collar formado por pequeñas láminas de oro enlazadas entre sí, que forma parte importante del aderezo de joyas propio de la **pollera** o traje típico panameño.
CAFETALERO m. Propietario de una o varias fincas de café || persona que negocia con este producto.
CAFETEAR intr. Costumbre de tomar café || tomar café mientras se vela un difunto.
CAFETERO, RA adj. Aficionado a tomar café.
CAGADERA f. fam. Diarrea.
CAGAJÓN m. Excremento del caballo que, al secarse, se usa como abono.

CAGUAMO m. Macho de la tortuga de mar.
CAIRICIO m. Parte trasera de las casas provincianas y campesinas.
CALENTADA f. Estado de furor o de ira. Se dio una gran **calentada.**
CALENTARSE r. pop. Enfurecerse. Me **calenté** por la mala pasada que me hizo.
CALUNGO, GA adj. Persona o animal desprovista de vellos o pelos.
CALZA f. Relleno que aplica el dentista a una pieza dental afectada por las caries.
CALZAR tr. Acción de poner una calza por parte del dentista || agrandar la espuela pequeña de un gallo de pelea cubriéndola con otra de mayor tamaño.
CALZONARIOS. pl. Bragas o pantaloncillos interiores de mujer.
CAMAJÁN, **JANA** adj. Perezoso || holgazán.
CAMARÓN m. Pago que se obtiene por un trabajo ocasional.
CAMARONEAR intr. Salir al mar, a la pesca de camarones || a falta de un trabajo regular, remediarse con el cobro ocasional de camarones.
CAMISILLA f. Camisa masculina de uso exterior, con bolsillos laterales.
CAMISOLA f. Camisa interior femenina que baja hasta las piernas.
CAMISÓN m. Prenda que usa la mujer para dormir.
CAMOTE m. Batata de sabor dulce, muy empleada en la cocina panameña.
CAMPANEAR tr. fam. Espiar || acechar.
CANCANEAR intr. Tartamudear.
CANCANEO, m. Tartamudeo.
CANCHA f. Espacio libre destinado a usos diversos.
CANDELILLA f. Hormiga pequeña, de color rojo terroso, de picadura muy desagradable || fig. aplícase a una persona de poca talla, muy inquieta y mortificante.
CANGARÚ m. Líquido espeso, a base de alquitrán de olor penetrante, que se mezcla con agua para usarlo como desinfectante.
CANJILÓN m. Redondel de barro o de otro material, con bordes que dejan entre sí un espacio acanalado para llenarlo de agua cuando se coloca, a ras de tierra, rodeando o el tallo de los rosales u otras plantas de jardinería, para protegerlas contra las incursiones de las arrieras.
CANILLERA f. (de **canilla**). Fig. Estado de temor que se traduce, física-

mente, en un temblor de las canillas.

CANILLUDO, DA adj. Dícese de la persona de piernas muy largas.

CANTADERA f. Reunión de campesinos aficionados a la música popular, sazonada con el canto de décimas y acompañamiento de mejorana (guitarra rústica).

CANTALETA f. Cantinela: || repetición desagradable de algo.

CANYAC m. bot. Nombre popular de la **marijuana** (marihuana) o **hierba santa** (especie de **opio** tropical) (**Cannabis indica**).

CAO m. zool. Ave nocturna así llamada a causa de su canto.

CANYACERO, RA adj. Aplícase al fumador de canyac.

CAÑAZA f. bot. Bambú.

CAÑAZO M. Trago de una bebida alcohólica fuerte. Tomarse un cañazo.

CAPACHO m. zool. Chotacabras

CAPISUCIA f. zool. Ave silvestre de plumaje grisáceo, de canto agradable. Otros nombres: **choroteca** (Coclé), **cancanela** (Los Santos).

CAPITALINO, NA adj. Habitante de la capital.

CARACUCHA f. bot. Arbusto con flores del mismo nombre, perfumadas y vistosas.

CARACHE m. Infección de la piel que se localiza frecuentemente en los muslos, en forma de manchas rojizas || sucio persistente de la piel.

CARAJEAR intr. (De **carajo**). Insultar a otro.

CARAJO interj. De uso frecuente en el lenguaje panameño, sobre todo entre hombres, para indicar sorpresa, enojo, disgusto.

CARATO, TA adj. En las gallinas, plumaje en que alternan manchas grises con otras blancuzcas o negras.

¡CARAY! interj. Usual en lenguaje femenino, en lugar de **¡carajo!**

CARILIMPIEZA f. (De **carilimpio**). Desvergüenza || descaro || falta de escrúpulos.

CARILIMPIO, PIA adj. De poca vergüenza || descarado.

CARILIMPIÓN, NA adj. De pocos o ningunos escrúpulos || persona en quien no se puede fiar.

CARIMAÑOLA f. Fritura preparada con yuca sancochada y molida que lleva dentro un relleno de carne.

CARMELO adj. Color carmelo, es decir, acanelado.

CARMELITO adj. (De **carmelo**). De color acanelado.
CARNET m. Galicismo. Tarjeta de identificación.
CARRETILLA f. Carrete de hilo para máquina de coser || por alusión a la facilidad con que se desprende el hilo arrollado en el carrete || hablar como una **carretilla,** es una **carretilla.** || persona muy habladora o parlanchina.
CARRICILLO m. bot. Planta de tallo flexible y delgado, hueco y nudoso.
CARRIEL m. Galicismo Ant. Cartera o bolso de calle, de uso femenino.
CARRIZO m. Tubito delgado y frágil empleado en las refresquerías para sorber líquidos desde una copa o vaso.
CARRO m. Automóvil.
CARROZA f. Vehículo para conducir a los difuntos al cementerio.
CARRUCHA f. pop. Garrucha o polea.
CARTERA f. Bolso de calle, de uso femenino.
CÁSCARA f. pop. Vaina del machete.
CASCARAZO m. Por alusión al golpe con un machete envainado (cáscara), golpe fuerte y seco. Le dieron un **cascarazo**.
CASCOTAZO m. Golpe dado en la cabeza con los nudos de la mano.
CASCOTEAR tr. Dar cascotazos, o sea, pegar en la cabeza con los nudillos de los dedos.
CATRE adj. Torpe || de poco seso. Ese muchacho es un **catre**.
CAZO m. Cucharón provisto de un mango largo con el cual se revuelve la miel de caña de azúcar en las grandes pailas donde se la cocina.
CEPILLO, LLA adj. Adulador, dora.
CILAMPA Véase **Silampa**
CEVICHE m. Plato muy apetecido que se prepara con pescado, langosta o camarones crudos, cortados en pedacitos desmenuzados, sometidos durante varias horas a la acción intensa del jugo de limón, y que lleva también sal, cebolla y picante.
CIMARRÓN, NA adj. Animal del monte, salvaje y espantadizo || Dícese también del ganado vacuno o caballar en soltura, que repele el trato humano: toro o caballo **cimarrón** (que no ha sido domado)

CIMARRÓN m. Aguardiente producido en alambiques de fabricación rústica, prohibido por la ley || alambique rústico en que se fabrica ese aguardiente.

CIMARRONERO m. Nombre adjudicado al fabricante clandestino de aguardiente cimarrón.

CINCHO m. Molde de madera utilizado en la fabricación de quesos nacionales || cincha burda que se pone al animal cerril para domarlo.

CIUDADANÍA f. Colectivo muy difundido para significar **los ciudadanos** todos || el conjunto de ciudadanos.

CLASE Sustantivo apositivo muy usado en el lenguaje corriente para denotar buena calidad o excelencia: un caballo **clase**, un fiesta **clase**. Ese automóvil sí es **clase**.

CLIP m. Anglicismo muy usado por **broche**, **presilla** (para juntar y sujetar hojas de papel).

COA f. Herramienta para abrir huecos en la tierra, compuesta de una parte metálica cortante, que emboca en el extremo de un palo vertical.

COCAL m. Paraje donde abundan los cocoteros.

COCALECA f. Especie de almeja o marisco de playa || ave de la familia del faisán que debe su nombre a los sonidos que emite cuando canta.

COCO m. Fruto del cocotero, || por alusión a la dureza del coco, cráneo o hueso de la cabeza.

COCOBOLO, LA adj. Persona calva o pelada al rape.

COCOLISO, SA adj. Cocobolo.

COCORITO m. zool. Buho pequeño, de canto estridente y desagradable.

COCORRÓN m. zool. Insecto de la familia de las cigarras que vive en los árboles y tiene un canto característico y monótono cuando se inicia la estación lluviosa. Otros nombres: revellín, || totorrón.

COCOTERO, m. Palmera tropical muy esbelta, con ramas en lo alto llamadas popularmente **pencas**, que produce frutos, en racimos, con el nombre de **cocos.**

COCHADO, DA adj. Resistente a los golpes, que no se ofende ante los desaires o desprecios. || Forma popular: cochao.

COJÓN m. Vulgarismo por testículo.

COLADERA f. Bolsa de tela provista de un aro y un asa, de fabricación doméstica, empleada para colar el café.

COLERA f. Niñita que en una boda mantiene en alto la cola o extremo del vestido de la novia.

COLISIONAR intr. (De **colisión**). Chocar dos vehículos de motor entre sí.

COLMILLERA f. Vulgarismo por dentadura.

COLORADILLA f. Especie de garrapata muy pequeña, de color rojizo, que, adherida a la piel, produce una picazón molesta. Otro nombre: **chirote** (Los Santos).

COLUMNISTA m. Dícese de quien escribe diariamente en la **columna** de un periódico.

COLIN m. Nombre dado al **machete** entre los campesinos, por alusión a los procedentes de la fábrica **Collins** (Estados Unidos), muy usados por su buena calidad.

COMER DEL CUENTO loc. Dar por buenas las noticias falsas que otro transmite || **No comer del cuento:** no dar crédito a esas noticias.

COMISARIATO m. (Del inglés **comisary**) Tienda de víveres y otros artículos.

¡CÓMO NO! Expresión elíptica equivalente a **cómo no complacer**, muy empleada en el lenguaje panameño, para denotar buena disposición o asentimiento.

COMPA m. Apócope familiar de **compadre**.

COMPROMETERSE r. Adquirir hombre y mujer, en cierta ceremonia doméstica, la obligación de contraer matrimonio. Me comprometí hace un mes, o estoy **comprometida** desde hace un mes, dirá la novia.

COMPROMISO m. Obligación contraída entre hombre y mujer para casarse dentro de un plazo dado.

CONCOLÓN m. Porción de arroz adherida al fondo de la olla en que se cocina.

CONCOLONEAR intr. Permanecer en una fiesta disfrutándola hasta su final.

CONCHO m. Voz regional por **concolón** || interjección.

CONCHUDO, DA Despreocupado || sinvergüenza.

CONCHUELA f. Especie de almeja, también comestible pero de mayor tamaño.

CONFIANZUDO, DA adj. Persona que abusa de la confianza || abusiva.

CONGO m. zool. Nombre dado a ciertos insectos de la familia de las avispas, de menor tamaño que ellas y de color pardo negruzco, con pequeñas franjas, y que viven en colonias numerosas || casa que construyen los insectos en cuestión, de forma elíptica o redondeada, adherida a una rama o bajo los techos || danza y comparsa negroide localizada en la región de Colón.

CONSTATAR tr. Galicismo por **comprobar**.

CONSUELO m. Pieza hueca de goma que semeja un pezón, y que se introduce en los labios de los niños, para tranquilizarlos, durante el período de la lactancia.

CONTABLE m. y f. Técnico en contabilidad.

CONTESTA f. En el lenguaje campesino, equivalente a **respuesta** o **contestación.** Después le doy contesta.

CONTRAMATADA f. Golpeadura que se recibe a consecuencia de una caída violenta o de otra causa.

CONTRAMATARSE r. Golpearse con violencia.

CONTROLAR tr. (fr. **controlar**) Acción de inspeccionar o vigilar.

CONTROL m. Vigilancia o inspección que permite evitar irregularidades, malos manejos o negligencia.

COPIÓN, NA adj. fam. Aplícase a los estudiantes que tienen la mala costumbre de copiar en los exámenes.

COPÓN m. fam. Aplícase a las situaciones en que algo llega a un extremo intolerable. "Es el copón de lo que podía sucederme".

COPOTE m. Copón.

COQUILLO m. bot. Arbusto de tronco grueso que produce, al hacerle incisiones, un líquido blanquecino y astringente llamado familiarmente **leche de coquillo**.

COQUITO m. Tela de color blanco, decorada con florecillas, muy empleada para la confección de la **pollera** o traje típico panameño.

COROZO m. bot. Palma tropical de unos dos o tres metros de alto, con hojas largas y laciniadas que se agrupan en la cúspide del tallo, y que produce frutos numerosos en forma de racimos, llamados también **corozos**.

COROTÚ m. bot. Árbol muy frondoso cuyo tronco alcanza gran corpulencia,

de hojas compuestas de hojuelas numerosas de color verde, y cuya sombra es muy apetecida por el ganado.

CORREA f. Faja de cuero con hebilla empleada por los hombres para ajustarse el pantalón a la cintura.

CORRINCHE m. Alboroto que forman varias personas, particularmente los niños.

CORTADA f. Herida producida por un objeto cortante.

CORTEZO m. bot. Árbol de gran altura, de fruto redondo y cubierto de espinas, cuya corteza produce una fibra resistente, llamada **majagua** popularmente, que se emplea para hacer sogas.

COSITA f. En el lenguaje familiar, golosina o refresco que se proporciona a los niños, generalmente en horas de la tarde.

COTÓN m. (del inglés cotton). Camisa de tela tosca y resistente usada para el trabajo por la gente del campo.

CRÉDITOS m. pl. Neologismo acogido en el lenguaje panameño, procedente del inglés **credits**, para significar las nota o calificaciones obtenidas por los estudiantes y aun las **credenciales** para aspirar a un cargo o empleo.

CRISTIANAR tr. En el lenguaje campesino, **bautizar** a un niño.

CUACO m. Pelícano.

CUARTILLO m. En las compras al menudeo por gentes de escasos recursos, la cuarta parte de diez céntimos: un **cuartillo** de pan, un **cuartillo de azúcar.**

CUATRERISMO m. Actividad delictuosa propia de los **cuatreros.**

CUATRERO m. Ladrón de ganado vacuno.

CUCARACHERO m. Lugar donde abundan las cucarachas || abundancia de cucarachas.

CUCÚAS f. pl. En la fiesta del **Corpus Christi,** grupo de danzantes ataviados con el disfraz de este nombre, que lo toma, a su vez, del árbol cuya corteza sirve para la confección del disfraz.

CUCURUCHO m. Local estrecho e incómodo, situado en la parte alta de una casa || cartucho en forma cónica utilizado para la venta de maní y de otras golosinas,

CUCHIFLETA f. Cuchufleta.

CUCHIFRITA f. Guiso Preparado con pedacitos del corazón de la res. En la región de Azuero: **cochifrito.**

CUECO m. Hombre afeminado.

CUENTEAR tr. fam. Tratar de engañar con cuentos o historias falsas.

CUERA f. (De **cuero**). Castigo propinado con una tira de cuero. "Le dieron una gran cuera".

CUERAZO m. Latigazo.

CUEREADA f. Azotaína || zurra administrada con la correa o tira de cuero.

CUEREAR tr. Zurrar con la faja de cuero empleada para tales casos.

CUERIZA t. Zurra || cuereada.

CUERPAZO m. Aumentativo de **cuerpo**.

CUIPO M. bot. Árbol de gran estatura (veinte a treinta metros), de tronco abultado en la parte baja, que produce una madera de poco peso muy utilizada en la industria.

CUJAZO m. Golpe fuerte. Lo tumbé de un solo cujazo.

CUJÍ m. Engaño || trampa. "Le pegaron un **cují**".

CUJICERO adj. fam. Amigo de trampas y engaños. De cují.

CULECO adj. Derivación de **clueco, ca,** por metátesis o trueque de sonidos. En las fiestas de carnaval, hombre a quien se disfraza con traje femenino, emplumándolo, para pasearlo burlescamente.

CULÍ m. Inmigrante de la India. De aquí se deriva el adj. olivo aculisado, aplicado a la persona de tez oscura y de rasgos parecidos a los característicos de los indostanes.

CULIAR tr. e intr. según los casos. En lenguaje vulgar: realizar el coito.

CULIBLANCAS f. zool. Avispas muy ponzoñosas que tienen el extremo del abdomen blanco.

CULILLERA f. Tener miedo o culillo.

CULILLO m. Sentir temor.

CULIRAYADA f. Avispa que tiene el abdomen matizado con franjas amarillentas unas y negruzcas otras.

CULITRANQUEAR intr. Tener dudas y en cierto modo temor de decidirse en asuntos que no inspiran mucha confianza.

CUMBIA f. Nombre aplicado a una danza popular panameña que

ofrece algunas variantes en cuanto a la música, ejecución, instrumentos y coreografía.

CUNAS m. pl. Nombre dado a los indios de la comarca de San Blas, en la costa atlántica de Panamá.

CUNDEAMOR Y CUNDIAMOR m. bot. Nombre dado a la enredadera y a la flor de forma cónica y lobulada de esa planta, muy estimada en la jardinería panameña.

CUPO m. Puesto disponible en los vehículos de transporte colectivo. ¿Hay **cupo**? || no puede pasar, no hay **cupo**.

CURACHA f. Baile típico panameño.

CURAO adj. En el habla popular, sometido a los efectos de un maleficio.

CURAR tr. Someter a una persona a los efectos de un hechizo o maleficio.

CURITA f. Venda esterilizada, de venta en las farmacias.

CURTIDO, DA adj. Aplícase a la persona a quien ya no hacen mella alguna los reveses, malos tratos, castigos o reprimendas.

CURTIEMBRE f. Lugar donde se curten las pieles. **Curtiduría**.

CURUMBA f. La parte más elevada o cúspide.

CURUMBITA f. Diminutivo formado de **curumba.** "El muchacho se trepó en la **curumbita** del árbol".

CUTACHA f. Cuchillo grande.

CUTARRA f. Sandalia de cuero curtido o sin curtir que cubre la planta del pie, provista de tiras delgadas del mismo material, cruzadas entre sí unas y ajustable al talón otra, que sirve al hombre del campo para trabajar en el monte.

CH

CHABELITA f. Planta de jardín, con flores del mismo nombre, más bien pequeñas, con una corola formada de varios pétalos, blancos, rosados o morados.

CHÁCARA f. Bolsa de fabricación campestre, tejida con hilos de fibra vegretal, pintada a veces con franjas de uno o más colores y provista de un asa del mismo material, en la cual los campesinos llevan provisiones u otros enseres. En plural, vulgarismo para designar los testículos.

CHACARITA. f. Diminutivo de chácara.
CHAFLÁN m. Borde cortante de un objeto.
CHAFLE f. Nombre familiar de la comida.
CHAGUALA f. Nombre popular de las alpargatas.
CHALÁN m. Experto en montar caballos para mejorarles el andar.
CHALANEAR tr. Adiestrar caballos.
CHALET m. gl. Casa, generalmente de un solo piso, para una familia, hecha de concreto o de otro material.
CHALINA f. Mantilla.
CHAMBÓN m. Dícese de la persona que muestra cierta torpeza en hacer algún trabajo.
CHAMBONADA f. Ejecución torpe o defectuosa de un trabajo o encargo.
CHAMPÚ m. Adaptación panameña de **shampoo** (ingl.), preparación jabonosa para lavar el cabello.
CHANCE m. (Del inglés **chance).** Fracción de billete del llamado **sorteo popular** de la lotería || Por extensión: oportunidad u ocasión de hacer algo que interesa. "Dame un **chance** para ir contigo; para remplazarte; para ganarme algo"
CHANCERO m. Que vende billetes del sorteo popular, oficial o clandestino.
CHANCLETAZO m. Golpe dado con la chancleta.
CHANCLETEAR intr. Andar en chancletas.
CHANCLETERO, RA adj. Dícese de la persona que anda habitualmente con chancletas. Vieja **chancletera**.
CHANCHADA f. Acción sucia y censurable, propia de un **chancho.**
CHANCHULLERO, RA adj. Calificación despectiva aplicada a la persona que tiene el hábito de participar en **chanchullos.**
CHANCHULLO m. (De **chancho**) Negocio turbio || actividad poco honesta en la que participan varias personas.
CHANGO m. zool. Pájaro de regular tamaño, llamado también **changamé**, de color azul oscuro, que se alimenta de granos (arroz, maíz) y es muy perjudicial para las siembras. || **Bollo chango, tortilla changa**. El adjetivo **chango** alude, en ambos casos, al maíz tierno empleado para preparar el

bollo (hervido) o la tortilla (cocida en la cazuela) .

CHANGUATAL m. Lodazal.

CHAPA f. Dentadura montada sobre una placa de material plástico especialmente construida para adherirla al paladar, que puede ponerse o quitarse.

CHAPARRÓN m. Aguacero muy fuerte.

CHAPEADO, DA adj. Aplícase a las personas que, por acción del sol o por un cambio favorable de clima, tienen las mejillas enrojecidas.

CHAPERÓN, NA Persona de cierta edad que suele acompañar a la gente joven, para protegerla.

CHAPERONEAR tr. Hacer de chaperón o chaperona.

CHAPETONADA f. En la expresión **pagar la chapetonada**, es decir, la falta de experiencia o conocimiento de algo.

CHARACA f. Garrapata grande.

CHARRASQUEAR tr. Rechinar los dientes || rasguear el instrumento de cuerdas, con cierta rusticidad, por parte del campesino que toca la **mejorana.**

CHARRASQUEO m. Expresión campesina para designar el rasqueo del instrumento

CHASÍS (Del inglés **chasis,** armazón del automóvil). **Estar en el chasis,** expresión familiar equivalente a encontrarse una persona en delgadez extrema.

CHATA f. zool. Garrapata grande.

CHAVETAS f. pl. En la locución **perder las chavetas**, es decir, la cordura o mesura en el trato social, en un momento dado.

CHECHERAL f. Rimero de **chécheres.**

CHÉCHERES m. pl. Objetos diversos, inservibles los más, acumulados en determinado lugar de la casa.

CHEQUEAR tr. Neologismo formado del inglés **to check**, empleado en lugar de anotar, comprobar, verificar.

CHEQUEO m. (**De chequear**). Barbarismo en lugar de cotejo o comparación, arqueo (contabilidad), examen médico.

CHERCHA f. Chacota || burla.

CHIBOLA f. Abultamiento || chichón.

CHIBOLÓN m. Aumentativo de **Chibola**.

CHIC (Del francés **chic).** Elegante || presumido. Anda muy **chic**. Viste muy **chic.**

CHICLÁN adj. m. Dícese del hombre o del animal al que le falta o tiene averiado un testículo.

CHICLE m. Goma de mascar que se vende en pastillas de distintos sabores.

CHICHA m. Bebida que tiene al maíz como principal ingrediente, y que ofrece variedades según los otros componentes y el procedimiento de preparación empleado: **chicha dulce, chicha fuerte** (fermentada), **chicha fereña, chicha loja.**

CHICHEME m. Bebida preparada con maíz sin moler, que se hierve en agua y se adiciona con leche, azúcar y algún otro ingrediente.

CHICHI m. Aplicase al niño recién nacido.

CHICHIGUA f. Voz popular para significar el dinero.

CHICHIPATE m. Nombre un tanto despectivo aplicado a un sujeto de escaso valer.

CHIFONIER (del francés **chiffonier)** m. Mueble con gavetas, empleado para guardar ropa.

CHIMBILIQUES m. pl. Objetos variados pertenecientes a una persona. fam. En cualquier momento recojo mis **chimbiliques** y me mudo de casa.

CHINCHE adj. Persona inquieta y llena de vivacidad. Es un **chinche**, masc. en este uso familiar.

CHINCHORRA Nombre dado a la guitarra. Anda con la **chinchorra** al hombro.

CHINCHORRAZO m. Latigazo.

CHINCHORRO m. Hamaca pequeña || látigo.

CHINGA f. Juego clandestino (dados, naipes) en el que se apuesta dinero.

CHINGADA f. Vulgarismo con que se menosprecia o insulta. Hijo de la **chingada.** Me hizo una **chingada** (jugada sucia).

CHINGO, GA adj. Fam. Dícese del vestido demasiado corto. Te queda **chingo** el vestido o el pantalón. || Bote pequeño. "Echa el **chingo** al agua, por la madrugáa..." (pop)

CHINGONGO m. (Del inglés **chewing gum).** Goma de mascar que se vende en tabletas, a diferencia del **chicle.** || V. **chicle.**

CHINGUEAR (De **chinga)** intr. Participar en una **chinga** con apuestas de dinero.

CHINGUERO m. Persona que tiene el vicio de jugar.

CHIPAR tr. Hurtar o robar cosas de poco valor.

CHIPÍN interj. con que se exhorta a callar. **¡Chipín!** que llega || adj. Quedarse callado. Se quedó **chipín**, al preguntarle.

CHIQUEREJA f. Cerco construido dentro del agua, a la orilla de un río, para impedir que el ganado que baja a beber lo cruce.

CHIQUILLÍN, NA adj. Niño pequeño.

CHIRICANO m. Bollo de maíz y miel, cocinado en una cazuela.

CHIRIPAZO m. Acertar en algo por casualidad. Ganó por un **chiripazo**.

CHIRIPÓN m. Chiripazo.

CHIRO m. Zool. Ave de playa. || Ganancia ocasional. Me salió **un chiro y lo aproveché.**

CHIROLA f. Por **chirona**, cárcel. Lo metieron en la **chirola.**

CHIRRIÓN m. Látigo.

CHISGUETEAR intr. (De **chisguete).** Salpicar || dejar caer gotas un líquido desde un recipiente.

CHISTERÍA f. Broma || chanza. "No diga usted eso ni de **chistería**".

CHITRA f. zool. Pequeño insecto de picadas molestas que abunda en las playas y lugares húmedos.

CHIVA f. Vehículo de transporte colectivo provisto de asientos laterales.

CHIVATO m. Fantasma que la superstición popular presenta en forma de chivo con ojos que despiden llamas.

CHIVERO m. Conductor de los autobuses llamados popularmente **chivas**.

CHOCAO m. Manjar hecho de plátano o guineo maduro que se cocina con jengibre y se le agrega, para comerlo, leche de coco.

CHOCANTE adj. Desagradable, molesto.

CHOCANTERÍA f. Algo desagradable y fastidioso. No vengas con **chocanterías.**

CHOCLO m. Hueco que abren los muchachos junto a una pared para el juego de bolitas de cristal o de pepitas de marañón, practicado

desde cierta distancia.

CHOCOES m. pl. Tribus de indios panameños que habitan en la Provincia del Darién.

CHOCOLATADA f. Fiesta de tarde o de noche en que se sirve chocolate a los invitados.

CHOGORRO m. zool. Cierta especie de pez de agua dulce.

CHOLA f. Apelativo familiar dado a una muchacha de cabello lacio.

CHOLO, LA adj. Mestizo de indio, o indio sin mezcla que habita en el campo originariamente.

CHOMBO, BA Negro de origen antillano.

CHONTA f.bot. Especie de palmera delgada, de madera muy dura, flexible y resistente, empleada por los indios para preparar el arco de su flechas.

CHORRETEAR intr. Chorrear.

CHUCEAR intr. (De **chuzo**) Herir con un chuzo. || pop. **chuciar.** || r. Me **chucié** en el pie.

CHUCHA f. (voz quichua). Vulgarismo por vagina u órgano sexual de la mujer.

CHUECO, CA adj. Incompleto|| inservible. || **Chueco** m. afeminado.

CHUÍO m. zool. Pájaro de plumaje oscuro cuyo nombre, onomatopéyico, se debe a su canto.

CHULEAR tr. Hacer burla. Me está chuleando.

CHUMICAL m. Lugar con muchas plantas de chumico.

CHUMICO m. bot. Arbusto de mediana estatura, de tronco y ramas, retorcidos, de hojas gruesas y muy ásperas, con apariencia de lija, utilizadas para fregar.

CHUNCHO m. Aplícase a un automóvil viejo y destartalado.

CHUPADERA f. Hábito de tomar bebidas alcohólicas. || pop. Vive en una continua **chupadera** || Fiesta donde abunda el alcohol.

CHUPAR tr. e intr. Tomar licor en abundancia. Ha estado **chupando** todo el día. Vive **chupando** aguardiente.

CHUPATA f. Chupadera.

CHUPATERO, RA adj. Muy dado a emborracharse.

CHUPE m. Guisado de carne, mariscos, huevos y otros ingredientes.

CHUPETE loc. Está de **chupete**, es decir, excelente.

CHUPÓN m. Resto de la naranja, después de extraído el jugo || pieza elástica, en forma de pezón para entretener al recién nacido || pieza elástica que se adiciona al biberón.

CHURRUSCO adj. Aplícase al pelo muy ensortijado, propio del negro.

CHURUCO m. Recipiente hecho con tiras de bejuco entrelazadas, adaptable al hocico del caballo, donde se le pone el maíz.

CHUZO m. Objeto con una punta aguda y punzante.

CHUZAZO m. Herida causada con el **chuzo**.

D

DAMA DE NOCHE f. bot. Planta parásita de la familia de las orquídeas, de hojas carnosas y flores blancas que exhalan, por la noche un perfume suave y agradable.

DAMAJUANA f. Vasija grande de cristal, de vientre muy abultado y cuello estrecho, utilizada para guardar vinos u otros líquidos.

DAÑO m. Maleficio || hechizo.

DEBUT (Del fr. **debut)** m. Estreno.

DEBUTANTE f. Aplicase a las jóvenes quinceañeras que se estrenan en la vida social.

DEBUTAR (Del francés **debut)** intr. Iniciar sus funciones en determinada ciudad una compañía teatral.

DENTRAR intr. pop. Por **entrar.**

DERRIBA f. Operación de labranza campesina que consiste en derribar los árboles de un campo destinado al cultivo.

DESAPARTAR tr. Separar.

DESBARRANCARSE r. Rodar barranco abajo || despeñarse.

DESBOQUINARSE r. Romperse el mango del hacha al borde de la parte metálica || romperse la boca de un objeto (botella, jarro) o de una persona.

DESCACHAR tr. Cortar el extremo de los cuernos (cachos) del ganado vacuno.

DESCACHALANDRADO, DA adj. Descuidado en el vestir y en el aseo de la propia persona. || pop. **eschalandrao**. Sinónimo de desca-landrajado (descalandrajar).

DESCAPULLAR tr. Quitar la cubierta o el capullo al fruto del maíz.

DESCOMPLETAR tr. Quitar algo a un todo.

DESCONCHAVARSE r. Salirse un órgano de su lugar propio (hueso, pie, brazo) || deshacer un vínculo concertado antes || pop. Esos andan ya **desconchavaos.**

DESCONCHINFLADO, DA adj. Descalandrajado || descachalandrado || maltrecho.

DESCUAJARINGADO, DA adj. Descalandrajado || maltrecho || deshecho.

DESCUERDAR tr. Hablar malignamente de otra persona.

DESCULARSE r. Caer de espaldas, golpeándose las posaderas.

DESCUMBRAR tr. Cortar las ramas demasiado próximas de las partes altas de los árboles, para que penetre el sol.

DESECHO m. Trillo || sendero estrecho y casi abandonado.

DESENTECHAR tr. Quitar las tejas del techo || destechar.

DESOREJADO. DA adj. Aplícase al que tiene mal oído para la música y desafina con frecuencia al cantar.

DESPELUCAR tr. Despeluzar.

DESPLATADO, DA adj. Escaso de plata || de dinero.

DEVELACIÓN f. Inauguración de una estatua, retrato o monumento, descorriendo el velo que los cubre.

DEVELAR tr. Descorrer el velo que cubre una estatua, retrato, monumento u obra de arte, en el acto inaugural.

DIABLICO m. Disfrazado de diablo. Se presenta en grupos, con variantes de traje, danza y acompañamiento musical, en la festividad del Corpus.

DIABLO FUERTE m. Nombre aplicado a una tela aspera y resistente usada para hacer pantalones de trabajo.

DILIGENCIA f. Encargo || gestión personal || hacer una diligencia.

DORACES m. pl. Indios de la Provincia de Chiriquí.

DORMIDEBAS f. Adormidera.

DORMILONAS f. pl. Especie de aretes de pollera en forma de arco con laminitas de oro pendientes.

DURO m. Aplícase a una serie de cubitos congelados que antes de someterlos a refrigeración se preparan con jugo de frutas, agua, leche, azúcar, etc.

E

ECHADO, DA adj. En la locución popular **echao palante**, es decir, **echado para adelante**, aplicada a la persona audaz, arrojada, entrometida.
EGRESAR intr. Salir, al terminar estudios, de un plantel de enseñanza.
EGRESO m. Salida, al término de los estudios, de un plantel de enseñanza.
EMBARRA f. En lugares provincianos o del campo, trabajo que consiste en hacer con barro especialmente preparado las paredes de una casa.
EMBARRAR tr. Aplícase a la operación de hacer paredes de barro.
EMBAZADO, DA adj. Dícese del animal en estado de preñez.
EMBELLACARSE r. Enfurecerse.
EMBOLILLAR tr. Envolver || hacer rollos || enredar. Esa **embolilla** a cualquiera.
EMBOLATAR tr. Andar de fiesta o jolgorio. Anda **embolatado** desde anoche.
EMPATURRARSE r. Indigestarse.
EMPAQUE in. Toalla sanitaria para el período menstrual || lámina delgada que se coloca entre dos piezas metálicas.
EMPARRANDARSE r. Irse de parranda.
EMPECHAR intr. En las jóvenes, acción de brotar o surgir los pechos.
EMPELUCHAR intr. Mejorar || restablecerse tras una enfermedad.
EMPLEADA f. Sirvienta.
EMPOLLERADA f. Mujer vestida con la pollera o traje típico panameño.
EMPOLLERARSE r. Ponerse la mujer la pollera.
EMPORRAR tr. Molestar a otra persona.
ENANTES adv. Con las modalidades **endenantes** (campesina) y **enantito** (familiar) .
ENCAMPANAR tr. Elevar, hacer subir. **Encampanar** cometas || **Embriagarse.** Anda un poco encampanado.
ENCARAJINARSE r. Montar en cólera.
ENCARGUE m. pop. Encargo.
ENCARNADO, DA adj. Dícese de una uña del pie cuando se hunde en la carne y produce dolor.

ENCOMIENDA f. Paquete postal.
ENCONTRÓN m. Cruce violento de palabras y hasta de golpes.
ENCUCURUCHARSE r. (De **en** y **cucurucho**). Esconderse || recluirse en un sitio reducido, alto y apartado.
ENCUERARSE r. Desnudarse, quedarse en cueros.
ENCUERNADO, DA adj. Aplícase al animal al que ya le han salido los cuernos.
ENCUTARRADO, DA adj. Aplícase al pie que lleva **cutarra.**
ENCUTARRARSE r. Ponerse las cutarras || envalentonarse.
ENCHARCADA f. Mojarse completamente encontrándose vestido || sufrir un gran revés. || Se dio una gran **encharcada** en el negocio.
ENCHARCARSE r. Mojarse del todo, con agua fangosa o no || caer inadvertidamente en una actividad llena de riesgos. Se **encharcó** en la compra de unas tierras muy malas.
ENCHIQUERAR ir. Encerrar el ganado en un chiquero.
ENCHOCLAR (De **en** y **choclo**). tr. pop. Guardar || encerrar. Le enchoclaron en la cárcel. r. encerrarse || incomunicarse. Vive **enchoclado** en la casa.
ENCHURUCARSE r. (De **en** y **churuco**). Encerrarse || no salir de casa.
ENFERMOSO, SA adj. Propenso a la enfermedad. || Uso campesino: el muchacho esta algo **enfermoso.**
ENFIESTARSE r. Estar o andar de fiesta.
ENGANCHE m. Ocupación || empleo. Consiguió **enganche** en un ministerio.
ENGAÑADORA f. Enagua que al almidonarse y aplancharse ofrece un gran vuelo o repliegue.
ENGOMADO, DA adj. Que sufre los efectos de la **goma** o malestar procedente de una borrachera.
ENGREÍR tr. Mimar demasiado al niño, con lo cual se torna díscolo y malcriado. Ese niño está muy **engreído**.
ENGRILLADO, DA adj. Aplícase a la persona agobiada por deudas y compromisos.
ENGUACAR tr. Guardar las frutas verdosas en un lugar cubierto para que maduren.

ENGUARAPARSE r. Emborracharse.
ENJARMA f. Aparejo de cuero o de madera que se coloca sobre el lomo del caballo u otro animal para transportar la carga.
ENLATAR (De **en** y **lata**) tr. En lenguaje campesino, amarrar sobre las vigas del techo o los parales de las paredes una serie de cañas paralelas (latas).
ENMUJERADO adj. pop. **enmujerao** || enamorado.
ENREDALAPITA adj. Persona enredadora || embrolladora.
ENREDAR LA PITA Frase verbal equivalente a embrollar || enredar cosas.
ENSUEÑO m. bot. Enredadera de hojitas muy numerosas y ornamentales, muy empleadas para adornar los ramos de flores y coronas.
ENTECHAR tr. Poner el techo a una casa || techar.
ENTEJAR tr. Cubrir de tejas la superficie destinada al techo de una casa.
ENTOAVÍA adv. pop. (De **en** y **todavía). Entoavía** no puede ir.
ENTRAR En locuciones como **Le entré** a puño limpio. **Éntrale** a la comida.
ENTRENADOR, RA adj. Experto que prepara o adiestra a una persona o a un grupo deportivo.
ENTRENAMIENTO (De, inglés **training**). Preparación. || adiestramiento.
ENTRENAR (Del inglés **to train)** tr. Adiestrar || ejercitar a una persona o a un grupo.
ENTRÓN, NA adj. Aplícase a un sujeto avispado, que se abre paso fácilmente.
ENVELOPE (Del francés **envelope)** m. Cubierta de una carta o sobre.
ENYUCADO m. fam. **Enyucao.** Manjar preparado con yuca, leche, anís, clavos de olor.
ESCACHALANDRADO, DA adj. Desgarbado || descuidado en el vestir.
ESCARAPELA f. Aspaviento || mueca.
ESCOBILLA f. bot. Planta herbácea que crece con mucha facilidad y abundancia en los terrenos llanos.
ESCOBILLAR intr. Ejecutar el **escobilleo,** paso especial de nuestros bailes típicos.
ESCOFIETA f. Encontrarse en condiciones muy desmejoradas y lamentables. La enfermedad la ha convertido en una **escofieta.** Aplícase también a los objetos maltrechos e inservibles.

ESCUADRA f. Revólver que tiene forma parecida a una escuadra geométrica y que lleva un depósito de balas que pueden ser disparadas automáticamente.
ESFONDAR tr. pop. Desfondar.
ESMIGAJARSE r. pop. Desmigajarse.
ESMOCHAR tr. vulg. Desmochar.
ESNUCAR intr. vulg. Desnucar.
ESPANTAGENTE m. Persona repulsiva por su aspecto físico.
ESPANTO m. En lenguaje campesino, **fantasma.**
ESPARRAMAR tr. vulg. Desparramar.
ESPATILLARSE r. pop. Despatarrarse || abrirse de piernas.
ESPAVÉ m. bot. Árbol de gran altura, muy recto y con ramas sólo en la parte alta del tallo, cuya madera, de poco peso, se utiliza entre otras cosas para hacer botes.
ESPELUCARSE r. Despelucarse || desordenarse el pelo || animarse || cobrar ánimos. **Espelúcate**, muchacho, no seas tonto.
ESPELLEJAR tr. vulg. Despellejar. || hablar mal de otro.
ESPERDIGAR tr. pop. Desperdigar.
ESPERNANCARSE r. Despernancarse || esparrancarse o abrirse de piernas.
ESPINO m. bot. Árbol de varios metros de altura con apéndices en el tronco parecidos a espinas. La corteza se emplea en tintorerías.
ESPORRONDINGARSE r. pop. Deshacerse || desmoronarse.
ESPORTIVO, VA adj. (Del inglés **sport**). Obsequioso.
ESPRÍN m. (Del inglés **spring). ||** Muelle || resorte || armazón metálica, provista de muelles o resortes, sobre la cual descansa el colchón en las camas.
ESQUINERA f. Mesa o mueble triangular que se coloca en una esquina || rinconera.
ESTAMPIDA f. Salida súbita y carrera impetuosa del ganado, presa del pánico, desde el lugar donde estaba reunido.
ESTAMPILLA f. Sello de correos.
ESTAQUEAR tr. pop. Fijar en la tierra, a cierta distancia entre sí, estacas o postes para cercar un terreno.
ESTERILLA f. Cobertor de paja trenzada que se pone bajo la mon-

tura, para proteger el lomo y el espinazo del animal.
ESTRELLÓN m. Choque || encontronazo.
ESTRIPAR tr. Destripar || apretar con fuerza.
EXPLOTAR tr. Estallar. **Explotó** una bomba.
EXTRAÑAR tr. Echar de menos a una persona o cosa.

F

FACULTO, TA adj. Uso campesino, || capaz, || hábil. Un curandero muy **faculto.**
FAJINA f. Trabajo de un día de duración que realiza un jornalero para pagar su contribución anual al fisco.
FAJÓN m. Cinturón (para uso femenino).
FALTO adj. m. pop. **farto.** || atolondrado || de poco seso.
FAMILIAR m. Muñeco negro al que la superstición popular atribuye cierto poder en beneficio de su poseedor.
FANTOCHE adj. Presumido || fachendoso.
FARAGUA f. Nombre de cierta hierba que sirve de pasto para el ganado.
FARMACEUTA m. Farmacéutico.
FARRA f. Juerga || parranda.
FATERNA f. En la locución **dar faterna,** equivalente a proporcionar molestia o enfado por mal comportamiento. Aplícase a los niños.
FIAMBRE m. Comida fría que suele llevarse consigo al trabajo o a un viaje corto.
FICHA f. En la locución **es una ficha**, aplicable a una persona de malos antecedentes.
FIGURÍN in. Publicación donde aparecen diseños de modas.
FILOSO, SA adj. Afilado || cortante.
FILUSTRIA f. Cortesía excesiva y enfandosa.
FINANZA f. Hacienda pública cuestiones o asuntos de **finanzas,** es decir, **bancarios,** de bolsa, de negocios.
FINQUERO m. Propietario de una o varias fincas (haciendas).
FIRIFIRI adj. Delgaducho || enclenque.

FLACUCHENTO, TA adj. De pocas carnes || delgaducho.
FLAQUENCIA f. fam. Excesiva delgadez.
FLORÓN m. Juego infantil.
FOCO m. Bombilla eléctrica.
FOGAJE m. Calor.
FOGATA f. Recreación nocturna a orillas de un río o en la playa, que se alumbra con haces de leña o con la quema de árboles de navidad.
FOLLISCA f. Gresca || alboroto.
FONDEADO, DA adj. Persona que tiene fondos o recursos || acaudalado.
FORMALETA f. Molde de diversas formas y tamaños dentro del cual se vacia la mezcla de cemento.
FOTINGO m. Automóvil ya viejo y destartalado.
FRANELA f. Nombre dado a la camiseta masculina cuando está hecha de la tela así llamada.
FREGADERA f. Insistencia en molestar o fastidiar.
FREGADO, DA adj. Dícese de la persona de carácter un tanto arisco y díscolo.
FREGAR tr. Molestar || importunar. || loc. **Fregar la paciencia.** || **Fregarse** r. sufrir un revés. **Me fregué** en el negocio.
FREGÓN, NA adj. Aplícase al individuo fastidioso || molesto.
FRESCO m. Refresco.
FRIEGA f. Molestia. Es una **friega** tener que ir con ese tipo.
FRÍJOL m. Aplícasele, según las variedades, distintos calificativos: **fríjoles chiricamos, colorados de bejuco, de palo**, etc.
FRIJOLAR m. Plantación de fríjoles,
FRIJOLILLO m. bot. Planta de tallo herbáceo, de hojas compuestas y flores amarillas. Uso medicinal casero de las hojas.
FUETE m. Látigo.
FUETAZO m. Latigazo.
FULMINE adj. Aplícase a la persona cuya presencia, aparentemente, acarrea algún contratiempo.
FULO, LA adj. Dícese de la persona que tiene el pelo rubio.
FURRASCA f. Borrasca || cólera, furia. || fam. Ya le pasó la **furrasca**.
FUSILICO m. adj. Se dice de la persona inquieta y agitada. De tanto moverse, parece un **fusilico.**

FUTUTEAR tr. Acción de tostar el arroz recién cosechado, antes de descascararlo. Cuando ya se le descascara, se le nombra **arroz fututeado.**

G

GABELA f. Ventaja concedida a otra persona. Te doy cien pesos de **gabela.**
GAGO, GA adj. Tartamudo.
GAGUEAR intr. Tartamudear || tartajear.
GAGUERA f. Tartamudez || tartajeo.
GALÁN DE NOCHE m. bot. Planta de la familia de los cactos, de flores blancas y fragantes que abren de noche.
GALERA f. Sitio espacioso, cubierto con techo, destinado a guardar maderas u otros materiales.
GALLARDETE m. Cinta del color distintivo de la pollera que la mujer ataviada con este traje lleva en la cintura, una delante y otra atrás.
GALLETA f. fam. Nudo hecho en una prenda de vestir perteneciente a una persona, en son de broma, por parte de otra.
GALLETAZO m. Trompada.
GALLINA f. Calificación despectiva aplicada a un hombre cobarde. Es un **gallina.**
GALLINO m. Aire de mejorana cuya letra y acompañamiento tienen una tonalidad sentimental y a veces elegíaca.
GALLINACERA f. Bandada de **gallinazos** que rondan en pos de un animal muerto || reunión de muchos gallinazos.
GALLINAZO m. Ave de color negro de unos treinta centímetros de alto que se alimenta de animales muertos y anda en bandadas muy numerosas en busca de carroña.
GALLO adj. m. Se dice del hombre astuto y acostumbrado a sacar partido de cualquier gestión suya. Es un **gallo** en la baraja.
GALLOTA f. En la locución **día de la gallota,** aplicada al que remata la celebración de las fiestas patronales.
GALLOTE m. pop. Gallinazo.
GALLOTERA f. Gallinacera. || fig. Grupo numeroso de personas poco escrupulosas interesadas en explotar una situación que puede beneficiarles.

GALLUZA f. Mechón de cabello que algunas damas, al peinarse, dejan caer sobre la frente.

GAMONAL m. Cacique || jefe político regional.

GANCHAZO m. Gestión directa o indirecta de una persona para obtener de otra un favor, una concesión, un préstamo, etc.

GANCHO m. Horquilla para sujetar el pelo || persona a quien se utiliza para sondear a otra y obtener de ella, de ser posible, algo que interesa a una tercera.

GARNATADA f. Golpe que un sujeto da a otro en la cara con la palma de la mano.

GARULILLA f. Grupo de muchachos que acostumbran realizar juntos actividades poco recomendables.

GARRAPATERO m. zool. Ave que se alimenta de garrapatas. Vid. **talingo.**

GARRAPATOSO, SA adj. Aplícase al animal lleno de garrapatas.

GARROTERA f. Paliza propinada con un garrote. Alusión a una pelea en la que menudearon los garrotazos.

GARROTILLAZO m. Latigazo proproporcionado con el garrotillo.

GARROTILLO m. Instrumento para azotar a las caballerías y ocasionalmente a los muchachos u otra persona, que consta de un mango cilíndrico de madera resistente, provisto de un ojete a través del cual se hace pasar una tira de cuero curtido o sin curtir.

GATO m. zool. En lenguaje campesino, el **tigre** || soporte empleado para levantar un vehículo de motor cuando hay que cambiar una llanta.

GAVILLA f. Pandilla || garulilla.

GENTE BIEN Calificativo aplicado a personas de buena posición social.

GODO, DA adj. Conservador || tradicionalista.

GOLLERÍAS f. Manjar preparado con tajadas de plátanos verdes, fritas primero y cocidas luego en miel.

GOMA f. Malestar producido al día siguiente de una borrachera y como consecuencia de ella. **Cortar la goma.** Locución equivalente a tomar un medicamento o un trago de licor para alejar el malestar de la goma.

GORRA En la locución **vivir de gorra,** es decir, arrimado a otro, sin trabajar.

GOTERO in. Cuentagotas.

GRAJO m. Olor desagradable que se desprende del sobaco, por desaseo, especialmente en los negros.
GRANADILLA f. bot, Planta trepadora, con fruto de igual nombre, parecido al melón. **Parcha granadilla** (Dic. Acad. Esp.).
GRILLA f. Molestia || desazón.
GRINGO, GA adj. Nombre asignado a los norteamericanos.
GROSELLA f. bot. Arbusto con fruto del mismo nombre, de sabor ácido.
GUABA f. Fruto del árbol llamado **guabo.**
GUABO f. bot. Árbol corpulento, frondoso, que crece a las orillas de los ríos y produce unas cápsulas alargadas dentro de las cuales están las semillas cubiertas por una pulpa blanca de sabor muy agradable.
GUACA f. (voz quichua). Sepultura indígena donde suelen encontrarse objetos de alfarería y joyas de oro muy codiciadas. || hueco donde se depositan frutas verdes para que maduren.
GUÁCIMO m. bot. Árbol de regular tamaño, de flores pequeñas amarillas, cuyo tronco produce una corteza fibrosa utilizada para hacer sogas y una madera rosácea usada en construcciones campesinas.
GUACUCO m. pop. Hombre de raza negra.
GUÁCHARA f. Instrumento musical parecido al **güiro.**
GUACHIMÁN m. (Del inglés **watch man**). Vigilante || guardián.
GUACHO m. Plato panameño de arroz cocido con carne y algunas verduras, con la apariencia de una sopa espesa. || fig. Algo confuso y revuelto.
GUAIMA f. Fantasma || aparecido.
GUANDO m. Artefacto que consta de una viga llevada en hombros por dos hombres, con una hamaca colgante donde se transporta un enfermo. Uso campesino.
GUANDÚ m. bot. Frijol de palo. Arbusto que produce el **guandú** o fríjol de palo, contenido en vainas vellosas, muy apetecido en la cocina panameña.
GUARACHA f. Baile de salón, en parejas, muy gustado entre la gente joven.
GUARACHO m. zool. Ave de plumaje blanco y negro, pico cortante y patas parecidas a las de la gallina.
GUARAGUAO m. Guaracho.
GUARAPAZO m. pop. Trago de licor. Tomarse un **guarapazo**.
GUARAPO m. Pop. Jugo de la caña de azúcar. Fermentado, sirve de bebida

alcohólica entre los campesinos.

GUARDAFANGO m. Parte de la carrocería del automóvil que cubre y protege las ruedas.

GUARO m. fam. Nombre dado, en general, a las bebidas alcohólicas.

GUARUMO m. bot. Arbusto de tallo nudoso, recto y hueco, de poco peso, utilizado en construcciones rurales.

GUAYABA f. Guayabera.

GUAYABERA f. Camisa con mangas largas o cortas, de cuello holgado y de corte horizontal, recto en la parte baja, que suele llevarse por encima del pantalón.

GUATE m. Fruta muy ácida en forma de calabaza pequeña.

GUAYUCO m. Cubre sexo hecho de una calabaza, usado por los indios chocoes.

GÜERO, RA adj. Vulgarismo de huevo.

GÜEVADA f. vulg. Huevada. tontería || cosa de poca importancia.

GÜEVETA m. vulg. Es un **güeveta**. || tonto || apocado.

GÜEVÓN m. vulg. Aumentativo: tonto en exceso,

GÜICHICHE M. zool. Especie de pato silvestre que habita en las charcas y ciénagas. El nombre es onomatopéyico, derivado del graznido que produce.

GUINEO m. Nombre dado a la planta y al fruto del mismo nombre, de la familia de las musáseas. El **guineo** (de distintas variedades: **guineo manzano, patriota, primitivo**) es distinto del **plátano**, de mayor tamaño y empleado en a cocina este último. El **guineo**, una vez maduro, se come, igual que otras frutas sin cocinarlo.

GÜIRO m. Instrumento musical de acompañamiento construido con una calabaza, de las llamadas tula, a la cual, una vez extraída la pulpa, se le hace una serie paralela de estrías para rozarlas con una tablilla.

GUISADO m. Plato a modo de sopa espesa, a base de arroz y otro ingrediente que le da el nombre: **guisado de zapallo**, **de plátano, de ciruela.**

GUIRINDAJO m Trapo ya raído que cuelga || colgajo.

GURGUCEAR intr. Revolver o desordenar las cosas que están guardadas en un mueble, buscando algo.

GURRUMINA f. Col. persona desagradable y enfadosa.

GUSARAPO m. zool. Gusanillo que crece en el agua estancada o contenida en una vasija.

GUSTADOR m. Hueso empleado en las viviendas campesinas para dar gusto o sabor a la sopas. Otro nombre: **sustanciador**.

H

HABLADERA f. Acción y efecto de hablar de manera continua o intranscendente.

HALAR tr. Tirar hacia sí de algo, tomándolo con la mano. pop. **jalar**.

HAMAQUEAR tr. pop. **Jamaquear**. Dar fuertes tirones a una persona, en actitud por lo general agresiva.

HARINO m. bot. Árbol de gran tamaño, muy frondoso, de hojas compuestas por hojuelas numerosas parecidas a las de los helechos.

HARTÓN, NA adj. Individuo que come con exceso.

HERVETONA adj. Dícese de la chicha de maíz cuando comienza a fermentar.

HICO m. Nombre aplicado al asa de las bolsas llamadas **chácaras** || grupo de hilos insertos en cada ojal de las hamacas, que se reúnen o juntan en el extremo opuesto, para colgarlas.

HIDRANTE m. Tubo de unos treinta centímetros de alto que, provisto de válvulas de escape para el agua, se instala en las calles, para uso de los bomberos en caso de incendio.

HORCÓN m. Madero vertical con un extremo enterrado que soporta en las construcciones rurales las vigas del techo.

HORQUETA f. Trozo desprendido de una rama que consta de una parte recta que se bifurca por un extremo en otras dos, en forma de ángulo.

HOSTIA interj. Indica enojo y negación de algo || alusión a la carencia total de algo. No tengo ni **hostia** (dinero). No sé una **hostia** (habla estudiantil).

HUERTA f. Finca sembrada de árboles frutales, a orillas de un río.

HUESEAR intr. Acción de holgazanear.

HUESITO m. bot. Arbusto de madera blanca, recta y muy resistente.

HUESO m. fam. Ocupación. Conseguí un **hueso** en el gobierno. || loc. A otro perro con ese **hueso**. A otro con ese embuste o engaño.
HUICHICHE m. zool. Ver **güichiche**.

I

IDO, IDA adj. Atontado || poco cuerdo.
IGNORANTÓN, NA adj. Aplícase al individuo de escasa instrucción.
IGNORAR tr. No tomar en cuenta la presencia de una persona a quien se menosprecia.
IMPASIBLE adj. Imperturbable, indiferente. Se quedó **impasible**, como si nada hubiera pasado.
IMPERMEABLE m. Capote.
IMPLEMENTO m. (Del inglés **implement**). Utensilio || herramienta.
IMPOSTERGABLE adj. Inaplazable.
INASISTENCIA f. Ausencia.
INASISTENTE adj. Ausente de un acto o reunión para el cual estaba citado.
INCONFORME adj. Disconforme.
INCONFORMIDAD f. Disconformidad.
INEPCIA f. Ineptitud || incapacidad.
INFLUENCIAR tr. (Del francés **influencier**). Influir.
INFLUENCIADO, DA adj. Influido, da.
ÍNGRIMO, MA adj. portug. Solitario || desamparado.
INSULTADA f. Agravio u ofensa de palabra.
INTERIOR m. Término empleado para designar las partes del país alejadas de la capital y de la ciudad de Colón.
INTERIORANO, NO adj. Procedente de provincias.
INMUNDICIE f. Inmundicia.

J

JABA f. Cesta de diversas formas y tamaños fabricada con cintas entrecruzadas de bejuco.

JABONADA f. Fig. Agresión verbal || reprimenda. Le dio una buena **jabonada**.
JAIBA f. zool. Cangrejo de río.
JALAR tr. pop. Halar.
JALÓN m. Tirón.
JAMAQUEADA f. (De **jamaquear**, forma popular de **hamaquear**). Violencia ejercida sobre una persona, sacudiéndola fuertemente.
JARDÍN m. Lugar de esparcimiento donde se baila y se venden licores y comidas.
JEFATURAR r. Hacer de jefe político. **Jefaturar** un partido.
JERGA f. Plato nativo muy apetitoso, preparado con fríjoles, carnes y verduras
JERINGA fig. Aplícase a situaciones o hechos incómodos. || desagradables. Eso es una **jeringa**.
JIERRA f. Forma popular de **Hierra**, amer. por **Herradero**.
JILACHA f. pop. Por alusión a **hilacha**, la novia o enamorada. "Yo tengo **jilacha** nueva" (copla cantada).
JIPATO, TA adj. Uso Popular. De tez descolorida o anémica.
JIPIADA f. pop. (De **jipo**, forma Pop. de **hipo**). Decir algo con voz entrecortada y vacilante.
JIPÍO m. pop. Grito entrecortado.
JIPIJAPA in. Sombrero de fibra fina, blanca, llamado también **sombrero Panamá**.
JODER tr. Mortificar || molestar. vulg. No me **jodas** tanto.
JODIDO, DA adj. Que sufre penuria u otro malestar. Está bien **jodido**. pop. **jodío**. || Dícese de un individuo difícil de tratar. Es un hombre **jodido**.
JONDEAR tr.pop. (De **hondear**). Arrojar una cosa.
JOPO m. Vulgarismo por ano.
JORÓN m. Desván o piso alto de las viviendas rurales llamadas ranchos, destinado a dormir o almacenar granos.
JORRO, RRA adj. Hastiado || fastidiado. Ya me tienes **jorro** con tus necedades. Dícese de la hembra animal, cuando es estéril. Es una yegua **jorra**.
JOSCO, CA adj. pop. por hosco.

JUERGA f. Parranda bulliciosa y con mucho consumo de licor.
JUMA f. Borrachera.
JUMADO, DA adj. Embriagado || borracho. pop. jumao.
JUNTA f. Reunión de trabajadores campesinos para realizar un trabajo, en plan de ayuda mutua.
JUNTARSE r. pop. Decidirse hombre y mujer a vivir juntos. pop. **ajuntarse**. La María se **ajuntó** con Evaristo.

L

LAGAÑA f. Legaña.
LAJA f. Superficie rocosa más o menos extensa que bordea las aguas o aflora sobre las mismas en los ríos de montaña.
LAMBER (De **lamer**). fam. Mostrar gran interés en obtener algo. Ella está que se **lame** (vulg. **lambe**) por ir al paseo (impresión gustativa de agrado).
LAMBISCÓN, NA adj. despect. Adulador || servil.
LAMBÓN, NA adj. despect. Adulador.
LAMPARAZO m. Copa o trago de licor. Tómese un **lamparazo**.
LAMPAZO m. Manojo de cuerdas esponjosas que adherido a una vara de madera sirve, humedeciéndolo, para limpiar los pisos. Otro nombre: **trapeador**.
LANA f. En la loc. **tener lana**, es decir, tener dinero.
LANZA f. En la loc. **es una lanza**, vale decir, es muy astuto o muy hábil.
LARGAR tr. Despedir violentamente a alguien. **Lárgate** de aquí.
LATA f. Tira de madera ahuecada (caña brava, cañaza) que en las construcciones campesinas se utiliza, en series paralelas, como armazón de las paredes. En la expresión **estar en las latas** equivale a encontrarse sin un céntimo.
LAVADA f. Insulto. Le dieron una buena **lavada**.
LAVADORA f. Artefacto con paletas interiores movidas eléctricamente, que se utiliza para lavar ropa.
LAVAZA f. Agua espumosa obtenida al lavar la ropa u otros enseres.

LECHE f. En la loc. **tener leche**, equivalente a **tener suerte**.
LECHUDO, DA adj. Aplícase familiarmente a la persona de buena suerte.
LECHUZA f. fam. Carroza mortuoria.
LEGA f. Hembra de algunos pájaros cantores como el **bimbín**.
LEGAJAR tr. Ordenar en legajos.
LENGÜISUCIO, CIA adj. Aplícase a individuos de habla descomedida e indecente.
LENGÜÓN, NA adj. Que habla demasiado, cuando debe callar ciertas cosas.
LEONTINA f. Cadenilla de oro o de plata que los varones usan para llevar el reloj de bolsillo o llaves.
LEVA f. fam. Americana o chaqueta masculina que hace juego con el pantalón.
LEVANTE m. fam. Conquista femenina. Hizo un **levante** anoche.
LIBRERA f. Estante para guardar libros.
LICUADORA f. Artefacto eléctrico que sirve para combinar líquidos o sustancias blandas, batiéndolas a gran velocidad.
LIDIAR tr. Atender un enfermo || tratar de modo continuo a los niños o a otras personas.
LIENDRA f. Liendre.
LIGERO adv. De prisa || rápidamente. Anda ligero, que llegamos tarde.
LIMOSNERO, RA adj. Que pide limosna || mendigo.
LIMPIARSE r. Atribuir a otra persona ciertos hechos o palabras no recomendables. Tuvo el valor de **limpiarse** con otra, siendo ella la responsable.
LIMPIO, PIA adj. Dícese de quien carece de todo. Es un **limpio.** || Estar o quedarse sin un céntimo.
LIPIDIA f. Pobreza || indigencia. Estoy en la **lipidia**.
LISO, SA adj. De poca vergüenza || abusivo.
LISURA f. Abuso || atrevimiento.
LÍVIDO, DA adj. Pálido, sin color. Se quedó lívido del susto.
LOCARIO, RIA adj. Dícese del individuo poco cuerdo || atolondrado.
LONCHE m. (del inglés **lunch**). Comida del mediodía.
LONGORÓN m. zool. Molusco comestible protegido, como las ostras, por dos valvas.

LOQUEAR intr. Portarse en forma alocada || sin cordura.
LORO, RA adj. Dícese de la persona que habla inconscientemente, como los loros.
LOTE m. Porción de terreno que se vende a una persona, para edificar.
LUCIDA f. Lucimiento. Se dio una gran lucida ante el público.
LUCIRSE r. Sobresalir || salir airoso. Se lució en el espectáculo.

LL

LLANERO m. zool. Ave que habita en los llanos, de cola blanca y una mancha negra en el pecho, que se alimenta de insectos y es muy tímida.
LLANTA f. pop. Rosca pequeña de una masa arenosa y dulce, frita en aceite, que suele comerse en el desayuno.
LLENURA f. Sensación de pesadez en el estómago por haber comido en exceso.
LLORONA f. Especie de fantasma en forma de mujer llamado también **tulivieja**.

M

MACACO, CA adj. fam. Nombre dado a los chinos. Chino **macaco**.
MACALLOSO, SA adj. Estropeado || gastado || casi inservible.
MACANO m. bot. Árbol de mediano tamaño, de madera dura y resistente, de hojas compuestas, de flores amarillas pequeñas muy abundantes y vistosas.
MACANUDO, DA adj. pop. Excelente || magnífico.
MACARELA f. Celda muy incómoda y estrecha en que se recluye a un preso, para atormentarlo. || Por extensión, la cárcel misma.
MACARRONADA f. Comida cuyo plato principal son los macarrones. Te invito a una **macarronada**.
MACUÁ f. pop. Hechizo || embrujo.
MACHACANTE m. fam. Aplícase a la unidad monetaria: balboa, dólar.
MACHETEADA f. Efecto de la acción de machetear.
MACHETEAR tr. Criticar || censurar || luchar por algo con insistencia.

MACHETERA f. Pelea en la que intervienen los machetes. || fig. Acción reiterada e insistente.

MACHETERO, RA adj. Aplícase a objetos de mucha resistencia en el uso. Es un automóvil **machetero**.

MACHIGUA m. Nombre aplicado a los indios de la Comarca de San Blas. **Machigua** || en lengua cuna, equivale a niño.

MACHÍN m. En los juegos de niños lugar que sirve de asilo y protege contra la captura.

MACHUCÓN m. Golpe ocasionado por un martillo u otro objeto no cortante.

MAJAGUA f. Fibra extraída del árbol llamado cortezo, muy resistente, empleada para hacer sogas o cuerdas de menor espesor.

MALACRIANZA f. Grosería || mal comportamiento

MALAGRADECIDO, DA adj. Desagradecido.

MALAGUETO bot. Árbol pequeño de la familia de las anonáceas, de hojas vellosas y flores agrupadas.

MALAMAÑA f. Mala costumbre, capricho o hábito no recomendable.

MALAMAÑOSO, SA adj. Que tiene costumbres o hábitos dañosos.

MALAZO, ZA adj. Aplícase a cosas de mala calidad, y también a las personas. Ese muchacho es malazo (torpe) en clase.

MALDITURA f. Travesura || broma algo pesada.

MALENTENDIDO m. Disgusto ocasionado por una falta de comprensión entre dos o más personas.

MALETERO m. Compartimiento del automóvil destinado a guardar el equipaje.

MALGENIADO, DA adj. De mal genio || irritable || irascible.

MALIGNO m. En lenguaje campesino, el **maligno**, para designar al demonio.

MALTEADA f. Aplícase a la leche preparada con **malta**.

MALUCO, CA adj. camp. Malucho, que no se siente bien. || individuo inclinado al mal, dícese del niño inquieto y propenso a la maldad.

MALLUGAR tr. Magullar.

MALLUGÓN m. Magulladura || magullamiento.

MAMADERA f. Biberón.

MAMELUCO m. Especie de mandil o pantalón prolongado hasta el pecho y ajustado con un tirante al cuello. Lo visten los niños especialmente.

MAMEYAZO m. (De **mamey**). Golpe contuso dado con un objeto arrojado a distancia.

MAMITA dimin. de **mamá**.

MAMÓN m. Pezón de goma para entretener a los recién nacidos. Vid. **consuelo** || insecto, ya en camino de extinción, que en las casas campesinas o de pueblo poco aseadas, se alimenta, como los chinches, de sangre humana succionada durante el sueño de la víctima.

MANCUERNAS f. pl. Gemelos que se ponen en los puños de las camisas.

MANDA f. Oferta dirigida a un santo.

MANDOLINA f. Instrumento musical de cuerdas de caja abultada y convexa.

MANDUCAZO m. Golpe aplicado con un **manduco** o garrote.

MANDUCO m. Trozo de madera corto y grueso empleado por las levantaderas para aporrear la ropa || garrote.

MANEJAR tr. Conducir un automóvil u otro vehículo de motor.

MANGAJO, JA adj. Descuidado en el vestir y en la propia persona.

MANGONEAR intr. Ejercer preponderancia sobre otros en un asunto o negocio.

MANIAGUADO, DA adj. Dícese del individuo de poca seguridad y firmeza en sus manos.

MANICURISTA f. Manicuro, ra. Persona que corta y pule las uñas.

MANIGORDO m. zool. Ocelote. Especie de gato salvaje, de mayor tamaño que el doméstico, y carnívoro.

MANILARGO, GA adj. Aplícase al individuo propenso al hurto.

MANILLA f. Guante acolchonado que emplean los jugadores de pelota.

MANJAR BLANCO m. Dulce de leche y azúcar.

MANO m. Tratamiento familiar empleado por el campesino para dirigirse a otro. Es un derivado de **hermano**, dimin. **manito**.

MANGUERA f. Tubo de caucho cuyo espesor varía según los usos, que se utiliza para limpiar pisos, regar el césped y las plantas, apagar incendios, etc.

MANTASUCIA f. Tela de algodón, blancuzca y resistente.

MANTEQUILLA f. Producto graso de la leche, especialmente preparado para ponerlo en el pan.

MANUTO m. Campesino avecinado en la ciudad. Llámasele también **buchí**.

MANZANA f. Espacio de una hectárea, en el área de la ciudad, en cuyos cuatro lados se construyen casas.

MAPANA f. zool. Serpiente muy venenosa llamada también verrugosa.

MARACA f. Sonajero. En plural maracas: par de sonajeros fabricados con el fruto del calabazo, extrayéndole la pulpa, muy usados en los bailes como parte de la orquesta.

MARIHUANA, MARIJUANA, MARIGUANA f. bot. Canyac o hierba **Cannabis indica**.

MARIMONDA f. fam. Borrachera.

MARIPOSA f. Hélice.

MAROMA f. Volatín o maniobra hecha sobre una cuerda tensa.

MAROMEAR intr. Hacer volatines o maromas.

MAROMERO, RA adj. Aplícase a quien gusta de hacer maromas.

MARQUILLA f. Sello.

MARRÓN adj. Color castaño o bermejo.

MARRUMANCIA f. Especie de aberración o resabio, así en hombres como en animales.

MARRUMANCIERO, RA adj. Que tiene marrumancias.

MARRUMANCIOSO, SA adj. Marrumanciero.

MASACRAR tr. Acción de matar colectivamente.

MASACRE m. Matanza || mortandad de personas ejecutadas en un asalto o combate.

MASCADA f. fam. Ganancia eventual. Consiguió en la operación una buena mascada.

MASCOTA f. Pequeño animal u otro objeto que se tiene como presagio de buena suerte.

MATADO, DA adj. Aplícase a la persona escasa de dinero. Se encuentra muy matada.

MATASANO m. Calificación familiar aplicada a los médicos.

MATINÉ m. (del francés **matinée**). Función de cine o de teatro a primera hora de la tarde.

MATOJO m. Grupo o conjunto de matas.

MATRACA f. Aplícase a un vehículo viejo que produce, al andar, toda clase de ruidos.
MATRERO adj. m. Aplícase al toro que esquiva el trapo con que se le invita y trata, más bien, de embestir al torero.
MAYO m. Enfermedad con diarrea que se produce con el comienzo de las lluvias (mes de mayo).
MECO m. Aplícase al negro antillano.
MEDIA f. Denominación aplicada indistintamente a las medias de mujer y a los calcetines masculinos.
MEDIDOR m. Aparato que mide la cantidad de agua, de energía eléctrica o de gas consumidos durante el mes.
MEJORANA f. Especie de guitarra rústica pequeña, usada por el campesino panameño para acompañar sus melodías, baile o canto así llamado.
MENJURJE m. Mezcla desordenada de diferentes cosas
MENÚ m. En los hoteles o restaurantes, lista de comidas.
MERGOLLA f. Dinero.
MERGOLLINA f. Dinero.
MEROLO, LA adj. Jamaicano.
MESANO, m. Cierto aire de mejorana, de tiempo lento, con texto de tipo narrativo.
MESERO m. El que sirve en las mesas.
METEJÓN, NA adj. Entremetido.
METO interj. Popular característica de la Provincia de Chiriquí.
MICOYA f. Variedad de ciruela.
MICHA f. Pan abultado en el centro y adelgazado en los extremos. || fam. Órgano genital de la mujer || gata.
MIEDITIS f. Miedo || temor.
MIEL DE PALO f. Miel de abejas.
MIJARRA f. Aparejo empleado para uncir al trapiche el caballo o el buey que ha de moverlo.
MILAGRO m. Exvoto, generalmente en figurillas de oro o plata.
MIRÓN MIRÓN Juego infantil.
MÍSTICO, CA adj. Aplícase a las personas demasiado melindrosas.

MODELAR intr. Barbarismo por **exhibir** o **presentar** modelos en un desfile de moda.
MODISTERÍA f. Lugar donde se confeccionan vestidos de mujer.
MOGO, GA adj. Dícese de una persona cohibida y tímida.
MOLA f. Aderezo de las indias cunas de San Blas, a manera de blusa, fabricado con telas de distintos colores.
MOLOTE m. Alboroto || escándalo.
MONEDERO m. Cartera pequeña de cuero, usada para guardar monedas de plata o de otro metal.
MONGO m. Golpe, puñetazo
MONGUTO, TA adj. Dícese del animal al que no le han crecido los cuernos.
MONOGORDO m. fam. Persona de gran influencia o de gran valimento político o económico.
MONTANTE m. Fuego de artificio construido a base de cohetes que, al prenderse y estallar, desprenden fragmentos de peligroso alcance.
MONTUNO, NA adj. Campesino || Camisa típica que lleva el varón y que alterna con la pollera femenina || pollera montuna. La rústica que llevan las campesinas.
MOÑA f. fam. Pan trenzado, abultado en el centro y adelgazado en los extremos.
MOQUILLOSO, SA adj. Que tiene moquillo.
MORA f. Árbol de **mora**. De la familia de las moráceas, abundante en el trópico, y de cuya corteza se obtiene un tinte aprovechable para distintos usos.
MOROCHO m. zool. Pequeño reptil de la familia de los saurios conocido con este nombre en Chiriquí y con el de **borriguero** en otras provincias.
MORDIDA f. Suma o estipendio que se hacen pagar ciertos empleados venales para acelerar un servicio || excedente fraudulento que se paga en cualquiera otra operación.
MORISMA f. Enfermedad o malestar que afecta a todas las personas de una casa.
MORISQUETA f. Gesto o mueca ridícula.
MORISQUETERO, RA adj. Que hace morisquetas.
MORRINA f. Peste mortífera que acomete a los animales

MORRIÑA f. Animal muerto en estado de putrefacción.
MORROCOTA f. Moneda metálica, la más grande y de mayor valor.
MOSQUETAS pl. Aretes con círculos de perlas que forman parte del aderezo de la pollera.
MOTETADA f. Carga que cabe en el motete.
MOTETE m. Cesto grande fabricado con cintas entrelazadas de bejuco que los campesinos llevan en la espalda, cargado, por lo general, de productos agrícolas.
MUCA f. Conjunto de cosas envueltas en un paño o lienzo de tela atada por sus bordes.
MUÉRGANO m. Calificación despectiva aplicada a personas o animales inútiles.
MULERO m. (Chiriquí, Veraguas). Ver **Garrotillo.**
MULETO m. zool. Conejo **muleto**. Nombre popular aplicado a una especie de conejo.

N

NADA adv. Uso pleonástico, pospuesto al verbo. No vino **nada.** No iré **nada** a la excursión.
NAGUA f. Por **enagua,** prenda interior femenina.
NANCE m. bot. Árbol que alcanza considerable altura, de hojas de contornos variables y vellosas en el envés, flores amarillas en racimos; fruto abundante, redondo, de color amarillo y de sabor ácido.
NARANJILLA f. bot. Arbusto con fruto del mismo nombre, de color amarillo anaranjado, utilizado para hacer refrescos.
NAZARENO m. bot. Árbol de veinticinco a sesenta metros, de tallo liso y ramas quebradizas, de madera muy dura, morada en el centro.
NEGREAR tr. Tratar despectivamente a las personas de color.
NINGUNEAR tr. No tomar en cuena determinada persona, considerándola de escaso valor. A mí ninguno me **ningunea.**
NONECA f. zool. Ave de plumaje negro, parecida al **gallinazo,** con la diferencia de que lleva la cabeza desnuda, de un color rojo.
NORIA f. Especie de piscina o estanque.

NORSA f. Anglicismo **(nurse)** por enfermera.
NOVEDOSO, SA adj. Dícese de algo nuevo y no conocido.

Ñ

ÑA f. Tratamiento campesino en lugar de **doña.**
ÑAFLE m. fam. Comida.
ÑAJÚ m. bot. Planta de tallo recto hojas lobuladas y flores amarillas. El fruto es una cápsula alargada con semillas redondas y negras que, al tostarse y molerse, constituyen un sustituto del café.
ÑAME m. Nombre dado despectivamente al pie grande y tosco.
ÑAMPÍ m. bot. Especie de ñame, aunque de sabor dulce.
ÑAÑO m. Individuo algo tonto y amanerado con sospechas de afeminado.
ÑAPA f. Adehala o pequeño regalo que solicitan los muchachos al comprar algo en una tienda.
ÑARREAR intr. Maullar el gato || fam. Aplícase al que pide insistentemente, como el gato.
ÑATA f. Nombre familiar aplicado a la nariz.
ÑATO, TA adj. De nariz chata.
ÑINGA f. Excremento || exclamación popular: ¡ni por la **ñinga**!
ÑO m. Tratamiento campesino en lugar de don.
ÑONGA f. pop. Semilla del marañón.
ÑOÑOCO m. Jugo de caña fermentado (Herrera). || chicha de maíz puesta a fermentar agregándole pequeños bollos de maíz asoleados antes (Veraguas).
ÑOPO, PA adj. fam. Calificativo aplicado a los rubios de procedencia extranjera.

O

OBRADERA f. Diarrea.
OJEAR tr. **Aojar**. Capacidad atribuida a ciertas personas de enfermar con la mirada a niños y plantas, según superstición muy extendida.
OLEADA f. Conjunto de cosas, personas o animales, que tiene la impetuosi-

dad propia de las olas marinas. Llegaba al estadio una **oleada** de gente. Una **oleada** de langostas invadió el campo.

OLIVO m. bot. Árbol de savia lechosa que, al coagularse, extraída de la planta, es pegajosa como el caucho recién sacado. No guarda relación con el olivo productor de aceitunas.

¡OMBE! Vocativo familar empleado en lugar de **¡hombre!** No se usa, como en España, el equivalente femenino **¡mujer!**.

OREJANO m. Habitante del campo que llega a la ciudad.

OREJÓN, NA adj. Que tiene orejas grandes.

OSCURANA f. Oscuridad (Los Santos, Veraguas).

OTOE m. bot. Planta de tallo corto, hojas grandes, acorazonadas y con nervaduras, cuyas raíces, en forma de tubérculos, de color morado son comestibles y se emplean mucho en la cocina panameña.

OYAMA f. bot. Calabaza comestible también llamada **zapallo.**

P

PACHANGA f. Fiesta muy animada, con música y licores || parranda.

PACHECA En la locución **jugar la pacheca**, es decir, tratar de esconderse para burlar a una persona.

PACHITA f. pop. Nombre dado a una botella pequeña, rectangular y aplanada, que contiene licor.

PACHOCHA f. Lentitud en el modo de actuar || pesadez || cachaza.

PACHOTADA f. Patochada, grosería.

PACHUCO m. Pantalón muy angosto en su parte inferior || persona que usa esta clase de pantalones.

PADROTE m. Semental.

PAILA f. Olla de hierro o de bronce de distintos tamaños, empleada en la cocina.

PAIPA f. (Del inglés **pipe**). Tubo de metal.

PÁJARO m. pop. Hombre afeminado.

PALERO m. Paleador, que trabaja con la pala.

PALETA f. Vasija empleada en los hospitales para que hagan sus necesidades los enfermos, provista de un mango para asirla, que se vende en las calles.

PALETERO m. Que vende los helados llamados **paletas**.
PALITROQUE m. Pan tostado en forma de palos delgados y cortos.
PALOMEAR tr. Lavar rápidamente la ropa.|| pop. Dar muerte a una persona, disparándole como a las palomas.
PANAMÁ M. bot. Árbol de considerable altura, tronco grueso, hojas lobuladas y vellosas por el envés.
PANDERO m. Cometa muy grande.
PANGA f. Bote pequeño de fondo plano, manejado con remos.
PANGUERO m. Obrero que opera o maneja la **panga.**
PANTEÓN m. Cementerio.
PANTUFLA f. Chinela.
PAÑO m. Tela con que las mujeres se cubren para entrar en el templo.
PAPA f. pop. En la locución **estar en la papa**, o sea, gozar del favor gubernamental.
PAPARRUCHADA f. (De **Paparrucha**) Necedad || tontería.
PAPELERO, RA adj. Aplícase la persona novelera, que incurre en tonterías o necedades.
PAPELÓN m. En el giro **hacer un papelón** a saber, quedar en ridículo.
PAPO m. bot. Planta de jardínería, empleada para setos o cercos, de abundantes hojas oscuras y flores muy vistosas. Hay tres o cuatro clases de papos, se distinguen por el color distinto de la flor.
PAPUTO, JA adj. Hinchado.
PAQUETAZO m. Timo o fraude electoral.
PARÁ f. bot. Hierba del **pará**. Muy nutritiva para el ganado.
PARADA f. Desfile.
PARAGUAZO m. Golpe asestado con el paraguas.
PARAL m. Madero vertical que, en series paralelas y a cierta distancia, sirve de soporte a las paredes de barro.
PARARSE r. Ponerse en pie || levantarse || dejar la cama.
PARQUEADERO m. (De **parquear**). Lugar destinado al estacionamiento de automóviles.
PARQUEAR tr. (Del inglés **to park**). Estacionar un vehículo de motor.
PARRAMPÁN m. Disfraz extravagante y ridículo usado en la fiesta del Cor-

pus por varias personas. || adj. fig. Dícese de una persona ridícula en gestos o palabras.

PARRAMPANADA f. Ridiculez || tontería enfadosa.

PASEO m. Uno de los movimientos del baile de la mejorana, el tamborito o el punto. || fig. En el lenguaje estudiantil, sentirse seguro o agradado por saber o por la facilidad de un estudio, lección o tarea. Esa clase, ese examen es **un paseo.**

PASILLO m. Pieza de baile, de procedencia colombiana.

PASITROTE m. Trote especial del caballo || cierto aire de mejorana cuyo ritmo imita el paso del caballo.

PASMADO, DA adj. Dícese de la persona tarda, medio tonta o aturdida.

PASOPICADO m. Paso del caballo, acompasado y suave. pop. **pasopicao.**

PATACÓN m. Pequeña tarjeta impresa, con los datos de un bautismo, que se reparte a los invitados || monedas de plata que el padrino obsequia a los muchachos || rodajas de plátano frito.

PATADA f. Golpe dado con el pie, o coz de un amimal.

PATASCA f. Disputa || altercado, pendencia.

PATOCA f. zool. Serpiente venenosa, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, gruesa y de cola corta.

PATRIOTA m. Variedad de **guineo,** la de mayor tamaño.

PATRÓN m. Piezas dibujadas o cortadas de un vestido de mujer que sirven de modelo para confeccionarlo.

PATULECO, CA adj. Aplícase a la persona que anda con los pies como torcidos hacia adentro, como los patos.

PAVA f. Colilla de tabaco o cigarrillo || sombrero femenino de paja con alas muy extendidas.

PAVEARSE r. fam. Fugarse de clase el estudiante o del trabajo un empleado.

PAVIOLA f. fam. Estudiante que tiene el hábito de no asistir a las clases.

PAVITA DE TIERRA f. Animalito imaginario a cuyo canto atribuye un poder agorero la superstición popular.

PAVO m. Individuo que viaja sin pagar su pasaje. Ir de **pavo.**

PEBRE m. Comida || sustento. Trabajar por el **pebre**.

PECHIAMARILLO m. zool. Pajarillo cantor, de plumaje azulado arriba y con el pecho, en cambio, amarillo.

PECHUGÓN, NA adj. Persona de poca vergüenza, nada escrupulosa.
PEDIR CACAO loc. lam. Capitular || rendirse.
PEGA-PEGA f. bot. Planta herbácea que crece entre la maleza. cuyas semillas, provistas de una pelusa adherente, se pegan a la ropa o la piel cuando se las roza.
PEINADORA f. Mueble de tocador, provisto de un gran espejo, destinado al acicalamiento de las damas.
PEINILLA f. En la lengua campesina machete de hoja larga muy afilada.
PEJE- PERRO m. zool. Pez de agua dulce, de dientes afilados y numerosas espinas, muy agresivo.
PELADURA f. Desolladura que deja la carne a lo vivo.
PELAO adj. Por **pelado, da**. En el lenguaje familiar, niño, muchacho.
PELADERO m. Estar en la oposición, fuera de la protección gubernamental. Estar en el peladero.
PELARSE r. Cortarse el pelo quedar mal el estudiante en la clase o cualquiera persona en un acto público.
PELECHADOR m. Que gusta de aprovecharse para mejorar su condición.
PELÓN, NA adj. (De **pelea**). Aficionado a la riña o la pelea.
PELONA f. fam. La muerte.
PELUSA f. Especie de alfombrilla que ataca también a personas adultas || nombre médico: **rubiola.**
PENA f. Vergüenza || mortificación por algo. Tenía **pena** de hablar. Llegó tarde y no entró por **pena.** Todo le causa **pena,** es muy **penosa.**
PENCA f. Hoja de la palmera (cocotero) o de otras plantas que tienen las hojas semejantes.
PENCO m. Expresión con la cual se pondera una mujer o un hombre. Es un **penco** de hembra. || Aplícase también a cosas. Es un **penco** de automóvil.
PENDEJADA f. Tontería, poco coraje o falta de audacia.
PENDEJO, TA adj. Tonto, amilanado, de poco ánimo.
PENSIÓN f. Preocupación.
PEÑISCAR tr. Pellizcar.
PEÑISCÓN m. Pellizco.
PEO m. Por **pedo**: Ventosidad expelida por el ano.
PEONADA f. Conjunto de peones reunidos para realizar algún trabajo.

PEPERMÍN m. (Del inglés **peppermint**). Menta.
PEREGÜETA f. Fruto del **peregüétano.**
PEREGÜÉTANO m.bot. Planta tropical que produce una frutilla negra, muy dulce y agradable.
PEREQUE m. Alboroto || discusión acalorada || escándalo || molestia || enredo || algo enfadoso y desagradable. Es mucho **pereque** lo que me propones.
PEREQUERO, RA adj. Revoltoso || perturbador || escandaloso.
PERICO, CA adj. Que habla demasiado y a veces sin sentido.
PERIODIQUERO m. Muchacho vendedor de periódicos.
PERIQUERA f. Reunión de pericos, que arman gran bullicio || por extensión, reunión de personas que arman gran algazara.
PERRENCAZO m. pop. Trago de licor.
PERJUDICAR tr. Quitar la virginidad a una muchacha.
PERSOGA f. Par de reses que van juntas, atadas la una a la otra.
PERSONALISTA adj. Que cita, censura o agravia personificando.
PESADA f. Mazamorra de maíz, de nance o de otro producto.
PESADO, DA adj. Persona de mucho valimiento oficial, político, social o económico || individuo antipático, desagradable de trato.
PESCUECIPELADO, DA adj. Dícese del ave que tiene, de nacimiento, el pescuezo desnudo.
PESGOTE m. Pequeña porción desprendida de una sustancia blanda.
PESQUISA f. cim. Policía secreta || agente de policía secreta.
PETACA f. fam. Joroba.
PETACUDO, DA adj. Jorobado.
PETATEARSE r. (De **petate**) Morirse || fallecer.
PETICOTE m. Enagua || prenda interior femenina.
PETIPUÁ (Del francés **petit-pois**). Guisante || chícharo.
PEZUÑA f. vulg. Mal olor que se produce entre los dedos de los pies || pequeño regalo o adehala que piden los chicos al hacer una compra.
PICA f. Trocha || sendero entre la maleza.
PICAFLOR m. Hombre que galantea a distintas mujeres.
PICA-PICA f. bot. Planta trepadora de hojas vellosas por el envés, flores de color morado y fruto en forma de vaina que contiene una semilla; vaina cubierta, cuando madura, de una pelusa irritante si toca la piel.

PICA PIEDRA zool. Ave nocturna de color amarillento, de canto desagradable.

PICA-RÍO m. zool. Pájaro pequeño, variante del martín pescador, que habita en las playas y en las orillas de los ríos.

PICO m. Vulgarismo por **pene**.

PICO FEO m. zool. Ave trepadora también llamada **tucán** (Col) y **curruaco.**

PICOGORDO m. zool. Pajarillo cantor cuyo plumaje, cuando es adulto, cambia de color.

PICHA f. Vulgarismo por **pene**.

PICHICUMA m. adj. Aplícase al individuo tacaño y mezquino.

PICHÓN m. Cría tierna de las aves. En los giros **pedir pichón, dame un pichón,** equivalentes a solicitar en un baile la pareja de otro .

PIFA m. bot. Planta de la familia de las palmas también conocida como **pisbao,**

PLEQUE-PLEQUE m. Discusión acalorada || barullo.
PLISAR tr. (del francés **plisser).** Hacer pliegues en la tela. Falda: plisada.
PLOMEADA f. Pérdida || derrota. Recibió una gran **plomeada** en el juego.
PLUMA f. Grifo o llave de agua.
PLUMARIO m. Mango de la pluma empleada para escribir.
POLLERA f. Vestido típico de la mujer panameña, muy vistoso, que consta de una blusa y una falda de amplio vuelo, ambas finamente bordadas, caladas, marcadas o cosidas en talco. Se lleva con un peinado especial, decorado con peinetones revestidos de oro y flores artificiales llamadas tembleques, y con un valioso aderezo de joyas. || **Pollera montuna.** Es la que lleva, para uso diario, la mujer campesina, y también la de la ciudad cuando participa en determinadas fiestas.
POMARROSA m. bot. Árbol de considerable altura, de hojas grandes y filamentosas, y fruto parecido a una pequeña manzana, con pulpa entre amarillenta y rosada, de agradable sabor.
PONCHO m. Frazada de lana.
PONLAMESA f. zool. Insecto con un segmento toráxico alargado, al cual siguen otros, con tres pares de patas y un par de alas frágiles, coloreadas.
PONTÓN m. Puente rústico sobre un riachuelo, de madera generalmente.
PORONGO m. Cántaro.
PORO-PORO m. bot. Árbol cuya altura varía entre cinco y doce metros, hojas alternas acorazonadas en la base y con cinco lóbulos; flores de un color amarillo brillante; madera suave y esponjosa.
PORTAFOLIO m. Carpeta o cubierta para guardar papeles.
PORRA En la locución **mandar a la porra** o **irse a la porra**, equivalente a mandar o irse al diablo.
POSTRERA f. Segunda siembra del año y cosecha correspondiente.
POTRANCA f. Yegua joven.
POTRILLO m. Hijo del caballo, muy joven.
PRECIOSURA. f. Preciosidad.
PRECIPITUD f. Precipitación.
PRENDEDOR m. Joya que se prende en el pecho mediante un alfiler que lleva consigo.
PRETENCIOSO, SA adj. Persona llena de vanidad y orgullo.

PRINGARSE Salpicarse.
PRINGAMOZA f. bot. Ortiga.
PROGRAMACIÓN f. Barbarismo por programa.
PROGRAMAR intr. Barbarismo por hacer o confeccionar **programas.**
PROPELA f. (Del inglés **propelero**). Hélice del motor de un barco.
PUEBLANO, NA adj. Pueblerino || perteneciente al pueblo || habitante del pueblo.
PUERCO DE MONTE m. zool. Mamífero ungulado, parecido al puerco doméstico y al jabalí.
PUJADOR m. Tambor formado por un cilindro hueco de madera y forrado en un extremo por una capa de cuero sin curtir, que junto con el **repicador** y la **caja** constituyen los instrumentos del **tamborito** o baile típico panameño. Lo sujeta el tocador entre las piernas y lo hace sonar con las dos manos. Produce un sonido más grave que el **repicador.**
PUL m. En la expresión **tener pul** (del inglés **pull),** o sea, tener valimiento o influencia.
PULPEAR intr. Trabajar en distintos lugares para ganar más dinero.
PUNTA En la locución **punta de ganado,** equivalente a **lote de ganado.** Vender **ganado en punta,** es decir, en lote o en una sola partida.
PUNTO m. Baile típico panameño de ritmo rápido, muy melodioso y gustado, que tiene varios movimientos: paseo, zapateado, escobillado.
PUÑETERO, RA adj. Aplícase, con enfado, a quien ha hecho una mala pasada o tiene la costumbre de obrar mal o hacer picardías.
PUÑO DE ARROZ m. Haz de espigas de arroz.
PUPÚ m. Excremento en lenguaje infantil. Hacer **pupú,** defecar el niño.
PUTEADA f. Acción y efecto de insultar acremente.
PUTEAR intr. Aplícase a la mujer cuando se entrega por dinero || tr. Insultar agriamente.
PUYA f. Machete largo y de punta aguda.
PUYARSE r. Pincharse o herirse con un objeto punzante.

Q

QUEBRADA f. Arroyo o arroyuelo.

QUEMA f. Incendio provocado de la maleza que cubre una parcela de tierra destinada a la agricultura. Llegó la hora de la **quema** || venta de artículos de comercio a precio muy rebajado. Lo vendo a precio de **quema**. Otro nombre: **quemazón**.

QUEMAR tr. Vender mercancías a precio muy reducido || acción de engañar la mujer al marido con otro hombre || **quemarse** las pestañas: estudiar con mucho ahínco.

QUEQUE M. Dulce horneado que se prepara con harina, coco rayado y miel.

QUEROSÍN m. Petróleo que se usa para el alumbrado, para estufas que funcionan con este combustible o para otras cosas.

¡QUIÉN QUITA! Locución que indica la posibilidad de que algo ocurra, equivalente a **puede ser, ¿por qué no?**

QUIMBOLITOS m. bot. Variedad de habas o judías, más pequeñas y redondeadas.

QUIMONA f. Quimono.

QUINCHA f. (Voz quichua). Pared que consta de una armazón de **parales** atravesados por una serie de cañas transversales, recubierta de barro amasado con paja para darle consistencia.

QUIÑAR tr. Acción de hacer tocar una pequeña bola de cristal con otra empujada desde cierta distancia, en un juego de muchachos || por extensión, **golpear**.

QUIÑAZO m. Golpe.

QUIUBO Contracción familiar de **¡qué hubo!.**

R

RABAZO m. Golpe asestado por los cocodrilos con su fuerte rabo o cola cuando sorprenden a la presa en la orilla del río.

RABEADOR m. El que en las calles, cuando corre tras de un toro, o en los potreros, tira de la cola del animal, desde el caballo, para derribarlo.

RABEADERA f. Espectáculo en el cual se derriba a los toros, asiéndolos fuertemente por la cola.

RABEL m. Violín de fabricación nativa empleado en la fiesta campesina de la mejorana.

RABIBLANCA f. Paloma silvestre que tiene plumas blancas en la cola.

RABIBLANCO, CA adj. Denominación aplicada irónicamente a las gentes de clases sociales altas.

RAICILLA f. Ipecacuana.

RAJARSE r. Mostrarse espléndido u obsequioso al ofrecer una fiesta o en cualquiera otra actividad || sacar el cuerpo o retirarse súbitamente de una actividad en que se participaba.

RAMBULERÍA f. Acción, palabras o gestos desusados, antipáticos, que llevan el propósito de enojar o desagradar.

RAMBULERO. RA adj. Dícese del individuo que incurre en rambulerías.

RANCHERÍA f. Cobertizo fabricado con hojas de palma o paja de cierta calidad y consistencia, carente de paredes.

RANCHO m. Casa campesina construida sobre cuatro horcones, con techo de cuatro vertientes muy inclinadas, hecho de paja muy tupida y resistente a la acción de la lluvia

RANGALIDO, DA adj. Raquítico flaco.

RASCABUCHEADOR, RA adj. fam. (De **rascabuchear**). Que espía o actúa indiscretamente.

RASCABUCHEAR tr. Mirar indiscretamente o actuar en el mismo sentido.

RASPA f. Insulto || reprimenda.

RASPADO m. Refresco que se prepara con hielo desmenuzado, un almíbar de distintos sabores (rosa, piña, frambuesa), llamado sirope y leche condensada.

RASPADURA f. Panela || chancaca || miel endurecida a la cual se ha añadido al cocinarla, coco u otra sustancia.

RASPÓN m. Rasguño o rozadura.

RASTROJO m. Terreno cultivado antes, que se cubre de maleza.

RATA ARROCERA f. zool. Roedor silvestre que frecuenta los arrozales para alimentarse, y vive en huecos, troncos u otros escondites.

RAYUELA f. Juego que los muchachos realizan sobre un cuadrante con distintas divisiones, tratando de hacer avanzar con un solo pie un tejo, desde una división a otra.

REAL m. Moneda de plata de diez centésimos de balboa.

REBELLÍN m. zool. Insecto parecido al **cocorrón**, aunque de menor tamaño y de color más vistoso, cuyo canto, penetrante y prolongado, anuncia la llegada de la estación lluviosa.

REBOLINCHO m. Alboroto (Herrera, Los Santos).

REBUSCA f. Dinero obtenido por medios no siempre lícitos.

REBUSCARSE r. Conseguirse algún dinero para un fin que se apetece || agenciarse para ganar de algún modo el sustento.

REBUSCÓN m. El que con maña o destreza se procura lo que necesita.

RECÁMARA f. Alcoba.

RECAO m. **Recao verde**. Hojas como culantro, apio, berro y otros condimentos que se emplean en las comidas.

RECESO m. Suspensión de una junta o reunión, por algún motivo determinado y durante un tiempo que indica, al decretarlo, quien la preside. Se declara un **receso** por quince minutos.

RECONCHABAR tr. fam. Remachar o reiterar algo. Volvió para **reconchabar** lo que antes había dicho.

RECONSIDERAR tr. Volver a considerar o discutir, a pedido de alguien o algunos, una medida ya adoptada.

RECONSIDERACIÓN f. Acción y efecto de reconsiderar.

RECOSTARSE r. Tenderse por corto tiempo en la cama para un breve descanso || vivir al amparo de otra persona sin su consentimiento y ocasionándole molestias.

REENGANCHAR intr. Obtener nuevamente, después de haberlo perdido, el empleo que antes se tenía.

REENGANCHE m. Nuevo disfrute del empleo antes desempeñado.

REFISTULERO, RA adj. Aplícase al individuo vanidoso que trata de hacerse notar con gestos, palabras o acciones que se le ocurren refinados y dignos.

REFRESQUERÍA f. Lugar donde se venden refrescos, helados, confites, dulces y otras golosinas.

REFRITO m. Salsa hecha con cebollas, ají, tomate, achiote u otro colorante, cocidos en aceite.

REGADERA f. Remate de una cañería que deja pasar el agua, a través de una serie de agujeros, y desde cierta altura, en el cuarto de baño.

REGAÑADA f. Reconvención || reprimenda.

REGAR tr. fig. Propalar noticias o chismes. Tiene la mala costumbre de **regar** noticias falsas.

REGLA f. Menstruación o menstruo.

REJAZO m. Latigazo.

REJERA Castigo adminisrado con el **rejo** o látigo. Le dieron una rejera.

REJO m. Látigo, generalmente un cinturón (correa) o tira de cuero.

REJUNDIDO, DA adj. Participio de **rejundir**.

REJUNDIR tr. pop. (De **re** y **hundir**). Ocultar || arrinconar || apartar. Vive rejundido en el monte.

RELAJADO, DA adj. Dícese de la persona amiga de bromas o chistes.

RELAJO m. Desorden.

RELAMIDO, DA adj. De poca vergüenza. Es un hombre muy **relamido**.

RELINGA f. En la locución, **llevar por la relinga**, o sea, conducir a alguien a la fuerza, asiéndolo con firmeza por la parte posterior de la correa o cinturón.

REMOJO En la locución **andar de remojo**, es decir, con vestido nuevo.

REPELAR tr. Regañar || amonestar.

RFPELENCIA f. Acción, gesto o expresión desagradable, inconveniente o grosera.

REPELENTE adj. Aplícase a quien incurre en repelencias.

REPELÓN m. Regaño || censura || Sueño corto, para descansar un rato.

REPICADOR m. Tambor que con el **pujador** y la **caja** integran el conjunto instrumental del **tamborito**. Es de sonido más agudo, y el tocador lo hace sonar repetidamente con las manos. Ver **pujador**.

REPISA f. Superficie cuadrada o rectangular, de madera o de metal, que se coloca horizontalmente contra la pared, sostenida por debajo mediante

una escuadra vertical, y que sirve para colocar una lámpara, el teléfono u otro objeto.

REPONERSE r. Convalecer tras de una enfermedad || mejorar de condición física tras un período de cansancio.

REPORTAJE m. Información periodística circunstanciada sobre un suceso o acontecimiento.

REPORTAR tr. Informar

REPORTARSE f. Presentarse ante la autoridad parca dar cuenta de una misión o de la propia actuación, según las circunstancias.

REPUCHETA f. Regaño amistoso.

RESBALADA f. Resbalón.

RESBALADERA f. Refresco preparado con cebada.

RESPONSABILIZARSE r. Hacerse responsable, asumir la responsabilidad de algo en que se ha intervenido.

RESQUICIO m. Huella, indicio.

RETACARSE r. Retraerse || resistirse a avanzar.

RETRETA f. Concierto ofrecido por una banda u orquesta en una plaza pública.

REVANCHA f. Galicismo por desquite.

REVESINA f. Forma de hablar en clave, que consiste en cambiar de lugar las sílabas en las palabras.

REVOLUCIONAR tr. Enredar o desordenar las cosas antes ordenadas.

REVULÚ m. fam. Desorden || alboroto.

ROBISPICIO m. Hurtos repelidos,

RODELA f. zool. Garrapata grande y de cuerpo achatado.

ROLA f. fam. Dinero.

ROLLO m. Embrollo.

RON PONCHE m. Bebida que se obtiene al combinar, cocinándolos, los siguientes ingredientes: leche, huevos, azúcar, canela.

ROPA VIEJA f. Plato de carne deshilachada que se guisa con tomates y otros condimentos.

ROZA f. En el habla campesina, terreno sembrado de arroz o maíz.

RUANA f. Especie de capa cuadrada de algodón con una abertura en el centro para que pueda pasar la cabeza, y con la cual se protegen los caminantes

de las inclemencias del sol. Sirve también de abrigo, cuando hay frío.

RÚCANO m. fam. Nombre dado a la unidad monetaria de plata (peso, balboa, dólar).

RUMORARSE impers. Rumorearse. Correr un rumor.

RUNCHO adj. Tacaño.

S

SABIDO, DA adj. Enterado || listo || algo apicarado. pop. **Sabio**. Es un hombre muy **sabio**.

SACA f. Lote de ganado que se transporta de un lugar a otro o se destina a la venta.

SACALIÑAR tr. Echar en cara a determinada persona, en tono quejoso, favores que se le han hecho antes.

SACRECO, CA adj. Zalamero.

SACREQUEAR tr. Halagar || lisonjear.

SÁGUILA m. Jefe de una comunidad de indios cunas.

SALAR tr. Ocasionar mala suerte o pretenderlo así. Me has **salado** el día.

SALAZÓN f. Infortunio o revés continuo que se atribuye a la mala suerte. Tanta es mi **salazón** que todo me sale mal.

SALOMA f. Emisión peculiar de sonidos con falsetes, pausas, momentos de intensidad, que alternan unas con otros, intercalando a veces frases y coplas. Con la **saloma** el campesino panameño suele distraer sus ratos de soledad en el monte o en el camino. La **saloma** puede hacer intervenir también a varios hombres. Hay **salomas** de caminante, de faenas agrícolas, de arreo de ganado, etc.

SALOMAR tr. Acción vocal de emitir salomas.

SALVAGUARDAR tr. Proteger o amparar.

SANCOCHO m. Plato típico panameño que se prepara con carne de pecho o gallina, yuca, ñame, plátano, culantro, orégano y queda en forma de un caldo más o menos espeso.

SANGUAZA f. Líquido sanguinolento que se desprende de la carne cruda o medio cocida.

SAPEAR tr. Espiar || estar al acecho.

SAPO m. Aplícase al que espía u observa cautelosamente para transmitir la información a otra persona || agente de la policía secreta.

SECO m. Aguardiente extraído de la caña de azúcar, de un grado alcohólico alto, que toma la gente del pueblo.

SECRETA f. Bolsillo pequeño del pantatalón, colocado en el lado derecho y bajo la correa o cinturón || la policía sin uniforme, dedicada a investigaciones cautelosas.

SEGUIDILLA f. Nombre de uno de los movimientos de algunos bailes típicos panameños.

SENSACIONALISMO m. Despliegue informativo exagerado que cierta prensa concede a determinados sucesos, con ánimo de alarmar al público o de provocar reacciones perturbadoras.

SENSACIONALISTA adj. Dícese de la prensa que practica el sensasionalismo informativo.

SERRUCHAR tr. Cortar con el serrucho. Serruchar una tabla.

SIEMPRE ad.v. Uso panameño con el sentido de **al fin**, por **fin, en definitiva**. ¿Vas **siempre** al paseo? ¿Te quedas **siempre** a comer?

SIETECUEROS m. Tumor que se forma en alguno de los dedos de la mano o en el pie **Divieso**.

SILAMPA f. Fantasma nocturno en forma de mujer || persona alta y flaca. Parece una **silampa**. || frío de montaña.

SILENCIADOR m. Aparato empleado en los automóviles o en las armas de fuego para amortiguar el ruido.

SIRBULACA f. bot. Planta herbácea que crece con profusión en terrenos llanos y se convierte en maleza. También **serbulaca**.

SIROPE m. Almíbar preparado con diferentes sustancias para comunicarle sabores distintos, según los casos: frambuesa, rosa, piña.

¡SO! Interjección empleada para hacer callar.

SOBIJAR tr. Acción de aplicar un **sobijo**.

SOBIJO m. Ungüento u otra sustancia oleaginosa que se frota en alguna parte del cuerpo.

SOCABÓN m. Guitarra rústica de cuatro cuerdas, también llamada **bocona**, hoy de menos uso que la **mejorana** || cierto aire de mejorana, así

de toque como de baile, que se distingue por la vivacidad del movimiento rítmico. Los hay de distintos nombres: llanero, valdivieso, transporte, etc.

SOCOLAR tr. Cortar la maleza, arbustos u otras plantas menores de un terreno, en las proximidades de la siembra.

SOCUELA f. Acción y efecto de socolar.

SOFOCO ni. Inquietud || preocupación o angustia injustificadas.

SUPIRITARSE r. Superarse || destacarse. Se **supiritó** el hombre.

SURIPICO m. Dulce preparado con leche cortada y miel.

SUSPIRO m. bot. Planta de jardín cuyas variedades se distinguen por el color de la flor pequeña, redonda y muy vistosa || dulce muy delicado de maizena, azúcar y leche, en forma de rosquillas.

T

TABANCO m. Fogón rústico usado en los campos || cama rústica fijada en el suelo con cuatro patas enterradas, sobre las cuales se construye un entarimado con soportes en los que descansa una serie de cañas o tablas paralelas.

TABLILLA f. Tabla horizontal colocada contra la pared y sostenida por escuadras verticales de madera o de metal, sobre la que se acomodan objetos diversos.

TABURETE m. Voz francesa castellanizada. Silla de construcción nativa, con una armazón formada de trozos ensamblados de madera, y cuyo asiento y respaldo están forrados de cuero. Con elisión de la **u** dícese **tabruete**.

TACHO m. Vasija de metal provista de un asa vertical, de tapa y de un pico curvo para verter el agua hirviente || caldera de grandes proporciones que, en los ingenios de azúcar, sirve para cocer la miel.

TAJADA f. Fritura de plátano cortado en rebanadas.

TAJONA f. Nombre dado en cierta región (Los Santos) al látigo empleado para azuzar al caballo. En otras (Veraguas, Chiriquí), se le llama **mulero** (de **mulo**); en las demás, **garrotillo**.

TALABARTERIA f. Guarnición.

TALABARTERO m. Guarnicionero.

TALANQUERA f. Cerco para impedir la salida del ganado. Ver **chiquereja** || anaquel rústico usado en las casas campesinas.

TALCO m. Labor de costura que consiste en sobreponer a una tela, cuidadosamente, dibujos decorativos que se cortan en otra de distinto color. **Talco en sombra**: talco muy estimado en la **pollera** panameña, con dibujos de tela blanca colocados bajo la otra tela, a diferencia del **talco al sol,** en que son de color y aparecen superpuestas. También hay **talco calado.**

TALENTAZO m. Aumentativo aplicado a una persona de gran talento.

TALINGO m. zool. Pájaro de plumaje negro, cola larga y pico abultado que se alimenta de garrapatas y otros parásitos que arranca del cuerpo de los animales. Otros nombres: **tordito**, **tingo-tingo**, **chatero**.

TALONEAR tr. Azuzar a la caballería con los talones.

TALLA f. Chiste o anécdota chistosa (Chiriquí) || mentira. Eso es una **talla** (Chiriquí). No me venga con **tallas**.

TALLAR intr. Decir o contar tallas (Chiriquí).

TALLERO, RA adj. Amigo de decir o contar **tallas** || persona de poco crédito, que acostumbra mentir (Chiriquí).

TALLO m. bot. Llámase así a la planta que produce el **plátano** (variedad de cocina) o el **banano** o guineo (fruta).

TAMAL m. Plato panameño que se prepara con masa de maíz tierno o maduro, y lleva dentro un guiso de puerco o de gallina. Envuelto en hojas de plátano se le cocina luego. || fig. lío || enredo.

TAMBARRIA f. Serie de malestares o enfermedades de cierta duración. Está sufriendo una **tambarria** que lo tiene en cama.

TAMBO m. Casa levantada sobre pilotes.

TAMBOR m. Baile típico panameño en que la mujer va engalanada con la **pollera**. Interviene cada vez una pareja en un ruedo formado por cuantos participan en el baile. Una cantadora hace de solista, cantando una copla, y las demás mujeres la acompañan en el canto, batiendo palmas. Acompañan una caja, tocada con dos palos de madera, junto con dos tambores verticales: el **pujador**, de tono grave y el **repicador**, de tono más agudo, ambos batidos con las manos || **Tambor de orden**. El que se realiza con cierta solemnidad, bajo techo.

TAMBORITO m. Tambor.

TAMBUCHO m. Recipiente de metal usado para guardar líquidos.

TANDA f. En las salas de cine, espacio de tiempo durante el cual se proyecta el programa completo.

TANGANAZO m. Golpe fuerte asestado o recibido. Le dieron un tanganazo.

TAPASILLA m. Hule o tela impermeable empleado para proteger de la lluvia la montura y los enseres de viaje.

TARRAYA f. Red usada para pescar.

TASAJEAR tr. Cortar la carne en tasajos.

TEJEMANEJE m. Asunto no muy claro y nada lícito. Ese señor está metido en un **tejemaneje** que muy pocos entienden.

TELEFONAZO m. Llamada telefónica. Te daré un **telefonazo** en cuanto vuelva a la casa.

TEMBLEQUE m. Flores artificales montadas sobre horquillas de cabeza, confeccionadas con gusanillo, perlas y lentejuelas, con las cuales la **empollerada** panameña se adorna la cabeza. El nombre de **tembleques** proviene del movimiento tembloroso que las caracteriza.

TEMPERAR intr. Pasar una temporada en un lugar adecuado para descansar y reponer fuerzas.

TENERES m. pl. En lenguaje campesino, **haberes.**

TEPESA f. Fantasma en forma de mujer, también llamado **llorona** o **tulivieja.**

TERMINOSO m. adj. Aplícase al caballo amaestrado, de andar acompasado y elegante.

TIENDUCHA f. Tienda mal presentada y pobremente abastecida.

TIENTO m. Tiras de cuero que llevan las monturas a cada lado, adelante y detrás del asiento, con el fin de amarrar o asegurar los objetos que se llevan viaje.

TIGRILLO m. zool. Variedad felina montaraz, de mayor tamaño que el gato doméstico, que se alimenta de aves que caza en el monte o en las casas de campo.

TINACO m. Depósito de metal destinado a la basura y desperdicios.

TINTIBAJO m. Palanca larga y fuerte, sostenida en el centro por un eje vertical, en la cual se balancean, divirtiéndose, los niños.

TIQUETE m. Galicismo. Boleto o billete de entrada a un espectáculo.

TIRADA f. Mala pasada que una persona le hace a otra. Me hizo una **tirada** que nunca olvidaré.

TIRADERA f. Burla o molestia que se ocasiona a una persona mediante gestos, acciones o palabras mortificantes.

TIRARSE r. Causar molestia || engañar a una persona || estafarla. Se lo tiró en el trato que hicieron, sacándole una buena tajada.

TIRICIA f. fam. Por **ictericia.** Aplícase también a la secuela de la enfermedad: pereza, mal humor.

TITIBÚA f. zool. Nombre con que se conoce una especie de paloma también llamada **tierrera o corralera.**

TOBOBA f. zool. Variedad de serpiente muy venenosa, conocida con este nombre en la región limítrofe con Costa Rica. Corresponde a la Patoca, nombre más generalizado en Panamá.

TOCADISCOS m. Aparato especialmente diseñado y construído para tocar discos de gramófono.

TOCARSE r. Comenzar a sufrir de enajenación mental. Se está **tocando.** || fig. fam. insinuar jocosamente a alguien que está medio loco. Tú estás medio **tocado**.

TOGA f. Traje especial de días de fiesta. Se puso la **toga** dominguera

TOGARSE r. Vestirse con mucha elegancia. Anda muy **togado.** Fue a su casa a **togarse** para ir a la fiesta.

TOLDO m. Lugar al aire libre especialmente arreglado para diversiones populares.

TOLEDO m. zool. Pájaro que habita en lugares altos, pantanosos o próximos a los ríos, cuyo nombre, onomatopéyico, parece aludir a los sonidos que produce al cantar: **to-le-do**. Llámasele también **soldado.**

TOMAR tr. Beber licor. Está **tomado.** Ese **toma** aguardiente barato. || **Tomar el pelo.** Mofarse de alguien sin tratar de ofenderle.

TÓMBOLA f. Italianismo por **rifa o sorteo** de premios.

TOPETÓN m. bot. Planta solanácea de hojas ovaladas, enteras o pecioladas y flores amarilloverdosas en forma de campana, también llamada **hierba de sapo**.

TÓPICO m. Vulgarismo en lugar de **tema** o **asunto** en discusión.

TORNICÓN m. Torniscón.

TORTILLA f. Arepa. Pan campesino que se prepara con masa de maíz cocido a la cual se le da una forma redonda y aplanada. Se cuece sobre una cazuela de barro || **tortillla changa**: la preparada con masa de maíz || **tortilla frita** más pequeña que las anteriores, cocinada en aceite o manteca de cerdo.

TORTILLERA f. Mujer que hace y vende tortillas || vulg. Nombre adjudicado a la mujer homosexual.

TOTORRÓN m. zool. Ver **cocorrón.**

TOTUMA f. Vasija rústica fabricada utilizando parte de una calabaza. Se hace de diversos tamaños, según el destino que se les dé.

TRABAJANDITO Diminutivo del gerundio trabajando con el cual suele contestar familiarmente una persona ocupada a quien se pregunta cómo está.

TRABARSE r. Encontrar dificultad o entorpecimiento para continuar hablando.

TRÁCALA f. Trampa || engaño.

TRACALERO, RA adj. Tramposo.

TRAGANÍQUEL m. Tocadiscos comercial que funciona con una moneda introducida en una ranura. Ver **tocadiscos** || aparato construido para jugar dinero.El jugador introduce monedas en una ranura y mueve luego un manubrio para probar suerte.

TRAJE f. Vestido de mujer.

TRANCA f. fam. Aplícase a la unidad de moneda. El vestido me costó veinte **trancas** (es decir veinte **balboas**).

TRANSPORTADO m. Variedad del mesano, uno de los aires de la mejorana.

TRAPEADA f. Limpieza efectuada en el piso haciendo uso del trapeador || insulto.

TRAPEADOR m. Ver **lampazo**.

TRAPEAR tr. Acción de limpiar con el **trapeador** || insultar.

TRAQUEADO, DA adj. pop. **Traquiao**. Dícese de la persona con mucha experiencia y habilidad en determinadas cuestiones. Es un hombre muy **traqueado** en los negocios || embriagado. Nuestro amigo está pero bien traqueado.

TRASTE m. Trasto. Hay muchos **trastes** sucios en la cocina.

TREMENDO, DA adj. Aplicado a los niños, **inquieto,** demasiado travieso. Aplicado a personas adultas: osado, falto de escrúpulos, audaz.

TRILLO m. Sendero || trocha || camino estrecho.

TRINCHANTE m. fam. Tenedor.

TROJA f. Troj. El campesino panameño construye la **troja** para guardar granos como una especie de camastro de cañas paralelas muy juntas unas de otras || muro para retener el agua en arroyos o ríos pequeños (Regional: Los Santos).

TROMPADA f. Puñetazo.

TROMPO m. Peonza.

TROMPÓN m. Trompada || puñetazo.

TRONADOR m. bot. Árbol de tronco espinoso, hojas ovaladas y dentadas, flores en racimos. El fruto, una cápsula dividida en celdillas, explota con ruido cuando madura, lanzando lejos las semillas. De aquí el nombre de **tronador**.

TRUCHO, CHA adj. Aplícase al animal al que le falta la cola o parte de ella.

TRUÑUÑO, A adj. Tacaño || mezquino.

TRUSÓ m. Galicismo (de **trousseau**) por **ajuar** de novia.

TUCA f. Trozo de un árbol corpulento destinada al aserradero.

TUCO m. Pedazo de madera más o menos grueso.

TULA f. bot. Planta anual de tallo rastrero y trepador que produce un fruto ovalado, semejante a una calabaza pero prolongada en una especie de cuello || fruto ya seco de la planta, el que, extraída la pulpa, se destina a usos diversos en las casas campesinas.

TULIVIEJA f. Fantasma en forma de mujer llamado también **tepesa** y **llorona**.

TUMBADO, DA adj. Que guarda cama por enfermedad. Está **tumbado** desde hace días.

TUNA f. En determinadas provincias, desfile callejero y carnavalesco de **empolleradas** con acompañamiento de varones, que cantan y bailan aires típicos, al son de instrumentos nativos.

TURRUMOTE m. Protuberancia o pequeña elevación del terreno sobre una superficie llana.

TUSA f. Parte central de la mazorca de maíz a la cual están adheridos los granos.

U

UNO En la expresión campesina **allá ´onde uno**, que significa **allá en nuestra provincia**.

UÑA DE GATO m. bot. Arbusto espinoso de la familia de las mimosáceas, flores en espigas, fruto en vainas delgadas.

UVA DE PLAYA f. bot. Arbusto tropical de las que crece en la vecindad de las playas, de hojas anchas, carnosas, ramificado desde la base, de madera resistente y de color achocolatado.

UVERO m. bot. Árbol de la familia de las poligonáceas, de copa redondeada, hojas largas, tiesas y flores en racimos colgantes.

UYAMA f. bot. Pronunciación campesina de **oyama**, la calabaza comestible también llamada **zapallo**.

V

VACA MARINA f. zool. Mamífero de unos diez pies de largo, hocico parecido al de la vaca, con labios grandes, gruesos, y ojos pequeños. Las orejas parecen dos huecos, por carecer de pabellón.

VACILAR tr. Tomar el pelo || burlarse benévolamente de otro.

VACILÓN m. Tomadura de pelo, || broma. Dícese de quien gusta de tomar el pelo o **vacilar**.

VAINA f. Expresión muy frecuente en el habla panameña para insinuar algo incómodo, desagradable o simplemente divertido. **¡Qué vaina! ¡No me vengas con vainas! ¡Déjate de vainas! ¡Esto es una vaina! ¡Tú eres una vaina!**

VAINAZO m. Insulto. Le eché un vainazo por su hipocresía.

VAPORINO m. pop. Marinero.

VARA Baila la vara. Dícese de la persona oportunista, que hace equilibrio para adaptarse a cualesquiera circunstancias que puedan favorecerle.

VELAR tr. Acción de acercarse en silencio a una persona cuando come, insi-

nuando el deseo de compartir la comida. || En sentido refelexivo: demostrar mala voluntad. **Se la tiene velada. Me la ha velado.**

VELA VERDE En la expresión decir hasta **vela verde** a determinada persona, o sea, insultarla acremente, en los términos más hirientes.

VELORIO m. Acompañamiento de un difunto por parte de los que fueron sus amigos o lo son de la familia || reunión típica festiva, religiosa y profana a la vez, presidida por la cruz o por una imagen del culto, con ocasión de la conmemoración anual fijada en el calendario religioso.

VENADO m. Compra o adquisición de algo excelente por un precio muy bajo. Me salió esta mañana un **venado** y lo aproveché.

VENTORRILLO m. Designación despectiva de una tienda ínfima o tienducha.

VERANERA Llamada también **flor de verano**. Desígnase así a la planta y a la flor conocida también como **buganvilla** (De Bougainville, naturalista que la llevó a Europa).

VERGAJO adj. Término insultante y vejatorio, aplicable a un ser desvergonzado y de mala condición.

VERRUGOSA f. zool. Serpiente muy venenosa, cubierta de escamas.

VICTROLA f. Nombre dado a un fonógrafo fabricado por la **Casa Víctor**, de Norte-América. De **víctor** mediante una metátesis, se hizo **victrola**.

VIDAJENA adj. Aplícase a la persona chismosa, que habla de la **vida ajena**.

VIDAJENEAR intr. fam. (de vida ajena). Hablar del prójimo y no con buen propósito.

VIOLÍN En la expresión **tocar el violín**, aplicable a quien acompaña a una pareja de enamorados.

VIRIL m. Pan alargado, convexo en su parte superior.

VISA f. Efecto de visar, aplicado a pasaportes o documentos de identificación, o sea, concederles validez la autoridad competente.

VISAJE m. Aspaviento.

VISAJERO, RA adi. Aplícase al individuo que hace aspavientos o visajes.

VISITA MENSUAL f. fam. Menstruación.

VISITAFLOR m. zool. Colibrí || picaflor.

VOCERRÓN m. Aumentativo de voz.

VOLADO, DA adj. Aplícase a la persona de genio pronto y colérico || alero grande de una casa, con o sin soportes.

VOLADOR m. Fuego de artificio que describe, al subir, una estela luminosa muy atractiva || árbol de madera muy liviana que tiene diversos usos (Los Santos).

Y

YERBA f. Eufemismo empleado por quienes fuman o trafican con **marijuana** o **canyac**, para referirse a esta mercancía prohibida.

YERBATAL m. Hierbal **(Ac. Esp)**. herbazal **(Chile)**. Lugar poblado de hierba.

YERBERO m. Dícese de quien cura con hierbas, o curandero, entre la gente del campo.

YUCA f. Mandioca (**Ac. esp**., tomado del guaraní **mandiog).** Nombre dado al arbusto y a la raíz en tubérculos comestibles, tan empleada en la cocina panameña.

YUMECA m. (Del inglés **jamaican).** Nombre un tanto despectivo que se adjudica a los negros procedentes de **Jamaica,** que forman una crecida colonia en las ciudades de Panamá y Colón.

Z

ZAFARRANCHO m. Riña con ribetes de escándalo, alboroto. La fiesta terminó al formarse un terrible **zafarrancho**.

ZAGAÑO m. zool. Insecto parecido aunque bastante mayor que la abeja, que frecuenta los sitios donde hay miel o productos azucarados, que son de su predilección. Nómbrasele también **zañago** en algunas partes.

ZAMBAPALO m. Tumulto || escándalo.

ZAMBUMBIA f. Sonajero empleado en los **pindines** o bailes populares, hecho de un trozo de **cañaza**: (madera hueca) con perforaciones, en el cual se introducen semillas que suenan al agitarlo. Otro nombre: **guáchara** (Chiriquí).

ZANCUDO m. zool. Mosquito.

ZANDUNGUERO, RA adj. Avispado || festivo zalamero || coqueta, aplicado a la mujer.

ZANGULUTEAR tr. fam. Zangolotear (**Ac. Esp.**). **Zangulutear** la comida. Meter en ella la cuchara, revolverla, con disgusto de otro. No **zangulutées** la sopa. ¿Por qué la **zanguluteas?**

ZAÑAGO m. zool. Zagaño.

ZAPALLO m. bot. Calabaza comestible que produce una planta de tallo flexible y rastrero. Ver o **oyama** y **uyama,** otros nombres que también se le aplican.

ZAPATERO m. Cierto aire de **mejorana** para acompañamiento de canto y de baile, de movimiento vivo y rápido, que los cantores de mejorana favorecen en particular para las décimas jocosas, alegres o festivas.

ZARCETA f. zool. Cerceta.

ZARZO m. En las viviendas campesinas, superficie redondeada o cuadrangular de madera que se cuelga a cierta altura, desde el techo, destinada a guardar víveres o comidas.

ZINNIA f. bot. Planta de jardín, de tallo erguido y herbáceo, hojas opuestas, lanceoladas, y flores de colores vistosos. Se la llama también **San Rafael.**

ZOCO m. adj. pop. Manco.

ZOQUETADA f. Hecho o dicho propio del zoquete || tontería || cosa sin importancia. Eso es una **zoquetada.**

ZUMBA f. Zurra || tunda.

ZUMBAR intr. Marchar rápidamente. Va **zumbando** para el trabajo, no quiere llegar tarde. || tr. En la expresión **zumbar el mango**, para ponderar o exaltar algo. Mira esa muchacha, está que **le zumba el mango.**

ZURRAPEAR tr. Recoger la **zurrapa** o residuo de comidas adherido al fondo de las ollas.

ZURRARSE r. Trabajar ahincadamente, con mucho esfuerzo y fatiga.

ZURRO m. Impureza || suciedad. Por desaseo tiene ya **zurro** en el cuerpo || residuo con nicotina que se forma en el fondo de la pipa de fumar.

Mario Riera Pinilla

Cuentos folklóricos de Panamá

Recogidos directamente del verbo popular

Prólogo

Siguiendo nuestro camino sobre los senderos folklóricos llegamos al despertar de un interés sano y ordenado que nos conduce a Mario Riera Pinilla. Su apreciable material de cuentos populares de la zona central de nuestro país, particularmente de Veraguas, se encuentran compendiados en su obra *Cuentos folklóricos de Panamá***.**

A diferencia de las obras publicadas por literatos de la época como Ignacio de J. Valdés, José E. Huerta, José María Núñez, Gil Blas Tejeira, Lucas Bárcenas, Moisés Castillo, Rodolfo Aguilera, Graciela Rojas Sucre, Ernesto J. Castillero y otros tantos, la obra de Riera surca los senderos del apego a la objetividad del relato de sus informantes. Las narraciones no son simples episodios en los cuales se retrata el sentimiento y pensamiento del autor; no es una narración del escritor sino del pueblo, de su sabiduría popular, la que transmite, vía oral, a otras personas sin importar la recompensa del reconocimiento, sino el goce estético y psicológico del mensaje que se entrega en las reuniones familiares o sociales.

Los *Cuentos folklóricos de Panamá* distan de ser una literatura cuentística criolla o costumbrista criolla, vinculada al ambiente rural e idealización de tipos, de estrecha relación con el periodismo de los letrados. La actitud romántica de aquellos relatos en donde se ahoga la espontaneidad creadora del informante no está presente en las narraciones compiladas por Riera Pinilla. En sus cuentos no se avista la retórica ampulosa, la semilla neoclásica o escolástica de muchos de nuestros costumbristas, ya que los sesenta y nueve (69) relatos sólo aspiran a andar de boca en boca del pueblo, a ser narraciones sencillas, heredadas de generación en generación, tradiciones verídicas en las cuales los narradores tienen el afán de prestarles interés admirativo. Mario

Riera hizo lo que las reflexiones de La Bruyere**,** citadas por Jean Frappier, indicaran "tomad las cosas de primera mano; bebed en la fuente". Aquí se distingue lo auténtico de lo sofisticado, a decir de Paul Delarue.

El mayor mérito del maestro veragüense parte de su método de estudio. Los cuentos fueron recogidos directamente de informantes, por medio del método fonético, en comunidades rurales, de preferencia. Todas las muestras fueron oídas por el investigador. No hay invento o palabras arregladas que puedan atribuirse al escritor.

Como bien apunta Riera Pinilla, son relatos que a algunas personas les agrada "echar", por decir narrar, como lo que sigue: "Había un rey que era viudo y tenía una jija que se ñamaba Isabel. El rey se enamoró de una princesa y se casó con ella. Al principio, la reina trataba bien a la niña, pero depué le jue cojiendo rabia y envidia porque el rey quería má a la niña que a ella...".

Todos sabemos que esta narración, no es propia del informante. Ella es la muestra oral que llegó a los oídos de aquel campesino y la registró para luego contarla en la ocasión que creyera oportuna. Son cuentos de estructura universal, en los cuales son importantes las cualidades del narrador. Su aptitud para describir en forma oral, de manera que no se afecte el poder de la fantasía, es tan importante como preservar la función de la narración. Es el saber salvaje que denomina Claude Lévi-Strauss en donde hombres del neolítico viven dentro de una civilización que estima la escritura como algo esencial pero que para aquel hombre no resulta igual, en donde la capacidad de memoria, su retención y ejercitación son la tónica de la conducta de sus principales informantes.

Qué nos sobreviene cuando oímos hablar de Tío Conejo y Tío Tigre, o Tío Conejo y Tía Zorra y el Tío Capacho. ¿Animales simplemente? ¡No!, son animales que hablan, discuten, bailan, como cualquiera de nosotros y para que ello tenga visos de completa realidad, el que "echa" el cuento debe imprimir toda su habilidad y destreza como buen narrador. De aquí que algunas personas, aunque conozcan el cuento, no lo relatan porque temen quedar mal, ya que "no tienen gracia para "echarlos".

El auténtico narrador transporta el auditorio al mundo de la fantasía, lo traslada a un mundo irreal que termina siendo realidad en la mente del oidor. Su

valor es incitante, sugestivo, imaginativo, nutriente de fantasías e ilusiones soñadas.

Es importante destacar la noticia que Riera Pinilla acota al destacar que "sólo ha encontrado un caso en que el informante vive de echar cuento" y fue en Cañazas, Veraguas.

Usualmente el narrador no recibe otro estímulo que la gracia de sus oidores, el premio de la fama de buen "conocedor y narrador de cuento", o de ser un hombre que sabe entretener o hacer reír a los demás.

De igual forma es oportuno destacar en este prólogo el hecho de que el relato de los cuentos abunda en las comunidades en proporción directa a su distancia de los centros urbanos, apunta Riera. Su relativo aislamiento lo conduce a preservar las herencias culturales, haciendo que las influencias de otros pueblos no se interpongan con la propia.

La clasificación o agrupación de los cuentos comprende diez y seis bloques en donde la función, sus características, la estructura y el sentido del cuento son la técnica que el escritor adopta para la fusión. Es impostergable iniciar el ordenamiento según el criterio de Stith Thompson expuesto en *The Types of the Folklore*. Ejemplo clásico de lo que afirmamos son los cuentos de Tío Conejo y Tía Zorra, de Tía Zorra y la Gallina Fina, los cuales son identificados con el número 122D por el investigador norteamericano.

Cuentos como *Pedro y Juan; Pedro Animal; El Príncipe Lagarto; El Príncipe Serpiente; La rana encantada; Los tres infantes; Blanca Flor; Tío Conejo y Tío Tigre; La Zorra; El compadre pobre y el compadre rico; Juan Perezoso,* son identificados en las clasificaciones del cuento universal, con variantes en otras latitudes hispanoamericanas.

Cuentos folklóricos de Panamá confirma la postura de Roger Pinón al señalar que cada cuento tiene un tema. Las muestras de *Pedro Animal* revelan una unidad temática. "Es un mismo tema con diferentes sentidos, por ello constituye una familia temática entre las cuales se pueden distinguir versiones que se refieren, cada una, a un tipo bien determinado" [1].

1 PINON, Roger: El Cuento Folklórico. Buenos Aires, 1965, Pág. 24.

Para el caso, los cuentos de *Pedro Animal* revelan la presencia de dos her-manos, Pedro y Juan; el primero la víctima de las andanzas del segundo, en algunos casos como hermanos, y en otras como el peón. Igual vemos en los cuentos de animales, *Tío Conejo*, *Tío Tigre*, *Tía Zorra*.

La colección de Riera, con sus cuentos maravillosos, anecdóticos, de animales, religiosos, novelescos, del diablo, nos entrega personajes que no están separados entre sí por barreras biológicas, geográficas, sociales, económicas, temporales o míticas. Como bien señala Pinón, los animales y los hombres se hablan, los héroes recorren el espacio sin restricción real; los héroes pobres se casan con hijas de reyes y éstos no se distinguen de sus súbditos más que por el poder y la riqueza que automáticamente les da el rango; la acción se sitúa en tiempo indeterminado, más allá del tiempo real, en donde el mundo de los vivos se une frecuentemente con el de los muertos.

Obra de grandes dotes, invita a profundizar en su contenido. Para ella el tiempo no pasará. Siempre será fiel vigilante de una postura, portadora de un mensaje de humanidad, de un legado tan antiguo como el propio hombre que trata de reencontrarse en la fantasía de su mente soñadora.

Mario Riera Pinilla, décimo hijo del matrimonio de un ciudadano español de nombre Narciso Riera Roca y madre panameña, Angélica Pinilla de Riera, nació el 4 de febrero de 1920. Educador como su hermano mellizo Jaime, estudió antropología en México en donde ejercía un cargo diplomático. Entre su producción literaria se cuentan: *La muerte va por dentro* y *Rumbo a Coiba*. Riera muere en plena edad productiva un 12 de octubre de 1967.

Continuando esta senda folklórica en Panamá como en otros tantos sitios de nuestro continente, prolifera la leyenda como aquella narración imaginaria, ubicable en el medio físico con fuerte contenido de una moralidad primitiva en donde los pueblos aspiran a despertar un grado de admiración, conmoviendo los sentimientos y trans-

mitiendo grandes enseñanzas para dar con ella solución a sus problemas, a su heroico vivir contra las fuerzas de la naturaleza, a la práctica de sus cultos", a buen decir de G. Manrique De Lara en su trabajo ***Leyendas y cuentos populares de España.***

Justo Arosemena Moreno
Panamá, 1999

Introducción

La colección de cuentos que presentamos a continuación de esta nota introductoria es el producto de largos meses de labor, llevada a cabo principalmente en la región de la República que comprenden Veraguas, Herrera y algunos lugares de Coclé y Los Santos. Tenemos que confesar, con toda la honestidad que exige un trabajo de este tipo, que esta labor representa un mayor esfuerzo en la provincia de Veraguas, que por su conformación y formas de vida es zona de gran interés y fuente inagotable de investigación.

Nuestro propósito, en el presente trabajo, ha estado dirigido hacia la base de toda investigación científica, como lo es la recolección y clasificación del material folklórico y no esencialmente al análisis de su contenido, circunstancia que el folklore hace más exigente, cuando se trata de llegar a conclusiones, aun en países en donde toda ciencia ha tenido sus más brillantes cultores, como Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica, etc.

Ya lo ha dicho el gran folklorista norteamericano, Dr. Ralph Steele Boggs, cuando afirma que "el folklore está todavía muy ocupado en aquellas primeras etapas de cualquier ciencia, en recoger y clasificar sus materiales".

Aún esta labor de clasificación de los materiales folklóricos constituye un arduo trabajo por hacer. Al respecto, nos dice el propio Dr. Boggs, en su conferencia "El Folklore, Definición", en uno de sus párrafos: "La extensión y la clasificación de las materias folklóricas son todavía algo obscuras. El índice general de los tomos de la *Volkskundliche Bibliographie* ofrece un poco de claridad, tal como los títulos de las secciones en las bibliografías anuales del folklore del *Southern Folklore Quarterly*, ilustrados por la terminología empleada por los escritores en sus títulos que aparecen en dichas

secciones. El *Índice de Motivos* de Stith Thompson ofrece una clasificación detallada sobre todo de los tipos narrativos. La introducción de Robert Lehman Nitsche a sus ***Adivinanzas Rioplatenses*** propone un sistema valioso de clasificación, de las adivinanzas. Varios sistemas de clasificar melodías de la música popular se han propuesto. Pero un sistema definitivo y compensivo de clasificación para toda clase de folklore no se ha propuesto aún."

Pero si esta dificultad se hace extensiva al folklore en general, impone rígidas disciplinas cuando del cuento se trata. La enorme variedad de cuentos que andan de boca en boca, ha dado como resultado, un número difícil de variaciones que expresan, con sabiduría y belleza extraordinaria, dentro de una concepción no siempre infantil del universo, todas las manifestaciones de la vida popular que constituye el más subyugante panorama que persona alguna pueda imaginarse.

Mas, con todo eso, esta variada colección tiene, en los respectivos países, sus agrupamientos, que corresponden a los determinados ambientes en que se afincan, lo que permite estudiar con relativa independencia los rasgos comunes a una región dada.

Debe recordarse que el relato tradicional, como toda manifestación popular, es el producto de diversas influencias que se mezclan, con el correr del tiempo, sin norma anticipada, en un ambiente determinado.

Por lo tanto, nuestro floklore, como el de cualquier país, es el producto de la mezcla de muchos tipos de influencia extranjera, teniendo como posible base la cultura indígena.

A simple vista, de los factores foráneos, el europeo parece ser el predominante, siguiéndole en grado inferior el africano, como ocurre en nuestros cuentos populares.

En consecuencia, nuestro folklore es digno de la mayor atención y requiere para su estudio, toda la capacidad científica con que pueda contarse. Tenemos la esperanza de que nuestro humilde trabajo pueda servir de base para futuras investigaciones del cuento popular en Panamá, para que investigadores de más prestigio lo superen, como seguramente lo harán, en beneficio de la cultura.

Estudio del cuento folklórico en Panamá

A menos que nuestra propia ignorancia nos vede el conocimiento de estudios anteriores, no conocemos obra alguna en que aparezcan clasificados los cuentos folklóricos de Panamá.

Las únicas obras en las cuales encontramos colecciones de relatos populares panameños, son las de la Profesora Luisita Aguilera Patiño, sobre tradiciones y leyendas.

Narciso Garay, en su conocida obra *Tradiciones y cantares de Panamá*, no nos da versión alguna, de cuentos populares y su trabajo es más bien una colección etnográfica de carácter general. Valiosa obra con la cual el Dr. Garay se sitúa a la cabeza de los investigadores nacionales.

Mas, sin querer restar méritos a autor alguno, y manteniéndonos dentro de la más estricta objetividad científica, tenemos que afirmar que tales obras no son colecciones de cuentos, sino de leyendas y tradiciones que abarcan aspectos distintos del folklore.

Sobre la diferenciación entre el cuento y la leyenda, ha dicho lo siguiente el Profesor mexicano Alfredo Ibarra Jr.:

> "El cuento es una narración simple, bella, y de sentido humano. El tema, la estructura y aun el sentido del cuento, varían con el estado de adelanto del pueblo que lo produce. Hay apólogos que tienen como héroes, personas en lugar de animales, y el fin principal es la información aunque en su contenido haya siempre tendencias a defender valores superiores: bondad, nobleza, persistencia, trabajo, honradez, respeto a la ley, etc. Se les considera cuentos. A veces el cuento se confunde con la novela corta."

Nuestra afirmación tiende, pues, a demostrar que el cuento folklórico, entendido como tal, no había sido aún motivo de investigación en nuestro país.

En "Cuentos panameños de la ciudad y del campo", de Ignacio de J. Valdés Jr., el autor se explica por sí solo cuando nos dice: "En estos mis Cuentos del Campo, intento retratar lo más fielmente posible el alma de nuestros campesinos con sus grandes pasiones, sus amores y sus odios, sus creencias y sus costumbres patriarcales."

Como es fácil de ver, Valdés Jr., intenta retratar el alma campesina pero sin desligarse de su propia personalidad, que es, en todo caso, obra artística y literaria, pero que se aleja de la objetividad científica del relato "tal como lo cuenta el pueblo". El propio Valdés Jr., que vivió su infancia entre relatos que oía de boca de los campesinos veragüenses, habla de "el rico filón, inexplotado aún, por obra y gracia de nuestra desidia y nuestro desprecio hacia lo propio."

Escritores como José E. Huerta, José María Núñez, Moisés Castillo, Ernesto de J. Castillero, Lucas Bárcena, Rodolfo Aguilera Jr., Graciela Rojas Sucre, Gil Blas Tejeira y otros, se mantienen dentro del marco de la obra artística en la que lo folklórico propiamente dicho, sólo sirve de base para el trabajo literario.

MÉTODO DE RECOPILACIÓN

La mayor parte de los cuentos que forman la presente colección, fueron recogidos directamente de informantes, —muchos de los cuales eran analfabetos—, por medio del método fonético, en lugares que se encuentran dispersos; en las provincias antes citadas, con preferencia en las comunidades rurales.

Se aceptaron cuentos escritos sólo después de haberlos escuchado del informante, quien prefirió dictarlo a algún pariente o escribirlo él mismo.

En resumen, todos los cuentos han sido oídos por el investigador, que ha eliminado algunas versiones cuya semejanza con otras, indican un mismo relato.

El autor ha podido observar que a algunas personas les agrada "echar" los cuentos, pero son aquellas que en cada comunidad "se dedican a eso", lo que

hacen con gran habilidad en velorios, rezos, y algunas ocasiones eventuales, para pasar el tiempo.

Para alcanzar su propósito de coleccionar los cuentos folklóricos, el autor solicitaba el relato de "los cuentos que "echaba la gente de antes". Algunas personas, aunque los conocen, no los relatan porque dicen que no tienen gracia para echarlos".

Sólo ha encontrado un caso en que el informante "vive de echar cuentos" y fue en Cañazas, Veraguas, en donde dicho señor, un anciano de traza poco común, recibe como pago por su trabajo, habitación y alimentos de la familia en donde se hospeda con tal fin. Sus oyentes son niños por lo general.

En la vida familiar encontramos informantes que podían ser hombres o mujeres; sobre ésto no hay distinción alguna. Parece depender más del temperamento de las personas. Pero abundan más relatores del sexo masculino, entre los que relatan cuentos en velorios y circunstancias que podríamos llamar públicas. Como era lógico suponer, el relato de los cuentos abunda en las comunidades en proporción directa a su distancia de los centros urbanos. Pero, es más frecuente de lo que pudiera creerse a primera vista, en los pueblos importantes del interior de la República, principalmente entre las personas que viven en la periferia de dichas poblaciones.

El autor presenta con verdadera satisfacción, el cuento Nº 28, titulado ***Flore,*** que fue tomado fonéticamente al informante Francisco Vilora, quien vive en la sierra de Veraguas, en el lugar denominado Cabecera de Río San Pablo. Aunque el relato Nº 33, del mismo informante es, evidentemente, una concepción mitológica guaymí, se ha incluido entre los cuentos de animales con el fin de que aparezca en la presente obra porque algunas de sus características permiten hacerlo.

Dictar el cuento es proceso extraño a nuestro pueblo, por lo que se llegó a la conclusión, después de algunas experiencias, de que lo más conveniente era oír recitar todo el relato y después solicitar al informante se sirviese dictarlo. En algunos casos, cuando ésto fue posible, se logró que se recitara nuevamente, después del dictado, lo que permitía hacer las debidas correcciones y se confirmaban algunas palabras desde el punto de vista de la fonética.

ORDENACIÓN

La ordenación de los cuentos es el más vasto y complejo problema que pueda afrontar el investigador del folklore en su etapa inicial.

Al agruparlos, lo hemos hecho a base de sus características principales, que hacen que el tema, la estructura y el sentido del cuento, tengan cierta relación entre sí. Sin embargo, en cuentos disímiles, encontramos elementos comunes a otros que son fácilmente clasificables en determinadas series o ciclos.

Hemos seguido la clasificación de Andrade[2] por parecernos más de acuerdo con esta primera etapa de nuestra investigación.

VOCABULARIO

Para facilitar la comprensión de los relatos, hemos hecho una lista de palabras, en orden alfabético, de los términos regionales más interesantes que aparecen en los relatos, a pesar de que algunos de ellos son ampliamente conocidos.

La puntuación ha sido colocada por el autor. En cuanto a la ortografía, se ha mantenido la corriente del español, en los casos en que el informante tiene el habla común entre los panameños de la clase media.

Frecuentemente nos encontramos con cambios en el habla de un informante, aun en un mismo discurso, como en los casos señalados en los cuentos 2 y 5.

No se pretende en esta obra hacer un trabajo de carácter estrictamente lingüístico; cualquier esfuerzo en ese sentido, ha sido hecho con el fin de facilitar la comprensión de los cuentos.

MARIO RIERA PINILLA

2 Manuel José Andrade: **Folklore de la República Dominicana.**

1.
EL REY Y PEDRO ANIMAL

Dice que había un rey que daba trabajo a too er que iba, y un día jué Juan, el hermano de Pedro Animal, y le pidió trabajo y el rey dijo que sí, que comenzara a deserbar un yucal y un platanal.

Juan comenzó a trabajar y a la sei cuando jué a comer le pusieron una miserable comía que Juan ni siquiera se dio cuenta qué jué lo que comió; al ver que no le daban máj comía, se jué bravo pa la casa y le contó too a su hermano Pedro. Ejte dijo: —Ejpérate, que yo me voy a dejquitar. —Y salió disiéndole a Juan que cuidara la casa.

Antonse se jué pa onde el rey, le pidió trabajo y le dijo que sí y que comensara diuna vej. Pedro dijo que güeno, pero qué'ra lo que iba a jacer y el rey le dijo que deserbar un platanal y un yucal. Pero como el rey sabía que Pedro era máj vivo que Juan, mandó una perrita bruja y que cuando esa perrita regresaba ar palacio, que dejara de trabajar y siguiera la perrita.

El primer día, la perra regresó al laj seis de la tarde; el segundo día, Pedro no le dio su almuerzo a la perra y la perra, con jambre, tuvo que venirse temprano como a laj cuatro, y el tercer día se aliñó unoj tre jalambre de puya, y cuando eran como laj doj de la tarde le dio cueraso y la perra salió juyendo pa er palasio. Claro ejtá que como la perra se jué, Pedro también tuvo que dirse también.

El rey al ver que Pedro yegó temprano, le preguntó a la perra qué'ra lo que pasaba y la perra le contó too. Antonse el rey ñamó a Pedro y le dijo: —Mira, Pedro, si tú erej vivo, comeráj hajta llenarte y sí no te irá con jambre.— Lo llamó a la mesa y le sirvieron una onsa de arroj, frijole y un huevo. Pedro, al ver tan poquita comía, se puso a pensá

qué jaría; de pronto se le vino una idea a la cabeza y comensó a comer, comiéndose primero el arroj, y dijo: —Arroj pa loj frijole.— Le sirvieron frijole, se comió arroj y el huevo; luego pidió arroj pa loj frijole. En esa forma, comió hajta dejar sin comer al rey y su familia.

El rey, al ver que Pedro era tan comelón, lo mandó dejar una carta a onde er diablo, para que er diablo se quedara con él[1] pero Pedro le pidió a rey una pinsa de cuarenta y nueve libra; e rey se la dió. Se jué Pedro pa onde er diablo y le entregó la carta; er diablo la leyó y le dijo que se quedara con él, que eso era lo que desía en la carta.

Pedro, jasiéndose er desentendío, se jiso er que no oyó y le preguntó de nuevo; le repitió serca der oío, pero Pedro tenía la pinsa lijta y lo cojió por la narij, disiéndole que él era el que se quedaba con er. Pedro largó er diablo hajta medio pueblo, porque laj señora con suj "alabao sea er santísimo", jisieron dejnarisar ar diablo.

1 El empleo de la "l" o la "r" en el artículo o en el pronombre, varía de acuerdo con las circunstancias. El plural se forma empleando la "j" o por la ausencia de la consonante final.

2.
PEDRO Y JUAN

Había una vé doj hermano; se ñamaban uno, Pedro, y el otro, Juan. Ejte era muy trabajadol y en cambio Pedro era tó lo contrario, muy malo y peresoso.

Juan tenía un maisal muy bonito y un día le dijo a su hermano Pedro: —Quiero que vayái ar maisal que tá muy bonito.— El le dijo que güeno; el día siguiente, se jué por la mañanitica y se llevó un machete; cuando llegó vio er maisal y por cierto ejtaba bonito; laj mata se movían unaj con otra por er viento. Entonse Pedro viendo ejto comensó a cortá laj mata que máj junticaj ejtaban. Cuando ya laj dejó separá unaj de otra, se jué, porque él desía que era que ejtaban peliando.

Cuando llegó a la casa le dijo a Juan: —Juan, anda vel cómo te dejé tu maisal. Qué mal educáj tenéi tú a esaj mata.

Dise Juan: —Güeno, voy a vel qué jisite con mi maisal, pero como máma tá enferma, aquí dejo ejto jotoi blandito pa que se lo déi cuando ella dijpierta.

Güeno, Juan se jué. Cuando a Pedro le jentró hambre, se comió toíto loj jotoe y como no le jabía dejao naa a su máma, cosinó uno plátano verdesito, comenzó a dale, dale plátano verde y de dale y dale tanto, la máma se atoró y se murió.

Entonse pensó él: —Joo! Ahora que viene mi hermano va a peliá conmigo, porque me dijo que le cuidara a mi máma y la maté y lo que le jise en el maisal.— Entonse, en un momento, le vino un pensamiento a la cabesa. Cojió a la máma, la puso en un cuero, le puso una manotá de arró y una mano de polón, pa cuando Juan llegara la viera dijque tava ejgranando arró.

Cuando Juan llegó, le dise a Pedro: —Joo, Pedro, la mardá que jabéi jecho

conmigo; too el maisal me lo jabei cortao.

Dise Pedro: —Te lo corté porque cuando yo llegué toíta ejtaban peliando y yo loj quise desapartal, porque loj teneij muy peliona.

Dise entonse Juan: —¿Onde tá máma?—. Le contejtó Pedro: —Ejtá ejgranando arró—. Y Juan se jué a fijal a ver si era verdá y cuando la vio muerta, comensó a llorar y disía: —Pedro también me jisite otro mal; matajte a mi máma, lo que máj te dije que la cuidara bien.

Dise Pedro: —Cáyate Juan, mira que si la autoridad se dá cuenta, noj vá a cajtigal. Ejpera que voy a jasel una cosa.

Subió a la máma en una mula, la arriató bien y se jué pa onde el padre dijque a confesajla. Cuando llegó, la puso en el confisionario. El padre jentró y comenzó a tocar la puertesita y le desía: —Diga suj pecaoj, diga suj pecaoj, diga suj pecaoj—. Y le dijo como en trej vese y naíde le arrejpondía.

Entonse le tocó la puerta duro y la muerta se cayó hacia traj y Pedro corrió: —Ay, padre, me mató ujté a mi máma, tiene que pagármela—. Disía el padre que él no había sío, hajta de tanto neciajle Pedro, al padre, que tenía que pagársela, el padre dijo que sí se la pagaba.

Pedro le dijo entonse que él no le daba la plata que le pedía; el padre dijo que sí. Comensó el padre a dajle toa la plata que tenía y lo dejó limpiesito, sólo con la sotana y Pedro se jué muy contento con el platal que le había dao el padre.

3.
PEDRO ANIMAL

Era una vez que había un hombre que se llamaba Pedro y que era muy perezoso; no quería levantarse por la mañana, ni hacer nada.

Por la mañana, la mamá le decía: —Pedro, levántate que el que madrugó una telega se encontró.—Y él le respondía: —Máma, más madrugó el que se le perdió.

El rey de esa ciudad tenía una hija que nadie la hacía reír y el rey dijo que el que la hacía reír se casaba con ella.

Bueno, un día, la mamá de Pedro lo mandó a buscar leña y él se fue a buscar la leña y allá hizo un haz de leña muy grande y entonces se vio una tortuga y le dijo: —Ay, tortuga, por la virtud que tú tienes, has que este haz de leña salga huyendo conmigo arriba.— Y ella le respondió: —Bueno, sube.— Y subió, y salió el haz de leña con él arriba.

Cuando pasaron frente al castillo, la hija del rey estaba parada en el balcón y ella al ver eso salió huyendo para donde el rey, diciéndole y riéndose: —Papá, anda ver cómo va Pedro encima del haz de leña.

Pedro les dijo adiós y dijo: —Tortuga, por la virtud que tú tienes, has que tenga un hijo mío.

La princesa tuvo el niño y nació con una flor en la boca y entonces el rey dijo que se haría una reunión y que al que el niño le entregara la flor, ése era el padre y se casaría con la princesa.

Ya iban tres noches de reunión, y Pedro no se había presentado y el niño paseaba y no le daba la flor a nadie. A la cuarta noche, Pedro dijo a su mamá: —Yo voy a la reunión, donde el rey —Y ella le respondió: —No, hijo, vas a que el rey te mate. Y éste dijo: —No, si es hijo mío.

Pedro se fue, pero se quedó por fuera y el niño salió con la flor y se fue allá fuera y le dio la flor a Pedro. Entonces el rey se la quitó y volvió y se la dió, y éste volvió y dio la flor a Pedro y así, pues, Pedro se casó con la princesa y el rey le dio toda su fortuna y ya se acostumbró a trabajar siendo el rey ya.

4.
PEDRO ANIMAL

Había una vez dos hermanos que se querían mucho y tenían su madre; uno se llamaba Juan y el otro, Pedro. Este, por ser siempre bruto, le apodaron Pedro "Animal". Un día perdieron su madre, se pusieron a repartir la herencia y como tenían una yegua, los dos la querían; pero Pedro alegó que él solamente se quedaba con la yegua y Juan con todo lo demás, y así se quedó repartida la herencia.

Después, Pedro quedó montado en su yegua y salió. Cuando llegó por un bosquecillo, la mató y la puso a secar: esto era para que se le metieran los gallinazos. Cuando vio que ya la yegua podía volar con los gallinazos que tenía adentro, le puso un tapón atrás y montó en ella. Salió volando en dirección de un castillo que habitaba un rey con su única hija, que nada en el mundo la hacía reír, y al ver la yegua volando, corrió, riéndose, adonde su padre. Este, al verla tan alegre, vino a ver qué sucedía y se dio cuenta también.

Comenzó a llamar a Pedro, pero éste que ya sabía, estaba disimulando no querer bajar, hasta que por fin se decidió.

Cuando bajó, el rey, que había ofrecido casar a su hija con el primero que la hiciera reír, le donó su mano. Después de hacer ésto, le pidió a Pedro que le vendiera su yegua en miles de pesos, pero Pedro se negó, diciéndole al rey que esa yegua era muy cara y que se la iba a prestar, pero antes le había sacado el tapón.

El rey, que no sabía la trampa de Pedro, montó en la yegua y subió muy alto; cuando estaba allá, se desprendió y murió porque los gallinazos se habían salido y Pedro Animal se hizo millonario, con todas las riquezas de la princesa y le envió mucho dinero y bienes a su hermano.

5.
PEDRO ANIMALE [5]

Ejte era un hombre que vivía solo con su mujer en una labranza. El le dijo a la mujer: —Mujer, yo toy fregao de trabajar solo—. Se fue el domingo a bujcar un peón. Entonse se encontró con un hombre; le dice: —Amigo, ¿usté pa onde va?.— Puej yo voy a buscar un pión. —Casualmente, yo también voy a bujcar un patrón. —Pero, usté cómo se llama?. —¿Por qué me pregunta?— Porque mi señora no quiere saber de Pedros. Dicel otro: —Yo tampoco quiero saber d'él, yo me ñamo Juan—. Dice el otro: —Bueno, entonse noj vamo pa la casa.

Cuando llegaron, dise ella: —Cuidao vaj a fregarme.

En la noche, cuando anochesió, bujcaron la habitación pa dormir. Entonse, cuando él le bujcó, ella, no quería dajle en ese cuarto, si no en otro lao, pero él se quedó siempre onde la mujer no quería.

Cuando, a laj onse de la noche, llegó el sacerdote, le dise:—Hija mía, no podremo conversal ni tener ningún goso? Entonces dise ella: —No, porque aquí tá un pendejo que trajo el magocho de mi marío y no podemo si no mañana a la dose der día, porque a laj onse voy a dejale la comida —. Dijo el sacerdote: —Hija, aquí te dejo una cadenita y un reló, en el ajíe, dentro del pañuelo—. Er vorvió a ir a laj doj noche. Entonse le dise: —Hija, aquí te traigo una cosa muy importante—. Dice ella: —¿Y qué será? Dijo el sacerdote: —Unaj dormilona de pejla— Dise ella: —Aquí no podemoj porque aquí tá er tonto—. Entonse er le dise: —Bueno, hija, aquí te traigo ejta chalina también—. Entonse el le dijo a ella: —¿Qué regosijo vamo a tener mañana a laj dose der día? Dise ella:

(5) El presente cuento fue dictado por Jacinta de Rivera, de El Montijo, de 65 años de edad, analfabeta y ha sido transcrito aquí, con la más rigurosa fidelidad. Ha desempeñado oficios domésticos en hogares donde impera una pronunciación culta.

—Un pavo reyeno! Entonse dise él:—¿Aqué, hora será? Dise ella: —A las dose y media.

Cuando ella se jué a dejar el pavo, ella creía que el hombre ejtaba trabajando. Entonse ella salió con su pavo y su buena rojca. Entonse tenía que pasar por onde el marío trabajaba y cuando iba ella con el pavo, le dise el moso: —Oiga, aquí ej que tamoj— Entonse dice ella: —aquí tá: ¡jártenselo!— Entonse dijo el moso: —Señora, aquí le tengo unoj!— Entonses dise ella: No loj necesito!— Entonse ella se jué brava y lej cosinó frijole por la tarde.

Lej puso la comida, comieron. Toaj laj noche, a laj mima horas iba el padre. Entonse le dice: —Hija mía, cómo vamo a jasel pa gosar?— Entonse dice ella: —A la una, ven.

El moso oía loj contrato de ello. Entonse cuando jue la una, le pidió permiso al patrón. Dise: —Güeno, si usté ej libre.

Sacó un haj de leña y allegó cuando ejtaba er padre allí.

Entonse ar padre le dio sujto cuando ér tiró el haj de leña. Entonse dise: —¿Quién te mandó a traer leña?— Bueno, mi patrón dijo que pa asar pan. Entonse dice ella: —¿Para qué?— Entonse dise el moso: —Bueno, que voy a'sar el pan que mi patrón me mandó.

Entonse el moso le metió la leña al ojno, onde taba ejcondío el padre. Entonse cuando ér le metió candela, el padre salió juyendo y le dise: —¡Uiga, padre culiquemao!

Dejpuéj el padre se tuvo pa volver, pero no mucho díaj. Entonse cuando volvió, le dise la mujer: —Oye, qué fragaoj tamoj! Dise la mujer: —Pero se va a fregal con nojotro.

Entonse, dejpuéj pasó que cuando él volvió a ir, porque ella le había dicho por la noche: —Mañana vienej a laj doj de la tarde— Entonse, como el moso oía, se alijtó con unoj ejtacone. Ella lo ejperó a laj doj de la tarde. El padre llegó a laj doj de la tarde. Entonse el moso llegó con unoj ejtacone y cuando llegó el padre y ella oyeron el ruido, dise ella: —¡Qué horror! Entonse dice él: —¿A one me ejcondo? Entonse el padre se metió en el ejtante y el moso llegó y dice: —Ay, que mi amo me ha mandao que eche en el crematorio loj ejtantej viejo— Cuando lo agarró en el hombro, le dise ella: —Oye, bandido, ¿qué vaj a jaser?— Entonse dise él: ¡A quemáj1o!

Entonse cuando salió que iba lejo, mandó la mujer un chiquillo, onde la mamá del padre, que le dijera la mamá del padre que le pagara al moso por el ejtante lo que pidiera. Entonse, cuando la mamá del padre lo vio ir, le dise al moso: —Trátamelo con mucho cuidao que yo te lo compro—. Entonse jué cuando máj duro lo tiró contra el suelo. Entonse lo alevantó y vuerta y lo tiró. Cuando iba llegando al portal, vuerta y lo tiró. Entonces dise: —Cuánto pide usté por este ejtante? El le dijo que por treinta no se lo dejaba. Entonse ella le dise: —¿Cuánto quierej que te dé? Dijo él: —Sien dólares. Ella se loj dejó. El padre no vorvió a ir maj onde la mujer.

Entonse el moso se ponía a cantar; ella brava. Entonse, por la noche, le dise ella al esposo: —Cuándo vamo a salil de ejte hombre? Dise: —Tú por qué tienej odio? Dise ella: —El no ej malo pa tí, pero pa mí sí—. Le dise el hombre a la señora: —Vamoj a vel qué malej te ha hecho. —Dice ella: —Yo sabré. —Le dice él: —Bueno, pero yo quiero que me digas, porque pa mí, maj bueno no puede sel. No sé cuál ej el sijtema tuyo de tenejle odio—. Dice ella: —Yo sé por qué. Yo lo que quiero salil dé'l—. Entonse le contejta él: —Bueno, tú te arreglará con él, porque lo que soy yo no me meto en matajlo—.

Entonse dise a la mujer: —Eso es muy fácil pa tí, dijo el hombre.

Entonse ella dijcurrió de formar una conversación con el ejposo. Entonse dijo él: —Bueno, tú que dises que lo quiere matal vamo a vel de qué manera. Dise ella: —Bueno, vamoj a invitajlo a un paseo—. El marío dijo que sí.

El moso loj taba oyendo. Amanesió muy contento el moso, cuando le dice ella: —Vamoj a alijtano para ir al paseo—. Dice él: —Como no. Ejtamoj lijto.—Dise: —Bueno, patrona y vendremo aluego?. Dise ella: —Nombre: mañana.

Entonse, por la noche durmieron en un lajero, en el canto der saltito de una quebrá. Elloj se acomodaron loj trej en la orilla de la laja. Cuando llegó la medianoche, le dise la mujer al marío: —Oyeme, ya ej hora de que lo empuje.

Pero resulta que Pedro se había cambiao; se había metío en el medio y dejó al marío pa fuera. Entonse la ejposa le desía: —Ya ej hora que lo empuje! Pedro le desía que él no se atrevía y entonse ella lo empujó. Dejpuéj que lo empujó, le habló Pedro, y le dice: —Te yevó el diablo, porque veij ejtruido a tu ejposo. Erej muy hereje. Yo te voy a desil que yo me yamo Pedro Animal. Gosó

de ella y le dise: —Yo soy aquer quien no gujtabaj dé'l. Ahora me pagas, todo lo que a mí me da la gana. Le quitó toa la plata. El era casado con otra.

6.
LOS CINCO HERMANOS

Ejte era un señor hacendado quien tuvo cinco hijos y que no le dio educación para poderlos educar por su cuenta de ellos mijmo.

Ya cuando fueron hombrej todoj ya, lej llamó la atención el padre a sus hijos, que él no los había educado para que se educaran cada uno de su cuenta. Así que loj preparó para el viaje a laj ajpiraciones, al mismo tiempo todo cinco. A cada cual le dio un macho y mil peso para el ejtudio de cada uno.

Entonse todoj hisieron viaje despuej de haberle pedido la bendición, todoj loj cinco hermano se jueron junto por un camino.

Fue andar, andar y andar, pasar montañas, sierras y poblaciones, hasta que en una parte encontraron donde se diviían cinco caminos del que iban.

Bueno, el hermano máj viejo lej llamó la tensión de que cada uno siguiera el camino que le pareciera cada uno; entonse sembraron cada uno una mata de albahaca; era una seña de muerte pa loj que regresaban: si ayaba la mata muerta era seña de que el hermano había muerto, entonse que no lo ejperaran.

El hermano máj viejo cogió el camino a la derecha. Siguió caminando y caminando mucho tiempo, pasando hambre y tempestad, hajta que un día que iba caminando, oyó, en una montaña, una salomata y gritería y picando con jacha. Antonse él, por curiosidad, se jué derecho donde ejtaba la buya de loj trabajadore. Cuando ayegó ahí se encontró con una multitud de hombre trabajando una embarcación; eran carpintero y maejtro y cuanta cosa. Entonse él lej dio loj bueno día, saludándoloj a todoj y preguntando quién

era el dueño de ese trabajo y qué estaban hasiendo.

Entonse él salió el dueño y le dijo que era una gran embarcación. Entonse él se interesó tanto que le suplicó si podía enseñarle y que por cuánto podía enseñarle. Entonse le dijo que por mil peso. Entonse quedó aprendiendo ahí a haser embarcación, hajta que aprendió.

El segundo hermano cojió el segundo camino. Entonse jue andar y andar, hajta que se aburrió de andar, hajta que un día en un llano que ejtaba un hombre que ejtaba tirando para el aire con un rifle y cojía con la mano y comía. Él se vio tan asombrado que se jué para ensima de él a preguntarle qué ejtaba hasiendo. Dise: —Bueno día, señor—. Y no le contejtaba. Él se sorprendió, creyendo que ejtaba tratando con un loco. Volvía y le preguntaba repetidas veses y nada, no era posible que le contejtara. Entonse le dijo: —Válgame Dioj, señor, usté se encuentra loco o qué ej lo que le pasa. Yo lo veo tirando para el aire y apañando y comiendo. ¿Usté está loco?

No, señor, —le contejtó —no ejtoy loco. Ej que soy un gran tirador y ejtoy tirando mojcaj. Entonse dise el otro: —Y usté por cuánto me enseña a ser un gran tirador? El le dijo que por mil pesos.

Bueno, él quedó aprendiendo ayí, hajta que quedó siendo un gran tirador.

Bueno, el tercero cojió su camino: andar, andar y andar, hajta que un día se encontró con un hombre que ejtaba ejcuchando una "miel de tierra", añingotándose aquí, agachándose allá y acá y ejcuchando como algo que oía. Entonse él se ensimó para ensima y le dise: —Bueno día, señor. ¿Cómo está usté? Pero ejte no le contejtaba, y el hombre anda pa yá y anda pa cá y él detraj, hajta que ya se aburrió y le dijo: —Amigo, usté está ej loco, qué ej lo que ejtá hasiendo que no me quiere contejtar—. No, señor; no ejtoy loco. Lo que soy un gran adivinador, y estoy adivinando onde ejtán loj interese máj grande del mundo. Entonse él se interesó para que le enseñara a ser un gran adivinador y le preguntó cuánto le cobraba. El le contejtó que por mil pesos.

Bueno, él quedó ejtudiando ahí hajta que quedó siendo un gran adivinador.

Entonse, el cuarto, cojió su camino que máj le convenía y jue caminar día y noche, hajta que ya, al tanto caminar se encontró con un hombre dejbaratando una gran peña con puros sincelaso, con sinsel y barreta. Entonse él se ensimó ayá al ver loj chijpero del peñajco que se dejbarataban en el aire. Dejde lejo le gritaba para poder yegar ayá. Antonse el hombre paró y yegó y le salujdó y le

preguntó al herrero qué ejtaba hasiendo. Entonse él le dijo que era un gran herrero y taba dejbaratando ese peñajco. Entonse él le dijo que por cuánto le enseñaba a ser un gran herrero y él dijo que por mil peso también. El quedó aprendiendo a herrero hajta que aprendió ayí.

Entonse, el quinto, cojió el último camino a la ijquierda; andar, andar y pasar calamidades, hajta que un día ayegó a una parte onde había un hombre, ejtaba leyendo un gran libro al pie de un ataú. El cantaba, chiflaba, lloraba y leía el libro por varias vese. Entonse él se quedó tan asustado de ver a ese hombre que cantaba, chiflaba, lloraba y se ponía a leer el libro, hajta que llegó él y lo saludó: —Buenoj día, señor. ¿Qué le pasa señor, que está llorando, cantando, chiflando y leyendo el libro? Y éjte no le contejtaba nada. Y por repetidas vese, volvía y le preguntaba y le dijo: !Yo creo que usté ejtá loco, señor. Lo que ejtoy viendo no se lo he vijto haser a nadie.

Entonse él contejtó: —Ej que soy un gran resusitador y ejtoy resusitando ese muerto que ejtá dentro de esa caja. —Bueno, señor —dijo el hombre— si usté ej tan buen resusitador, por cuánto me enseña a ser un buen resusitador? Entonse él le dijo que por mil peso. Entonse quedó aprendiendo hajta que llegó a ser un gran resusitador.

Bueno, así se jueron pasando loj día y loj mese, hajta que se iba aproximando la fecha de encontrarse en la mijma sajunta de loj camino.

Así que todoj fueron regresando poco a poco, hajta encontrarse todo cinco en la mijma sajunta de loj camino. Hajta que por fin se llegó el plaso en que se encontraron todoj sano en la mijma forma que quedaron aplasadoj encontrase y de la alegría en que se encontraban no se contaron lo que lej había pasado y lo que habían ejtudiado. Entonse siguieron a la casa de su padre, quien loj recibió con una gran fiejta y alegría.

Nadie tuvo la curiosidad de explicarle al papá qué había ejtudiado, ni él tampoco ejtuvo en preguntarle a ninguno de elloj, qué era lo que habían aprendido.

Entonse ya un hijo, el que aprendió a ser el gran adivinador, se salió para el trajpatio de la casa y comensaba a añingotarse a haser variaj seremonia como el que ejtaba ejcuchando la miel de tierra.

El padre se puso muy trijte y yamó suj hijoj y creyó que su hijo ejtaba loco, al verlo haser varias seremonias raras.

Entonse, yamó a sus hijo y lej dijo lo que ejtaba pasando con el hermano de elloj. Entonse todoj se jueron ensima de él a preguntarle qué le pasaba y él no lej contejtaba absolutamente, namáj se añingotaba aquí y se leventaba ayá hasiendo varias semejansas.

Entonse, de tanto interrogarlo, todoj elloj, vino a contejtar, que él era un adivinador y ejtaba adivinando onde taban loj interese máj grande del mundo. Entonse el papá le dijo que le dijera a onde era que ejtaban loj intere máj grande.

Entonse, el hijo le contejtó que loj interese máj grande ejtaban en una peña en el ombligo del mar, donde había una princesa encantada, la máj bonita del mundo.

Entonse le dise el papá de'l: —De qué sirven esoj intereses así tan lejo, si no tenemo fasilidad de ir por falta de embarcación...?

Entonse contejtó el hijo máj viejo: —Por eso no, papá. Yo soy un gran carpintero y sí se trabajar laj embarcasione. Entonse dise el padre: —Bueno, hijo, póngale mano a la obra. Así que el hijo se jué a la montaña y construyó la embarcasión. Entonse hisieron el aliño de la embarcasión entre toditoj loj hermano y se embarcaron todoj. Cojieron rumbo hasia el centro del mar onde taba el tesoro encantado. Así, de tanto navegar, hajta que por fin, un día ayegaron a una roca muy alta, onde nadie podía subir.

Entonse, dise uno de loj hermano: —Bueno, hermano, tenemo que regresarno porque ej una roca muy alta y no hay aparejo pa subir ayá.

Entonse contejtó el hermano, que era un gran herrero: —Yo soy un gran herrero y yo puedo subir ayá.

Entonse le dijieron que pusiera mano a la obra y empesó a clavar perno, hajta subir arriba.

Entonse, al subir arriba, se encuentra con una imagen, que era una princesa, la máj linda del mundo; era una cara nunca vijta, según de hermosa. Entonse la princesa le dijo que iba a ser muerto, que iba a perder la vida de un momento a otro, porque ella ejtaba cuidá por una dragón jigantejco.

Entonse, él hiso poco caso. Comensó a cojer tesoro y a tirar abajo a la embarcasión, hajta que ya loj hermano le avisaron que ya la embarcasión

no podía máj.

Entonse, él, viendo que la niña se quedaba con todo el dolor de su corasón, la cojió en peso y la tiró abajo a la embarcasión, cayendo muerta instantáneamente. El se abajó a la embarcasión cuando vio la niña muerta, así que elloj no sabían qué jaser con ella, si arrojarla al mar o qué jaser.

Entonse, como ya taban tratando de tirarla al mar, salió el hermano que era el gran resusitador y dijo: —No la tiren al mar, que yo la voy a resusitar, yo soy un gran resusitador. Entonse, él sacó su libro de resusitador, se puso a chiflar, a cantar y ser varia seremonia, hajta que poco a poco, la princesa fue meneando loj braso y loj pie, hajta que abrió loj ojo y habló, quedando viva, completamente sana.

Entonse jue una alegría para todoj ello, al ver ese milagro del resusitador.

Pero al poco rato dejpué, se aparese un nubarrón negro sobre de'llo, en el sielo.

Entonse la prinsesa ejclamó: —Somoj perdido! Entonse le contejta uno de ello: Por qué? —¡Entérese! dijo ella —el dragón ej el que tá en ese remolino y va a hundir la embarcasión con todo nosotro.

Entonse, contejta el otro hermano: —Por eso no. Yo soy un gran tirador y enseguida lo tiro yo. Sacó su rifle hajta matajlo.

En ejte momento, la embarcasión iba andando mar ajuera, cuando el dragón loj persiguió y el tirador lo mató.

Elloj se jueron felise ya ejtando salvo. Entonse empesaron a ser laj parte del tesoro, que habían sacado de la peña. Al quedar laj parte dividíaj, quedó la niña sin partir.

Entonse el hermano máj viejo dise: –Ombe, yo creo que la niña no se puede partir en pedaso para cada uno y yo que soy el hermano maj viejo a mí me queda.

Entonse loj otro hermano no convinieron que le tocara a él, porque ello se encontraban con derecho también. El adivinador se ayaba con derecho, porque había adivinado onde se encontraba ella y el tesoro. El otro que hiso la embarcasión se ayaba con derecho como el hiso la embarcación para ir ayá. Entonse el otro se ayaba con derecho porque él fue quien subió arriba, quien arrojó el tesoro y quien arrojó la niña abajo a la embarcasión. El otro que la resusitó, tenía derecho también, porque la iban a tirar al mar y sino hubiera sío

por él, la hubieran tirao al mar. El otro hermano, porque tiró el dragón que iba a hundir la embarcasión.

Como todoj tenían derecho, todo querían la niña, ya se ejtaban para matar uno con otro en medio mar. Nadie quería el interéj ya, si no era la princesa.

Entonse la princesa, viendo lo que taba pasando, lej pidió a todoj que le dieran poder de jues para ella remediar la situación de loj hermano.

Entonse, todo contejtaron que sí. Entonse ella lej dise: —Vea, ujtede se van a matar por causa mía. Yo quiero que no se maten; así que llegamoj a tierra y llamamo un jues para que loj medee a todo ustede y no se vayan a matar.

Entonse volvió a reinar la alegría y el contento entre ello, hajta llegar a tierra.

Entonse, cuando llegaron a tierra, yamó al padre de loj cinco hermano, para que hisiera laj parte como era debido y no juera suseder nada.

Entonse, el padre jiso laj cinco parte del tesoro que habían ayao en el ombligo del mar. Entonse la princesa dijo que la podía partir en cinco parte. Entonse dijo que ésa era la única parte que le tocaba a él. El se quedó con la prinsesa. Y se acabó el cuento y se lo yevó el viento.

7.
EL ELEFANTE ALEJANDRÍA

Había una vez un padre de familia que tuvo tres hijos: el primero se llamaba Abraham; el segundo, Juan, y el tercero se llamaba José Luis.

El padre de estos muchachos buscó un solo padrino que se llamaba el Elefante Alejandría.

Ya este señor estaba muy aburrido de vivir solo, porque estaba muy lejos de esta ciudad, situada en la montaña. Entonces se acordó de su compadre. Dijo: —Me voy a ver si mi compadre me da mi primer ahijado—. Y se vino. Y hablando con el compadre le dijo que diera el primero; entonces, el compadre lo pensó mucho, pero se lo dio y se lo llevó. Al llegar, le dio buena comida.

La casa era muy grande, y antes de anochecer lo llevó al cuarto donde iba a dormir, donde había una cama de esprín y una buena hamaca y cigarrillos, y le dijo: —Tiene que levantarse temprano—. Llegó la hora de acostarse.

El padrino del muchacho se levantó muy de madrugada y lo llamó como a las tres de la mañana; el muchacho estaba dormido y no le contestó; lo llamó por tres veces y no le contestó; entonces entró al cuarto y lo latigueó con una correa y le dijo al ahijado que los hombres de trabajo se levantaban temprano y no amanecen dormidos. Le dijo: —Allí te queda el desayuno en el comedor y el café en el fogón, en la jarra, y el trabajo que le voy a dejar es leerme este libro tres veces. Cuando yo vengo, que haya terminado. Y el libro medía doce pulgadas de grueso, y se fue para la montaña.

El muchacho se desayunó y se puso a leer el libro. Ya lo había

leído una vez y la mitad de la segunda vez, cuando ya tenía mucha hambre. Dijo: —Voy a ver qué me dejó mi padrino de comer, y va a la mesa donde encontró un plato con un pedazo de carne todo gusanoso dijo, él solo, hablando; yo no como esa carne, que ni en mi casa las he comido nunca. Voy a ver los bollos —. También estaban viejos y llenos de limo verde y también dijo las mismas palabras que dijo con la carne. Se fue para la hamaca donde tenía el libro, y dijo: —No leo más, porque tengo mucha hambre.

Cuando vino el padrino, le dice: —¿Me hizo el trabajo? Sí padrino. Entonces le dijo una voz: —No ha terminado el trabajo; leyó el libro una vez y la mitad, y le dio mucha hambre y dijo: "voy a ver qué me dejó de comer mi padrino, y encontró la carne gusanosa y los bollos limosos; entonces dijo que él no comía esa porquería". El padrino vino y lo mató y lo tiró en un cuarto.

Se tuvo ocho días, desde el día que habían llegado, donde el compadre. Y dijo: —Voy a ver si mi compadre me da el otro ahijado para que me acompañe. Éste se fue a donde el compadre y le pidió el otro ahijado. Lo pensó mucho el compadre, pero se lo dio. Se fueron para dicha casona y llegaron y le dio de comer. Después de haber venido y comido, lo llevó al dicho cuarto donde había llevado al hermano, y le dijo las mismas palabras que le había dicho a Abraham. Juan se quedó en el cuarto; el padrino le dijo: —Allí tienes la cama, la hamaca, agua y cigarrillos—. Llegó la hora de acostarse y se acostaron.

Cuando llegó la madrugada, el padrino se levantó y llamó al ahijado. Pero ya éste estaba levantado, y el padrino le dijo: —Así me gustan los hombres, porque los hombres de trabajo se levantan temprano para ver lo que van a hacer. El trabajo que le dejo es leerme este libro tres veces; era el mismo libro que le había dejado al otro hermano. Y le dijo: —Allí te queda el desayuno en la mesa y en una de las gavetas de la mesa un pedazo de carne y unos bollos para que prepares y almuerces.

Juan tomó desayuno y se puso a leer y cuando eran las once y media, ya había leído una vez y la tercera parte del libro o es decir, casi la segunda vez. Entonces fue a ver qué le había dejado el padrino de comer: encontró un pedazo de carne podrida y llena de gusanos y los bollos llenos de limo verde y hedían a agrio y dijo: —Yo no como esa porquería, que ni en mi casa yo la he comido. Es decir, dijo lo mismo que el otro hermano. Se fue para donde estaba leyendo el libro y dijo: —No leo más; nada con hambre leo.

A las cinco de la tarde que vino el padrino, le preguntó: —¿Me hizo el trabajo? —Sí, contestó el muchacho. Y al decir esto, le contestó una voz: —No, no ha cumplido con el trabajo; es mentira. — Entonces el padrino lo mató y lo tiró en el cuarto que había tirado al otro.

Se estuvo como varios días después de este caso, o serían como quince días después de haber muerto al segundo ahijado. Volvió otra vez donde el compadre, a ver si el compadre le daba el otro ahijado. Y cuando llegó donde el compadre, le dijo: —Compa; vengo a buscar el otro ahijado.

El compadre le contestó: —Usted se llevó ya dos, cómo le voy a dar el otro; entonces con quién me voy a quedar...

Entonces el Elefante le dijo: —No, si los otros hermanos me dijeron que se lo pidiera que ellos querían estar juntos los tres para tener más armonía. Le rogó varias veces hasta que el compadre se convenció. Y entonces el Elefante le dejó una moneda en recompensa de las molestias. Entonces se fueron para la dicha casa y cuando llegaron ya era de noche; lo llevó al mismo cuarto donde habían dormido los otros hermanos.

El muchacho iba muy contento porque creía que iba a verse con sus hermanos. Pero cuando ya estuvo acostado, se acordó de sus hermanos y los esperó hasta que se rindió de sueño. Cuando ya eran las tres de la mañana, ya el muchacho estaba alevantado, que cuando el padrino lo fue a llamar, le dijo: —¿Qué dice, padrino? Entonces el padrino le dijo: —Así es que me gustan los hombres de trabajo que están muy temprano despiertos—. El ahijado le contestó: —Yo, José Luis, nunca amanezco dormido, padrino.

La fiera se iba a su montaña; entonces le dijo al ahijado: —El trabajo que te dejé es de leerme este libro, tres veces antes que yo venga—. Y el buen niño, apenas se fue el mostro, comenzó a leer hasta que le dio fatiga. —Voy a desayunar — dijo — porque ya tengo algo leído de mi tarea—. Así que se desayunó, prendió un cigarrillo y se lo fumó y dijo: —Voy a ver mi tarea y siguió leyendo hasta las doce y media del día, ya tengo mucha hambre—. Pero ya había leído la segunda vez del libro y tenía como tres pulgadas más. —Voy a ver qué me ha dejado de comer mi padrino—. Y encontró los mismos alimentos con las mismas condiciones que los anteriores. El muchacho dijo

que él era muy pobre y su padre, pero que nunca le había dado esta clase de comida, pero el muchacho se aconsejaba a él mismo y dijo: —Yo nunca he comido esa comida, pero dice el dicho que el hombre que no sale, no sabe de trabajo, pero esta carne me la como yo—. Hirvió agua y sancochó la carne y lavó los bollos con agua caliente. Hizo esto tres veces. Entonces saló la carne, le echó cebolla en rebanadas y la puso a freír y a la vez estaba virando los bollos. Cuando estuvo la carne, se la comió y dijo: —Está muy buena; ahora descanso una media hora para terminar mi trabajo. Así fue que terminó muy temprano; entonces dijo —Doy mil gracias a mi Dios que me ha dado fuerzas para terminar mi tarea y por ahí mismo se quedó dormido.

Cuando llegó el padrino, le preguntó: —¿Me hizo el trabajo?—. —Sí—. Y cuando dijo sí, una voz contestó: —Sí terminó el trabajo; leyó en la mañana dos veces y tres pulgadas más de la tercera leída. Contestó el padrino, así es que me gustan los hombres.

El muchacho permaneció en el cuarto. La siguiente madrugada, lo llamó el padrino, pero ya él estaba en pie y contestó: —¿Qué dice, padrino?—. El padrino contestó: —Así es que me gustan los hombres—. Y entró en el cuarto y le dijo al muchacho: —Aquí tiene este poco de yave que cada yave tiene su candado.

Todos estos cuartos estaban llenos de riqueza en distintas formas: había plata en cuarzo, plata en pedazo, plata en barra, en monedas gruesas y monedas medianas, había plata en la forma que usté quisiera. En las mismas condiciones, había en oro y había prendas en distintas formas, es decir, que todos los cuartos estaban ocupados con riquezas. Entonces el muchacho, desde que le entregaron las yaves, que fue como a las tres de la mañana, comenzó a abrir puertas y como a las seis menos cuarto le faltaba un cuarto por abrir y ya faltaban diez minutos para las seis, y abrió la puerta de un cuarto y vio un caballo lo más bello del mundo. Allí también estaba la silla y el freno, todo estaba adornado con oro.

El muchacho se encantó tanto que cogió el caballo y le puso la jáquima. El caballo le dijo: —Póngame todo, pero no me monte, hasta tanto yo le diga—. Pero el muchacho lo que quería montar ligero, pero el caballo no se dejaba. Ya faltando cinco minutos para las seis, le dice el caballo: —¿Quiere montarme? Vaya busque por esos cuartos un paquete de ceniza, un paquete de alfiler, un

paquete de jabón y un paquete de sal—. Esto lo sabía el caballo porque era del encanto.

Y el muchacho con ganas de montar el caballo; estaba muy apurado que todo este tiempo quería montar, pero el caballo no lo dejó, porque a la seis era la salida. Pero el muchacho se apuró tanto que faltando un minuto para la seis, le dijo el caballo: —¡Monte! Pero el caballo le dijo: —Estamos todavía en peligro de perderme; monte, pero agache en la puerta todo lo que pueda. Como tú toques algo de la puerta, somos perdidos.

Así fue que salieron y el joven rozó el sombrero en la puerta.

Cuando ya salieron, le dice el caballo: —Usted va a hacer lo que yo mando—. Y todos los paquetes que había ido a buscar, era para defensa del mostro. Si en el último no se lo ganaban, eran de muerte. Así pues, salieron de la dicha casa. El animal, como era de encanto, él corría velocidad y también volaba, para alcanzar a ver su enemigo. Cuando el enemigo iba cerca, le dice el caballo al joven. —Estamos en peligro; nos viene alcanzando el mostro, mi amo; agárrese porque voy a volar. Cuando yo le digo: tire un paquete, lo tira, pero a la parte atrás de mi cola; si lo tiras a la par o adelante, nos perdemos. Así lo hizo el muchacho. Cuando ya iban en peligro, iba la fiera alcanzándolos—. Tira el paquete, mi amo —dijo el caballo—, mucho cuidado—. Este paquete de ceniza se volvió un neblinal muy espeso, que la fiera perdió el camino, mientras éstos iban adelantando terreno.

Andar y andar, caminaba y volaba, hasta que se pasó la fiera y le dice el caballo: —Mi amo, estamos en peligro, se pasó el enemigo; alerta y mucho cuidado; agárrese que voy para el aire, viene alcanzándonos. Tire el paquete de alfiler—. Esto se volvió un cañaveral, que la fiera se detuvo y no los pudo alcanzar. Mientras, éstos iban adelantando camino. Andar y andar, iban muy lejos, cuando se pasó la fiera del cañaveral y le dice el caballo al muchacho: —Estamos en peligro, se pasó el enemigo—. Pero ya ellos iban muy lejos y le dice el caballo: —Mi amo, nos viene alcanzando, tamos en peligro, agárrese que voy para el aire; y así fue. Estando en el aire le tira el paquete de jabón y se volió un lajar feo, que no podía subir el enemigo. Mientras ellos iban ya lejos, y el enemigo luchó y luchó y luchó y luchó, hasta que se pasó. Y le dice el caballo: —Mi amo, estamos

en peligro, vamos a tirar el último recurso, y agárrese que voy para el aire—. Estando en el aire le tiró el paquete de sal y la sal se volvió un brazo de mar y ellos quedaron del otro lado. Pero el caballo le había dicho al joven que no fuera a decirle sí al padrino, que él tenía que llegar, que lo que iba a perder era el caballo. Pero como el caballo le había dicho que cuando quedaban del lado, que le quitara la silla y se pusiera a bañarlo.

Y cuando el mostro llegaba que le decía: —Ahijado, tráigame el caballo..., que le contestara que si lo quería que lo fuera a buscar, y el mostro se tiraba al agua, y como no sabía nadar, se aplanaba y tenía que regresar para el mismo lado. En fin, le decía el caballo: —No le digas nada, que lo venga a buscar. Esto se lo dijo hasta la tercera vez y el ahijado le contestaba siempre que lo fuera a buscar, y cuando le dijo la cuarta vez que le llevara el caballo, el ahijado le contestó: —Si lo quiere tanto al caballo, venga a buscarlo—. Cuando éste le dio esa respuesta, el Elefante se degoyó él mismo. Entonces salieron ya, cuando este animal se había matado y que habían ganado su lucha.

Se fueron para la ciudad y un poco antes de llegar a los arrabales, le dijo el caballo a José Luis, que se surcara un pañuelo por la cara, que él iba a quedar vuelto como un buboso y que él se iba a volver en un caballo flaquito peludo y la silla toda fea, enchicharroná. Esto lo hicieron antes de llegar a la ciudad vecina de donde venían.

Llegaron a la ciudad y se hospedaron en los arrabales, donde una señora que era méndiga; la señora méndiga los trató muy bien; el joven le pidió hospedaje para su caballo; la señora le mandó echar el caballo a un patio que tenía en la huerta. Entonces el muchacho decía que no, que si le daba un ranchito que tenía la señora; ella le dijo que sí; el joven metió su caballo y era todo su amor y su tesoro era el caballo.

Como la señora le dio de comer a él, ella le dijo que no le daba comida más buena porque ella recogía limosna era los domingos y no tenía plata. Entonces el joven la mandó que le aporriara la barriga al caballo y así lo hizo; cuando el caballo se peyó y al peerse cayó una moneda de oro que valía cien pesos y la señora se la llevó; el muchacho le dijo que la cogiera para que comprara comida y lo que necesitaba. Ella se fue a comprar su comida. Pero el joven le preguntó a la señora que dónde podría conseguir un trabajo. La señora le dijo que onde el rey podía conseguir.

Entonces el caballo lo mandó donde el rey, que consiguiera trabajo y consiguió. Pero el rey lo trató muy mal y le dijo que era un buboso y lo largó de allí y le dijo también que no le tocara ni los pilares de su casa; pero siempre lo mandó donde la hija que estaba en el balcón y ella le dio siempre trabajo de jardinero. La niña bajó a decirle cómo debía de hacer y siguió trabajando. Se fue a ver su caballito y le dijo todo lo que había pasado.

El caballo le dijo que eso tenía que pasarle, pero que él iba pasar mucho trabajo, pero él se casaba con la hija del rey. Pero que se dejara llevar de él, como debía de hacer.

Siguió trabajando bien; a él lo llamaban el buboso y él entendía.

Ya tenía dos meses de estar trabajando, cuando un día le dijo el caballo que se hiciera el loco y tumbara las flores y que contara las ramas.: éste lo hizo conforme le dijo su caballo.

Cuando la princesa se paró a lavarse; él estaba tumbando flores y ramas. La princesa le decía: —Recoge las hojas secas y maduras—. Pero él no le ponía cuidado, hasta que la princesa se puso brava y le tiró la espada para matarlo, pero no pudo porque él se la jugó y la cogió; ya no tumbó más flores ni ramas. La niña querría que le diera la espada y él decía: —No, este espada es mía—. Y que no contara con la espada.

Ya el caballo se lo había dicho que no entregara la espada, que por la espada iba a tener compromiso de matrimonio. Y así fue.

El dicho buboso le dijo la niña que él si le entregaba la espada, pero si firmaba un documento de compromiso y que al día siguiente se casaban. Al firmar este documento, él le dijo: —Yo no sé firmar—. Entonces ella le dijo que ella firmaba por él. Cuando se lo leyó y que iban a firmar, dice él: —Mas que no pueda, yo voy a firmar y firmó. Cuando la niña vio la letra, la halló linda, más linda que ninguna letra.

Cuando al día siguiente que iba bien aconsejado del caballo fue a entregar la espada, era por la mañana, y le dijo la niña que a dónde estaba su espada; él le contestó que si se casaba con él, él le daba la espada. Entonces ella dijo que no, porque ella no sabía si su papá la dejaba casar; él le dijo que eso no tenía que hacer y que ésa no eran palabras.

Al ver que éste no le iba a entregar la espada, se obligó a decir que sí se casaba. Pero el buboso le dijo que le diera el documento y se lo dio.

Ya el rey quería matar al buboso. Pero el buboso le dijo al rey que su hija estaba comprometida con él para casarse. Entonces el rey mandó a su hija y al muchacho a vivir en un gallinero. Ya el buboso no tenía sueldo, ya recogía limosna y con eso se mantenía. Cuando marchó a la hija, él se puso enfermo de las vistas; buscó remedio en su mismo pueblo y no hubo quién.

En eso, se le presentó una guerra, que lo venían a atacar y él no podía solucionar este problema porque estaba enfermo de las vistas.

Entonces se ofrecieron los dos yernos y en esto vino el buboso a decirle que él estaba a la disposición de él; lo que dijo el rey: que se largara de allí, que él hedía mucho. El muchacho le contestó: —Aunque no me quieran voy a ir—, y se fue. Cuando iban para el frente, tenían que pasar una laguna que atacaba y sólo los caballos fuertes eran los que se salían del ñango.

Los otros yernos del rey, cuando pasaron por la laguna, le pegaron unos cuerasos y lo insultaron y después que se fueron, le dijo el caballo: —Mi amo, límpiese la cara con el pañuelo—. Y quedó el hombre más perfecto y el caballo se sacudió y quedó hermoso como antes y se fueron; alcanzó a los dos caballeros y pasó, cuando ya venía de regreso con su bandera blanca, que había ganado la guerra. Entonces los dos hombres le hicieron una pregunta y una propuesta al hombre elegante del caballo lindo: le ofrecieron plata, pero no la aceptó, sino que les dijo que si se dejaban poner el casco del caballo en la nalga, les daba la bandera; estos dijeron que sí. El casco del caballo era como una marca que dejaba para toda la vida. El muchacho se vino adelante y llegó a la laguna; entonces lo dijo el caballo que se pasara el pañuelo por la cara y que se bajara para sacudirse y quedar lo mismo que antes. Cuando pasaron de regreso, los yernos del rey le volvieron a pegar. Los yernos del rey llegaron a su casa y le entregaron la bandera de paz, que habían ganado la guerra. Pero en ese mismo día el rey les dijo que necesitaba un médico y que fueran a buscarlo. Éstos se fueron, pero también el yerno buboso. Cuando él vino con el doctor, ya habían llegado los otros, y llegando de los arrabales, le dijo al doctor que siguiera, que él no podía llegar a esa casa junto con él porque el rey lo odiaba y no quería saber de'l.

Los dos doctores examinaron al rey, pero no le encontraron nada; estos dos doctores eran los que habían traído los dos yernos del rey. Cuando lo

examinó el doctor que había traído el buboso, el doctor le dijo: —Usted se cura con un lavado en los ojos, pero con el agua que bebía el Elefante Alejandría.

El doctor ordenó que fueran a buscar el agua; los dos yernos del rey fueron a buscar el agua. Poco después buboso fue a la del rey y le dijo que él estaba a su disposición para ir a buscar el agua y que le dieran una vasija para traerla. El rey le dijo al buboso delante de los doctores que se largara y que él no podía estar entre medio de la gente. El doctor que ordenó el agua le dijo al rey que eso no importaba y que mandara que dieran una basenilla sucia. El buboso dijo: —Está bien, mi majestad. Aquí mismo le traigo, aunque la basenilla esté sucia. Como su estado era de encanto, en un momento estuvo en la laguna, donde lo encontraron los yernos del rey y volvieron y le pegaron. Ya habían pasado los dos yernos del rey, cuando el caballo le dijo al muchacho:

—Mi amo, límpiese la cara con el pañuelo y bájese que me voy a sacudir: de una vez quedó convertido en un penco de hombre y el caballo muy hermoso. Y como el caballo era encantado, volaba; en un momentico estuvo en el castillo de su padrino. Llegó, se acostó en una hamaca y quedó convertido en señor. Cuando llegaron los yernos del rey, ya estaba descansando. Entonces los hombres le pidieron el agua y se las dio, pero les dio del agua que no era.

Cuando ya los hombres habían hacido rato que se habían ido, él cogió la basenilla, la llenó de agua, pero la de donde bebía el padrino. Después de haber cogido el agua, se vino, se alcanzó los hombres y se los pasó. Cuando llegó a la laguna se convirtió en el buboso de antes para darle entender a los yernos del rey que todavía está ahí atacado; volvieron y le pegaron. Y cuando los yernos llegaron, le dieron el agua al doctor; el doctor la examinó y dijo que esa agua no era. Y cuando llegó el buboso con su agua, se la dio al doctor y enseguida la examinó y dijo que ésa sí era el agua, pero lo que tenía era que estaba un poco sucia porque la vasija estaba sucia y que tenían que colarla. Colaron el agua, le hicieron el lavado al rey y se curó. Cuando ya estaba bien del todo, que veía bien, el doctor le dijo al rey que él le debía la vista al buboso y que tenía que quererlo, porque le había dado la vista y que la vista le había quedado como a un niño de doce años. Entonces subieron al buboso en brazos y lo pasiaron en la casa.

Entonces fue cuando celebró el matrimonio del buboso; el rey se lo iba a celebrar. El matrimonio se hizo a los tres días después de haber conseguido la

vista. Las hermanas fueron a vestir a la muchacha del buboso, pero cuando al abrir la cajeta del traje, se quedaron con la boca abierta, porque nunca habían visto un traje tan lindo. Se casaron; el desayuno lo tomaron en la casa del rey; pero cuando terminaron de desayunar, el muchacho le dijo al rey que la celebración del matrimonio iba a ser en el palacio de'l.

Antes de salir para el castillo, le hizo ver al rey que así como buscó el agua para que viera, así mismo se había ganado la bandera de la guerra que venía atacarlo y también trajo el mejor médico.

Le preguntó el rey que si tenía pruebas; entonces José Luis le dijo que sí, que le dijera a sus otros yernos que le mostraran la marca del casco de su caballo.

El rey se fue junto con su yerno para el castillo del Elefante Alejandría, que cuyo dueño era el ahijado que se llamaba José Luis Alejandría. El rey se quedó con los príncipes unos quince días y los tres fueron felices.

8.
JUANITO
Y EL OGRO DEL PALACIO ENCANTADO

Era una señora que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juanito. Pero la señora estaba muy enferma y murió muy pronto. Entonces el hijo mayor, Pedro, le dijo a sus hermanos que se iba a rodar tierra, que dejaba una matita de verdolaga y que si la mata se moría, era porque él había muerto.

Pedro se fue en busca del ogro del palacio encantado. Este ogro tenía una niña prisionera y era muy rico, pues todo el que pasaba junto al palacio, si el ogro lo veía, lo convertía en piedra y si llevaba riquezas, las cogía el ogro.

Pedro siguió el camino, y se topó con un señor que tenía muchas llagas; el señor le dijo que le hiciera el favor de limpiarle las llagas y le contestó que él no era mozo de ninguno y menos de un viejo tan cochino. Más adelante, Pedro se encontró con una casa solitaria que estaba encantada y sólo había, tendida en un alambre, una camisa. Pedro se pasó junto a la caserona y una voz le dijo que se midiera la camisa; que si le quedaba, le quitaba el encanto de la casa. Pedro lo hizo, pero la camisa no le quedó; éste no le importó y siguió caminando hasta que se topó con un gallo y un halcón que estaban peleando; entonces oyó una voz que le dijo que los desapartara. Pedro lo intentó pero salió todo arañado sin desapartarlos. Al día siguiente, como a las doce, llegó al palacio y tocó la puerta, pero el ogro venía ya del monte y lo vio y enseguida lo convirtió en piedra.

Pablo y Juanito, que estaban pendientes de la matita de verdolaga, se dispusieron cuando vieron morirse la matita. Entonces Pablo le dijo a Juanito que se iba a vengar a su hermano y para si sufriera la suerte que él sufriera, también le dejaba una matita de verdolaga.

Pablo corrió la misma suerte que Pedro. Entonces Juanito se alistó y fue a

vengar a sus hermanos.

Cuando Juanito se topó con el viejo llagoso, le lavó las llagas y le dio una muda de ropa, el viejito quedó muy agradecido y le dijo las palabras mágicas que quitaban el encanto de la casa. Cuando Juanito llegó a la casa, dijo las palabras mágicas, la camisa se achicó hasta que le quedó a Juanito y la casa se desencantó. Entonces el dueño de la casa le dijo que para poder desapartar el gallo y el halcón, tenía que buscar agua de un pozo que estaba a cinco kilómetros de allí y echarle el agua a los animales. Juanito hizo lo que el viejo le dijo y los animales dejaron de pelear. El gallo salió huyendo, pero el halcón le dijo a Juanito que estaba muy agradecido y por eso le iba a dar el poder de convertirse en halcón cuando quisiera.

Juanito se volvió halcón y se fue al palacio y se puso en una rama del árbol que había en el patio. La niña estaba jugando; lo vio y le dijo que por qué estaba allí; entonces Juanito le dijo que le dijera al ogro que lo cogiera. La niña le dijo al ogro y éste lo cogió al halcón.

Al día siguiente, cuando el ogro se fue para el monte, Juanito se convirtió otra vez en Juanito y le preguntó a la niña que cómo tenía que hacer para matar al ogro; la niña le dijo que tenía que matar la primera paloma que matara por un cerro que estaba junto al palacio, después de las cuatro de la mañana y sacarle los huevos, los cuales tenía que estrellarlos al ogro en la frente.

Juanito mató la paloma y cogió los huevos y los guardó. Entonces, en la noche, fue con la niña donde dormía el ogro y le estrellaron los huevos en la frente; el ogro se murió se acabó el encantamiento del palacio. Los hermanos de Juanito, Pedro y Pablo, junto con miles de personas que estaban convertidos en piedra, volvieron a cobrar vida y todos le daban a Juanito la mitad de su fortuna.

Juanito fue feliz, viviendo en el palacio, con Carmen que se llamaba la niña. Lo mismo que sus dos hermanos, en su pueblo natal.

9.
DON LUIS EL ENCANTADO

Era una vez una señora que tenía cuatro hijos: tres varones y una mujercita, la que se llamaba Juana. Éstos se dedicaban a la agricultura. Todos los días a Juana la mamá la mandada a dejarle la comida a sus hermanos al monte.

Cierto día, Juana dijo a sus hermanos que una voz siempre le salía en el camino y le decía: —¡Espérame allí!—. Que sentía miedo; que la fueran a acompañar. Pero estos, siempre que ella les decía esto, le decían que eran mentiras de ella y que decía eso para no venir a dejar la comida. Así pues que no le hicieron caso y Juana les dijo que si no le creían, cuando regresaba iba a esperar la voz para que se la llevara, y así fue que al regresar la voz otra vez le habló y la esperó y entonces se le apareció un hombre que se volvía pájaro y se la llevó.

Cuando en la tarde llegaron sus hermanos y preguntaron por su hermanita, su mamá les dijo que no había regresado, que creía que se había quedado para venir con ellos, pero estos dijeron que no y pensaron que aquello que ella les decía era verdad y se pusieron muy tristes.

Uno de los primeros de sus hermanos le dijo a la mamá que le acomodara un bastimento para madrugarse ese otro día, para ir en busca de su hermana. Ésta se lo acomodó y se fue. Después de andar bastante, se encontró con una hacienda, y preguntó: —¿De quién es esta hacienda?— Y le contestaron: —De Don Luis Encantado que vive en alto y peña, tiene una niña más bella que una estrella—. Y dijo él: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella.

Y uno de los empleados de la hacienda le dijo: —Juega este toro; si no te tumba, eres de vida; pero si te tumba, eres de muerte. — Éste lo jugó, pero lo tumbó. Él siguió y después de andar bastante, se encontró con una piara y él

preguntó: —¿De quién es esta piara?—. Le contestaron: —De Don Luis Encantado que vive en alto y peña, tiene una niña más bella que una estrella—. Y él le contestó: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella—. Y un señor le dijo: —Mata este puerco y si no chilla eres de vida, y si chilla eres de muerte—. Éste lo mató y chilló, pero él siguió y después de andar se encontró con una lavandera en un río y preguntó: —¿De quién es esa ropa que lava?—. Y le contestaron: —De Don Luis Encantado que vive en alto y peña, tiene una niña más bella que una estrella—. Y él contestó: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella—. Y éste le dijo: —Mídete este pantalón; si te queda, eres de vida; si no te queda, eres de muerte—. Éste trató de medírselo, pero no le quedó, y siguió su camino hasta que vio un hermoso castillo, y cuál fue su sorpresa cuando él vio a su hermana que molía masa porque ése era el trabajo que ella hacía. Al ver a su hermano, le dijo: —¡Ay, hermanito! ¿Por qué has venido? ¿No sabes que Don Luis te puede comer?—. Cuando en eso oyó un ruido y era Don Luis que venía y le dijo al hermano: —Escóndete en esta puerta; pueda que no te halle—.

Cuando llegó Don Luis, enseguida dijo: ¡Fó! ¡Fó! Me huele a carne humana, si me la hallo me la como—. Y la niña le dijo: —Aquí no hay nadie—. Pero él no le hizo caso y buscó hasta que halló y se lo comió.

Mientras tanto, en la casa estaban preocupados y el segundo de los hermanos dispuso irse para saber lo que le había pasado al otro hermano, pero en el camino le pasó lo mismo que al anterior.

El último hermano, viendo que no regresaban, también dispuso irse y así lo hizo. Después de andar bastante, se encontró con la hacienda y preguntó de quién era y le dijeron que Don Luis vivía en alto y peña; tiene una niña más bella que una estrella. Y él decía: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella.

Le dijeron que jugara un toro y si no lo tumbaba el toro, era de vida; pero que si el toro lo tumbaba, era de muerte. Lo jugó y venció al toro; así, pues, que iba de vida.

Más adelante, se encuentra con la piara; le dijeron que era de Don Luis y que si mataba un puerco sin chillar, era de vida; él lo mató y no chilló y siguió, cuando se encontró con la lavandera, preguntó y le dijo que era de Don Luis que vivía en alto y peña y tenía una niña que era más bella que una estrella. —Ésa es mi hermana, yo voy por ella, contestó él. La lavandera le

dijo: —Mídase esta ropa: si le queda, es de vida; pero si no le queda, es de muerte—. Se la midió y parece que hubiese sido hecha a la medida de él.

Siguió. Después de andar, se sentó al lado del camino y se puso a comer el bastimento que llevaba. Cuando estaba comiendo, vio una hormiga que quería comer de lo que él tenía y le echó unas migajas. Ésta, muy contenta, y para agradecerle, vino y se sacudió y le dio una patita y le dijo: —Toma esta patita y en el peligro que te encuentres, di: "Dios y una hormiga"—. Éste le dio las gracias y siguió; cuando por fin vio un castillo, se dirigió allá y vio a su hermanita moliendo, que al verlo, le dijo: —Hermanito: ¿para qué has venido? ¿No sabes que Don Luis te va a comer como a mis otros dos hermanos?—Pero éste le contestó: que nó, que a él no se lo comería, que le avisara cuándo Don Luis venía, y que cuando él viniera, y después que había comido y estaba refrescándose, le preguntara dónde tenía él la vida para ella saber en caso de que le pasara algo a él. Y así fue, que cuando venía, ésta le avisó y el hermano dijo: —¡Dios y hormiga!—, y se transformó en hormiga. Así que, cuando Don Luis vino, le olió a carne humana, buscó pero no encontró nada, y después que comió se acostó en su hamaca y la niña se le acercó y con cariño le preguntó que dónde tenía la vida y él le dijo que su vida la tenía a la orilla del mar, en un palo de higuerón, que cuando a ese palo le tumbaban una rama, enseguida él se venía para su casa con dolor de cabeza y cuando al palo lo tumbaba, de él salía una venada corriendo y si la mataban, salía una paloma volando; cuando a ésta la mataban, salía un huevo que iba en dirección al mar. Si a éste lo apañaban, él estaba bien grave y a ese huevo tenían que rompérselo en la frente para entonces morirse.

Toda esta conversación la oyó el muchacho y cuando Don Luis se fue, él se transformó en persona y le dijo a su hermanita que no le contara nada, que él la había oído toda; que solamente le diera una escopeta y una hacha. Enseguida llegó Don Luis a su casa mal. Cuando ya lo hubo tumbado, salió la venada corriendo y con su rifle enseguida la mató. Salió el huevo y también lo apañó con su sombrero. Después de tenerlo en sus manos, se fue a la casa de Don Luis que estaba bien grave y le dijo que le arrojara sus dos hermanos. Éste los arrojó y le quebró el huevo en la frente y enseguida murió. Los cuatro se fueron a su casa muy contentos y todas las riquezas de Don Luis le quedaron a la niña.

10.
EL PÁJARO GRIFO

Éste era un señor que tenía tres hijos; al que más quería era al más pequeño que se llamaba Luis.

En un país cerca donde él vivía, había un rey que tenía una hija. Ésta sufría de una enfermedad que sólo podía curarse con la manzana más roja que alguien le llevara.

Esta noticia se publicó por todo el país. Los hijos de Joaquín, que así se llamaba el hombre, supieron esto y llevaron manzanas y al pasar por un camino, encontraron a un enano. Éste le pidió algo de comer y preguntó hacia dónde marchaba; Pedro respondió con grosería que a él no le interesaba hacia dónde marchaba y lo que él llevaba allí eran piedras; el enano respondió que en piedras se habían de convertir y que una gran paliza le daría.

Pedro entró a la casa del rey y no logró conseguir nada y regresó a su casa.

Fue el segundo y le pasó lo mismo; luego fue Luis, el más chico, a quien Joaquín quería más, sólo había una manzana en un árbol.

Luis le pidió permiso a su padre para ir a la casa del rey; Joaquín no quería, temía le sucediese algo, lo mismo que los otros hermanos. En el camino, Luis se encontró con el enano; éste le preguntó que qué llevaba y así a dónde iba y que le diera algo de comer. Luis le dio un pedazo de pan y le dijo que llevaba una manzana para ver si podía curar la enfermedad de la hija del rey.

El enano le dijo que él le ayudaría a conseguir eso.

Luis lo llevó al rey la manzana, la princesa se la comió y mejoró su enfermedad. El rey dijo que para poder casarse con ella, era necesario la pluma del pájaro grifo, hacer un barco que navegara por mar, tierra y aire. De inmediato pensó que esto no lo conseguiría, pero sin embargo se dedicó a construir el barco.

Un día que andaba por el bosque, se encontró con el enano que le había ofrecido ayuda y le preguntó qué hacía; Luis le contestó que una obra muy difícil; el enano le dijo que no entristeciera que él solo lo haría.

Después de varios meses, logró llevar el barco a casa del rey, ya que él había hecho esto con el fin de que su hija no se casara con él. Luego le mandó así al lugar donde se encontraba el pájaro grifo y le trajera una pluma. Para llegar a dicho lugar, tenía que pasar por un inmenso río y el señor que remaba en la canoa tenía varios años de estar allí. Luis le dijo que lo pasara, que él iba donde estaba el pájaro grifo; el remador le dijo que lo pasaba con el compromiso de que le preguntara al pájaro donde se encontraban las llaves del castillo que tenía mucho tesoro.

Luis logró llegar al bosque donde se encontraba este pájaro; él no estaba allí ; sólo se encontraba una anciana que cuidaba al dichoso pájaro. La anciana le dijo que se fuera, que allí vivía el pájaro grifo que tenía cabeza de pájaro y cuerpo de león, cubierto de vistosas plumas. Luis le respondió que había llegado con el fin de conseguir una de ellas y hacerle ciertas preguntas. Luis le dijo a la anciana que lo escondiera donde el pájaro no pudiera encontrarlo.

Ya era tarde cuando llegó el pájaro; sintió un olor a gente y le preguntó quién había estado allí; ésta le contestó que había ido un chico pero que se había marchado. Cuando el pájaro se durmió, la vieja avisó a Luis para que cogiera la pluma; el pájaro despertó cuando Luis cogió la pluma y dijo que alguien lo había tocado; la vieja le contestó que era ella la que lo había arropado y le dijo que le contestara las siguientes preguntas: dónde se encontraban las llaves del castillo y qué haría ese señor que remaba en ese río por encanto.

El pájaro grifo dijo que las llaves del castillo se encontraban enterradas junto a la puerta del castillo y que lo que debía hacer el remador era que cuando pasaba alguien, le entregase el remo; el muchacho oyó la respuesta y dio las gracias a la vieja y salió.

El remador preguntó a Luis qué le había dicho el pájaro grifo; Luis dijo que se lo diría después que le pasaba al otro lado. Cuando Luis estuvo al otro lado, le dijo que el pájaro le había dicho que cuando pasaba alguien por allí, le pusiera el remo en la mano. El señor lo llamó para que él cogiera el remo, pero éste no hizo caso.

Llegó al castillo y dijo: —Las llaves se encuentran enterradas jun-

to a la puerta del castillo.

Lograron abrir el castillo y llevó gran tesoro para la hija del rey. El rey, entusiasmado por lo que Luis había llevado, fue allá para ver si podía conseguir tesoro. El remador le puso el remo en la mano y quedó encantado para siempre en este río. La princesa se casó con Luis y disfrutaron de gran felicidad. Se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

11.
EL AGUA DE LA VIDA

Éste era una vez que una humilde anciana vivía con sus tres hijos. Eran muy felices, hasta cuando cayó enferma la señora y ya se estaba muriendo, pues todos los curanderos del pueblo habían venido a curarla, pero ninguno le quitó el mal.

Uno de los hijos hizo venir a una vieja curandera, casi olvidada por el pueblo. Ésta, al llegar y ver a la señora, le dijo a sus hijos: —Esta señora le queda muy pocos días de vida y con lo único que se puede curar, es bebiendo el agua de la vida.

El mayor de los hijos de la señora dijo: —Yo seré el que iré a buscar ese remedio—. La vieja curandera le dijo que estaba bien, que ella le iba a decir dónde quedaba esa fuente del agua de la vida. Le dijo: —Tienes que cruzar muchas montañas, derribar muchos dragones y que si lo llamaran, que no volviera para atrás, y que si se encontrara con alguno, que no le rechazara el hacer favores a alguno.

Así fue, y el día siguiente se fue el mayor que se llamaba Juan. Al llegar a una quebrada, una anciana estaba llorando y al ver a Juan, le dice: — Buen muchacho, ¿llevas prisa? Hacedme el favor de cruzarme a la otra orilla. Al verla Juan, le dijo: —¿Qué crees, vieja, que estoy hecho para cargarte? Y siguió su camino; la vieja, disgustada, lo maldijo.

Llegó la noche y Juan todavía seguía su camino. Ya ha cruzado la montaña de oro y la de plata. A la mañana siguiente, llegando al monte del dragón, oyó que lo llamaban. Éste, no queriendo obedecer los consejos de la vieja curandera, volvió a ver hacia atrás; en ese momento se convirtió en una piedra.

Pasaron dos días y no volvía Juan, y entonces Miguel dijo: —Yo voy a buscar esa agua—. Y al día siguiente partía, pero le sucedió lo mismo que a Juan. Pasó otros dos días más y Pedro, viendo que no venía Miguel ni Juan, decidió irse. La vieja curandera le dio los mismos consejos.

Al día siguiente, muy temprano, partió Pedro. Al llegar a la quebrada, vio la anciana llorando y le dijo: —Buen muchacho, ¿lleváis prisa? Hacedme el favor de cruzarme a la otra orilla—. Al ver este pedido, Pedro le dijo: —Llevo prisa, señora, pero le haré el favor de cruzarla al otro lado de la quebrada—. Así lo hizo.

Al llegar a la otra orilla, Pedro bajó a la señora y ésta le preguntó: —¿No te duele la espalda?—. El muchacho le dijo: —Sí, señora. Mire cómo está mi espalda toda cortada y derramando sangre. Fíjese cómo tengo la ropa. Pero no importa, ya le hice ese favor que me gusta habérselo hecho.

La señora lo llamó y le dio una piedra que ella le otorgara el favor. Pedro agradeció a la señora y se fue. Cruzó el monte de oro y el de plata y llegando al del dragón, sintió que le llamaban y acordándose de los consejos de la vieja curandera, no volvió su vista atrás.

Siguió su camino; al llegar al monte del dragón, se le apareció uno y venía el dragón encima y se acordó Pedro de la piedra y le pidió que cortara las siete cabezas del dragón y así sucedió. Pedro cruzó el monte y al llegar al otro lado, oía una bulla inmensa: era del agua de la vida, y éste le pidió a la piedra que le concediera el deseo de poder llegar hasta donde se encontraba el agua, y así fue. Al llegar al arroyo, se encontró con un águila, que le dijo: —Pedro; tomad esa jarra que está en un rincón, coged de esa agua y bebed. Llévate si quieres y al ir en tu camino, riega gotas de agua por donde pases y no vuelvas a mirar atrás hasta que hayas llegado a tu casa.

Y así lo hizo Pedro y por su camino regaba las gotas de agua. Faltaba una hora para que la mamá de Pedro muriera si no bebía del agua esa y cuando llegaba Pedro, le faltaba medio minuto. Al entrar a la casa, dice la vieja curandera: —Ya era tiempo, muchacho, le falta muy poco tiempo de vida a tu madre; busca un vaso y sal de aquí—. Pedro fue en busca del vaso y se lo dio a la vieja curandera. Ésta le dio el agua, pronunciando unas palabras raras y la anciana recuperó vida; estaba como nueva.

Luego le dice la vieja curandera a Pedro: —Asómate a la puerta y ya veráis algo que Dios te compensará, dándote bienes y fortuna. Al mirar Pedro, vio una multitud de gente y entre ellos, Juan y Miguel, que él les había dado vida, regando gotas del agua de la vida. Después de un tiempo, Pedro se casó, siendo muy feliz, cumpliéndose las palabras de la vieja curandera.

12.
EL NAVÍO

Éjte era un señor que tuvo trej hijo. Ejte señor era un hombre acomodao. Un rey de una siudá había dicho que el que hasía un navío que anduviera por agua y por tierra y por aire, se casaba con su princesa de'l rey.

Loj hijo de ejte señor pensaron en laj palabra que había votado el rey.

El hijo de ejte señor, el máj viejo, dijo: —Yo voy aser el navío y le pidió a su papá que le diera dinero pa él aser el navío y éjte le dio dinero, y el muchacho se jue a tumbar el palo que por sierto era muy espesial, pa ejta clase de trabajo. Ejte muchacho bujcó suj peone y compró todo lo que necesitaba para trabajar, que jueron: jierro de trabajo y alimentación. Ya ejtaban en ejte trabajo y salían a comer a laj dose del día; ya ejte palo ejtaba lo máj cayendo. Puej se jueron a onde taban jasiendo la comía y en eso que elloj yegan, también yega un agüelito y le pide agua y ejte muchacho le niega el agua al agüelo, y el agüelo le pidió comida y le dise: —Yo no tengo comida pa regalar, ni alcansa pa los piones. Contejta el agüelito: —Anda, que te irá muy bien.

Dejpué que había reposao la comida se jueron a trabajar, que ya eyoj creía que ya ejtaban acabando de tumbar el árbor. Cuando va, ejtá el palo intacto, como si no le habían jecho nada. Se pusieron jachar nuevamente y todaj laj jacha se'lej ejboquinaron y se puso bravo y dejó el palo. Cuando llegó éjte a la casabravo, dijo: —Yo no jago el navío, porque no pude tumbar el palo—. Dise el otro hijo maj nuevo: —Yo sí lo voy aser—. Y se alijtó y le pidió al papá y se acomodaron y se jue al día siguiente y comensaron a tumbar el palo. Cuando ya, a laj dose del día, ejtaba el palo ya cayendo, le dise el muchacho: —Noj vamo. Porque mientra comemo, eai el palo—. Cuando elloj yegan, también yega el agüelito y le dise: —Buen joven: regáleme un poco de agua que me

ejtoy secando de sede—. Dise el muchacho: —Yo tengo agua, porque no me alcansa pa loj peone—. Y le pidió comida; también se la negó. —¡Anda, muchacho!— dijo el agüelo y se jue. Y elloj quedaron ayí. Así que reposaron la comía, se jueron a cabar de tumbar el palo y le incuentran lo mijmo como lo habían comensao por la mañana. Se puso bravo. Dice: —Noj vamo, porque yo no voy a cabar de jacer naa—. Y se jueron pa la casa.

Al llegar a la casa, dise el hermano máj nuevo: —Yo sí voy aser el navío, si Dioj quiere. Ejte, dejde ante de comensar, se acordó primeramente de Dioj y se alijtó. Le pidió a su papá que le diera dinero que él iba aser el navío, si Dioj quería, y se jue con su gente que había bujcao pa trabajar y yegaron a la dicha parte onde taba el palo. Ya cuando eran laj dose del día, ejtaba el palo cayendo y dise Alberto con su gente: —Noj vamo a comer, porque mientraj que comemo, se cae el palo—. Y así fue: cuando elloj ejtaban a medio comer, cayó el palo, pero cuando ejtoj yegaron a donde taban jasiendo la comía, yegó también el agüelito y le pidió agua, le contejtó Alberto: —Sí, como no; el agua no se niega a nadie porque el agua ej de Dioj, ej pa too el mundo. Y el agüelito le pidió comía y le contejta Alberto: —Sí, como no. Pero usté va comer junto conmigo. Y comieron.

El muchacho le dise al agüelito: —Quédese aquí, que nojotroj noj vamo a trabajar— Y se pusieron a dejpencar . Ya cuando acabaron de dejpencar el palo, ya eran la cinco de la tarde y sejueron pa su casa.

El viejito le dise a Alberto: —Váyase pa su casa que yo le voy a jacer el navío—. Ejte Alberto se jue muy tranquilo pa su casa y vorvió el día siguiente, cuando lo ejtaba ejperando el viejito y le dise: —Aquíe ejtá tu navio. Tú ere el hombre que te vaj a casar con la hija del rey. Jaga la prueba con el navío pa que vea—. Y salió Alberto y jayó muy bien su navío. Le dijo el viejito a Alberto: —Lo único que te encargo, que recojas todo el que encuentre por tu camino y llévatelo.

Así lo jiso Alberto, y el primero que encuentra ej un jombre que taba amarrándose un riel de un pie, para coger un venau. Y le dice Alberto: —¡Véngase!—. Dise el otro: —Ejpérate un momento que ahora mejmo lo cojo—. Y el venado ejtaba por la mitá del llano, y le dice Alberto: —¡Qué vaj a cojer ese venau!—. Y le dijo que se ejperara un momento, y arranca y se pasó al venau y regresa para trás y lo coje por loj cacho y lo trajo a donde taba,

Alberto y entonse lo sortó y montó en el navío y este hombre se llamaba Correrín, y se jueron anda y anda y camina y camina.

Máj alante se encuentra con un hombre y le dise Alberto al hombre: —¿Qué hase aquí?—. Le dise el hombre: —Voy a beber un poquito de agua—. Y se pone a tomar el agua. Cuando acordó Alberto, taban loj pejcao y sardina saltando en el arenero porque taba completamente seco el río y montó en el navío que lo ejtaba ejperando Alberto. Éjte se llamaba Beberín.

Salió el navío, anda y anda, hajta que se encontraron otro hombre que iba a comer un desayuno y tenía, pa comerse, siete fondo de comía. Alberto, cuando lo vio, le dijo: —Noj vamo, buen amigo—. Y ejte le dise: —Ejérese un momento que me voy a desayunar—. Así que se comió la comía, montó en el navío y se jueron. Ejte se llamaba Comerín.

Camina y camina, encontraron otro hombre que ejtaba con un arco y una flecha apuntando pa arriba y llegó Alberto y le dise: Amigo, ¿qué hase ayí?—. Dise el otro: —Voy a cojer un sancudo—. Dise Alberto: —Cójalo y noj vamo— Dise el otro: —Sí, ejpérame un momento—. Así, cuando cayó la flecha que venía el sancudo en la punta, le dise el hombre: —La viste, Alberto—. Sí, vámonos—. Y ejte momento montó y salieron. Ejte se llamaba Flecharín.

Caminaron y caminaron bajtante, cuando se encontraron otro hombre que taba lijto pa cagar y le dise Alberto: —Apúrese que noj vamo. Donde taba ejte ombre, era una gran callejonada y dise: —No ha acabado de cagar—. Y montó y se jueron y yegaron a la dicha siudá. Ejte ombre se llamaba Cagarín.

Ejtoj llegaron a ejta suidá por agua y se anclaron y salió Alberto y jue a donde el rey y lo saludó, Dice: —Señor rey: yo ha hecho un navío; como yo oí disir cuando dijo que el que hasía un navío le daba su princesa para casarse. Contesta el rey que sí, pero primero tenía que haserle uno trabajoj, y el primer trabajo que le puso jue coger un venado por carrera y Alberto le dise que sí pero se jue muy trijte para donde tenía su navío y yegó y le sale el amigo Correrín y le pregunta: —¿Qué le pasa mi amo? Contejta: —Qué me va pasar, que el rey me dijo que tengo que cogerle un venao por carrera—. Y contesta Correrín: —Eso ej conmigo. No tenga cuidao—. Al día siguiente se jue Correrín aser el trabajo y como Alberto era igualito a tooj ello, el rey no se dio de cuenta que no era el dicho Alberto, sino Correrín. Ejte se puso a marrarse un riel en la garganta del pie; así, cuando se amarró el riel, dijo que le sortaran el venao

y que lo iba a dejar cojer un poco de ventaja. Así que le cojió ventaja, arranca Correrín y se pasa y regresa pa trás y lo cogió y le dijo al rey que ya taba hecho su trabajo.

Se jué pa onde taba Alberto y dice: —Ya tá tu trabajo, Alberto.

Al día siguiente, se jue Alberto pa onde el rey y ejte le dio otro trabajo que tenía que secarle un río que pasaba por la siudá y éjte le dijo que sí, pero se jue muy trijte para onde tenía su navío porque él creía que el rey lo iba a matar. Y éjte yegó a ande taba su navío y le sale Beberín y le dise que qué le pasaba que venía tan triste. Y entonse le contejta Alberto: —¿Qué me va apasar? Que el rey tendrá que matarme porque el trabajo que me puso jue que le secara el río que pasa por la suidá—. Y dise Beberín: —Eso ej conmigo, no tengaj cuidao, Alberto. Al día siguiente, se jue Beberín y comensó a beberse el agua del río y lo secó todo y unoj pozo que habían en la suidá y terminó con el pozo brocal del rey y los secó y jueron toda la gente de la suidá a decirle qué había hecho, al rey. Dise que no había agua pa aser café, ni con qué aser la comía, ni los frijole, ni pa amasar, ni pa cosinar la cajne, y le dijo Beberín al rey: —Cumplí con mi trabajo.

Al día siguiente se jue Alberto a donde el rey y le dise; —Yo creo que ya puedo casarme con su hija, porque yo le'echo trej trabajo: en primer lugar, que se la gané con la hechura del navío que ni usté lo ha hecho a pesar que tiene plata—. Y dise el rey: —Tiene que haserme trej trabajo máj—. Y le dise Alberto que cuál ej el otro trabajo y dise el rey que el trabajo que va a serme es tirarme una paloma que hay en aquel cerro que no le veía nadie porque era una paloma de casa y muy lejo. Al día siguiente, pa no cansajle, se jue Tirarín y hiso el blanco dejde el balcón del palacio del rey. Todo ejto lo jacía el rey con todo el pueblo reunido y Tirarín hiso el blanco con su flecha y la misma flecha regresó con la paloma muerta en la punta de la flecha y ejta flecha regresó al mijmo lugar onde taba Tirarín. —Ya tá mi trabajo— dijo Tirarín y se jué pa su casa, pa su hojpedaje.

De seguida va Alberto onde el rey en la noche y le pregunta cuál ej el trabajo que va a jacer, y le dice el rey que el trabajo era comerse toa la comía que le iba a mandar a aser desde por la mañana, hajta la seij de la tarde; y mandaron a jacerle pero en gran cantidá y jué Comerín y comenzó a comer y terminó de comerse toas laj comía y le dise: —Señor rey, quiero máj comía,

que no me ha yenao y estoy con jambre. Déme máj comía que eso no ej too mi comer y mi trabajo ejtá terminao—. Y se jué Comerín pa su hojpedaje.

Por la noche se jue Alberto y le dise al rey que cuál era el otro trabajo; ya Alberto yaba molejto y le dice el rey: —Tu trabajo ej yenarme ejta cayejonada de mierda—. Y se jue Alberto triste pa su casa, y le sale Cagarín y le dise: —¿Qué te pasa, Alberto, que vienej triste? Qué me va a pasar —contejta Alberto— que el rey siempre me ganará y me matará porque ahora quiere que le llene una callejonada de mierda. Cuándo voy yo a llenar eso; ni en mil años lo llenaré—. Le dise Cagarín: —No tengas cuidado que yo voy a aser ese trabajo y Cagarín se jue a donde el rey y le dise que cuál ej la callejonada y dice el rey que la ve él ayi y comenzó Cagarín a cagar hajta que el mijmo rey le pidió por Dioj que no cagara máj, porque la mijma casa del rey taba hundiéndose en la mierda y así lo paró, y dice Cagarín: —Ejte no ej too mi cagar, porque toavía ha quedado con muchaj gana —.

Así que le dijo al rey: —Ya terminé mi trabajo y ejte se jue pa su hojpedaje.

Pero ya el rey no podía con Alberto; tooj loj trabajo que le puso se loj hiso tooj.

Pero ya Alberto se havía vijto con la princesa, la segunda ves y se habían gujtado ambos y cuando ejte ya había terminado, el rey no le dio ninguna seguridad de matrimonio con su hija y él había quedado con la princesa que ella se iba con él, quisiera o no quisiera su papá. Y ejte la jue a bujcar tarde la noche y se la robó porque la niña le vía dicho que se juera porque el papá lo iba a matar. Lo que'j que él se la robó y se jueron. El rey, cuando la niña no vía amanesido ayí, puso sus barcos a alcansarla y no pudieron alcansarlo. Ejtoj yegaron a otra suidá y se casó Alberto con la niña y jueron muy felise y ejtoj cinco hombre no eran tales hombre de ejte mundo: eran alma de otra vida. Y un día le dise Alberto: —Nojotro noj vamo. Ya ujté no pasa máj trabajo. Ujté vive muy felís. Alberto: tú seas siempre bueno con loj pobre; dale la limojna quien te la pida y adiój que noj vamo. Vuévano la ejpalda.

Y cuando Alberto loj bujcó de nuevo, no había nadie, y se acabó el cuento y se lo yevó el viento.

13.
NO, MARÍA

Éste era un viejo pescador que vivía con su esposa en un pequeño pueblo, con la única hijita que tenía. Éste sostenía la pequeña familia con los cuantos peces que cojía en la noche; a su hija le gustaba mucho la iglesia y siempre jugaba con pequeñas crucesitas alrededor de una piedra.

Un día, fue el pobre pescador a pescar más temprano que de costumbre; del mar salió un hombre en un caballo blanco y le dice: —Buen hombre, ¿has pescado?—. Le contesta: —¡No! El cabalgante le dice: —Qué prefieres: ¿una canoa de plata o una canoa de pescado? El pescador contesta que él desearía una canoa de pescado. El cabalgante dice de nuevo: —Yo te la doy si me das lo primero que sale a tu encuentro—. Pero el pescador tenía una perra que siempre salía a su encuentro y le contestó que sí. El cabalgante le entregó la canoa de pescado, la tomó el pescador y salió rumbo a su casa y lo primero que salió a su encuentro fue su única y querida hija.

Él buscó la compañía de sus vecinos y llevó los pescados; vendió, regaló a sus compañeros y le quedaron para su sustento para unos días.

Pasa días y ven días, el pescador se encontraba disfrutando de una sana felicidad, hasta que llegó el plazo vencido del compromiso. Faltando unos ocho días para entregar la niña, cuando empezó a entristecerse; no comía, ni dormía, ni veía por el inmenso dolor de dar su pobre hija. Pero una noche le preguntó la mujer y el pescador, llorando, le contó dicha historia; entonces, la valerosa mujer le dijo que eso no importaba, que la diera, que ella podía tener más de una.

El tercer día, la iba a entregar, pero la niña había escuchado todo lo que su padre le contó a su mamá; la pobrecita niña los últimos días los pasó dentro de una pequeña capilla del pueblecito. Llegó el último día para entregarla, la niña

pasó todo el día jugando con sus crucesitas, hasta la tarde, cuando el pescador tomó su hija y salió para el mar a entregar la promesa. La dejó sentada en una piedra, pero la niña se había llevado las crucesitas y al verse sola, empezó a jugar sentada en la piedra; empezó a poner las crucesitas alrededor de la piedra; muy humilde, se puso a cantar cantos religiosos cuando sintió un vendaval que arrasaba con todo lo que iba encontrando y llegó el hombre cabalgando el caballo blanco y le decía a la pobre niña: —Niña, suba a mi caballo—. Y ésta le decía que no. Él le dijo: —Deme la mano para que se venga conmigo—. Ella le contestó: —Si quiere que me vaya con usted, sáqueme de aquí.

El caballero al ver que no podía llevarse la niña, dio un salto con relámpagos de fuego y se tiró al mar. La pobrecita estaba con miedo y al verse sola, se puso a llorar. Al largo tiempo, oía una dulce voz que le decía: —María, ven conmigo; no llores; ten valor, ten valor. Ella le contestaba: —Si quiere que me vaya con usted, venga a sacarme de aquí—. La tierna voz le contestó: —Espera, niña—. Cuando en eso ve un pequeño bote que se acerca y le dice una linda mujer: —Ven, criatura de alma pura y valerosa. La niña, con alegría se fue con la señora al buquecito; salió mar adentro y la niña no supo más del mar, hasta cuando llegó a una linda y hermosa vivienda en los cielos.

La pobrecita fue criada hasta los quince años cuando un día la señora le dice: —María, toma todas estas llaves y abre todas las puertas pero menos la del cuarto prohibido. La joven empezó a abrir puertas y más puertas, pero la que le había dicho, María no se atrevía a abrirla. Pasan días y ven días y pasan días, hasta que un día la jovencita abrió la puerta; salieron muchas llamas de candela para encima y muy asustada cerró la puerta, se quedó callada. Por el temor de que supieran, se escondía. Un día, María le preguntó: —María, ¿tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Contestó: No, María—. Nuevamente le preguntó y contestó lo mismo. A la tercera vez le dijo: María, dime la verdad; si tú abriste la puerta del cuarto prohibido, te quedas conmigo, pero si no me dices, te llevo para la tierra en donde te encontré y nuevamente le contestó: No, María.

Entonces la Virgen se disgustó y la trajo a la tierra y la dejó en una espesa montaña, donde habían tigres, culebras, arañas, lagartos. Pero estos animales se atemorizaron al ver tan linda belleza de la tierra con una cabellera negra, larga, que le arrastraba por la tierra. María se alimentaba de fruta de los árbo-

les, de hojas verdes; estuvo un tiempo encerrada en la espesa montaña, hasta que dio con la salida y empezó a caminar y sólo se cubría el cuerpo con su cabellera.

Cansada de caminar, con hambre se quedó en un pequeño llano, comiendo frutas de un árbol. Cuando estaba cogiendo una fruta que no podía alcanzar, la sorprendió un joven muy rico de la ciudad, nieto único del rey, que quedaba cazando por ese lado y le dice: —¿Qué haces por aquí, bella doncella?—. Ella no le contestó, mientras él cogía muchas frutas para que comiera. Ya cuando se iba, le dijo: —Vamos conmigo para nuestra casa—. La subió a su caballo. Estando en la casa, le dijo a su abuelo que se quería casar con esa mujer tan linda; se arreglaron para una boda privada. Al tiempo de casados, concibió la mujer un hijo; cuando iba a dar a luz, le buscaron una mujer para que la cuidara.

En esos momentos, cuando María iba a tener la criatura, la portera le dio más ganas de fumar y se fue a fumar afuera. Cuando llegó la Virgen y la atendió y le preguntó: —María, ¿tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Y le contestó: —No, María, yo no la he abierto —. María, por favor, ¿tú no quieres a tu hijo?—. Le dijo que sí; nuevamente le preguntó: ¿Tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Le contestó que no.

Yo me voy a llevar a tu hijo y se fue la Virgen con el niño. Cuando llegó la portera, le preguntó. —¿Dónde está el niño, señora?—. María le dijo que ella no había tenido nada. La portera se fue a decirle al rey que la mujer no había tenido ningún hijo. El rey no dijo más nada. Al tiempo, se salió embarazada de nuevo; al tiempo de criar, le buscaron dos mujeres para que la atendieran. En esos difíciles momentos, a una le dio ganas de fumar y la otra se fue a calentar una'gua, para lavar bien a la criatura. Cuando llegó la Virgen y la atendió y le trajo el otro niño, le preguntó de nuevo: —María, ¿tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Y le contestó María: —No, María—. La Virgen le dijo: —Si me dices la verdad te dejo los dos niños— Y le preguntó por última vez y se llevó los dos niños. Cuando llegaron las mujeres y le preguntaron dónde estaba el niño, ella le dijo que no había tenido nada. Las mujeres fueron a decirle al rey. El rey, bravo, empezó a insultar al nieto con la loba, la lagarta, esa perra, una yegua, leona, serpiente que se comía los niños. Cuando pasó la furia al viejo rey, dijo: —Cuando traen el otro, le voy a poner tres parteras y si

no nos da ni un nieto, te la voy a quemar. ¿Oistes, animal? El joven, muy triste, contestó que sí; lloraba desconsoladamente porque él quería mucho a esa mujer.

Al tiempo, de nuevo se salió embarazada; cuando se le acercó la hora difícil, vinieron las tres mujeres: a una le dio ganas de fumar; otra se fue al servicio y la otra se fue a cocinar. Cuando llegó la Virgen, atendió a María y le trajo los dos niños: —Te dejo los dos niños, si me dices la verdad—. Le pregunta otra vez y le contestó María que no. La Virgen se llevó el otro niño y cuando llegaron las parteras, le preguntaron dónde estaba el niño. Ella le contesta que ella no había tenido nada, se lo fueron a decir al rey. El abuelo se puso bravo y dijo a sus criados: —Carguen toda la leña que puedan para la plaza para quemar a esa fiera.

Pasa días y ven días, hasta que llegó el plazo de cuidar a una mujer recién parida, cuando el nieto del rey, llorando, le dijo: —Cuando vas a quemar a mi esposa quémala en mi silla de oro que yo me voy a morir a la montaña—. Y se fue. Al día siguiente estaba la plaza llena de gente para ver la quema de la loba. Llevaron a María a la plaza y la rodearon de leña y la prendieron. Entonces llegó la Virgen llevando los tres niños donde estaba María y le pregunta: —María ¿tú abriste el cuarto prohibido? Y le dijo: —No, María—. La Virgen le dijo: —Mira, María, que te vas a quemar con tus hijos. Dime la verdad. ¿No te duele que se quemen tus tres hijitos? Mira qué lindos están tus hijitos, y me dices te saco de aquí y vivirás feliz con tus hijos y tu esposo. Mientras la Virgen estaba allí, las llamas no los quemaban y María se quedó pensando largo rato. Entonces le dijo: —¡Sí, María! ¡Sí, María! Yo abrí el cuarto prohibido! Al instante se apagó la barrera de llamas y aparecieron los tres niños y el rey, al ver sus nietos, salió corriendo, dando tumbos; se caía y se rompía la cabeza para llegar pronto hasta donde estaba la mujer y dio orden que fueran a buscar a su nieto. Cuando llegaron los criados a donde el joven, estaba con su puñal para matarse y le gritaron: —¡No, no se mate patrón que su mujer y sus hijos están vivos! Salió el joven corriendo en su caballo hasta su casa, desesperado de alegría por su esposa y sus hijos. Quedó viviendo feliz nuevamente y después le contó su esposa cómo fue el pasado de su vida.

15.
EL PESCADOR

Una vez estaba un señor pescando en un río; había pasado el santo día pescando sin poder coger un solo pez.

Cansado ya de esta faena, pensó retirarse hacia su casa y de repente apareció un anciano y le dijo: —Si me das lo primero que salga a encontrarte, te llenaré la red de peces. El pescador pensó un momento y se acordó de que lo primero que le salía a encontrar era una perrita y aceptó la proposición. Tiró la red y al momento la sacó llena de pescados. Marchó hacia su casa y lo primero que salió en su encuentro fue una niña de nombre Juana. Él se llenó de tristeza y dijo a su esposa lo que sucedía; se resignaron a entregar a la niña y después de entregarla se fueron para su casa.

Estando la niña en la superficie del río, entró a un castillo bonito y allí se encontró la compañía de un hombre apodado Aidemí. Una noche llegó al castillo un cuerpo arrastrándose y se acostó en la cama de Juana y decía: —¡Aidemí!—. Una voz respondía: —¡Señor!—. La voz preguntó: —¿La bañaste?—. Sí, señor—. ¿La empolvaste?—. Sí, señor—. ¿La vestistes?—. Sí, señor—.

Pasada una noche, le dijo: —Aidemí, llevála a sus padres—, y al atardecer regístrala bien y que no traiga nada—.

Aidemí respondió: —Sí, señor.

Al día siguiente, marchó hacia su casa, Juana, y estando allá, su abuela que era bruja, aprovechó la oportunidad para estudiarla y decirle lo siguiente: —Juana, junto a ti duerme alguien. Coge estos fósforos y esta vela; guárdala bien sin que nadie te la vea y la prendes cuando oyes sonar algo.

Así lo hizo Juana y cuando la prendió se dio cuenta que junto a ella dormía un bello príncipe. Sin darse cuenta, se le cayó un pelotita de cerita y se disgus-

tó y dijo: —¡Aidemí!, lárgala de aquí y dile que cuando logre encontrar el castillo del príncipe en la bahía roja, podré aceptarla como criada y tener a su padre lleno de pescado siempre. —Al día siguiente, Juana tomó de la mano su morral y siguió hacia la casa de un rey.

Estando en la casa de este rey, se cambió el nombre y se puso Juan; la mujer del rey se enamoró de Juan y no lo acepta porque era mujer también alegando que era mujer y entonces la mujer del rey lo indispuso ante su marido diciendo que la trataba de enamorar. El rey ordenó su muerte, pero éste se escapa y continúa viaje. Entonces se encuentra con un anciano y la pregunta en dónde podía encontrar el príncipe del lago rojo; el anciano le contesta: —Seguid, y en la primera casa que encuentre, comprad ocho huevos y reventad seis de ellos y los otros dos reventadlos en el río y decid: "Príncipe azul del lago rojo, salid que quiero verte—. Así lo hizo y le salió un pájaro rojo, que le dijo: —Esperad que pase un pájaro verde y no lo enseñéis que así encontrarás a tu príncipe azul en un bello castillo—.

Así lo hizo y pudo volar junto con Aidemí, que era el Príncipe Azul.

16.
EL PRÍNCIPE SERPIENTE

Había una vez un rey y una reina que querían tener un hijo. Pasaron los años, hasta que al fin tuvieron uno; pero era serpiente lo que había tenido. Creció que ya no podía estar en el palacio y le hicieron una galería bien larga donde él vivía.

Un día la serpiente dijo que quería casarse, pero nadie se quería casar con ese monstruo, y si no se casaba, acabaría con la ciudad. Una de las muchachas se casó con él y al día siguiente amaneció muerta. Y así siguió todos los días matando una, hasta que quedó una que era la más linda y la más pobre.

La abuelita le aconsejó diciéndole que llevara una yesca, fósforo y eslabón, y que cuando estuviera dormida la serpiente, prendiera la yesca. Así lo hizo la muchacha y lo que vio a su lado fue un príncipe, muy tímido, acostado.

De la nerviosidad se le cayó la yesca encima del príncipe y éste despertó vuelto serpiente. Él le dijo que ella había sido su salvadora y que para que él se convirtiera en príncipe, tenía que prender la serpiente.

La muchacha lo hizo y en pocas horas de la noche empezó el incendio que no se podía apagar y casi medio pueblo se quemó.

La serpiente se volvió un príncipe muy bonito, y quedó con la muchacha pobre y fueron muy felices.

17.
EL REY PAJARINO AMOR

Había una vez en una ciudad donde una serpiente se llevaba todos los días una muchacha. Pasó el tiempo y ya sólo había una niña en la ciudad, que era huérfana de madre y tenía que desaparecer ese día. Pero ella se encomendó al alma de su mamá y al irse hacia el llano donde llegaba la serpiente, que era lo que acababa con las niñas de la ciudad, oyó esta voz: —Hija, no tengas miedo, esa serpiente es un príncipe encantado; ponte siete enaguas. Y cuando la serpiente se metió entre las piernas, ella botaba una enagua y la serpiente votaba un cascabel; a las siete veces la serpiente quedó convertida en un príncipe: Y le dijo a la niña: —Eres tú la única que me ha sacado del encanto y te pido que no digas este secreto; si lo dices no me volverás a ver.

Al día siguiente, la niña amaneció en el llano, y la gente estaba emocionada al ver que la serpiente no se había llevado a la niña y le preguntaban, pero ella no quería decir. Pero la mamá de la serpiente o mejor dicho la mamá del príncipe encantado le rogó tanto a la niña, que se vio obligada a decirle el secreto. La madre de la serpiente le quitó a la niña los siete cascabeles y los echó a la candela.

Al rato apareció el príncipe encantado donde la niña, y le dijo: —Anda, ingrata. Lo primero que te dije fue que no dijeras el secreto y fuiste lo primero que hiciste. Tres pares de zapato de hierro tendrás que romper para volverme a ver y se desapareció.

La niña se puso a llorar y compró los tres pares de zapatos de hierro y se fue, caminando y caminando, hasta que al fin llegó a la casa del viento y la niña se encontró con la mamá del viento y le preguntó: —Señora, su hijo que sopla partes no me dará cuenta del rey Pajarino Amor?—. Ella le dijo:

—Escóndase aquí y cuando él llegue, le preguntaré—. Llegó el viento y dijo: —¡Fo! ¡Fo! Me hiede a carne humana; si me la dan me la como—. La señora le dijo: —No, hijo. Aquí hay es una niña que quiere saber que si tú le darás cuenta del rey Pajarino Amor—. Él le contestó: —Yo no se nada de él—.

La niña se puso otro zapato de hierro para seguir su camino y la señora le regaló una totuma de oro. Se fue la niña y después de andar mucho, llegó donde la mamá del sol y le hizo la misma pregunta que le hizo a la mamá del viento, y ella le contestó lo mismo, que se escondiera detrás de la puerta, que ella le preguntaba cuando el sol llegaba. Llegó el sol y dijo lo mismo que el viento, y la mamá del sol le contó al hijo que había una niña que quería saber que si él que lo alumbraba todo, no le daba cuenta del rey Pajarino Amor. Él le contestó: —No, no lo conozco—. Y la niña se puso el último par de zapato de oro, y la mamá del sol le regaló una peinilla de oro.

La niña se fue y después de caminar mucho, llegó donde un señor, que éste cuidaba todas las aves del mundo y ella le preguntó que si él no sabía dónde estaba el rey Pajarino Amor. Él le dijo: —Espere un momento—. Y empezó a llamar con pito todas las aves y fueron llegando. Sólo faltaba un cacicón que era el más grande de las aves; al fin llegó y le preguntó el señor que si no le daba cuenta del rey Pajarino Amor, y dijo: —Casualmente, que de sus bodas vengo—. El hombre le dijo que esa niña quería que la llevara allá. El cacicón le dijo que bueno, que montara sobre su pescuezo y ella montó y antes de irse, el buen hombre le regaló un par de patos de oro.

Se fueron y llegaron a la ciudad donde se encontraba el Rey Pajarino Amor. Ella, al día siguiente se fue a bañar y se puso a peinarse con la peinilla de oro, y la empleada del rey Pajarino Amor, le dijo a su esposa: —Señora, usted es rica, pero nunca ha tenido peinilla de oro, como la que vi a una niña bañándose—. La reina le dijo que fuera donde la niña y le dijera que en cuánto le vendía la peinilla de oro. La empleada fue, y la niña le dijo que por ninguna plata, que sólo se la daba si la dejaba conversar unos minutos con el rey Pajarino Amor. La reina le contestó que sí.

Pero antes de llegar la niña, la reina le dio al rey una taza de café y ella le había echado opio para que se durmiera cuando la niña llegaba. El rey se la tomó y enseguida se durmió en su cama. Al lado del rey se encontraba un enfermo. La niña llegó al cuarto donde estaba el rey y le dijo: —Me dijiste que

zapatos de hierro tenía que romper; ya los rompí—. Pero el rey no le contestaba nada porque estaba adormecido, y la niña tuvo que salir.

Al día siguiente, la niña hizo lo mismo; se fue a bañar y llevó la totuma de oro. Le pasó lo mismo; la empleada del rey la vio y le dijo lo mismo a la señora del rey y ella le mandó a decir las mismas razones que la vez anterior y la niña le contestó lo mismo de antes, y la reina le contestó que sí.

La reina hizo lo mismo: volvió a darle café que contenía opio y volvió a dormirse y la niña tuvo que salir del cuarto. El rey, cuando despertó el enfermo que estaba al lado de él, le contó que al día siguiente no tomara el café que le daba la reina porque ella le echaba una sustancia que lo adormecía y que él no se daba cuenta que aquí, a ese cuarto venía una niña que le decía: ¡Ay, Rey Pajarino Amor! Me dijiste que zapatos de hierro tenía que romper para volverte a ver; ya los rompí y aquí estoy, y ella lo besa a usted y usted no se da cuenta.

Al día siguiente, sólo le faltaba a la niña llevar al río el par de patitos de oro; ella se fue para el río a bañarse y llegó otra vez la empleada del rey y le vio el par de patitos de oro. La empleada le dijo a la señora del rey Pajarino Amor lo mismo, que ella era muy rica pero que no tenía patitos de oro. Volvió la reina a mandar a la empleada donde la niña a que le vendiera los patitos de oro. La niña le mandó a decir que no se los vendía por ninguna plata, que sólo se los dejaba si la dejaba conversar con el rey Pajarino Amor. La reina le contestó que sí; volvió la reina a darle una taza de café, pero él, como ya estaba advertido del enfermo, votó la taza de café, escondido de su esposa, y se fue para su cuarto. Llegó la niña y le dijo lo mismo y la reina fue a ver y los vio besándose y de rabia se mató y la niña se casó con el rey Pajarino Amor.

18.
LA RANA ENCANTADA

Éste era un rey que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y José, Un día le dice José a su padre: —Papá, me voy a rodar tierras—. Dice el rey: —Bueno, vayas—. Pedro y Pablo se casaron con unas muchachas muy bonitas, vivían cerca uno del otro. Pero José tuvo la mala suerte de encontrarse por el camino con una casa muy bonita donde vivía una señora con sus dos hijas, una rana y una muchacha muy bonita.

Éste le pidió posada por unos días; a él le gustaba la muchacha. Pero quedó tan admirado de ver cómo la rana preparaba la comida y cómo tenía la casa que era un palacio. Éste, de la misma emoción le dijo a la señora que le vendiera la rana, que él no tenía quién le hiciera las cosas. Ésta le contestó que ella la daba para casarse, pero que no la vendía. José aceptó casarse con la rana.

Le daba pena llegar donde sus hermanos a su esposa que era una rana; él se sentía avergonzado, pero ya no podía hacer nada. Llegó donde sus hermanos y las esposas de éstos, le presentó a su esposa y quedaron emocionados al ver que su hermano se había casado con una rana.

Un día le dice el rey a sus tres hijos que les iba a dar unas tiras para que le hicieran unas camisas: la rana se disgustó y quemó todas las tiras. Se llegó el día de la presentación. José, pensando qué iba a hacer se echó a llorar, porque su padre le había dicho que el que hacía una mala presentación lo mataba. La rana tenía una perra que le llamaba Catalina; la llamó y le dijo: —Catalina, anda donde mi mamá y le dices que en el plan del baúl hay un dedal, que me lo mande—. Regresó Catalina con el dedal; la rana de sol dio a José, éste se fue donde su padre. Ya los otros hermanos tenían sus camisas en representación; llegó José y le entregó el dedal a su padre; éste lo iba a matar al ver que su hijo

no le entregaba la camisa; el rey abrió el dedal y de éste salió una camisa que fue la más linda.

Por segunda vez le dice el rey a sus hijos: —Voy a darles un perro para que me lo traigan bien gordo; el que no lo cumpla lo mataré. La rana se enojó y mató al perro, mientras las otras mujeres estaban comprando carnes en el mercado para darle a sus perros. Se llegó el día de la presentación; José, pensando cómo iba a llegar a donde su padre, se echó a llorar. La rana, muy de mañana, llamó a Catalina y le dijo: —Anda donde mi mamá y dile que me mande un cofrecito que hay en el plan de mi baúl. Fue Catalina y se lo trajo, la rana se lo dio a su esposo que ya estaba pensando cómo iba a aparecer frente al padre sin el perro. Apareció José donde el rey sin el perro, éste le entregó el cofrecito y cuál no sería su sorpresa, al ver que de éste salía un perro muy bonito y le echó perfume al rey. Fue el perro más lindo de la presentación.

Al siguiente día les dice el rey: —Voy a hacer una fiesta para ver cuál de las esposas de mis hijos es la más bonita— y les dijo: —la que sea la más fea, la mataré —. Ahora sí, decía José, me va a matar mi padre, pues mi mujer es una rana—. Se echó a llorar en la cama. Ya las otras mujeres estaban preparadas con sus esposos para ir a la representación. José estaba dormido; la rana llamó a Catalina y le dijo que cuando se levantara a las doce, que fuera donde su madre y que le dijera que le mandara una vela, el traje más bonito, un vaso con agua. Cuando vienes me llamas y me tocas este almohadón.

José estaba dormido; la perra llegó, hizo como todo lo que le había indicado la rana. Ésta se tomó un vaso de agua, encendió la vela y le hizo una cruz a José. Cuando éste despertó, cuál no sería la sorpresa de él, al ver una linda mujer vestida al lado suyo para ir a la presentación.

Se fueron en el carro hacia donde el rey. La gente ya tenía una impresión de que la esposa de José era una rana. Todos quedaron admirados de ver la mujer de José que era la más linda y la que lucía mejor. Se sentaron a comer; la rana se echaba la comida en el seno; las otras la vieron e hicieron lo mismo. A medida que la rana iba bailando, caían rosas perfumadas; en cambio las otras regaban gran cantidad de huesos y se formó una pelea de perros.

Al fin la rana fue la que lució mejor, y allá estará viviendo con José, feliz y encantada de la vida.

19.
LA RANITA ENCANTADA

Éste era un rey de los tiempos de antes que tenía tres hijos; cuando los jóvenes llegaron a poder casarse, el rey les entregó una flecha a cada uno: al primero le dio una de oro; entonces al segundo le dio una de cobre y al último una de madera pa que la tiraran y donde callera la flecha, con la mujer que viviera allí se juntaba. Entonces el primero tiró su flecha y fue a caer en la casa de un rico hacendado que tenía una hija muy bonita: tiró el segundo y la flecha fue a caer en la casa de un rico labrador que tenía una hija muy hermosa; entonces tiró el tercero su flecha y fue a caer en una laguna donde vivía una ranita.

Al papá no le gustó que su hijo tuviera que casarse con una rana, pero como palabra es palabra, no tuvo más que aceptarla como nuera; entonces los casaron y el príncipe se fijó que la ranita tenía los ojos verdes y muy bonitos, y se le hizo raro que una rana tuviera los ojos tan bonitos, pero no dijo nada.

Al poco tiempo se le vino encima un problema al rey y era que se sentía enfermo y quería darle el mando a uno de sus tres hijos, pero tenía que escoger uno entre los tres, y como él los quería a todos, no sabía cuál escoger. Entonces el rey les puso una obligación y era que sus mujeres hicieran un pastel y el que fuera más bonito y más sabroso iba camino al trono. Entonces el menor de los príncipes se puso muy triste ya que él decía que una rana no podía hacer un pastel.

Así llegó a su casa muy triste y le contó a la ranita lo mandado por su padre. Entonces la ranita le dijo que —no se molestara, que ella haría el pastel y que estaba más que segura de que ganarían.

Entonces encerraron a las tres mujeres en su cuarto y le dieron todo lo que era menester para hacer un pastel. Entonces, cuando la ranita se vio sola,

se quitó su capa y se transformó en una hermosísima princesa de unos ojos verdes lindísimos y entonces comenzó a hacer el pastel que iba a llevarla al trono.

Entonces por la tarde todas presentaron su pastel y los jueces dijeron que el más bonito era el de la ranita, que tenía ganada la primera prueba. Entonces, como segunda y última prueba les pusieron que fueran a una fiesta y cual de las tres fuera más bonita, esa ganaba. Entonces sí que el príncipe se puso de verdad triste porque él decía que cómo iba a ganar la ranita. Entonces la ranita le dijo que no se molestara, que se fuera él para el baile y que la esperara allá y que cuando ella entrara al baile, él la reconocería por los ojos. Entonces el príncipe se fue adelante, y cuando todo el mundo estaba en la fiesta, llegaron las esposas de los príncipes mayores, y no se podía decir cuál era más bonita.

Entonces el príncipe menor pensaba que si su esposa tan siquiera fuera una mujer en vez de rana. Pero de repente se vio cuando llegó un carruaje y de él se apeó una mujer tan bonita como jamás se había visto. El muchacho se acercó a curiosear a la bella desconocida y cuál no sería su sorpresa al ver que la mujer tenía unos ojos igualitos a los de la ranita, y entonces comprendió que era su esposa.

El rey y los jueces estuvieron de acuerdo de que el que se merecía el trono era el príncipe menor y su esposa.

20.
LA MADRASTRA ENVIDIOSA

Éste era un rey que tenía como única heredera de su trono a una linda princesa, que perdió su madre cuando sólo contaba quince años.

El rey, celoso de que los jóvenes, al ver la hermosura de su hija, se la enamoraran, mandó encerrarla bajo siete llaves y ni en la muerte de su madre quiso sacarla.

Su padre quiso casarse nuevamente, pero temía al escoger una madrastra para su hija; sabía bien que éstas siempre tratan mal a sus hijastras. Decidióse siempre y eligió nueva compañera, que fue a la que sirvió un anillo que el rey mandó a medir a todas las damas de su aristocracia.

Nos dice el cuento que poseía su majestad un espejo, un caballo y un árbol de manzanas, que eran recuerdos de su primera esposa. Cierto día salió el rey fuera de la ciudad y a su regreso encontró el espejo quebrado. Con honda tristeza preguntó a su mujer que cómo había sido eso, respondiéndole ésta que quién más iba a ser sino su querida hija. El rey creyó lo que su madrastra compañera le dijo.

Salió nuevamente su señoría y al volver halló el caballo muerto en su pesebrera; adelantóse su mujer para mentirle nuevamente que su hija lo había mandado a matar. Al regreso de su tercera salida, encontró el árbol de manzanas derribado y por tercera vez la reina le mintió diciendo que su hija había mandado que lo derribaran. Esto no fue más que obra de la madrastra, sintiendo envidia al ver que su esposo seguía adorando las reliquias de la difunta reina.

Una tarde, el rey le dijo a su hija: —Hija mía, dile a tus doncellas que te vistan con tus mejores ropas y prendas, que irás en mi compañía a recorrer la ciudad—. Extrañóle esto a la joven, pero obedeció.

Después de haber paseado por todas las calles; desvióse el padre por un sendero que se metía en la montaña y llegando a una sima, le cortó las manos y le sacó los ojos y los echó en una fosa. La desdichada joven le echó una maldición al padre y fue ésta: —Quiera Dios que al montar tu caballo te claves una espina en el pie y que no te sea sacada hasta que yo no tenga manos y ojos—. Y así fue que, al montar, clavóse el rey tamaña espina en el pie que lo hizo tomar cama tan pronto llegó a su palacio.

Dije que por allí por donde taba la niña, pasó un hermoso joven y al oír los ayes que la niña daba, corrió para allá. Al mirar hacia la sima quedó espantado cuando vio a la princesa. Le dijo que le iba a tirar una soga para que se atara y entonces alarla, pero la princesa dijo que no, que de nada a ella le serviría en ese estado en que estaba. El joven insistió hasta que la sacó y quedó maravillado con la belleza de la niña.

La llevó a su casa y se la dejó cuidando a su madre.

El muchacho se casó con María Isabel, que así se llamaba la princesa y al poco tiempo ésta salió encinta. El muchacho tuvo que salir y le dijo a la mamá que le avisara cuando la muchacha daba a luz. Cuando nació el niño, la madre le avisó enseguida a él. Para llegar a donde estaba el muchacho, el mozo tenía que pasar frente al palacio real.

La reina, que consultaba con una hada mala, supo por ésta que su hijastra no había muerto y sabía todo lo que pasaba con respecto a la princesa. La mala mujer llamó al mozo para que descansara. Éste, que se sentía rendido, aceptó. La reina le dio al mozo algo que lo hizo dormir por varias horas y se robó la carta que el hombre llevaba. Después que la leyó, hizo ella otra y la metió donde venía la primera. Esta carta decía así: —Tu mujer ha dado a luz una cosa que no se sabe si es perro o gato—. Al fin despierta el mozo y fue a llevar su carta. Cuando el padre leyó la carta, mandó a decir que fuera lo que fuera iría a verlo. De paso el portador de la carta, fue llamado de nuevo por la reina y ésta hizo lo mismo que la otra vez y puso una carta que decía: —Mamá, amárrale el niño a mi esposa al cuello y que se vaya donde no sea visto de nadie.

Al leer la carta, la abuela empezó a sentenciar en alta voz al hijo para cuando llegara; la muchacha, que había todo, le dijo a la suegra que hiciera lo que se le mandaba y tanto insistió la joven que la pobre anciana obedeció.

La pobre madre con su hijo al cuello se fue introduciendo a tientas por el bosque, allí oyó una voz que le decía: —¿María Isabel, oyes un arroyo?—. Ésta, sin saber quién hablaba, contestó que sí. La voz prosiguió: —Bueno, mete tus brazos en él y tendrás manos; te lavarás los ojos y tendrás la vista mejor que nunca y por último baja a tu hijo y dale de mamar.

La princesa hizo lo que la misteriosa voz le indicaba y después de haber dado de comer al niño, la voz le habló nuevamente: —Ahora sigue, y en un llano encontrarás una casita donde hay un loro, hospédate allí.

La niña llegó a dicha casa y comió. A poco rato de estar allí, el loro, que era Dios, le dijo: —María Isabel escóndete que viene tu marido—. Éste había seguido las huellas de su esposa.

Después de estar escondido, el niño, como pudo, salió del cuarto y fue a ponerse junto al forastero. Entonces el loro le dijo: —Pero niño, ¿quién ha visto que los chiquillos oyen en las conversaciones de los viejos? A esto contestó el forastero: —Déjelo, eso no importa—. Y diciendo esto, lo tomó en sus brazos.

El loro le dijo al joven: —Si tu esposa se te apareciera, ¿tú qué harías?–. Y él le dijo: —Me hincaría ante ella para pedirle perdón, porque todo lo que ha pasado es por culpa de la madrastra.

Entonces el lorito llamó a María Isabel, diciéndole que su esposo la buscaba. Ésta salió y su esposo cayó de rodillas ante ella, pidiéndole perdón y quedando maravillado al advertir cómo había cambiado su esposa.

Allí lloraron de felicidad y luego, por mandato del loro, tuvieron que abandonar la casa y cuando miraron hacia atrás, ésta había desaparecido. La joven fue llamada donde el rey para ver si ella podía sacarle la espina y ésta fue. Tan pronto miró el pie al rey le vio la espina que ni los mejores cirujanos la habían podido ver. Estando en presencia de su padre, el niño empezó a decirle a María Isabel que le contara el cuento que siempre le contaba. Ella no quería, pero el rey le dijo: —Niña, dígale el cuento.

La hija comenzó su cuento que no era más que su pasado y, a medida que le iba contando el cuento, ella le iba cogiendo el pie a su padre y entonces dijo: "Y la hija como maldición le dijo al padre que la espina que se metería en el pie no le saldría hasta que ella no tuviera manos y ojos no le sacaría nada...", y en el preciso momento le sacó la espina al rey.

Éste, reconociendo a su hija, le pidió perdón y le rogó que se quedara a vivir con él y que mandara a buscar a su esposo, pero ella no quiso aceptar y perdonando al padre, salió. El rey, viendo el engaño, mandó matar a la madrastra. María Isabel vivió muchos años felices junto a su hijo y su esposo. Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

21.
ISABELITA

Había un rey que era viudo y tenía una jija que se ñamaba Isabel. El rey se enamoró de una princesa y se casó con ella. Al principio, la reina trataba bien a la niña, pero depué le jué cojiendo rabia y envidia porque el rey quería má a la niña que a ella. Entonse la reina, pa que el rey le cojiera rabia a la niña, un día le quebró un poco e losa y cuando vino el rey le dijo que era la niña; depué mató un loro y le tumbó un palo de mansana. Cuando vino el rey preguntó: —¿ Quién me tumbó el palo e mansana?—. La reina le dijo: —Quien má pue que tu consentida—. Y por último le mató el cabayo al rey. Entonse cuando vino el rey le dijo que era Isabelita, entonse el rey creyó ejto y se puso bravo. La reina, como le tenía rabia a Isabelita, le dijo que lo que tenía que jacer era matajla; el rey aceptó y se la llevó pa la montaña; allá le cortó laj mano y le sacó loj ojo. Cuando el rey jue montar el cabayo, se le metió un chuso y dijo: —¡Ay! ¡Qué chusaso me dao!—. Y la niña oyó eso y dijo: —Papá, puea ser que naide te saque ese chuso, hajta que yo tenga mano y ojo pa sacájtelo—. Dejese momento, el rey cayó malo con el chuso.

La niña, andando, comía hoja, yerba o lo que le sobaba a la boca. Un día Isabelita oyó una voj que le dijo: —Isabelita: sigue ese camino que lleva y te encontraráj una quebradita; te lava laj mano y tendrá mano, te lava la cara y tendrá ojo—. Así jue que ella jiso lo que le habían dicho y tuvo mano y ojo. Entonse ella salió caminando hajta que se encontró con un príncipe que le preguntó: —¿Qué le pasa niña que anda sola por aquí?— Entonse ella le contestó lo que le había pasao. El príncipe se la llevó pa su casa y se casó con ella y tuvieron un niño.

Al tiempo, el príncipe le contó a Isabel que el rey de la suidá taba malo con un chuso y que naide se lo podía sacal. Ella le dijo al príncipe: —Vamo a vejlo

cómo sigue—. Y se jueron. Cuando iban en el camino, Isabel le dijo al niño, que ya tenía cinco año: —Mi'jito, cuando temo allá, ujté va desil: "Mamá, écheme el cuento"—. Y le dise el niño: Sí, mamá.

Cuando yegaron onde el rey, le preguntaron que cómo tava y él le dijo que taba mal. Se pusiero a conversal; dipué de tanto conversal, dijo el niño: —Mamá, eche el cuento—. Pero la señora no le jiso caso y el niño siempre seguía disiendo lo mijmo, hajta que dise el rey: —Pero señora, échele el cuento pa vel qué ej lo que quiere—. Entonse Isabel empezó el cuento que era su historia: —Mi padre era un rey que se casó con una reina que me cojió rabia y me tenía envidia y le hacía caso máj malditura a él disiendo que era yo, hajta que un día le mató el cabayo y dijo que'ra yo, hajta que mi padre se puso bravo y me llevó a la montaña me cortó laj mano y me sacó loj ojo. Entonse cuando jué a montal, se le metió un chuso en el pie y yo le jeché una maldición que naide se lo sacaba hajta que yo tenga mano y ojo. Hajta que un día oí una voj que me dijo lo que jisiera pa tenel mano y ojo y... deme acá el pie pa sacale el chuso—. Se lo sacó y el rey quedó bien.

Entonse dise el rey: —Yo jui ese padre malvado que pol cuenta de una mujel te ha jecho sufril tanto, Isabel. Pero, perdóname—. Y mandó a matar a la reina. Se quedó viviendo con su hija, el príncipe y el niño. Vivieron muy felise y se acabó el cuento.

22.
EL PEJE PASCUAL

Dice que había una vez un hombre que lo único que hacía era pescar todos los días; él tenía unas hijas que mantener y a él no le gustaba trabajar. Cuando un día que se fue a pescar, se topó con un viejo y le dijo: —Oiga, amigo, usté quiere sacar ruma de pejes, vaye a pescar un viernes santo por la madrugada y el primer peje que saca, le parte la cabeza y le saca una piedra que tiene allí y lo echa de nuevo al agua, para que usted vea que entonces sí va a sacar ruma.

Así mismo fue: el hombre cogió el concejo y se fue a pescar. Cuando sacó el primer peje, el peje le habló y le dijo: —Oiga, mi buen amo, no me mate que yo le voy a dar una virtud que dice así: "Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dado, que des tal cosa", o sea lo que tú quieras.

El hombre se admiró y lo tiró al agua y se fue para la casa. En el camino sacó un viaje de leña y dijo: —Voy a ver si el peje me cumple lo que me dijo—. Entonces comenzó a decir: —Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dejado, que yo monte en este viaje de leña y que salga juyendo—. El montó y el viaje de leña salió huyendo hacia el pueblo donde vivía.

En ese pueblo había un rey que tenía una hija bajo de siete llaves. El rey, ese día, la sacó al balcón, para que cogiera aire libre. La muchacha, al ver pasar el hombre montao en el viaje de leña le causó risa; entonces el hombre la miró y le dio mucha rabia y dijo: —Peje Pascual, por la virtud que tú tienes, que Dios te ha dejado, que esa niña se salga embarazá sin yo tocarla—. Y se fue para su casa.

Así fué; entre muy pocos días, la muchacha cayó enferma y el rey bajó la mano buscando remedio; buscó en todos los doctores. Los doctores sabían que era embarazo, pero ellos no le querían decir nada.

A los nueve meses, la muchacha dio a luz. El niño salió con un abanico en la mano. El rey no sabía quién era el papá del niño y no sabía cómo hacer para saber quién era. El rey ponía a la muchacha en confusión; le metía cuera sobre cuera y ella no le contestaba ni papa. El rey inventó de hacer una fiesta de tres días para ver si así conseguía quién era el papá.

Así fue, pues; hizo la fiesta y invitó a todo el mundo, a todo el pueblo. Puso al niño en una mesa y todo el que llegaba a la fiesta tenía que ir a visitar al niño, para saber si el niño se reía o hacía alguna mueca.

Al tercer día de fiesta, la abuelita del muchacho le dijo que, si no iba a la fiesta, el rey lo iba a castigar.

El muchacho obedeció lo que la abuelita le dijo y se fue siempre, pero él no quiso entrar al palacio del rey; se quedó afuera, arrecostado en la pata de un mango.

En la fiesta había otro príncipe y le dijo al rey que ahí estaba un sucio y no quería ir a visitar al niño; él no quería entrar porque estaba sucio y todo rasgaíto. Entonces el rey lo llamó; el muchacho todavía no había llegado donde estaba el niño y ya el niño se estaba riendo y abiendo el abanico. Allí el rey conoció que ése era el papá y se paró frente a la muchacha y le dijo: —So sucia, sinvergüenza, descarada, ¿con quién te has enredado tú?—. Le metió una cuera y le dijo: —Desde hoy sales de la puerta de mi casa.

Así fue; la muchacha cogió el niño y salió a la par del sucio. El sucio le dijo: —Margarita: ¿con qué fin te vas conmigo?. Ella le contestó: —Desde que mi papá me despachó de la casa, tú tienes que ser mi marido de ahora en adelante.

El muchacho pensó de llevársela a rodar mucho mundo para darle martirio. Salieron a andar y a los pocos días llegaron a un puerto y en el puerto había un bote; ellos se metieron ahí y se jondiaron al mar; ellos no llevaban ni un solo canalete, ni alimentos, ni ollas para cocinar.

El día siguiente, en un descuido, dijo: —Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dado, que me des un platao de guacho todos los días. El muchacho llamó a la muchacha a comer y el Peje Pascual le daba todos los días el guacho de gandule. La mujer, al ver que su marido le daba comida sin cocinarla y sin saber de dónde la sacaba, ella se puso a pensar que él tenía que saber algo y le preguntó que si él sabía algo. Él le decía que no y ella con su necedá, pregun-

tando todos los días, hasta que al sucio le dio rabia y le dijo que era una virtud que él tenía que decía así: —Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dejado, dame tal cosa.

Entonces ella, al día siguiente, le pidió al peje que le pusiera un desayuno superior a los que el rey se comía; el muchacho se indinó; por eso es malo decirle a las mujeres lo que uno sabe. La muchacha dijo: —Bueno, marío, hasta hoy estamos por aquí—. Ella le pidió al peje que los sacara a tierra; entonces el peje los sacó al mismo puerto donde llegaron. Por la noche dice la muchacha: —Bueno, Peje Pascual, yo quiero que nos ponga un palacio frente al de mi papá y que, si el de mi papá es bonito, que el de nosotros sea mucho más y que el palacio tenga un palo de pera y que el palo de pera tenga tres peras colgadas y también que mi papá no nos conozca quien somos nosotros.

Así fue; el peje se los consiguió.

Ese día, el rey vio aquella hermosura y llamó a la reina, corrieron hacia allá para conocer los dueños. Allí la muchacha les preguntaba: —Usted, señor majestad, ¿qué desean ustedes de nosotros?—. El rey contestó: —Yo y mi esposa no necesitamos nada—. Pero él después le pesó lo que había dicho y le preguntó: —Y ustedes, ¿qué desean de nosotros?—. La muchacha contesta: —Nosotros tampoco necesitamos nada.

Dijo el rey: —Nosotros vamos a hacer una comilona para invitarlos a ustedes namás—. Contestó la muchacha: —No, nosotros vamos a hacer una primero para que ustedes vengan.

Cuando hicieron la comilona invitaron a los dos reyes a comer; después que comieron el rey se pasó y dijo: —Jóvenes, ¿qué desean ustedes de mí?—. Contestó la muchacha: —Yo lo que deseo es que usted me ponga tres policías cuidando las tres peras que están en el palo y que cuidado se me pierde una antes de que amanezca. Así fue: el rey puso a cada policía con una pera en la mano. Por la noche, los policías parece que se durmieron y cuando amaneció, se había perdido una pera; de una vez el rey puso el denuncio y llamó a todo el pueblo, para ver quién se la había robado.

Lo que es que habían registrado a todo el pueblo y no la habían encontrado y namás faltaba los de la casa del rey y el rey de tanto registrar a la gente, ya estaba sudando. Entonces metió la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo y lo primero que tocó fue la pera. La sacó del bolsillo y con mucha pena la

enseñó al público y dijo que estaba en su propio bolsillo. Aquí dice la muchacha: Vea papá, yo soy su hija y así como se le metió la pera en su bolsillo, así mismo se me metió el niño en mi barriga sin naide tocarme. El rey le dio qué pensar. Llamó al sucio y le dijo: —Toma mi corona que tú serás el rey de ahora en adelante, y la reina se quitó la de ella y se la puso a la hija, y ellos quedaron gobernados del sucio y la muchacha para todo el tiempo.

23.
COMAN PAN Y BEBAN VINO EN EL BAUTISMO DE ESTE NIÑO, HIJO DE MI PROPIO HIJO Y HERMANO DE MI MARIDO

Había una vez un rey que tenía una hija y la tenía bajo de siete llaves y ésta a pesar de que estaba de que no podía hablar con nadie, se enamoró con un hombre que no se daba cuenta el rey y esta niña lo quiso, o, es decir, que vivió con ese hombre y se salió embarazada y en todo este tiempo del embarazo no se había dado cuenta el rey.

Se llegaron los nueve meses para el parto y mandó a decir al rey que ella quería una señora que fuera honrada y mayor de edad y que se la mandara allá. Así fue que le consiguió el rey la señora. Ella pidió la señora porque dice que había mucho chinche y quería que la fuera a limpiar de esos bichos, pero que se estuviera un mes con ella. Ella le pedía así porque ya estaba en el mes mayor, o es decir, que ya estaba para dar a luz. Ésta dio a luz y le dice a la señora: —Me guarda el secreto. No se lo diga a nadie que yo le voy a pagar bien paga. Llegó el momento que dio a luz; después que salió del parto, ella tenía una canastilla ya lista para acomodar el niño y ésta la acomodó en la canasta y acomodó una chácara de plata y una carta que decía que el que encontrara esta canastilla que lleva una chácara de plata; quien la encuentra que cría este niño y a la señora le regaló toda la ropa que ensució en el parto y le dio también plata.

Había un viejito pescador que todos los días iba a pescar a la playa y ese día fue y se puso a pescar y vio venir en la solas una canasta y la esperó y le tiró el anzuelo y la enganchó con el anzuelo y la sacó. Dice el viejito: —Esta será mi suerte o mi desgracia. Y cogió la canasta al hombro y se la llevó y la abrió en la casa. Dijo la señora del viejecito: —Hay que comprar una vaca para

la leche del niño—. Estos viejecitos nunca en su vida habían tenido hijos y el niño les cayó en gracia, que los viejecitos estaban locos con el niño y así lo fueron criando hasta que estuvo grande. Ellos lo echaron a la escuela y cuando el niño estuvo un poco más grande, le dice al papá: —Quiero que me compre un caballito para yo pasiar—. El viejecito se lo compró; por cierto que era blanco; el viejecito compró un potrillito para cuando este niño está más grande salga pasiar, y, un día por la tarde, le dice el muchacho a su papá: —Me voy a pasear a caballo—. Le contestó el viejecito: —Vaya, hijo mío, para eso le compré el caballo—. Y el mismo abuelito le acomodó la silla al caballo.

Salió el buen muchacho a pasiar y pasó frente la casa del rey y vio la hija del rey y se gustaron ambos, cuando este joven le dio las buenas tardes, pero él no le dijo más nada. El pasó.

Pero la niña del rey le dijo un día a su padre que ya estaba aburrida de estar encerrada, que ella se iba a bajar y se bajó, cuando el muchacho criado de los dos viejitos fue cuando pasó la primera tarde el muchacho, y este siguió pasando todas las tardes. Cuando pasó la segunda vez hizo una paradita para ver qué le contestaba la buena niña, pero él no se bajó de su caballo. Pasó la tercera vez, se bajó y lo mandó a sentarse y estuvieron charlando un buen rato y este joven se fue y siguió visitando frecuentemente.

Estos dos enamorados se casaron y el muchacho se quedó con la mujer en la casa del rey, pero él le dijo a su esposa que él no dejaba de ir a ver sus viejos, pero la mujer también le dijo que nunca pronunciara de ir donde sus padres. Pero estos dos personajes nunca se habían declarado sus familias, hasta cuando estos estuvieron el primer hijo cuando fue a baustizarse el primer niño, que el rey quería al nieto locamente, cuando se quedaron los dos en la casa y se sentaron juntos en una hamaca y allí se acordaron de las familias. Entonces le dijo el marido que los dos abuelitos de él no eran sus verdaderos padres, sí que a él lo criaron porque a él lo encontraron en la playa en una canastilla con una chácara de plata en una canastilla y una carta donde decía que quien ayara ese niño, lo criara con esa plata.

Entonces le dijo la mujer que él era su hijo y ya ésta estaba llorando su desgracia.

Cuando vino el bautizo, ya estaba todo servido y el rey atendiendo todos los niños y mayores que estaban evitados y dijo la mamá de este niño, dio las

expresiones y dice en voz alta: —Coman pan y beban vino en el bautismo de mi propio hijo y hermano de mi marido—. Y se metió en el cuarto.

El público preguntó qué quería decir. Entonces le dijo el marido que lo que resultaba que él era hijo de ella. Pero como allí llegó el padre que baustizó el niño dijo que ellos quedaban desposado, que él podía casarse con otra mujer.

Entonces, se quedó como hijo, o es decir como una madre y él como hijo y el rey lo quería tanto que no lo dejó salir más de su palacio.

24.
LOS HIJOS DEL REY

Había una vez una reina que tuvo dos hijos: una mujercita y un varoncito; los dos tenían un lucero en la frente. El rey en esos momentos no se encontraba allí y la dejó en manos de unas negras para que la cuidaran; pero éstas eran muy envidiosas y al nacer los niños, les cambiaron por otros feos y morenos, y los hijos del rey los pusieron en una canasta y los tiraron al río.

El, cuando vio sus hijos tan feos, dijo: —¡Esos hijos no son míos!—. Y cogió la reina y la puso en un calabozo. La canasta con los niños fue recogida por un pobre pescador y pasó mucho trabajo criándolos. Trabajó mucho. Cuando murió, los niños estaban grandes y les dejó un castillo.

Al tiempo de estar allí, una bruja hechicera les dijo: —Su castillo está bonito, pero mejor se vería con el gallo que canta y el árbol de cristal—. Entonces Juanito, el hijo del rey, se fue a buscarlo.

Caminó mucho hasta que llegó a la casa de un anciano y éste le dijo que estaba cerca de la casa que tenía el loro y el árbol, pero que cuando llegaba, lo iban a molestar y a hablarle para que mirara para atrás se quedara encantado. El le dio las gracias y fue, pero apenas llegó lo tocaron por atrás y él volvió a ver y se quedó encantado. Pero Juanito le había dejado a su hermana una daga y le dijo que si sudaba estaba trabajando, y que si sudaba gotitas de sangre, estaba muerto.

Pero cuál fue su sorpresa al mirar la daga: tenía gotitas de sangre y el día siguiente se vistió de hombre y se fue a buscarlo.

Cuando llegó a la casa del anciano, le dijo éste: —Usted no fue el que pasó por aquí en estos días; ella le dijo que era mujer y que estaba buscando a su hermanito. El le refirió lo mismo y ella le dijo que haría lo posible por no mirar para atrás.

Cuando la niña llegó, comenzó a rodar una pelota y ella no miraba para ninguna parte y no le quitaba la vista a la bola y cuando se paró la bola y entonces se le paró un loro en la cabeza y después en el hombro y después en la mano y fue cuando cogió un ramo de olivo y echaba unas gotitas de sudor y ella lo regaba con las piedras y se iban desencantando príncipes, reyes, y eso parecía un pueblo. Todos se querían casar con ella; pero ella estaba triste porque no había conseguido a su hermano y al salir de la última piedra, lo encontró y se abrazaron y se pusieron muy contentos.

Se fueron al castillo y la bruja no estaba contenta y le llevó un chisme al rey y los dos convinieron en matar a los niños con el fin de quitarle el loro.

Fueron a la fiesta del rey y los dos iban a dejar el loro; pero el loro dijo que él quería ir porque les iba a salvar las vidas y que cuando ellos iban a comer, él les iba a avisar.

Cuando llegaron, le pusieron una lora muy bonita al loro y le pusieron la comida y refirió la historia de los niños y el rey, muy contento, abrazó a sus dos hijos y mandó a sacar a su esposa del calabozo y a las dos negras y a la bruja las amarré a caballos briosos que las descuartizaron y la reina y el rey y sus dos hijos vivieron muy felices.

25.
LOS TRES INFANTES

Hubo una vez un rey que se quería casar con una muchacha, con el requisito de tenerle tres hijos, que sean la luna, el sol y la estrella del oriente, los tres infantes, y al frente de todo esto salió una joven, la cual fue la esposa del rey. El rey y la muchacha se casaron, pero al tiempo éste tuvo que ir a otra ciudad y mientras, su esposa quedaba en casa, bajo la custodia de sus dos hermanas, cuñadas del rey.

El día en que la esposa del rey dio a luz a tres seres, los cuales eran los tres infantes, estos fueron tomados por sus tías y arrojados al mar por la envidia que le tenían a su hermana, esposa del rey. De regreso el rey a su pueblo, se encuentra con la noticia de que su señora había tenido a tres perros en su cuarto y le da castigo a su esposa enterrándola hasta el cuello debajo de la mesa donde el rey cenaba; aquí sólo podía comer ésta las migajas que le echaban y las que se caían de la mesa.

Los niños, que fueron arrojados al mar en una caja de madera, fueron encontrados por un pescador. El pescador los crió y, al morirse el pescador, ellos siguieron sus mismas costumbres y, estando bien crecidos los niños, estos se hacen una casa cómoda y con todo lo que la niña luna quería porque los dos varones le daban y conseguían todo lo que ella les pedía. Y un día en que se encontraban los dos varones en sus trabajos y la niña en su casa, haciendo de comer para cuando ellos venían, fue visitada por una niña que estaba complicada para hacer desaparecer por medio de un encanto a los tres niños por mandato de sus dos tías, porque si los niños se daban cuenta de este lío y se lo decían a el rey, ellas serían castigadas.

La bruja, en su visita, le dice a la niña que su casa es un palacio y está muy bonito y más bonito estaría si estuviera el árbol de todas las flores y ella le

pregunta que dónde se encuentra; la bruja le da la respuesta y después se despide. De vuelta los varones de sus jornadas, la niña se los dice, y su hermano mayor, el sol, se compromete a traer ese árbol.

Este sale de mañana y más allá se encuentra con un anciano y éste luego le dice cómo debe hacer; éste luego llega al regreso, después de cortar el árbol, se queda encantado. Los dos hermanos, la luna y la estrella del oriente, se encuentran preocupados porque no ha vuelto su hermano; más tarde la bruja de nuevo visita a la niña y nuevamente le dice que más bonito sería su palacio si estuviera el árbol de todas las flores y el pájaro de todas las armonías. Ese mismo día, después que la bruja se va, viene su hermano y le dice y la estrella del oriente le promete traer lo encargado y venir con su hermano. La estrella del oriente sale a buscar lo encargado por su hermana luna y más allá se encuentra con un anciano y le pregunta que para donde se dirije; éste luego le dice; pero el anciano le cuenta el secreto y le dice cómo su hermano se ha quedado encantado. El niño se despide del señor y después de caminar mucho tiempo, llegó al árbol, lo cortó y, de regreso, éste también quedó encantado, porque fue muy llamado y hasta por su hermano y en ese momento la estrella de oriente miró hacia atrás quedándose encantado.

La niña luna lloraba porque sus hermanos no habían regresado. Esta fue otra vez visitada por la bruja y la luna le cuenta todo lo sucedido, pero la bruja le dice que vaya ella en busca de sus hermanos y de lo último que ella conoce que es el pozo de todas las fuentes. La bruja y la niña se despiden; la bruja va a donde las tías de la luna y le cuenta todo, diciéndole que lo único que falta por eliminar es a la niña luna y le cuenta todo, y que también ella sale mañana para allá.

La niña, en la noche, se alista y muy de mañana sale y, a una distancia lejos del pueblo, se encuentra con un anciano que le dice todos los secretos para sacar a todo lo que ella iba a buscar. Le dice: —Cuando tú llegas el árbol, cortas la rama y miras para arriba y, si el pájaro está despierto con los ojos abiertos, cójelo porque está dormido y si está dormido, déjalo y espera que se duerma porque entonces está despierto. Y para que traigas el pozo de todas las fuentes, llena el coquito y de esas piedras que tú ves, una de ellas serán tus hermanos que te llamarán, pero tú no mires para atrás y después que tú sales del encanto, regrésate y con la cola del pájaro, pégale a todas las piedras. El anciano instruyó a la niña luna y ésta se despidió y le dio las gracias.

Después de caminar la niña un rato, llegó a el árbol y lo cortó; el pájaro estaba despierto y se lo llevó y llenó el coquito de agua y también hizo lo que el anciano le mandó; después de salir del encanto, regresa y le pegaba a las piedras con la cola del pájaro: así lo hizo y ella después se vio una procesión detrás y después cada uno se dispersó y la niña y sus dos hermanos se fueron para la casa, donde sembraron el árbol de todas las flores, el pájaro de todas las armonías y el pozo de todas las fuentes.

La propiedad de los tres hermanos se convirtió en la mejor del pueblo y el rey, padre de ellos, se enamora de la niña luna; pero el pájaro de todas las armonías se los dice y también les hace recordar que de ahora para adelante soy yo quien mando aquí y decirles a dónde pueden ir a comer, sentarse y todo.

El rey, emprendado de la niña luna, hace una gran fiesta y manda a invitarla con sus tías, pero sus tías no van y mandan a la bruja; ésta los invita y ellos le dicen: —Pregúnteselo al pájaro—. Y el pájaro ordena ir.

Llegó el día de ir y se alistaron y luego salieron para la fiesta y por último, el pájaro les dijo: —Ustedes no comen y dígale al rey que sí comen pero si suelta a esa mujer que está debajo de la mesa—. Y así fue y el rey les preguntó y ellos le dijeron que esa era su madre; todos ellos estaban llorando porque nunca habían sabido quién era su madre, y entonces el rey sacó a su esposa y la adornaron y a sus dos hermanas junto con la bruja las mandó a matar.

El pájaro señaló a las comidas que podían comer y dónde sentarse. Por último llamó al sol y a la estrella del oriente y les dijo: —Vengan conmigo; ellos fueron y en la montaña mandó hacer una hoguera; ellos la hicieron y les dijo: —Echenme en ella— y ellos no se atrevieron y entonces dijo: —volteen la espalda—. Y ellos en esa posición, el pájaro les dijo: —Hasta aquí los acompaño y me acompañarán—. Ellos se viraron y no vieron a más nada.

26.
SOPITA DE MIEL Y SOPITA DE HIEL

Ésta era una vez un señor que tenía dos hijos. Haría más de un año que su esposa había muerto. En ese lugar había una señora que quería mucho a los chiquillos y todos los días les daba sopita de miel.

Un día los chiquillos le pidieron al papá que se casara con esa señora, que era muy buena porque les daba sopita de miel. El papá les contestaba: ¡Ay, hijitos! Hoy es sopita de miel y mañana será de hiel.

Pasó un tiempo, y la mujer se casó con el señor; pero ésta no quería tener a sus hijos y le dijo al papá que los fuera a matar al bosque. Al día siguiente, el papá se fue con sus dos hijos al bosque y los dejó votados, pero como el varoncito era muy vivo, había llevado bastante piedrecitas blancas y las iba regando por todo el camino; cuando ellos vieron que el papá se había marchado comenzaron a llorar.

A la hora de comer, el papá estaba muy triste y cada momento decía: —¡Ay, mis hijitos! Si ellos estuvieran aquí les daría este huesito—. Ese mismo momento contestaron ellos: —¡ Aquí estamos, papá!—. Ellos se habían venido por las piedrecitas.

De nuevo mandó la mujer a su marido a que los fuera a votar y así fue; al siguiente día los dejó más lejos, pero el chiquillo había llevado ceniza y por donde iban la regaba; pero entonces cayó el aguacero y borró toda la ceniza.

Los chiquillos se pusieron a llorar más. Al varón se le ocurrió treparse a un palo a ver si veía humo. Así fue que se trepó y vio salir de una casita un humito. El y su hermanita se fueron allá. Cuando estuvieron cerquita, oyeron al loro que decía: —Por el lao tuerto va—. Y como allí había una vieja bruja, contestaba: —¡Ay, mis sisitos: déjame las torrejas!—. El chiquillo quiso ir a coger unas torrejas y le dijo a su hermanita que lo esperara afuera, pero la

chiquilla no quiso y se fue detrás del hermanito. Cuando el chiquillo metió la mano para sacar la torreja. El loro decía: —Por el lao tuerto vá—. Enseguida la chiquilla comenzó a reírse y la vieja los agarró y les dijo: ¡Ay, mis sisitos!—. La vieja los metió en un cuarto para engordarlos y después comércelos.

Todos los días, la vieja le decía que le enseñaran los deditos por una hendija, pero los chiquillos, en vez de enseñarles el dedito le enseñaban un rabito de ratón que se habían encontrado. Un día se les perdió el rabito y la vieja les pidió que le enseñaran el dedito, pero entonces no les cabían por la hendija de gordos que estaban.

La vieja, de una vez, dijo: —¡Ay, si están muy gordos!— Y los sacó. Al varón lo puso a cargar leña y a la niña a buscar agua. Los dos niños se fueron juntos; en eso la niña vio una paloma y le dijo al hermanito que se la cogiera para ella.

En eso la paloma les contestó: —¡No! ¡No me maten y le digo una cosa!—. Como ellos no le dijeron nada, ella les dijo: —Esa leña y esa agua es para la vieja comércelos a ustedes. Esa vieja les va a decir a ustedes que se trepen arriba a bailar, pero ustedes le contestan que no saben bailar, que baile ella primero—. Así lo hicieron los chiquillos y la vieja se trepó a bailar, pero la paloma les dijo que halaran la soga y la cortaran. Así lo hicieron y la vieja cayó al agua que estaba hirviendo. La paloma también les había dicho que de una teta que le cortaran, le saliría una espada y de la otra un perro, al que le pusieron Fierabrá.

En ese mismo lugar había un castillo que decía: —Irás y no volverás—. El chiquillo dijo que él iba y volvía; así fue que se fue con su perro y su lanza; al entrar al castillo, encontró una vieja bruja que le dijo: —Entra, mi sisito—. El niño entró y la vieja lo trepó a una torre alta donde tenía una trampa que el que la pisaba caía abajo en un hueco; al oír esto el perro, agarró a la vieja y la mordió toda hasta que el chiquillo acabó de matarla. En una tablilla había un líquido y lo derramó por todos los huesos que estaban en el hueco y de allí salió una cantidad de gente, y así se termina el cuento y el que no alza la pata se lo lleva el viento.

27.
EL BAILE DE LA TIRINANA

Había una vez un hombre que vivía con sus dos hijos y al otro lado del bosque había una mujer, que siempre les daba golosina a los muchachitos, y los muchachitos le dijeron al padre que por qué no se casaba con esa mujer que siempre les daba golosinas. Entonces el padre se casó con la mujer.

Un día le dijo el marido a su mujer: —Mujer, quiero comer gallina. Ya estoy aburrido de esta comida. Entonces la mujer le dijo que si no mataba los niños no le daba más comida.

Al día siguiente, el padre le dijo a los hijos que se alistaran que iban a dar un paseo por el bosque; pero a medida que los niños se iban metiendo por el bosque, iban dejando unas cascaritas de caña. Cuando llegaron a lo más espeso del bosque, el padre les dijo: —Espérenme aquí que voy a buscar algo de comer—. Pero el padre, en vez de ir a buscar comida, cogió el camino de la casa, y cuando llegó a la casa, encontró la comida servida con una buena presa de gallina.

Entonces el padre dijo: ¡Ay, tuvieran mis hijitos para darle comida—. Y detrás de la silla salieron los dos niños y dijeron: —No te preocupes que aquí estamos.

Entonces la mujer con rabia, mandó su marido que fuera de nuevo a matar a los hijos, más lejos todavía. Invitó de nuevo el padre a sus hijos a dar otro paseo, pero esta vez, los niños llevaron ceniza; cuando llegaron a la espesura del bosque, el padre les dijo que iba a buscar algo para comer y de nuevo tomó el camino de la casa y dejó los niños botados. Pero esta vez cayó un aguacero y borró las cenizas y los niños no pudieron regresar a la casa. Al día siguiente, los niños divisaron una casita donde vivía una vieja que era tuerta y que tenía un gallo.

Esta los cogió en una trampa y les dijo que bailaran el baile de la Tirinana. Ellos le dijeron que no sabían bailar, que le enseñara, y cuando ésta estaba bailando, la mataron y regresaron a su casa.

28.
FLORE[7]

Flore ta bañando en un quebrá y viene un hombre, garraba un zapato, zapato de Flore. Y antonse viene un ñopo y dice: —Usté no tengo mujere. Flore ta bañando, garra zapato de Flore. Si tú garra zapato, tú casa con Flore y antonse tú rico de iguale como rey.

Antonse tá bañando Flore y antonse juí (fue) y garraba un hombre un zapato y ponlo un zapato. Antonse dijo Flore: —¡Ay, que garraba un zapato! Antonse ta bien, que voy casare siempre contigo. Vamo pa la casa del rey.

Antonse dijo rey: —Usté acojtare ejta noche con Flore y mañana parío niyo; antonse tú quedare con plata. Si usté no tenere familia mañana, antonse yo voy a comere, a matare. Antonse, si va tenere hijo, va tenere cuatro baule: doj baule queda pa yerno, doj baule va quedare pa rey. Si Flore no va tenere pa niyo, antonse baule va a quedare pa rey.

Y antonse viene un diablo; puso un niyo chiquito ensima de Flore y antonse diablo va a salvare a ejte hombre pa que no comere del rey.

Y antonse chiyó niyo, diuna vej dijpertó Flore y como Flore tá nuevecita (virgen), ella no supo cuando yegare niyo y dijo: —¡Ay, María Santísima! ¡Yo no sabía que salió niyo!

Y dijo rey: —Pobrecita, que ejpantó Flore y viene rey y aropare niyo con ropa blanca y manesió mañana—. Y dijo rey a yerno: —Doj baule queda pa ti y doj baule queda pa mí.

Y antonse dijo yerno: —Ta bien—. Y antonse dijo rey: —Vaya jasere un trabajo. Un trabajo sembrare un caña ya un monte, jasiendo un cañalaverale, Vaya sere ayá.

---

7 Dictado por Francisco Villord, analfabeta de 25 años de edad, aproximadamente. Vive en el lugar denominado Cabecera de Río San Pablo, al norte de Cañazas. Lo aprendió de su abuelo.

Y seguido hombre juí pa ya; hombre no jiso un cañalaverale. dio peresa hasere. Ni puso sembrare caña

Antonse él pensó él en plata, gajtare plata de rey namá.

Antonse dijo el rey: —Usté no trabaje, usté queda mi plata; entonse usté comprare cuatrociento villona en rese.

Y antonse dijo hombre que cumplió de comprare siempre, y antonse hombre tenía rico iguale como rey.

Y andó de zapato, un vestío bonito, una silla bonito, un sombrero bonito, un sombrero de Cartagena y jandó de rico y compró too, Tenió plata, tenió too bien vestido; tenió toa vaina, tenió too como iguale de rey.

Y antonse dejpué compró un tienda; casa de oro; vara de oro; casa grande, bonita. Antonse él tenió máij. Tenió moso, tenió trabajo, tenió cosinera. Tenió toa vaina pa trabajare pa servicio pa ella (él).

29.
BLANCA FLOR

Había una vez una familia rica que tenía un solo hijo que se llamaba Juan. El muchacho era chinguero y todos los días iba a chinguear a donde los vecinos. El jugaba plata con diferentes personas de otras partes y a todos les ganaba.

Se regó la fama del gran chinguero en todas partes que esto fue oído por el Diablo. Un día, cuando estaban chingueando, cuando llegó un hombre que venía con cuatro mulas que venían con los zurrones llenos de plata. Jugó con Juan y este le ganó; se fue a buscar más y trajo como en cinco veces los zurrones llenecitos de plata y los perdió.

Entonces el diablo le dijo a Juan: Vamos jugando la vida—. Y éste aceptó. Cuando estaban jugando, salió de que el diablo se había ganado la vida de Juan. El diablo le dijo que tenía que irse para donde él. Juan dijo que sí, y al día siguiente, muy de madrugada, salió para la casa del diablo. Cuando llegó le dieron su cuarto y comida. Por la madrugada, muy de mañana, llamaron a Juan y le dijo el diablo: —Vete, Juan, para el monte; tienes que derribar, socolar, quemar, sembrar y cosechar y traerme luego, cuando viene, arroz ya macero, cosa de que mañana se almuerce con arroz nuevo, y si no lo hace con tu delgado del pescuezo, paga.

Juan se quedó pensando: —Tener yo que traer arroz nuevo para comer mañana. El se fue con su machete y hacha, dispuesto a que le trozaran el pescuezo, porque era imposible que él iba a hacer eso en un día. Llegó al monte indicado y se quedó pensando. Y lo que pensó fue acostarse a dormir.

El diablo tenía su mujer y tres hijas, la cual, la más chica era graciosa y se llamaba; Blanca Flor. El diablo le dijo a Blanca Flor: —Mi hija, tú tienes que

llevarle la comida al monte, al mediodía al mozo—. Ella le contestó: —Papá, está bien—. Y se fue a llevar la comida.

Cuando llegó lo encontró dormido y le preguntó: —¿Juan, ya terminaste el trabajo?—. Él contestó: —No, niña, yo no he hecho nada. ¿Cuándo cree usted que yo voy a acabar esa tarea?—. Ella le dijo: —Juan, come y ven que te voy a espurgar—. El muchacho comió y se acostó a que la niña lo espurgara; mientras ella lo estaba espurgando, el se quedó dormido. Cuando despertó, vio el arroz ya macero y le preguntó: —Niña, ¿usté lo hizo?—. Ella le dijo: —Sí, cállate la boca—. Y se fue.

Por la tardecita, apareció Juan con el arroz macero y se lo enseñó al diablo. Este no le dijo nada. Y por la mañana, el diablo despertó a Juan y le dijo: —Hoy tienes que hacer una cadena de arena de cincuenta brazas de largo—. El muchacho se acostó pensando en la cadena y por la mañana se paró y se fue; hizo lo mismo, se acostó a dormir. Al medio día fue la niña a dejar la comida; le dijo lo mismo y cuando él despertó, vio la cadena hecha y por la tarde se la llevó al diablo. Éste le contestó: —Juan, mañana va a ser el último para que quedes libre. Él se puso contento y por la mañana la niña lo despertó y le dijo: —Juan, hoy tienes que amansar un potro y cuatro machos. Aliñó un garrote bien grande y ella le dijo: —Mételе duro, porque el potro es mi papá, la macha mi máma y las machas más nuevas mis hermanas y por último, la machita, que soy yo.

El se aliñó de su garrote y se fue; le metió palo hasta que tumbó el potro y la macha y las dos machas nuevas le pegó, pero poco y la última ni siquiera la tocó. Cuando llegaron el potro y la macha a la casa, estaban todo agolpeados. El diablo le dijo a Juan: —Mañana te vas para tu casa; has cumplido bien, así que te vas.

La muchacha dispuso de irse juida con Juan y le dijo Juan: —A media noche te voy a llamar—. Sí, dijo ella, vaya a coger un caballo al potrero de mi papá.

Así lo hizo, cogió un caballo de los más flaquitos y se fueron; el caballo se llamaba Pensamiento; corría bastante, pero había dejado el caballo volador que se llamaba Vuela Más que el Viento. Antes de irse ella, aliñó ceniza, un pan de jabón y alfileres y echó una saliva en la puerta de la cocina, en la piedra de moler, en el rajadero de la leña, en la quebrá y, por último, en el fogón. Por la

madrugada, la diabla despertó y llamó enseguida a Blanca Flor. La saliva fue la que le contestó que dice: —¡Mamá!—. La diabla le preguntó: —¿A dónde estais mi hija?—. Abriendo la puerta de la cocina—. Al rato volvió a decir Blanca Flor: —Mamá, estoy moliendo—. Después le dijo: —Mamá, estoy buscando agua—. Y, por último, la diabla se le imaginó y preguntó: —Blanca Flor, ¿dónde estais?—. Ella le contestó: —Mamá, en el fogón—. Pero ya la saliva se iba secando y la voz contestó ya bajita y dice ella: —Ay, si mi hija se está durmiendo en la piedra de fogón—. Y corrió para allá y no vio nada, Enseguida, rebentó de rabia con el marido: —¿Viste, marido?, se fue Blanca Flor con Juan.

Enseguida le dijo al marido que cogiera un caballo y se fuera a buscar a Blanca Flor. El cogió el caballo y se fue, pero ni siquiera los vio y se regresó: —Viste, mujer, yo no los he visto por allí. Enseguida salió la diabla en el caballo Vuela Más que el Viento, pisá, alcanzarse la hija y cuando iba cerca, dijo la muchacha: —Apúrate Juan que nos alcanza mi mamá—. Y cuando la diabla iba llegando, le echó ceniza; enseguida se volvió una tiniebla que ni se veía, y, con todo y eso, ella pasó. Más adelante dijo la muchacha: —Apúrate Juan que nos alcanza mi mamá—. Y le echaron un pan de jabón. Se volvió una loma lisita. La vieja la subió, luchando y luchando hasta que la subió en ese caballo y cuando se los iba alcanzando, le echaron los alfileres y se volvió un cañaveral y dio la diabla hasta que se pasó. Por último, ya, cuando los iba alcanzando, la muchacha dispuso volverse una sardina y el muchacho una piedra, porque no tenía nada que echarle. Llegó la diabla y se abajó del caballo y se puso con unas hojas a coger la sardinita y vio que no pudo y se fue brava y le echó una maldición a la hija de que el muchacho la olvidara y que tenía que andar llorando para que él la recogiera.

Así fue, cuando la vieja se fue, ellos salieron y se fueron. Al llegar a las cercanías del pueblo, el muchacho le alquiló una casa y se fue donde vivía la mamá para ver si quería que le llevara la muchacha.

Llegó al pueblo y fue a su casa y le contó a sus padres lo que había sucedido y ellos dijeron que sí, que la llevara, que tenían el gusto de conocerla. Pero cuando iba de regreso, habían unas negras y comenzaron a silbarlo y él se quedó viendo quién era y vio las negras y enseguida se encantó y no tuvo por la muchacha. A los días, la muchacha, llorando al verse sin el muchacho,

se volvió una paloma y se fue hacia el pueblo. Cuando llegó, fue a la casa de las negras y pasó y se metió en el cuarto donde dormía el muchacho. El muchacho despertó y salió afuera a lavarse, cuando se le paró la paloma en el hombro. Y le dijo: —Turrututú, palomito, ¿no te acuerdas cuando yo te hice el trabajo del monte y de la cadena de arena?—. Le contestó el muchacho: —Turrututú, palomita, yo no me acuerdo. Le dice ella: —Turrututú, palomito, ¿no te acuerdas cuando mamá nos echó la maldición?—. Le dice el muchacho: —Turrututú, palomita, no me acuerdo—. Y por última vez le dice ella:

Turrututú, palomito, ¿no te acuerdas cuando me dejaste en las afueras del pueblo?—. Entonces le contesta él: —Sí, palomita, ya me acuerdo.

Entonces el muchacho se fue de allí y enseguida ella se volvió la niña bonita que la suegra la adoró. Se casó el muchacho con Blanca Flor y vivieron felices.

30.
JUAN

Éste era un muchacho que se llamaba Juan y fue donde un señor que le diera trabajo. El señor, entonces, le dijo que sí; entonces éste se quedó. Entonces, en la noche, la hija del señor fue donde estaba Juan dormido, lo llama y le preguntó: ¿Estáis dormido?—. Le dice él: ¡No! —Le dice ella: —El trabajo que tienes que hacer es amansar un macho. Dale duro al macho en la cabeza, porque ese macho es mi papá.

Antonces, cuando lo montó, él inclina la vista pa arriba y el muchacho le dio un leñazo en medio de las orejas. Le quitó la silla y se la trajo y le dejo allá, como le había dicho la muchacha.

Le dice la mamá a Juanita: —Anda ver qué le pasa a tú papá que se fue a buscar unos palos de leña y está quedándose por allá.

El otro día, por la tarde, le dice el señor que tenía que almansarle una macha. Le dice Juanita a Juan, en la noche: —Dale duro que esa es mi mamá. Cuando ella alarga la vista para el callejón, ahí cae y le quitas la silla y te la traes para la casa—. Le dice el papá a Juanita. —Anda a ver a tu mamá qué le pasa, que se jue a buscar unas hojas de silantro y se está quedando por allá—. Entonces ese día, en la tarde, el señor le dice a Juan: —Mañana nadie va a hacer un trabajo.

De nuevo, en la noche, Juanita le dice a Juan: —¿Sabes cuál es el trabajo que mi papá te dejó?—. Entonces él dijo que no. Entonces le dice Juanita: —Mañana amanece una mulita. Esa soy yo. Entonces yo me hago la mala cuando me tienen en el graneador. Tú me pones la silla y yo no te hago nada; entonces cuando tú me vas a pegar, has la cataplasma de que me vas pegar; cuando brinco para el callejón, tú alevantas la mano, yo me hago la caída y me quitas la silla y te vas para la casa. Entonces le dice el papá a la mamá de Juanita: —Anda a ver a tu hija que está quejándose por allá.

El señor, por la noche, le dice a Juan: —Tiene que hacerme otro trabajo y es cambiarme un cerro de la mano izquierda a la derecha y del derecho al izquierdo—. Entonces Juan, ese otro día, se fue en ayunas a hacer el trabajo. Juanita se fue a llevarle el desayuno, mientras Juan tomó el desayuno, ella le hizo el trabajo. Al poco momento, llegó el señor a recibir el trabajo echo de Juan. Le dice: —Está bien.

Esa otra noche otra vez le dijo el señor a Juan: —Me va a hacer otro trabajo. Juanita de nuevo va donde Juan; le preguntó ella que si taba dormido y él le dijo que no; entonces le dice ella que el trabajo que le ha dejado es que tiene que tumbar una rosa en que haiga toda clase de siembros, arroz maduro y verde, maíz seco y verde. Pero Juanita le dice a Juan: —Te vas a ir en ayuna. Mientras tú toma el desayuno, yo te hago el trabajo—. De nuevo le dijo que se quedara allí hasta que viniera su papá. Cuando llegó el señor le dijo que estaba muy bien. Bueno, se vinieron para la casa. Por la noche el señor le dijo: —Bueno, por la mañana me va a hacer otro trabajo; es el de hacerme una soga de arena.

Juan se fue sin desayunar, Juanita fue a llevarle el desayuno; mientras desayunaba, ella le hizo el trabajo; le dijo: —Quédate por allá hasta que venga mi papá a las seis de la tarde.

El siguiente día, el señor le dice a Juan de nuevo: —Tiene que hacerme un trabajo mañana, Ese trabajo que le puso el señor, Juanita no lo podía hacer y Juanita halló mejor fugarse con Juan. Le dice Juanita a Juan que aliñara jabón, sal y ceniza. Viene Juanita, al levantarse ese otro día en la madrugada, echa una saliva al pie de la cama. Entonces, al salir a la boca del cuarto, en el fogón, en la piedra de moler, y echa otra en el patio y en el camino para ir para el pozo.

Dice el señor, en la mañana: —¡Juanita!—. Y le contesta la saliva: —Ya me voy a levantar—. Entonces llama de nuevo y le contesta: —Estoy moliendo la tortilla—. Vuelve y la llama y le contesta la saliva que está juntando la candela para asar la tortilla. Después vuelve y la llama y le contesta que está haciendo café. Vuelve y la llama y le contesta: —Estoy en el patio barriendo—. Vuelve y la llama y le dice que va para el pozo a buscar agua. Vuelve y la llama y le dice el señor a la mamá de Juanita: —Fulana, fulana: se fue Juanita—. Entonces se levantó la señora buscando a Juanita

Entonces el señor, viendo que no la encontraba, montó en una mula que tenía y se va detrás alcanzarla y Juanita le dice a Juan: —Apúrate que viene mi mamá y echaron los alfileres y se volvió un espinal; la señora luchó y pasó. Juanita le echa el jabón y se volvió un lajero lisito; la señora pasó. Juanita le echa la ceniza y se volvió un brazo de mar; la señora luchó y pasó. Ya no tenían más salvación y ella se volvió un poco de trigo y Juan un viejo.

La señora llegó y le preguntó al viejo: —¿Por aquí no ha visto pasar dos jóvenes?—. El viejo no le hacía caso y se ponía era a espantar los pájaros. Entonces la señora, viendo que no le contestaba, se regresó para atrás.

Juanita, después que la mamá se fue, agarraron el camino y siguieron.

Entonce la señora llegó a la casa y el señor le pregunta que donde estaba Juanita y ella le contesta que no sabe que topó fue un poco de trigo y un viejo espantando los pájaros.

Le contesta el señor: —¡Tú eres una bruta! Ese trigo era Juanita y el viejo, Juan.

Entonces el señor se va alcanzarlos y viene Juanita y le dice a Juan: —Apúrate, que ahora viene mi papá—. Ya viendo que los iba alcanzando, Juanita se volvió una iglesia y Juan se volvió un padre diciendo misa.

Desde que el señor llegó, se puso a oír la misa y hasta que se llenó de cana de estar esperando que terminaran la misa y se aburrió y se fue para la casa. Juanita, viendo que ya ella no podía seguir con Juan, se tiró en un pozo de coger agua y se volvió una sardinita y le dice ella a Juan: —Tráeme las migas de pan todos los días, que no se te vaya a olvidar—. Juan le tuvo trayéndolas varios días y de pronto se le olvidó que tenía que llevarle las migas de pan a la sardinita y de allí no supo más de su compañera, que lo había salvado de tantos peligros con su padre, y se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

31.
JUAN CATORCE

Ésta era una familia muy rica, pero que no tenía hijos. Estos le pedían a Dios que les mandase uno, hasta que Dios los oyó. Les mandó un niño al que le pusieron Juan.

Al nacer, se tomó dos mamaderas, cosa que les sorprendió mucho. Pasó el tiempo y el niño al tener dos años, comía más que tres personas juntas. Al llegar a los siete, el niño no se aguantaba por sus grandes deseos de comer, pues ya que él, solo, se comía una vaca; los puercos se los componían sólo para él.

Sus padres tuvieron que buscar apoyo en el señor rey, que era el padrino de Juan, pues ya estaban en la ruina. El rey aceptó a Juan, creyendo que por pena no comiera tanto; pero al contrario, Juan, según crecía, más comía.

El padrino, viendo que eso no le convenía, decidió deshacerse de Juan en una forma que no se diera cuenta. Así pues, decidió mandar a Juan a un rancho que tenía en el monte y lo cual estaba abandonado por haber un feroz tigre, que no dejaba a nadie, con el cuento de que le fuese a buscar una carga de maíz. Juan, que era bien mandado, fue en una carreta.

Llegó al mediodía y como tenía calor, se fue a bañar al río más cercano. Pero en eso el tigre había tenido una pelea con los bueyes, resultando vencedor. Al ver el tigre a Juan, se le avalanzó; pero Juan, que era más hábil, lo cogió por el pescuezo y lo mordió.

Al fin el tigre fue vencido y Juan lo amarró en un palo de guabo, mientras él se comía el resto de los bueyes. De una vez le puso los zurrones al tigre y se montó encima.

El rey, que lo creía en la barriga del tigre, ni se preocupó de él, pero al verlo venir montado en el tigre, casi se muere del susto. Juan ordenó que le

compusieran el tigre y se lo comió de una vez. Pero el padrino siguió su intento de matar a Juan y lo mandó varias veces a pelear con otros animales.

Viendo que no podía con Juan, pensó que éste podía ser fuerte pero también podía ser miedoso y lo mandó a otro rancho más metido en la montaña, donde no se veía ni el sol y ni se oía otra cosa que el rugir de los tigres y el chillido de los monos; allí habían muerto varios hombres al oír cosas raras.

Juan llegó a la casa como a las diez de la noche y solamente llevaba una cajeta de fósforos y su sombrero. Lo primero que vio fueron unas calaveras en el suelo. Vino él y las apartó y se acostó a un lado. A eso de las once de la noche, oyó como si estuvieran halando cadena, chirreando cueros y se oía el tropel de un caballo con una campanilla. Pero Juan, sin importarle, siguió durmiendo. Al rato, oyó un gemido que venía del caballete del rancho y decía: —Cae o no cae. Cae o no cae. Cae o no cae—. Y Juan, aburrido, dijo: —Caiga pues, si quiere caer.

Al rato vio que caía de arriba una mano de persona, luego una pierna y así, hasta que, por último, cayó la cabeza.

Juan se sentó, prendió un fósforo y oyó que la cabeza decía: —Mira, Juan, como tú no has tenido miedo, te voy a dar una fortuna. Escarba allí junto al horcón derecho. Así verás una cosa—. Así lo hizo Juan y se encontró una tinaja llenita de oro, plata, sortijas y otras cosas.

Cuando Juan le puso la carga a sus bueyes, estos se murieron de tanto peso. Pero Juan se lo puso al hombro y se fue silbando hacia su casa. Al ver el rey tanta fortuna, abrazó a su ahijado y le mandaron dos lechonas. Luego Juan le dio plata a sus padres y a su padrino y se fue a correr mundo para comer lo que quisiera.

32.
RODELO

Había una vez en una ciudad una señora pobrecita que quería tener un hijo y ofreció una manda, pidiéndole a Dios tener un solo hijo porque ella era muy pobre.

Vivía en la cueva de un león y esa cueva tenía una piedra que tapaba la cueva, y la mujer vivía junto con él. Tuvo un hijo con el león; el hijo era velludo y fuerte, que, al nacer, nació caminando, con dientes y gordo y grande.

A los cinco años tuvo el objeto de pedirle a su madre ver mundo, ver tierra, caminar a rienda suelta por el bosque. Su madre le dijo que no, que sólo su padre abría la puerta y salía a buscar alimento. Si lo hacía, lo mataba.

Un día desobedeció a las órdenes de su padre y con una mano dio un fuerte puñetazo y sacó la piedra a diez brazas de distancia, y salió, a ver mundo, ver luz de sol, quedó libre de todas sus acciones. Tomó la piedra y la alzó y la tiró para arriba a una distancia de metros que no se podía contar.

Su madre salió llorando, pidiéndole que se encerrara pronto, porque vendría su padre y los mataba, El contestó: —Yo me voy a andar mundo, a ver quién es más hombre que yo, Rodelo. Usted se quiere quedar, yo voy a colocar la piedra donde estaba. Su madre le echó la bendición y se quedó en la cueva. Creció al tamaño de un gigante. Por el bosque alcanzaba los venados y crudos se los comía.

Un día, muy de mañana, cogió la ruta de andar bosques. En media montaña vio a un hombre que luchaba contra los árboles. De un solo bofetazo, derribaba los árboles y que decía: —Yo soy Barranca Palo—. Y daba otro bofetazo. Ese era su oficio. Rodelo, que estaba desioso de peliar dijo: —Yo soy Rodelo—. Y Barranca Palo lo miró enfurecido. Comenzaron a pelear, hasta que Barranca Palo se dio por vencido y le dijo que se iba con él a rodar tierra.

Al día siguiente, se encontraron con Barranca Cerro. Barranca Cerro, que estaba entretenido derrumbando un cerro, decía: —Yo soy Barranca Cerro.

En ese momento llegó Rodelo y dijo: —Yo soy Rodelo—. Miró Barranca Cerro a Rodelo y le dijo: —¿Tú eres Rodelo? Sé que eres muy hombre y que venciste a mi compañero, que te acompaña; eres muy hombre, yo también lo soy. Si quieres, comenzaremos a luchar ya.

Rodelo golpeaba con toda la fuerza a Barranca Cerro, hasta que Rodelo, viendo ya que Barranca Cerro no aguantaba, le dijo: —No aguantas ya. ¿Te das por vencido? Contestó el otro: —Sí, me voy contigo.

Al día siguiente, ya de tarde, vieron desde muy lejos un campamento de hierro. Luego era muy tarde para llegar allá y esperaron el día siguiente. Muy de mañana, llegaron a donde estaba Masca Hierro, que con los dientes mascaba hierro. Rodelo estaba con miedo de que le diera una mordida con sus dientes tan afilados, pero Rodelo se sentía hombre y digno de pelea. Masca Hierro no quiso pelear. Lo que hizo fue irse con ellos. Los cuatro siguieron la ruta de andar mundo. Más tarde, llegaron a la ciudad de los zorros, donde había un piral, y dos zorros estaban tejiendo sogas, que al llegar éstos, todos proclamaron: —Señores, quédense con nosotros, que más allá hay una ciudad que el que va no vuelve. Hay una casa de fantasmas, de abusiones.

Los tres compañeros de Rodelo que se miraron llenos de terror. Pero Rodelo, confiado de sí mismo, dijo: —Ahora haré lo posible por llegar allá—. A los dos días de caminar, llegaron a una pequeña casa muy bonita y lujosa, donde no vivía nadie, ni siquiera se oía el chillar de los mosquitos. Había una montaña muy grande, y ellos comenzaron a hacer un barco, con el fin de navegar.

El primer día se quedó haciendo la comida, Barranca Palo. Al mediodía, cuando taba todo terminado, venía de la montaña un ventarrón que hacía traquear los árboles y alzarlo él mismo. Apareció un negro que le dijo —¿Tú que haces aquí, so gusanillo de tierra? ¡Lárgate! ¡Me como esa comida!—. Barranca Palo no chistó una palabra. Se comió la comida el negro y cogió las vasijas y las botó. Como a la una de la tarde, llegaron a comer y no encontraron nada con qué aplacar el hambre. Dice Barranca Palo: Yo no vuelvo a quedar aquí solo más; prefiero la muerte. Ha venido un negro y se comió la comida. Mañana te quedas tú, Barranca Cerro.

Bueno, llegó el día y se fueron a labrar el barco. A las doce del día, venía un fuerte ventarrón y llegó el negro y dijo: —¿Qué haces aquí, gusanillo de tierra? ¡Me como la comida!—. Se quedaba Barranca Cerro mirando al negro, pero no le dijo nada. Se comió la comida y se fue.

Luego llegaron los otros; no había nada. Dijo Barranca Cerro: —No vuelvo a quedar solo más, prefiero la muerte.

Al día siguiente se quedó Masca Hierro, que muy temprano hizo todo; limpió toda la casa y sus alrededores. A las doce del día venía un ventarrón más fuerte que nunca. Apareció el negro y dice: —¿Tú que haces aquí, gusanillo de tierra? ¿Me como o no me como la comida? Dice Masca Hierro: —¡Cómesela, pues!—. Y vino el negro y se la comió y botó las ollas y obró todos los horcones. Se fue de nuevo en otro ventarrón. Llegaron todos hambrientos, sin comer tres días almuerzo. Dice Rodelo: —Mañana me quedo yo, a ver qué es lo que pasa.

Los demás se fueron para el bosque y Rodelo fregó todo y hizo la comida. Rodelo tenía un machete de doce brazas de largo, bien amolado. Llegó el negro y Rodelo le dijo: —No te comerás la comida, primero tienes que pelear conmigo. Comenzaron la pelea y Rodelo iba en veces ganándole al negro y en veces perdiendo. Rodelo le quitó un pedazo de oreja al negro. Este huyó desesperadamente. Rodelo lo siguió por la sangre que iba brotando, que, al llegar a un hoyo muy profundo, desapareció. Al regreso, sus compañeros, que hacían que Rodelo se había muerto, lo encontraron vivo. Todos se sorprendieron y dijeron: —Se comió el negro la comida. Dijo Rodelo: No. Pelié con él y le arranqué un pedazo de oreja; se fue huyendo.

Rodelo fue a donde estaban los zorros tejiendo sogas y le dijo que le hiciera una gran cantidad de brazas de sogas; éstos se las hicieron.

Ya el barco estaba terminado y empezaron el viaje en busca del feroz negro. Al llegar al hoyo, marró a Barranca Palo con la soga y lo tiró. Este pasaba agua de distintos colores: agua fría y caliente. Al llegar al agua caliente, templó la soga para indicar que estaba en peligro. La sacaron; éste salió desmayándose. Dijo: —No vuelvo a tirarme en ese hueco; prefiero la muerte—. Después fue Barranca Cerro; después Masca Hierro, que bajó un poco más no dioy salió casi muerto. Se tiró Rodelo que bajó a una ciudad encantada. Había un lindo mar donde se veía muchos varios edificios de los más preciosos. Se dirigió a un castillo, donde tenía a un

guardiante en la puerta, que no lo quería dejar entrar. Rodelo le pegó y pasó. Había cuatro cuartos: cada uno tenía a una Joven, hijas del rey.

La primera que lo vio saltó a él: —Por favor, quiero que me saque de este encanto; estamos presas cuatro niñas que desde muy pequeñas estamos aquí; nos cuida un negro el principal.

Cogió la primera aguachinche y la sacó. Estos, que estaban afuera empezaron a pelear a la hermosa joven. Sacó a las cuatro. Cuando fue a subir, le cortaron la soga.

Muy triste, se sentó a la orilla del edificio a llorar en ver lo que le habían sido sus compañeros. Se acordó de la oreja del negro y le dio una mordida. Se le apareció el negro y le dijo: —¿Qué quieres conmigo? ¡Dame mi pedazo de oreja! Dijo Rodelo: —Sí te la doy, pero si me sacas afuera de este encanto—. Dijo el negro: —Móntate arriba de mi espalda y te llevo afuera—. Así fue.

Cuando ya estaba afuera, no vio a nadie ni al barco. Se habían marchado para la ciudad. Dice: —Negro, si no me dices cómo hago para irme, no te doy el pedazo de oreja—. Dice el negro: —Coge un palo y te lo pones en cruz y te tiras al mar.

Le dio la oreja y se fue. Hizo lo que le habían mandado. Las cuatro jóvenes que llorando iban por su suerte, vieron a Rodelo que, sacaron su pañuelo y indicaban que iban allí. Rodelo con la cruz en el cuerpo no le pasaba nada. Llegaron a la ciudad y se dirigieron donde los reyes, padres de las cuatro jóvenes. Ellas decían que estos no eran los que las sacaron del encanto.

Tres días de fiesta para la boda de que se iban a casar. Faltaban sólo dos días, cuando llegó Rodelo que se presentó ante el rey, al cual todas las niñas le gritaron a sus padres: —¡Este señor fue el que nos salvó!

—Por mi corona real, dijo el rey, tú eres ese joven tan dichoso—. Rodelo le contó todo. Dijo el rey: —¿Qué deseas para ellos?—. El dijo: —Que se vayan de aquí.

Se casó con la más nueva y las otras tres quedaron ayudando a esta feliz familia. Aquí termina este cuento del hombre fuerte y trabajador que se llamaba Rodelo.

33.
MARE PIDIÓ TERRENO DE DIO[8]

Mare pidió terreno de Dio. Antonse Dio no quiso entregare esa finca y dijo: —Pero ejta finca yo no entregare pa ti.

Antonse dijo mare: —¡Qué va, si yo coge pa ti!—. Entró toa esa finca y finca mare limpió.

Antonse guardó en un tanque como pa jaserse pájaro y guardó doj namá, hombre y mujere, pa tenerlo pa semilla. Ese hombre y esa mujere era raza Palenque.

Antonse sale arriba Dio. Antonse Dio cojió un muchacho y antonse Dio dijo a mare: —Coje ese terreno—. Dio no quiso que mare no cojío solito finca. Dioj mijmo convino y Dio mijmo no convino.

Antonse pájaro conversó. Perro jabló iguale como gente, y antonse gato jabló; antonse vaca conversó y toíto jabló, y antonse cuando mare pidió terreno, ya iba acabare mundo. Antonse to'ito jabló.

Y antonse muchacho nació chiquito, como medio metro de alto. Y antonse salió muchacho flore en oreja y antonse viene un tomí blanco[9] y entonse viene de bebero sangre de una oreja.

Y antonse dijo un pájaro un sapo: —¿Usté chifla?—. Y antonse sapo quería chiflare pero no puede chiflaré.

Antonse dijo un pájaro gallinero: —Yo manda chiflare un sapo; usté chifla—. Cuando usté chiflare, yo manda bebere agua un chorro. Chifla sapo, chifla tú también. Antonse gallinero chifló y pájaro dice: —¡Uh! Usté chiflare muy feo. Yo no gusta asina.

---

8 Este relato, que el autor se enorgullece en presentar aquí, es sin duda alguna, un documento de importancia para el estudio de la mitología guaymí. El término "Raza Palenque" nos hace pensar en la influencia maya.

9 **Tomí blanco:** colibrí.

Antonse pajarito mandare paloma avisare too venga, too animale venga. Toíto Dio llamare y Dio va bautisare.

Dio dijo: —Usté jablare, usté beber un chorro; si usté no jablare, no bebere un chorro.

Antonse too viene y Dio puso nombre de too animale. Dio puso nombre de zorra; Dio puso nombre de conejo; Dio puso nombre de cangreja; toíto Dio puso nombre.

Pajarito ganó todo el mundo de chiflare.

Antonse zorra gallinero dijo: —Yo voy a ponese enamorare un muchacha y le puso de bailare y puso de silbare y dijo: —Chele Chele Chek! Chele Chele Chek!—. Muchacha no gujtare porque chiflare muy feo; bailare muy feo; antonse muchacha no gujtare y se va dormire fogón y se quema cola y dejpuej va comere gallina fogón.

Y antonse salió zorra gallinero, dijo: —¡Je! Cuando yo juí, quemare too rabo; toíta culeca, too gayo, queda pa mí.

Y antonse Dio dijo zorra gallinero: —Usté mijmo bujca muchacha; usté mijmo jué; yo no manda pa ya a tú, y ahora dejpuej tú tái jodiendo, y antonse dise "siempre queda gallina yo comere porque yo quema rabo".

Y antonse eso acabó. Y antonse jué un trueno. Dijo trueno: —Ejta finca yo voy tirare. Y antonse trueno quemó too, y antonse ardió, tierra; piedra quemó; árbol quemó, toíto alumbró. Venao dijo: —Ese enemigo vamo matare—. Y antonse el venao y el puerco y el ganao, pisa too y trueno no ganó.

Y antonse suquia [10] dijo: —Manda pío [11] a bujcare l'agua—. Diuna vez, volaron esa buscaron agua arriba y dinavej topare un chicha; juí pío y topare un comía. Y antonse mucha comía, mucha chicha. Pío no puso sacare l'agua. Tomó chicha, comió bajtante y no puso sacare l'agua y volvió pa tráj. Antonse dijo suquia: —Manda perro—. Perro también puso jugare, no servió pa ná.

Antonse un hombre raza Palenque pasó un río. Gente vive río, gente vive a pique, esa gente no muere. Son coquipelao, blanco, alto,

10 **Suquia:** hechicero.
11 **Pío:** lechuza.

grande, grueso, no trabaja, no come ni bebe, vive casa piedra, vive jorcón piedra. Esa gente jasío trej piso pa bajo, casa'e piedra.

Antonse esa gente dijero: —Que yo voy a mandare un tomí grande[12] bujcando agua.

Antonse Viejo Palenque anda de paseando río y dijo: —Usté dise Choque manda cuatro cayuco.[13] Choque, el amo de l'agua.

Salió ese tomí allá rriba, jasta que llegó un casa arriba, toa llenesita de agua. No puede entrare, mucho viento, mucho aguasero. No puede entrare allá. Salió viento, salió aguasero y tomí iba volteao pa quí, volteao pa ya. Antonse yega. Jabló con Choque. Choque sentao un tahurete. Choque ej gente no muere. Choque dijo: —¿Qué bujcare tomí grande? Tomí dijo que gente río jabía mandao bujcare agua. Tomí jabló muy ligero, porque él tá cansao. Tomí dijo Maestra: —Maestra mandare bujcar cuatro cayuco. Choque dise: —Yo no mandare cuatro cayuco, sino un cayuco. Usté ejpera cuatro día al aguasero—. Antonse viene tomí abajo; antonse viene tomí; yegó. Antonse él quedó en casa 'e piedra. Tomí él quedó.

12 **Tomí grande:** golondrina.
13 **Cayuco:** fuente de las aguas.

34.
JUAN BIJAO

Juan Bijao era un pobre hombre que no tenía ni qué comer, ni cómo vestirse. Su vestido y rancho eran de bijao. Un día se apareció un conejo, el cual se le brindó para ayudarle. El hombre resistía, pero al fin quedaron en que el conejo se quedaría cuidando la casa, mientras Juan se iba a trabajar.

No muy lejos de allí, vivía un gran rey que tenía una hermosa hija. Un día, mientras Juan se encontraba trabajando, el conejo se fue donde el rey y le dijo que decía Juan que le prestara la medida para medir plata; el rey se la mandó aunque ésta tenía una rajadurita debajo.

Juan guardaba muy bien dos pepitas: una era de oro y la otra de plata que era todo lo que tenía. El conejo cogió la de plata y la trabó en la rajadura de la medida del rey y se la llevó. El rey, cuando vio la pepita trabada, le dijo que se la llevara a Juan que quizás no se había dado cuenta, y el conejo le dijo que qué va, que él tenía mucho y eso lo había visto y lo había cogido porque no lo quería.

Otro día fue y le pidió la de medir oro, que también tenía la rajadura y le trabó la pepita de oro y sucedió lo mismo que la vez anterior. Juan, al darse cuenta de la desaparición de su tesoro, se enojó mucho.

Otro día fue el conejo donde el rey y le dijo que decía Juan que le diera la hija para casarse. El rey, que lo había deseado, pensando en lo rico que era Juan, enseguida le dijo al conejo que sí, que le dijera que fuera a la casa.

El conejo le contó todo a Juan y él le dijo que por qué había hecho eso si él era tan pobre que no tenía ni con qué vestirse. Antes de llegar a donde vivía el rey, había una quebrada en la cual se quedó Juan esperando lo que pasaba.

El conejo fue donde el rey y le dijo que su amo venía y que la corriente

estaba tan crecida, que se llevó los caballos, la ropa, los zapatos y todo lo que llevaba y por lo tanto Juan se había quedado desnudo tapándose con hojas en la quebrada.

El rey, enseguida le mandó ropa, zapatos y caballo. Juan se fue y lo recibieron con mucha alegría y se dispuso que se casaran enseguida y se marcharan. El conejo se fue adelante y se encontró con una araña que era dueña de grandes posesiones y él le dijo que se metiera debajo de una piedra que venía la guerra. Ella, asustada, se metió; enseguida, el conejo la machucó y se murió.

Y se fue corriendo y le avisó a Juan y le contó todo y le advirtió que mirase todo como si ya él hubiera estado acostumbrado. Así se hizo y tomaron posesión de la gran casa de la araña y les dijeron muchas mentiras a las empleadas y los convencieron. Vivieron felices muchos años.

El conejo le había dicho a Juan que el día que él se muriera, quería que le hiciera una gran sepultura.

Un día, el conejo se enfermó hasta que no respiró más. Juan se acordaba de lo que le había dicho el conejo, pero creyó mejor tirarlo al agua. Cuando lo tiró, el conejo, que se había hecho el muerto, tan solo para probarlo, salió nadando del agua y le contó todo a la muchacha, desde que él había ido a vivir con Juan. Ella se puso furiosa, lo abandonó y lo castigaron, quedando como estaba al principio.

35.
TÍO CONEJO Y TÍO TIGRE

El tigre no sabía cómo hacer para comerse al tío conejo. Entonces dice: —¡Anjá, tío conejo, hoy es el día que me lo como yo!

Entonces dice el tío conejo: —¡Ay, tío tigre, si ustéd supiera lo que yo estoy comiendo aquí, no me dijera eso.

Dice el tío tigre: —¡Ay, tío conejo, que está usted comiendo ahí?

Dice tío conejo: —¡Queso con raspadura!

Dice tío tigre: —¿Y a dónde consiguió usted?

Dice tío conejo: —Ve, allá; asómese al plan del charco que allá está el queso.

Dice tío tigre: —Ay, tío conejo, y yo cómo hago para cogerlo?

Dice tío conejo: —Vea, amárrese una piedra al pescuezo y tírese allá al plan y lo coge.

Entonces, el tío conejo le amarró una piedra grande, bien grande y lo tiró y se fue huyendo.

36.
EL TÍO CONEJO

Había una vez un señor que tenía un huerto. Este todos los días, cuando lo iba a ver, lo encontraba todo comido y pisado por un conejo. El señor, aburrido, una noche vigiló el monte y cogió el conejo. El señor le dijo a su hijo que lo llevara a su casa y que le dijera a su mamá que lo matara y le guardara la cabeza.

En el camino, le preguntó el conejo al muchacho que qué era lo que le había dicho su papá; el muchacho le dijo que el papá le había dicho que lo llevara a la casa y le dijera a su mamá que lo matara y le guardara la cabeza. Entonces el conejo dijo: —Por eso es que yo digo que los muchachos no saben hacer mandado; lo que tu papá dijo fue que matara el gallo más grande que tenían y que me diera de comer y que me metieran debajo de una batea. El muchacho, al principio, decía que eso no era como decía el conejo, pero después creyó que le había dicho era verdad y así mismo se lo dijo a su mamá.

La mujer mató al gallo, hizo la comida y se la dio al conejo y lo metió debajo de una batea; éste empezó enseguida a hacer un hueco y se fue.

Cuando vino el señor, al ver que no habían matado al conejo, le preguntó a su mujer que dónde estaba el conejo; ella le contestó que estaba debajo de la batea y le contó todo lo que el muchacho le había dicho. El señor se puso tan furioso que le dio una cuera a su hijo y a la mujer, para que no fueran tan brutos.

37.
CUENTO DEL TÍO CONEJO Y TÍA ZORRA

Le gustaba al tío conejo darse importancia delante de la gente. (?)

Un día que estaba hablando con algunos acerca de caballos, decíanle aquellos que no tenían ninguno. —¿Cómo?— les preguntó tío conejo—. Yo tengo el mejor del país y es nada menos que la señora zorra.

Esta, que estaba por allí, lo oyó y le dijo a los otros que haría retirar al señor conejo esas palabras. Dijo: —Esperen aquí y verán qué mal rato le voy a hacer pasar.

Corrió a casa de tío conejo y le dijo amigablemente: —Señor conejo, sus amigos van a dar una fiesta y les prometí venir a buscarle—. Este, entrando en sospecha, le dijo que no podía caminar. La tía zorra le dijo que lo llevaría en su lomo, a lo que tío conejo dijo: —Sin silla y brida, no voy—. Aceptó la tía zorra y después de enjaezarla, montó el señor conejo sobre ella, no sin ponerse un par de espuelas puntiagudas que llevaba escondidas. Se pusieron en camino y la zorra se dijo: —Voy a darle a este imbécil un maltrato por llamarme su caballo—. E inmediatamente comenzó a saltar de aquí para allá, avanzando, retrocediendo, con intenciones de tumbar al tío conejo. Pero éste clavó las espuelas con tanta fuerza, que la tía zorra no tuvo más remedio que dar por vencida la pelea.

Al llegar al lugar, tío conejo amarró a tía zorra en la cuadra y entrando en la casa, dijo a sus amigos: —Ves, cómo la tía zorra es mi caballo? Es un poco rebelde, pero ya la amansaré—. Todos fueron a mirar a tía zorra por una ventana.

Terminada la fiesta, montó tío conejo sobre tía zorra y ésta avanzaba lentamente, que el tío conejo, augurando algo, se puso nervioso. Por más que

espuelaba a tía zorra, ésta no avanzaba, pues tumbándose de repente, comenzó a revolcarse y tío conejo salió huyendo para su madriguera. Levantóse la zorra, persiguió a tío conejo y éste viéndose agarrado, se metió en un árbol hueco. Llegó tía zorra y viendo el agujero muy chico, dijo: —De todas maneras eres mío, porque aquí estaré hasta el año que viene.

Al rato pasó tío tigre y díjole la zorra: —Oiga, señor tigre: tengo encerrado al señor conejo en este hueco; así que haga el favor de cuidarme aquí, mientras yo busco un hacha.

Aceptó tío tigre y parándose frente al hueco, dijo: —Señor conejo, ¿tiene algo de comer allí?—. El tío conejo dijo que sí. —¿Cómo?— contestó tío tigre. —Claro que sí, dijo tío conejo, al otro lado del árbol hay una ardilla. Póngase de centinela, que yo la espantaré por acá.

Dio tío tigre la vuelta, y mientras la daba, tío conejo salió a todo correr hacia su madriguera.

38.
EL MUÑECO DE CERA

Éste era una vez un campesino que tenía un maizal y todos los días que iba al monte, encontraba daños en el maíz y no sabía quién podía ser.

Aburrido y cansado de ver tantos males, se le ocurrió hacer un muñeco de cera en el portillo. Cuando tío conejo se fue por la noche a golosear el maíz, se encontró con el muñeco y le dijo: —¡Quítate de ahí si no quieres que te pegue!—. Y vio que no le contestaba, vino y le pegó una trompada y quedó pegado y viendo que no lo soltaba, le dijo: —Suéltame, si no quieres que te pegue de nuevo!—. Entonces le pegó y quedó trabado de las dos manos. Viendo que no le saltaba, le tiró una patada y después le tiró la otra. Entonces vino y lo mordió y quedó completamente pegado.

Cuando llegó el hombre del maizal, se encontró con tío conejo pegado y le dijo: —¡Ayayay! ¡Tío conejo! Así era que yo te quería agarrar!—. Entonces lo amarró y llamó a su hijo para que se lo llevara para la casa y lo mataran.

Cuando salieron, tío conejo y el chiquillo para la casa, entonces tío conejo le dijo al chiquillo que el papá le dijo que mataran el mejor animal y que le dieran la mejor presa, y el chiquillo le dijo que así no era; entonces se pusieron a discutir hasta que lo convenció y así fue. Entonces, cuando llegaron a la casa, el chiquillo le dijo a la mamá lo que le había dicho tío conejo. El conejo se escapó, pero cuando vino el campesino dijo que si ya estaba el conejo y la mujer le dijo que qué conejo. Dijo: —El que trajo tu hijo lo metimos debajo de la paila—. Entonces el campesino, bravo, agarró la escopeta y lo iba a matar pero ya tío conejo se había escapado.

39.
LA ZORRA Y LA GALLINA FINA

Dice que había una vez una gallinita fina que cosía y planchaba mucho; tenía que ir a buscar leña para calentar la plancha.

Cuando salía, dejaba la puerta de adelante cerrada y la de atrás abierta. Pero un señor zorro la estaba vigilando para cazarla; cuando la gallinita entró a la casa, el señor zorro la encerró.

Ya dentro de la casa empezó a correr para cogerla, pero la gallina logró escapar y se trepó al caballete de la casa, pero al tratar de volar cayó mareada y el zorro la cogió y la echó al saco para llevársela y comérsela.

Pero como la gallina era costurera, abrió el saco con una tijera que cargaba en el bolsillo y empezó a recoger piedras para escapar ella y el saco pesaba con las piedras; la gallinita escapó.

Cuando el zorro llegó a su casa, le dijo a la mujer que dónde estaba la paila con el agua caliente para echar la gallina. Cuando abrió el saco con las piedras, creyendo que era la gallina, se vació el agua y se quemó con toda la familia y la gallina no tuvo más peligro con el zorro quemado.

40.
LA ZORRA

Éjta jue una vej una zorra que tenía un hijo y bujcó a tío tigre pa que juera padrino der hijo. Tío tigre dijo que sí iba a ser padrino y antonse le jueron a bautisá.

Ar tiempo, tío tigre dijpuso ir a casal alimanes ar monte, y cuando iba de camino, lo vio er ahijao y se antojó dir con er. Tío tigre se lo llevó; cuando llegaron ar monte, se subieron en un palo. Por áhi pasaba toa clase de animal pero er úrtimo que pasaba era er buey.

Tío tigre ejperó que pasaran toitico loj animale y cuando venía er buey, se tiró de arriba er palo y cayó ensima y como er tigre ej tan pesao y lo mató.

Ya usté va a ver: er zorrita quiso jacer las de su padrino, jir a casal, y antonse jué onde su mamá y le dijo que er iba a casal; su mamá le dijo que juera.

Er zorrito se jué y se trepó en er palo y ar rato comensaron a pasal loj animale y de úrtimo venía era buey y cuando yegó junto ar palo onde taba y se le tiró ensima, y como er zorrito pesa naitica, lo que jise fue arañajlo y er animal, ar sentirse eso se restregó con un palo y lo dejó con loj diente pelao.

Antonse la mamá, ar ver que su hijo no yegaba se jué a bujcarlo y lo encontró con loj diente pelau y le dijo: —Veajlo, se está riendo de la yenura; too lo que ha casau, se lo ha comío solo; y lo jue agarrando a cuero y le dijo que cuando se dio cuenta que su hijo taba era muerto, se puso a yorar.

41.
EL TÍO CAPACHO

Éste era un capacho que se forró una patita con cera y al mediodía, la puso sobre una piedra, resultando que se le derritió, y le dijo: —Piedra, tan valiente eres que quemas mi pie—. Y contestó: —Más valiente es el sol que me calienta a mí.

Y dijo el capacho: —Sol, sol, tan valiente eres que calientas piedra, piedra que quema mi pie—. Diciendo éste: —Más valiente es la nube que me tapa a mí.

Y el capacho le dijo a la nube: —Nube, nube, tan valiente eres que tapas el sol; sol que calienta piedra que quema mi pie. Más valiente es el viento que me arrastra a mí.

Dijo el capacho: —Viento, viento tan valiente eres que arrastras la nube, nube que tapa al sol, que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el viento: —Más valiente es la pared que me resiste a mí.

Dijo el capacho: —Pared, pared que resistes viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo la pared: —Más valiente es el ratón que me roe a mí.

Dijo el capacho: —Ratón, ratón tan valiente eres que roes pared, pared que resistes viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el ratón: —Más valiente es el gato que me come a mí.

Dijo el capacho: —Gato, gato tan valiente eres que comes ratón, ratón que roe pared, pared que resiste viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el gato: —Más valiente es el perro que me corre a mí.

Dijo el capacho: —Perro, perro tan valiente eres que corres gato, gato que come ratón, ratón que roe pared, pared que resiste viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el perro: —Más valiente es el palo que me pega a mí.

Dijo el capacho: —Palo, palo tan valiente eres que pegas a perro, perro que corre gato, gato que come ratón, ratón que roe pared, pared que resiste viento, viento que arrastra nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el palo: —Más valiente es el hombre que me coge a mí.

Dijo el hombre: —Más valiente es Dios que me manda a mí.

Y allí el capacho se quedó sin hacer sus preguntas, porque se dio cuenta que Dios es lo más grande que hay.

42.
EL ESCARABAJO Y EL ÁGUILA

El escarabajo era un animal que se dedicaba a hacer bolitas de barro para construir su casita. Este era el afán de este animal, diariamente. Un día apareció por la ciudad un águila que se comía toda clase de animal principal. Las gallinas y la pata no sabían qué hacer, porque el águila estaba terminando con sus crías.

Acordose la gallina del escarabajo y fueron a hacerle una visita.

Dijo la gallina: —Buenos días, señor escarabajo.

Contestó el escarabajo. —Buenos días. ¡Qué milagro!

Dijo la pata: —Buenos días, señor escarabajo.

Contestó el escarabajo: —Buenos días, doña pata.

La gallina, como más inteligente que la pata, tomó la conversación con el escarabajo y dice: —Señor, la visita que nos trae a donde usted, es para contarle lo siguiente.

Dijo el escarabajo: —A ver diga.

Dijo la gallina: —En la ciudad donde nosotras vivimos, ha llegado un águila malvada que está acabando con nuestra cría.

El señor escarabajo le dijo: —Dentro de un mes, yo les contestaré.

La visita se retiró y el escarabajo siguió con su trabajo. A los ocho días de haber asistido la visita donde el escarabajo, apareció el águila cerca de la casita de barro. Esta llevaba en el pico una gallina y el escarabajo le dijo: —¡Dejad el animal! ¡No lo matéis! ¿Qué te ha comido ese pobre animal?—. Pero el águila seguía golpeando al pobre animal. El escarabajo, viendo que el águila no le hacía caso, se enfureció y le dijo: —Ese clavo me lo voy a sacar!

El águila le dijo: —¿Cómo? Que un escarabajo se saque el clavo? ¿Estás loco, señor escarabajo?

El buen trabajador le contestó: —Dentro de pocos días te darás cuenta del loco.

El águila alzó vuelo, burlándose del escarabajo. A los días, el escarabajo dejó su oficio y se fue, rumbo al nido del águila. Al llegar al sitio del águila, él se escondió detrás de una piedra. Como el águila no lo había visto, dijo: —Me voy a buscar alimento, porque dentro de pocos días tendré nuevos hijitos.

Ella salió; en cuanto el escarabajo vio que ella se ocultó, empezó a rodar los huevos, uno por uno, como él hacía con las bolitas de barro. Cuando terminó, volvió y se escondió. Al llegar el águila al nido, vio que sus hijitos habían sido estrellados en las piedras, y se puso a llorar. Salió de su escondite y le dijo: —Te acuerdas cuando te dije que dejaras el pobre animal y no quisistes, y cuando te advertí que me vengaría de tí te reiste y echaste vuelo? ¿Ves? Este es el loco.

Mientras que el escarabajo andaba por su venganza, la gallina y la pata decían que se había perdido. Después, cuando supieron la noticia, fueron las mejores amigas del escarabajo.

43.
LA FLOR DE LILOLÁ

Había un señor que tenía tres hijos y el más chiquito se llamaba Manolín, y éste era tan chico que cabía en la bota del papá. Una vez el rey, o sea el papá de estos tres muchachos, se enfermó de la vista y se puso ciego y no hallaba quién lo curara. Un día un señor le dijo que había una flor que lo curaría y le dijo que era la flor de Lilolá, y entonces este señor se interesó en mandarla a buscar con los hijos más grandes, porque eso era por una montaña.

Entonces se fueron los dos hermanos más grandes; caminaron, y caminaron, y al fin llegaron donde una señora que estaba durmiendo un niño y le preguntaron si ella conocía la flor de Lilolá y ella le dijo que sí; entonces, ellos le dijeron que ellos la querían tener y le contaron todo y ella les dijo: —Yo sí les consigo la flor, pero si ustedes me cuidan este niño mientras yo voy a buscarla y ellos le contestaron que no tenían hijo todavía y se fueron sin la flor.

Pero a los días, el rey hallaba que se habían quedado los muchachos, y entonces dijo Manolín, el más chiquito: —Papá, yo voy a buscar a mis hermanos y a buscar la flor y si no me demoro, papá yo voy. El papá no lo quería dejar ir, pero al fin le dejó ir el rey, de tanto rogarle el muchachito, le dijo: —Anda, hijo, con mucho cuidado y no te demores—. Y el muchachito se fue. Al tiempo de estar caminando, llegó a la misma casa que habían estado los hermanos y le contó a la señora y ella le dijo lo mismo y él le dijo que con mucho gusto el quedaría con el niño, pero que le consiguiera la flor y así fuo: él se quedó cuidando y ella se fue y le trajo la flor y le dijo: —Anda y vete y dile a tus hermanos, si los topas y si te preguntan si tú la llevas y dile que no y métetela en los zapatos. Y Manolín lo hizo así; pero cuando se topó con sus hermanos, ellos le preguntaron si él había hallado la flor y él les dijo que no. Pero ellos le

dijeron: —Tú la tienes; dánola. Y el muchachito no quiso porque él quería llegar con la flor para hacerle ver al papá que él era el que la había conseguido, pero no pudo, porque los hermanos mayores le quitaron las tres flores que él llevaba y lo mataron y lo enterraron y le pusieron una flor de lilolá en la sepultura y le llevaron las otras dos al papá y él se curó y pudo ver. Pero preguntaba por su hijo más chico y los hermanos grandes no decían nada, hasta que un día un señor que era correo, pasó por la sepultura y la pisó y salió una voz que decía así: —No me pises, no me pises, que mis hermanos me mataron por la flor de Lilolá. Y el correo que sabía el cuento y se fue y se lo dijo al rey y el rey fue y se paró encima de la sepultura y le dijo: —No me pises, no me pises padre mío, que mis hermanos me mataron por la flor de Lilolá. Y entonces puso al hermano más grande y decía: —No me pises, no me pises hermano mío, que tú fuiste el que me mataste por la flor de Lilolá. —Y fue el hermano menor y decía la voz: —No me pises, no me pises hermano mío que tú fuiste el que me enterraste por la flor de Lilolá. Y enseguida quedó el muchacho parado encima de la sepultura y el padre se enteró de lo que habían hecho los hijos más grandes y los mandó a matar a los dos y se quedó con su esposa y su hijo Manolín.

44.
LOS TRES HERMANOS

Dice que Pedro, Juan y Manuel salieron a caminar en busca de una flor de medicina para su abuelita. Cuando iban adelante, cada uno cogió un camino.

Se fueron y estuvieron caminando largos días para poderse encontrar; cuando se encontraron, caminaron un rato juntos. Después se desviaron y cojieron otro camino. El primero en llegar fue Pedro; llegó donde una viejita; la viejita le preguntó que qué deseaba, lo atendió muy bien. Como a la hora llegó Juan; también le preguntó la misma cosa, y como a la otra hora llegó Manuelito.

Se quedaron allí durmiendo aquella noche. Al amanecer del otro día se fueron y más adelante se encontraron con otra viejita. La viejita les preguntó que qué buscaban y ellos le dijeron que buscaban una flor que se llamaba San Antonio.

La viejita les dijo que no tenía. Entonces Pedro, que era el mayor, cuando ella le dijo que no tenía, le salió con una grosería; Juan le contestó lo mismo. Partieron y dejaron a Manuelito.

Manuelito se quedó hablando con la viejita. Entonces él le contó a la viejita el comportamiento de ellos con él; la viejita se condolió del muchacho más nuevo. Entonces ella sí tenía esa flor que ellos buscaban; como él se portó bien con la viejita, ella le dio la flor y le echó una bendición y entonces él le dijo que cuando regresaría, llegaría allí mismo.

Se encontró con los hermanos en la ciudad vecina; ellos le preguntaron que por qué él se había demorado; entonces él no les contestó nada. Ya él se puso a pasear y caminar en la ciudad. Al día siguiente, Pedro le dijo que tenía que ir porque la mamá lo esperaba. Partieron. Manuelito, el día siguiente fue el último en llegar. Llegó donde la viejita de nuevo a que le diera la flor; se fue y

más adelante lo estaban esperando los otros hermanos donde otra viejita. Allí donde ellos estaban, los hermanos de Manuelito, durmieron. Cada uno cogió su caballo y se fué; cuando a medio camino, los hermanos le preguntaron a Manuelito que sí él tenía la flor, lo registraron y no le encontraron nada. Como dos horas después, Juan le dijo a Pedro que se le había pasado una cosa que no le había registrado, que posiblemente en las medias la tenía; entonces se bajaron de los caballos y se la encontraron en la media. Entonces Pedro dijo que tenían que matarlo; lo mataron y lo enterraron a orillas de una quebrada. Cuando lo enterraron, se fueron para la casa a terminar de llegar.

Cuando llegaron a la casa, la mamá les preguntó que dónde estaba Manuelito; ellos le contestaron que él salió adelante y no lo vieron más. Entonces el padre mandó comisiones a la otra ciudad donde ellos estuvieron; entonces consiguió que le dijeran que ellos salieron juntos. También la comisión que nombraron, llegó a donde la viejita. La viejita les contó todo, se regresaron y entonces le contaron lo que les había dicho la viejita.

Como al mes, se fue un cazador a cazar por allí cerca de donde lo habían enterrado. Como a las tres de la tarde se sentó cerca de la quebradita y allí donde lo enterraron había nacido un palo de papalla y el palo tenía varias papallitas y él tumbó dos y se las comió porque tenía mucha hambre. Tomó agua, después tumbó una hoja y como esas hojas tienen un carrizo largo, hizo un pito del carrizo, comenzó a tocarlo y le salió una música distinta a lo que él tocaba. La música decía: —Mis hermanitos me mataron en playa menuda, menuda me enterraron. Por la flor de San Antonio que la abuelita me dió—. Cuando él oyó eso, dejó de tocar y se llevó el pito para la ciudad, para su casa. Cuando llegó allá, comenzó a tocarlo.

Los chiquillos al oír esa música, corrieron a ver qué era; entonces unos chiquillos que eran vecinos del papá y la mamá de Manuelito, les fueron a avisar lo que el hombre estaba tocando. El papá mandó a buscar al hombre con la flauta; entonces el papá se comprometió pagar al hombre veinticinco pesos al hombre de la flauta para que le tocara. Entonces el papá le dijo que lo llevara donde él había cogido esa flauta. Entonces el señor le dio tres hombres más y fueron allá con pico y pala.

Cuando llegaron allá, vieron un alto donde lo habían enterrado los hermanos. Comenzaron a cavar y cuando lo cavaron, resucitó y entonces le contó al

papá lo que habían hecho los hermanos con él. Entonces el viejo se fue con él y los otros hombres al pueblo e hicieron una gran fiesta. El papá mandó a los verdugos y el verdugo le dio una gran limpia a los otros hermanos.

45.
EL COMPADRE POBRE Y EL COMPADRE RICO

El compadre pobre tenía siete hijo. Entonse el compadre rico lo convidó un día: —Vamo al platanar, compadre—.Cuando llegaron ayá, el compadre rico le dijo: —A ver, compadre, cuár de esa cabeza quiere?—. Le contejtó el otro: —Vea compadre, esa tá muy galana—. Le contejtó el compadre rico: —El que trabaja tiene.

Entonse ya, a las úrtimas, cuando ya habían andao too er platanar, le regaló una movía y cuando yegó a la casa el compadre pobre, dice: —Mirá, mujer. Mirá lo que traigo—. Ella le dijo: —Ay, jijo; argo es argo.

Entonce a loj cuatro día, le dise la mujer del compadre rico a su marío: —Oye, por qué no le daj máj pa que siquiera entretengan a loj muchacho con chicheme—. Despuéj volvió y le dijo la mujer der compadre rico a éste: —Regálale una tejnera—. Le contejta el marío:

—Ombe, si yo taba pensando lo mijmo—. Le regaló la que el creía que se moría.

Cuando yegó a la casa el compadre pobre, la mujer le dijo: —Y qué tar er regalo de mi compadre?—. Dice el compadre pobre: —Yo creo que mañana amanece muerta.

Al mej, jue er compadre rico a ver er regalo der compadre pobre, ¡cuando ejtaba mejor que laj otra!

Entonse dise: —Mujer, no la voy a dar; lo que voy a jacer ej que la voy a matar pa dajle el cuero—. Mató la novilla y dejpué yamó er compadre rico: —Compadre venga a bujcar el cuero de su novilla.

Entonse er compadre pobre se jue a bujcajla. Dise la mujer: —Tú si que tienej coraje! Yo tú no la cojería!—. Dise er compadre pobre: —Ejpérate, que yo se lo que jago.

Se jue para la suidá a vendel er cuero. Entonse, vendía hajta el pelo. Cuando lo vendió, compró doj cabayo, pasó por delante de la casa der compadre rico y le dise er compadre rico: —Compadre, ¿y en dónde se aliñó?—. Entonse él puso a loj negro a matal ganao. Cuando cojieron loj cuero, er se jué a la suidá a vendejlo como er compadre pobre. Entonse lo cajtigaro a ér porque jue una pejtilensia y jue que ér cojió dijtinto cuero y los ajuntó y se puso en la mitá de la suidá a vendej1o y el gobiejno lo cajtigó, lo encarceló.

Cuando taba ahí, dise: —Jueputa, complace er diablo, cuando voy lo mato—. Yegó a la casa y dise: —Mujel, hajta hoy vive mi compadre. Dise ella: —Er no tiene la curpa.

Entonse er cojió er tinaco de ejcremento y entonse lo aguaitó onde ér taba dormío y se lo tiró ar pobre.

Elloj se alevantaron ahogao en er excremento y se jueron a bañal a hora de la noche. Entonse er compadre pobre recojió lo que pudo. Er siguiente día, se jué con er tinaco y er ejcremento pa la suidá. Cuando yegó, er dijcurrió, "aquí lo voy a vendel". Too el que pasaba, le desía: —Oiga amigo: doj reale por ver y cuatro por joler—. Como ér se había puejto en la entrá der pueblo, too er que pasaba, iba a ver, disía er: Doj reale por ver y cuatro por joler—. Entonse la gente le disía: —Ejto yede a mierda—. El disía: —Ejto yede a mierda, pero ejto ej y no ej.

El juntó regular cantidá de plata y compró cuatro bejtia. Entonse, cuando regresó, pasó por delante der compadre rico. Le dice er compadre: Compadre, y eso que'la pasa a usté? Bueno compadre que con er ejcremento suyo —contejtó— tuve pa compral ejto.

Entonse dise er compadre rico: —Mirá, mujel, de ejta no se ejcapa porque lo ajorco.

Entonse er compadre rico le dijo ar pobre: —Compadre, se viene conmigo pa metejlo en un saco—. El compadre pobre le contejtó: —Compadre, ejtoy dijpuejto pa lo que usté quiera—.

Entonse se jueron por un cayejón y le dise er compadre rico: —Métase en el saco. Lo guindó en un palo que taba en la oriya del camino. Entonse venía una saca grande. Entonse er compadre pobre empezó a disil: —Yo no quería, pero ahora sí quiero.

Entonse yegó er dueño de la saca, oyendo que dise: —Yo no quería casarme con la hija del rey, pero ahora sí quiero.

Entonse se paró el amo der ganao y le preguntó: —Cómo ej que tú dise que haj dicho "¿yo no me quería casar con la hija der rey, pero ahora sí?".

Entonse el amo de la saca le dijo otra vej: —No erej tú sino yo—. Entonse ér se metió en er saco y le dise: —Er ganao ej tuyo y laj arfolja yena de plata—. Y se quedó.

Er compadre pobre se jue con er ganao y loj peone y pasó por delante der compadre rico, gritando: —¡Oh! ¡oh! ¡Si máj arto me hubiera jondiáo, máj dinero hubiera sacao!

Entonse er compadre rico se jue, arrebatao; ñamó a loj peone der y le dise que lo jueran a jondíar al cayejón, pero máj arto todavía que'l otro. Se quedaron loj doj ahí: el amo de la saca y él.

46.
LAS BRUJAS Y EL DIABLO

En un pueblo muy pequeño vivían dos compadres; el compadre pobre y el compadre rico. El compadre pobre le pedía todo al rico, hasta la surrapa del café.

Un día el compadre rico amaneció de mal humor y le negó la surrapa al compadre. Cuando el pobre llegó a la casa, su mujer se puso a llorar y le dijo el marido: —No llores; yo veré lo que voy a hacer.

Se fue el señor; caminó todo el día y lo cogió la noche debajo de un palo de nance y él se trepó arriba. Él, que estaba dormido cuando sintió que llegó un poco de gente, él se asustó: eran las brujas y el diablo, que ese era el sitio donde ellas se reunían para bailar y cantar. Comenzaron a cantar y decían así: —Lunes y martes, miércoles tres—. Les contesta el hombre arriba del palo: —Jueves y viernes, sábado seis.

Ellas se quedan asustadas y vuelven a cantar; les vuelve el hombre a contestar: Dicen ellas: —¿Quién será ese rey que nos ha interpretado bien nuestro canto? Vamos, vamos a bajarlo para que nos ayude a cantar—. Ellas subieron y lo bajaron y se pasaron toda la noche cantando y bailando. Ya por la madrugada, lo abrazaron y le dieron bastante plata que el hombre ni podía con la carga. Cuando el señor llegó a la casa, mandó a comprar la comida y prendieron el fogón.

El compadre rico vio salir humo de la casa del compadre pobre y dice: —Esto no puede ser; mi compadre no ha venido a pedir surrapa hoy y ¿por qué sale humo de su casa?—. Y fue que no esperó que se fue hasta en calzoncillos para la casa del compadre y le dijo: —Compadre, y ¿cómo ha hecho usted para conseguir dinero?—. Le contestó él: —Mire, compadre, ayer usted me negó la

surrapa, yo me fui, me cogió la noche debajo de un palo de nance; entonces llegaron las brujas y el diablo y comenzaron a cantar "lunes y martes, miércoles tres", y entonces yo le contesté: "jueves y viernes, sábado seis". Ellas me bajaron del palo, me abrazaron y me puse a cantar con ellas. Por la madrugada se despidieron de mí, me fueron llenando de plata que ni podía con ella.

El rico ni esperó que el pobre le acabara de contar; se fue para su casa, mandó a ensillar un caballo y se fue. Lo cogió la noche allí mismo en el palo de nance. Cuando llegaron las brujas, se pusieron a cantar: —Lunes y martes y miércoles tres; jueves y viernes, sábado seis—. Contesta el hombre: —Arriba del palo: domingo siete.

Dicen las brujas: —¿Quién será ese simplote que nos ha dañado nuestro canto?. ¡Tírenlo al suelo!— Se subió una bruja, lo tiró de arriba del palo; cuando cayó, lo agarraron las otras a puño.

Por la madrugada se fue el compadre rico que ni podía caminar, todo adolorido, hinchado de los golpes. Llegó a la casa y a los tres días murió.

47.
LOS SIETE LADRONES

Dice que una vez había un compadre rico y un compadre pobre. Luego el compadre pobre se fue a rodar tierra, hasta que llegó a una montaña y vio siete hombres que se pararon en la pata de un palo y oyó que dijeron:"¡Abrete, perejil!"

Entonces, el árbol se partió en dos tapas y entraron los siete hombres. Al rato oyó un ruido, como que vaciaron plata de un saco; luego vio salir los siete hombres que montaron en sus caballos; luego salieron a robar. Entonces el compadre pobre se fue a la pata del palo y repitió las palabras dichas por los ladrones y enseguida se abrió el tronco dejando a su vista gran cantidad de monedas de oro y plata, también licores; luego trajo su mula y dos gangochos que cargaban; los llenó y los puso encima de la mula; partió para la casa.

Cuando llegó, el compadre rico vio que el compadre pobre traía grandes riquezas; el compadre rico, envidioso, diuna vez le preguntó dónde había sacado tantas riquezas. El compadre pobre le contó todo y lo convidó que fueran de nuevo. Entonces el compadre rico llevó cuatro mulas y el pobre sólo llevó una. Cuando llegaron, repitió las palabras y enseguida quedó abierto el árbol; inmediatamente, el compadre rico vio en abundancia cómo estaba el licor y como era vicioso, se puso a tomar y quedó borracho, mientras que el pobre llenó sus sacos, se lo puso a la mula y partió, dejándolo borracho, dentro del árbol.

Al rato, llegaron los ladrones y entraron al árbol y vieron al hombre dormido; todos pidieron la muerte, pero como tenían jefe, no pudieron matarlo, sabiendo el jefe que con ese hombre podían saber quién los había traído.

Despertaron al hombre, luego le preguntaron quién lo había traído a él; él contestó que un compadre pobre que salió a rodar tierra y los había descubierto a ellos.

Repusieron los ladrones: —Usted tiene que llevarnos a esa casa para matar a su compadre—. Luego, vestidos de mercaderes, llegaron a la casa del pobre que ya se había hecho rico, le pidieron posada, para matarlo en la noche.

Habían dos tanques llenos de miel. La sirvienta, que era muy golosa, fue a tomarse la miel, pero cuando tocó el tanque, oyó una voz que dijo: "Ya es hora", y la negra, asustada, respondió que no. Luego le contó a su patrón que lo querían matar. Entonces el patrón los mató a todos ellos y le quedó todas las riquezas de los siete ladrones.

48.
EL COMPADRE POBRE Y EL COMPADRE RICO

Había una vez un compadre rico y uno pobre. El rico le había sacado un ahijado al pobre. Cierto día, le dijo el rico al pobre: —Tráigame a mi ahijado para que se pase un rato con nosotros—. El pobre lo trajo y se trajo un motete. En la casa del rico estaba la comida botada y el pobre con hambre.

Dijo el rico: —Vamos al monte—. Lo primero que pasó fue por un platanal. Dice el pobre: —Compadre, los guineos están maduritos—. Dice el rico: —No los toque, que el que trabaja tiene— Pasó por un arrozal, cafetal, maizal, cañaveral; el pobre le decía para ver si el rico se condolía y le regalaba y el rico le decía: —El que trabaja tiene.

Ese otro día le dijo el compadre pobre a la mujer: —Hoy vas donde mi compadre y le pides el afrecho de maíz, me haces una tortilla que yo me voy a rodar tierra.

Así lo hizo su mujer; muy temprano siguió el compadre rumbo a la montaña. Camina, camina y camina, duró quince días caminando, hasta llegar a una quebrada. Se sentó, tomó agua, se terminó de comer su tortilla y llegaba la noche y tuvo que quedar durmiendo allí. Se echó a dormir en una cueva de tigre, pero él, con la precaución de que el tigre lo fuera a devorar, no durmió.

Llegó el tigre y le dijo a la tía noneca que había llegado también de un castillo. Dice: —Buenas noches tío tigre—. Le dijo entonces el tío tigre a la tía noneca: —Buenas noches, tía noneca—. Le preguntó la noneca que cómo le había ido por la caza y tío tigre le contestó que muy bien, que había cazado dos venados, una chiva y que se iba a quedar arriba de la piedra, acompañando a la noneca, porque si bajaba

se podía caer y mejor se quedaba descansando arriba.

Antes de dormirse, le dijo la noneca al tigre: —No sabe que donde yo voy no puedo ni con las cuencas que me como. Si usted supiera que con el cogollo de este palo y un mazo que pese cien libras, usted saca agua.

Resultaba que en ese país no había agua y la gente se estaba muriendo de sed.

Siguió la noneca diciendo que en el primer hachazo usted tiene que buscar donde hay cascajo; al dar el primer hachazo, haces hueco; al segundo, sale un poquito y al tercero, se llena el pozo de agua.

El compadre estaba oyendo lo que la tía noneca estaba diciendo; esperó la mañana; cuando el tigre se fue, se fue él también. Cogió un cogollo y se fue camina y camina. Llegó a donde una vieja, le pidió un poquito de agua y le dijo la señora: —Mire señor, yo no le regalo agua porque aquí el agua hay que comprarla y estamo muriéndono de sed.

Dijo el compadre: —Mire señora, yo le voy a decir que yo estoy preparado para dar agua a este país; así que lléveme donde el rey—. Dijo la señora: —¡Bueno señor!— Cuando estaba donde el rey, dijo la señora: —Este señor se compromete a dar agua a esta ciudad—. Dice el rey: —Mire, yo le doy la mitad de mi dinero y a mi hija para que se case con ella—. Dijo el compadre pobre: —Bueno, consígame un mazo de cien libras—. Empezó a trabajar; buscó el lugar donde había cascajo; dio el primer hachazo, abrió el hueco, dio el otro mazo, manó agua. Cuando iba a dar el tercero, colocó el cogollo y dio el hachazo y salió agua por tanques que según cuentan casi se mueren hartos de agua.

Dice el rey: —Bueno, usté se casará con mi hija—. Dice el pobre: —No, yo no me puedo casar con su hija porque mi mujer tiene siete hijos—. Dice el rey: —Por eso no, porque yo le voy a mandar la mitad de mi fortuna y usted se casará con mi hija.

Bueno, así sucedió; el rey mandó burros con zurrones cargados de dinero donde su mujer, la cual se volvió rica.

El rico le dio mucha envidia más de llevar tortilla de arina porque creía que así se iba a poner más rico. Se fue, camina y camina y llegó al mismo lugar donde llegó el compadre pobre, a la cueva del tigre; se comió la tortilla y se acostó en la cueva y se durmió. En eso llegó el tigre y le dijo a la noneca:

—¿Y cómo le fue, tía noneca?—. Muy mal, —contestó— Parece que los montes tienen oído, ya descubrieron el agua y no he podido comer ni una cuenquita. El tigre le contestó: —Y yo también no he cazado ni un mosquito; así que me voy a dormir porque estoy muy cansado.

Cuando llega a la cueva, se encuentra con el compadre rico dormido y le devoró y llegó inmediatamente la noneca a comer cuenquita, y todavía, nada más, se oyen los cuentos y la mujer todavía lo está esperando.

49.
EL CARBONERO

Éste era un hombre que todo su oficio era hacer carbón. Cuando se iba a trabajar, su esposa quedaba en la casa.

Vino el "pecao" y le dijo al carbonero: —Hombre, tú estás trabajando mucho y tu esposa está viviendo con el señor cura; si quieres saber que es verdad, haces un viaje y te devuelves y lo aguaitas—. Así fue que entonces el diablo le dijo al carbonero que le iba a pedir posada y que la mujer lo iba a mandar a buscar hierba de chusolier.

Así pues, la mujer se queja de que estaba muy mal, que el doctor le había recetado esa hierba; entonces el diablo le dijo que se iba a encerrar en un zurrón. Llega el carbonero y le dice la mujer: —Ay, marido, yo estoy muy mal; vete a buscar la hierba de chusolier a tal playa.

El le contesta: —Sí, mujer; me voy mañana—. El se alistó, se fue y por el camino se encontró con el diablo y le dice éste: —Métete aquí en el zurrón—. Se metió y se fueron. Iba el mozo jalando el caballo con una gran fiebre y pidió posada, cuando estaba el cura con la mujer acostado en una hamaca, cantando los dos, y decía ella:

Ya mi marido se fue,
ya mi marido se fué
por la playa, a buscar,
hierba de chusolier.

Y le contesta el padre:

Ah, con esos versitos,
así es que yo estoy engríu.

El mozo que estaba temblando con la fiebre, decía:

Ay, el que está en el zurrón,
escúcheme este sermón.

Entonces el mozo se fue con su carga y por allá se le salió el carbonero y había unos ladrones que tenían una casa de alto y tenían un gancho para halar lo que se robaban. Entonces llegó el carbonero y halla a la mujer con el padre; agarra al padre en una estera, se fue al rastrojo y lo mató. Ellos meniaron la soga y halaron...cuando era el padre—. ¿Y ahora cómo hacemos? Corran a buscar al carbonero que ese sí lo va a encontrar; fueron y llamaron: —¡Fulano! ¡Fulano Ombe, párese pa que vaya enterrar a un padre que se murió—. Y contestó él: —Sí voy por cuatrociento pesos, y tapo el secreto y lo voy a enterrar.

Había una casa de una gente muy mezquina; el carbonero agarró el padre muerto y se lo llevó a la casa de los mezquinos y dice el carbonero exclamadamente: —¡Ay, qué sede! ¡Ay, qué sede! Ay, por caridad, demen agua! Y gruñen allá, dentro: —No, aquí no hay agua ni para el cura, contimás para los borrachos—. Y siguió repitiendo: —¡Ay, qué sede! Poco después se levanta una vieja a miar; destapa la puerta y enseguida cae el padre muerto a la mitad de adentro. Ella dijo, llorando: —Ay, santísimo, que por no darle agua se ha muerto el cura de sede—. Y dice el viejo: —Corran donde el carbonero, que lo lleve enterrar—. Fueron, lo llamaron: —¡Fulano! ¡Fulano! Ay, levántese pa que nos haga un favor! —El se levanta y dice: —¿Qué será?— Dice el otro: —Ay, una desgracia que ha pasado en mi casa—. Y dice el carbonero: —Por cuatrocientos voy a enterrarlo.

Se vinieron; cogió él su estera y lo envolilló y lo llevó a enterrar, y fue donde estaba un señor que tenía una gran corrución y tenía la vasenilla en el portal. Llegó el carbonero con el padre muerto, teso ya, y le dice: —¡Dame tu vasenilla!— El viejo le contestó: —¡No! Esa no la usa más naide que yo!— El viejo se fue; entonces vino el carbonero y dejó el cura muerto, embrocao encima de la vasenilla y se fue. Cuando apura la necesidad al viejo y va a la vasenilla, cuando ve al cura y le dice: —¡Júiga de ahí!— Y el viejo veía que el cura no se quitaba, entonces cogió un palo, le pegó y lo tumbó de la vasenilla. De una vez pidió una lámpara para ver quién era, cuando era el padre y dice: —¡Ay, maté al padre! ¡Corran a buscar al

carbonero!—. ¡Fueron, y dice el carbonero: —Voy por cuatrocientos pesos—. Dice el otro: —Sí, sí se le paga—. Y el carbonero sabía que el otro padre, porque eran dos, se iba a la una para la hacienda a verla por mucho tiempo, y acostumbraba de dejar el caballo ensillado. Entonces vino el carbonero y tra'el otro padre muerto y lo montó en el caballo del otro padre. Se levanta el otro cura y dice: —Ay, que me he amanecido dormido, ya es de madrugadita—. Y barajusta para donde está el caballo y cuando vee el bulto montado y dice el padre: —El que tá montado en mi caballo, ¡que se baje! ¡Se baja o lo bajo de un garrotazo! Y saca la mano el padre y hace, ¡pum! y cae el otro al suelo y dice: —¡Ay, lo maté! ¡Lo maté! ¿Y ahora, qué hago? ¡Vayan a buscar al carbonero, antes de que amanezca, porque sinó, quedo yo siendo un matador!

Ya el carbonero había sacado los restos de un cadáver de una bóveda. Entonces se fueron a buscar el carbonero y vino y dice el padre: —¡Hombre! Que te mandé a buscar pa que me vayas a enterrar al padre, que lo maté de un garrotazo, porque estaba de necio en mi caballo.

Dice el carbonero: —Bueno, yo voy por ochocientos pesos, porque usted, siendo un cura, ha cometido esa falta. El carbonero, como sabía de la bóveda escueta, se fue con el cadáver, lo tapó en la bóveda y lo dejó allí y enseguida el carbonero se hizo rico.

50.
EL GIGANTÓN

Había una vez un hombre que se llamaba Gigantón, que tenía su casa y su esposa, y Gigantón también tenía un taller de herrería muy bien arreglado y todo el tiempo lo pasaba en el taller trabajando con sus empleados; muy poco venía a la casa. Por el día, desde las seis que se iba, no volvía hasta las seis de la tarde.

Cuando se le presentó un trabajo a Gigantón en otra ciudad, éste se arregló y se fue a hacer su trabajo, y el trabajo le duró mucho tiempo, que no vino hasta que no terminó de hacer el trabajo. Pero Gigantón había dejado a la esposa embarazada y él se fué.

Gigantón y su esposa tenían mucha amistad con el padre de ese pueblo; así, cuando se fue Gigantón a hacer su trabajo, siguió el padre diendo más amenudo a la casa de Gigantón y al fin este padre estaba enamorado de la mujer de Gigantón. Lo que es que el padre, un día, le dice a la mujer de Gigantón que ella estaba embarazada y le dice la señora que sí estaba, y le dice el padre: —Pero no tiene ni ojos ni narices la criatura—. Contesta la mujer: —¿Cómo va a ser eso, padre?— Y dice el padre: —Sí, hija mía: la criatura va nacer imperfecta—. Y pregunta la mujer: —Pero padre, ¿esto no tendrá remedio? Le contesta el padre: —Sí, yo puedo hacerle los ojos y las narices—. Y dice la mujer: —Bueno, padre, encárguese de hacerme ese trabajo, porque Gigantón no está aquí para que buscara quien lo hiciera. Conque usted me lo va a hacer—. Y dice el padre: —Vamos al cuarto—. Y fueron, y el padre la mandó a acostar y es decir, el padre vivió con la mujer; y cuando terminaron, le dice la mujer que cuánto le debía y él contestó que nada. Pasó algunos días, cuando llegó Gigantón y sale la mujer a decirle que él no sabía hacer las cria-

turas, que las hacía sin ojos y sin nariz—. Preguntó Gigantón: —¿Y quién te dijo eso? Y contestó la mujer que era el padre.

El padre tenía una hija. Entonces Gigantón dispuso hacer un banquete y convidó todos sus amigos y principalmente a la hija del padre. Y así fue que cuando esta niña llegó al banquete, le comenzó a dar Gigantón bastante vino para jumarla y con efecto fue así, que la jumó, y cuando se encontró jumada le dice a Gigantón que le diera donde acostarse, y este tenía ya la cama y el cuarto donde la iba a acostar. La acostó y él se fue a atender a los otros invitados y cuando recordó la hija del padre con la sortija perdida, pero ya Gigantón se la había sacado del dedo. Cuando esta se levantó y fue Gigantón al cuarto donde ella y se fue ella otra vez con Gigantón y le dice Gigantón: —Usted tiene la sortija en el ombligo—. Y dice la niña: —¿Cómo hago para sacarme la sortija para llevarla en la mano?— Le dice Gigantón: —Muy fácil—. Pero Gigantón llevaba la sortija en la mano, y cuando terminó de hacer el trabajo, le dice: —Aquí salió su sortija—. Y se fue esta muchacha y le pregunta el padre cómo le había ido y le contesta: —Muy bien.

Y dijo lo que le había pasado con la sortija, que Gigantón se la había sacado. Y dice el padre: —Me jodió Gigantón. Y se quedaron allí. Cuando va el padre al taller de éste y le da los buenos días, le dice: —Buenos días Gigantón, saca sortija del boquerón—. Y contesta Gigantón: —Buenos días señor cura, hace ojos y narices a las criaturas.

Y allí se aguantaron los dos las dos cosas y no se dijeron más nada; todo se quedó clavo por clavo.

51.
EL LADRÓN POR ESTRELLA

Había en una ciudad una mujer muy rica que quería tener un hijo; ofreció una manda. Tuvo un hijo.

Este, cuando tenía siete años, se robó un zapato de la vecina y lo escondió; buscó su mamá el zapato y la señora también y no lo encontraron; él lo buscó después y lo entregó.

A los diez años se robó, de día, una gallina del gallinero de la misma vecina; ella fue a buscar la gallina y dijo que el muchacho se había robado la gallina. Su madre lo regañó y le dijo que no lo hiciera más eso de robar. El contestó que eso de robar "sería su estrella".

A los quince años, le pidió la bendición a su mamá y se fue a rodar tierra. Camina, camina y camina, allá muy lejos, en la montaña virgen, se encontró, sentado en las raíces de un árbol coposo y alto, a un hombre pensando. Le preguntó que qué pensaba y éste le contestó que pensaba robarse los huevos de una águila; él le dijo que se los robara porque él era un ladrón igual que él.

El ladrón subió y con mucho cuidado cogió los huevos y los echaba en una chácara; el ladrón por estrella hizo un hueco en la chácara y cuando el otro echaba un huevo en la chácara, él lo apañaba.

El ladrón se bajó, creyendo que llevaba los huevos. Más allá le preguntó que le enseñara los huevos; el otro corrió a enseñarlos y no encontró ni un huevo. El ladrón por estrella los sacó del bolsillo y se los enseñó; el otro dijo:
—Yo soy ladrón, pero tú eres más ladrón que yo.

Llegaron a una ciudad, adonde una abuelita, y le pidieron posada. En esa ciudad había un rey muy rico que vivía en un castillo de oro.

La primera noche fueron y hicieron un hueco por el techo y se robaron una gran cantidad de oro y plata. Ese rey tenía un ladrón ciego que adivinaba;

el rey corrió enseguida y le preguntó al ladrón ciego; éste contestó: —¡Ah, qué ladrón! ¡El Ladrón por Estrella! ¡Si yo tuviera vista, con él anduviera!

El ladrón por estrella tenía en la mano una estrella, que cuando esa estrella alumbraba, era día o noche de robar.

Un día se levantó temprano y no vio su estrella resplandecer. No quería ir a robar esa noche; el otro quería robar; le aconsejaba que no fuera, pero éste rogó hasta que fueron; pero el ladrón por estrella no se metió a robar. El otro, tan innorante, se metió; debajo había una paila con brea y cayó dentro y no había otro escape que morir. El ladrón por estrella le cortó la cabeza y se la llevó para donde su esposa.

El rey fue a buscar al ladrón y encontró sólo el cuerpo sin cabeza. Corrió donde el ciego, que dijo: —Cogieron a un ladrón, pero no al Ladrón por Estrella, que si vida tuviera, con él anduviera.

Vino el rey, cogió el cuerpo y mandó arrastrarlo por todas las calles de la ciudad y a poner un número en la casa donde lloraban.

El ladrón por estrella dispuso de partir una sandía y decirle a la esposa del ladrón que el muerto lo arrastraban, que cuando lloraba no pronunciara su nombre del esposo. Así fue, cuando traían al cuerpo, se cortó el dedo y la mujer decía: —Ay, mi pobre hijo que se ha cortado la mano!—. Los hombres corrieron a ver quién lloraba; la mujer salió y dijo: —Mi hijo, que se ha cortado. ¡Mírenlo!—. Y corría la sangre. Pero los hombres pusieron el cartelón que decía: "Aquí lloraron". El ladrón por estrella iba atrás, pegando también cartelones, hasta en la casa del rey.

Cuando el rey preguntó: "¿Encontraron el ladrón?", los hombres dijeron que sí. El rey corrió a ver, pero en todas las casas había papeles escrito: "Aquí lloraron". No pudo el rey saber dónde había sido que lloraban.

Por astucia del ladrón ciego, dispuso velar el muerto en el centro de la ciudad y el primero que llegaba a robarse el muerto, era el ladrón por estrella.

Puso a centenares de personas con armas a coger el ladrón por estrella. Estaban velando al muerto, cuando venía un pobre leñador en un caballito, chiquito y flaquito, con unos haces de'leña, con unas botellas chocando. Los soldados quedaron despiertos; decían unos: "Yo lo mato"; decían otros: "No,

no, es un pobre leñador".

Dijo el ladrón por estrella; —Buenas noches mis nietecitos, buenas noches; vengo de muy lejos. Voy para la ciudad a vender esta leña para alimentar a mis pobres hijos. ¿Ustedes no tienen frío? ¿No tienen ganas de fumar— Dice un soldado: —Deme su pipa para echar una fumá—. Este le gustó mucho el tabaco y le pidió tabaco. Vino el ladrón por estrella y repartió un tabaco a cada hombre. Comenzaron a fumar y se cayeron de la juma del tabaco. Vino el ladrón, cogió él el muerto y lo enterró en el cementerio. Muy de mañana llegó la invasión, sin coger el ladrón por estrella y sin el muerto.

Corrió el rey, le preguntó al ladrón ciego, que contestó: —¡Ah, qué ladrón! Si yo tuviera vista, con él anduviera. Ese si es ladrón entero: el muerto en el cementerio, ¡como yuca!

A la siguiente noche, recogió el rey otro ejército para tomar al ladrón y decía: —El que pase por allí primero, es el ladrón.

Sacaron al muerto del cementerio y lo pusieron a velar en los matorrales más lejos, donde había pista que pasara el ladrón. A las doce de la noche estaban los soldados esperando el momento; unos caían de sueño, otros caminaban de un lado, otros de otros, cuando venía un padre rezando: —Padre Nuestro; Ave María!—. ¡Decían los soldados: —¡Yo lo tiro, lo mato!— Decían otros: —¡No, que es un padre!

Dijo el padre: —Buenas noches, queridos hermanos. Vengo de una ciudad lejos, con una misión y visitando cementerios; ando por todas partes, bendiciendo las sepulturas.

Llevaba unas botellas con bebida preparada para adormecer los soldados. Y dijo: —Bueno ustedes tendrán frío. ¿Cuántas noches tienen de estar aquí?—. Contestaron: —Dos, señor; esperando el ladrón por estrella—. Respondió, haciéndose el sorprendido: —Nunca había oído decir que había un ladrón por estrella. ¿Quieren tomarse un trago para soportar el frío?— Todos gritaron: —¡Sí! Les dio unos tragos, todos cayeron dormidos. Vino, los vistió de curas y les peló el coco. Se llevó el muerto y lo enterró.

A las seis y media estaba una señora moliendo masa en una piedra, cuando vio venir una misión de curas y corrió para la casa cural a avisar al padre que venía una misión; corrió el padre y se fue a tocar las campanas: "¡Talán! ¡Talán! ¡Talán!

Se pusieron las gentes de la ciudad a hacer la venia a los curas que llegaban. Corrió el padre y les preguntó qué venían a hacer; dijeron todos: —Nosotros no somos curas, somos soldados del rey. Se fueron a donde el rey que se sorprendió de ver llegar tantos curas a su castillo. Dijo: —¿Y el ladrón? ¿Y el muerto?— Contestaron los soldados: —Se nos escapó; si usted nos quiere ahorcar, nos puede matar. Lo que somos nosotros no vamos más a cuidar ese muerto; el ladrón se lo llevó— Dice el ladrón ciego: —¡Ah, ladrón! Enterró el muerto en el cementerio!

Volvieron y sacaron el muerto y lo estaban velando en la iglesia. Por la noche, a la una de la mañana, quedó el rey atemorizado y su gente salieron a huir: venía llegando cien cabezas de chivo que traían en cada cacho una vela encendida; el ladrón con una máscara de diablo y montado en el chivo más viejo y grande. También traían una campanilla colgada debajo del pescuezo. Decían: —¡Júigan, que viene el diablo!

Los chivos venían trotando y llegaron a la iglesia y todos brincan a huir y dejaron al muerto; él se lo llevó y lo enterró.

El rey le propuso al ladrón por estrella que si él era ladrón, que se robara la manta de su hermano, mandando avisar y la hora. Así fue que a las doce de la noche, había mandado a decirle esa propuesta. El hermano del rey lo sabía, había escondido su manta debajo de su cuerpo y no dormía. En un momento le entró un sueño y se quedó como moribundo y llegó el ladrón y se robó la manta. Cuando despertó al momento, no encontró la manta.

De nuevo el rey le propuso que se robara a su hermano. De nuevo está el hermano bien despierto, cuando en eso se apareció adelante de él, San Juan, que le dijo: —Oye, ha llegado el momento que Dios te mandó a buscar; dijo que te echaras en este saco y que yo te llevara—. El hombre le dijo que sí y lo echó en el saco y por el camino lo tiraba por el suelo. Aquel decía: —¡Ayayay! ¡Ayayay! ¡Qué dolor!— Él le dijo: —¡Estás pagando tu pena!

Al llegar al palacio del rey, lo tiró duro que cayó arriba del último piso; se rompió el saco y salió el hermano del rey y se le arrodilló creyendo que había llegado a la gloria.

Dijo el rey: es mi hermano. El rey le mandó a decir que si era muy ladrón que se robara su caballo.

Arregló su caballo con la montura y la caballería que lo cuidaba. Los

caballeros cuidaron el caballo tres noches, y la última, como estaban muy cansados se durmieron y llegó el ladrón y se llevó el caballo.

El rey estaba muy pobre porque todas sus riquezas el ladrón se las había robado. Propuso encerrar todos los hombres de la ciudad con su hija, y que el que dormía con ellos, era el ladrón. Así fue que el ladrón por estrella se acostó con la hija del rey; ella, con mucho cuidado, le cortó el cuello de la camisa. El ladrón por estrella vino con una tijera y a todos los que estaban, les cortó la punta del cuello.

Por la mañana, corrió el rey a ver quién había sido y todos salieron iguales. Dice: —Todos estos hombres han sido de mi hija? ¡No puede ser! ¡Qué desgracia!

El ladrón por estrella, viendo que el rey no podía atraparlo, se presentó ante el rey y le entregó el dinero que se había robado. El rey le entregó la corona y se casó con la hija del rey y no volvió a robar más. Así termina este cuento de un joven que robar era su estrella.

52.
EL ASNO TRANSFIGURADO

Éste era una vez un hombre que era muy distraído, que se llamaba Cándido. Este caminaba llevando de un bozal a su asno que caminaba detrás de él.

Dos ladrones lo vieron; el más astuto de los dos ladrones, le dijo al otro: —Voy a apoderarme de ese burro—. ¿De qué manera?, le preguntó su compañero—. El más vivo se acercó sin hacer ruido y cogió la soga con que el señor llevaba su burro y se la entregó a su compañero, y poniéndose la soga alrededor del cuello de su cabeza, se dejó remolcar por el hombre distraído, con el fin de darle tiempo a su compañero para poner el asno en un lugar seguro.

Entonces éste se paró rápidamente; el buen hombre tiraba y tiraba, pero la bestia seguía atacada. Al ver esto, el señor se volvió y vio con gran asombro que lo que tiraba era una soga que rodeaba el cuello de un hombre. —¿Qué hace allí?, preguntó—. Y éste le contestó: —Pues, te diré: yo soy tu asno, y te lo voy a explicar: yo tengo una madre anciana y una vez yo, borracho, levanté la mano sobre ella para pegarle. Mi madre invocó una maldición sobre mí y me transfiguró en un asno. Y veo que mi padre a pedido clemencia a Dios para que le devuelva su hijo—. El señor, al oír esto, le dijo que le devolviera su rienda y que se fuera.

Al llegar a su casa, le contó todo a su esposa. Su mujer se creyó esto y alabó la grandeza divina. Al día siguiente fue al mercado en el cual estaban todos los animales atados, y lanzó un grito de asombro: entre los asnos en venta estaba el suyo. Se acercó a éste y le dijo: —Miserable, veo que te has entregado a la bebida y le has vuelto a pegar a tu madre; pero por más que tienes buena apariencia, yo no soy tan bruto de volverte a comprar.

53.
EL SEÑOR DEL DOLOR DE MUELAS

Dice que este era un hombre que vivía en el campo y le debía a todos los del pueblo. Dice que él no podía pagarle a ninguno y entonces inventó hacerse el malo y era con un dolor de muelas. Entonces se metió dos corozos en los cachetes y entonces le dijo a la mujer que él se iba a meter dos corozos en los cachetes y se iba a hacer bien malo y de eso se iba a morir; la mujer le tapó todito, y le dijo que taba bien.

Ese otro día se corrió la bola de que el hombre se había muerto, y todos fueron a verlo si era verdad. Entonces lo perdonaron, le rezaron y llevaban cosas a su mujer.

Pero dice que él tenía una vecina que fue la única que no lo perdonó; ella decía que alguna cosa le quitaba a la mujer, mas que fuera una gallina. El muerto estaba acostado en la mitad de la casa, en una mesa, y tenía puesta cuatro velas. Entonces toda la gente, en el día, estaban en la casa del muerto y en la noche se iban para su casa; nada más las que velaban el muerto eran la vecina y su mujer.

Dice que como a las doce de la noche, venían unos ladrones de una ciudad y no hallaban donde repartir las cosas y entonces vieron la luz donde estaba el muerto y llegaron ahí y comenzaron de una vez a repartir el oro, la plata y las herramientas. Entonces, sobraba una punta de cruz y entonces el que repartía le dijo a los otros que ninguno se pusiera bravo por la punta de cruz que había sobrado, que iban a jurgar el muerto.

El muerto, que estaba oyendo todo eso, se levantó y los robones que vieron que el muerto se paró, salieron huyendo y el muerto se fue detrás y entonces los robones no vinieron más y dejaron todo lo que habían

robado; entonces él se fue otra vez para la casa a decírselo a su mujer que estaba dormía y la vecina se paró y le dijo que le pagara lo que le debía y entonces él le dio una bolsa llena de plata porque fue la única que no lo quiso perdonar.

Ese otro día, por la mañanita, se fue al pueblo a mercar unos cajones para meter la plata que los robones le habían dejado; entonces la gente del pueblo lo vieron y comenzaron a cobrarle y entonces él dijo que él no le debía a ninguno nada, porque todos lo habían perdonado.

Él hizo una casa en el pueblo para vivir con su mujer y dice que vivieron muy a gusto.

54.
NO HAY MUJER HONRADA

Había una vez un comerciante que era casado y muy rico; él viajaba frecuentemente para las otras ciudades y éste se demoraba en esos viajes, un mes y dos meses; así eran sus viajes siempre.

Este rico quería a su mujer y la adoraba; cuando se le ocurrió salir, como acostumbraba, al parque, cuando se encuentra con otro hombre rico, pero este era soltero y se pusieron a conversar de la vida y se acordaron hasta de las mujeres. Este joven soltero le decía que no había mujer honrada y el casado decía que sí, que su mujer era honrada; le dice el hombre soltero que hicieran una apuesta de fortuna por fortuna o quiere decir, todos los intereses de ambos.

Este hombre comerciante dijo que si hacían la apuesta, esta apuesta era en serio. Le dijo el comerciante: —Palabra de dos hombres como si fuéramos dos reyes. Esta apuesta quedará con un plazo de un mes y otro mes para entregar el que pierde.

Esta apuesta quedaba, y el comerciante se iba para sus diligencias y le dice el comerciante: —Si usted me consigue una prueba de mi mujer, perderé todo; si usted no me consigue nada de prueba, también perderá todo.

Así que estos se separaron y quedó el soltero pensando cómo iba a hacer; porque este soltero no sabía ni en dónde vivía el hombre casado, mucho menos la esposa; ni sabía a dónde quedaba la casa.

El hombre se rompía la cabeza pensando y ya le faltaban nada más que tres días para el plazo que se había puesto, y éste estaba llorando en el dicho parque, cuando llegó una vieja y le dice: —¿Qué le pasa buen joven?— y le contesta: —¿Para qué le voy a decir?— Y dice la vieja: —Males comunicados, si no se quitan se alivian.

Entonces le comenzó a contarle a la vieja, cómo había hecho la apuesta, y le contesta la vieja: —¿Por eso es que usted está triste? ¡Lo más fácil!— Dice éste: —¿Cómo lo más fácil?—. ¿Y dice la vieja: —¿Qué me daría usted, si yo le consigo algo de esa señora?—. ¿Dice el soltero: —Yo le hago una casa buena y bonita—. Esta vieja vivía en un ranchito, era pobrecita.

La vieja se fue para la casa de la mujer casada, pero la vieja le dijo al hombre que la espere allí mismo y éste la esperó.

La vieja se fue y le da los buenos días y fue bien atendida de la casada y comenzó la vieja a decirle que tenía mucho tiempo que no la veía y ella venía a verla y a bañarla como ella la bañaba cuando estaba chiquita y que también le había dado de mamar el pecho.

Tanto le dio que cuando la mujer se fue a bañar, se fue la vieja y comenzó a restregarla y le untó jabón bastante en los ojos, y tenía tanto jabón que la mujer no los podía abrir y, en esto, medio le surró el dedo y le sacó la sortija de matrimonio y se la guardó. La niña no se dio cuenta cuando se la quitó.

La vieja se fue a entregar la sortija al dicho hombre, que ya estaba llorando; ya éste se quedó contento porque ya tenía la prueba al hombre cuando venía el comerciante.

Cuando llegó el comerciante, se regocijó con su señora y salió después de haber llegado, al día siguiente. Salió a verse con el dicho hombre de la apuesta y le preguntó al comerciante: —¿Qué tienes de prueba de mi señora?—. Y le enseña la sortija, y dijo: —¡Está bien! Pero lo que te pido es un mes de plazo para yo arreglar mis cosas—.

Y buscó carpinteros para construir una gasolina y la hicieron lo más bella, que quedó adornada con alhajas de oro y piedras preciosas. Esta gasolina la pintaron de blanco y le puso un letrero que decía que el que encontrara esa gasolina que abra la puerta y verá lo que tiene.

El comerciante, cuando terminó la gasolina, convidó a su esposa a pasiar a la playa, pero la mandó a arreglarse con el traje de matrimonio y las más lujosas joyas que tenía. Se fueron para la playa y esta mujer iba con el credo en la boca que creía que el marido la iba a matar, pero esto no lo pensó nunca su marido.

Así, cuando llegaron a la playa, vio la inocente mujer la gasolina y dice: —¡Qué linda esa gasolina!—. Y le dice al marido: —¿Quiere verla? Dice ella: —

Sí, vamos allá—. Así que entraron, él se salió disimuladamente y le trancó la puerta y le cerró el candado por fuera y comenzó a empujarla para afuera de la playa; así que ya no pudo empujarla más, la dejó que se fuera con el golpe de las olas y quedó la gasolina ambulante. Y él se vino para la casa y fue a entregar todos los bienes al dicho hombre soltero.

El hombre de la pérdida, después que entregó todo, se puso a chupar aguardiente y se puso que era un borracho despreciado; ya nadie lo consideraba como un hombre honrado, ya que era un parrampán. Se sometió a la borrachera para morirse borracho, para no saber ni entender de nada; se puso insoportable que él no tenía a dónde dormir ni a dónde comer; ni trabajaba; é1 se ajuntaba con los otros borrachos y le daban y se jumaban; ya estaba perdido; ya no se acordaba de su mujer.

La gasolina andaba ambulante por la mar, a los golpes de las olas; pues esto no duró mucho tiempo, porque a pocos días pasó un barco, y un marinero le dice al capitán del barco: —Allí viene una gasolina sin quien la maneje—. Y el capitán arrimó a donde estaba la gasolina y la remolcó o, es decir, que cuando éste cogió la gasolina se fijó en el letrero que dice que: "que el que encontrara esta gasolina , ábrala y verá lo que tiene"—. Cuando este capitán abrió la puerta, lo primero que ve es la señora y le dice: —Usted qué hace aquí, señorita?—. Y le dice ella: —Señor, muy bien, pero yo no soy señorita; soy una señora casada, que yo no sé por qué mi marido me tiene aquí. El me ha encerrado que no ha sabido cuáles son los motivos. ¿Aquí todos son hombres, verdad? Entonces me van a guardar el secreto de no decir que yo soy mujer y usted que me va a sacar a tierra, me va a tusar como hombre y cuando salimos a tierra me va a hacer un gran favor de comprarme una muda de ropa de hombre: camisa, pantalón, calzoncillo, camisetas y corbatas y mi terno entero para que salga conmigo. A ver si encontramos quien nos compre esta gasolina. ¿Usté cree que no habrá quien me la compre?— Y salieron.

La demora fue decir que vendían una gasolina muy bien arreglada con muy buenas condiciones, muy bien adornada, que era muy lujosa y la fueron a ver y, apenas la vieron, no tuvieron trastorno en decir que sí. Preguntaron que cuanto valía y le dijeron que quince mil pesos valía la gasolina y se los dieron.

Inmediatamente así que ella recibió su plata, pagó al capitán y se equipó de ropa y le pidió al capitán que la llevara a buscar un trabajo, y el capitán tenía un

amigo que era el gobernador de esa ciudad y le pidió trabajo para un joven que era desconocido en ese pueblo y encarecidamente le pidió que le consiguiera un trabajo. Pero el gobernador le preguntó que si él sabía escribir en máquina y le contestó que sí; este gobernador no tenía secretario y lo colocó el gobernador.

Ésta siguió trabajando porque ese capitán era de lo más noble y bueno que fue con la señora. En ese mes que ella estaba trabajando el nuevo secretario, nadie desconoció que era una mujer. En ese tiempo que ella estaba trabajando, aclamaban a ese gobernador la gente de su pueblo que les mandara un gobernador nuevo; el que tenían no sabía hacer buenas leyes y por eso pedían otro gobernador de esa otra ciudad. El gobernador de esta ciudad le dice al secretario: —Yo mucho lo siento el separarme de usted—. Y contesta el secretario: —Si usted cree que yo puedo ser un gobernador, lo que usted diga—. Dice el gobernador: —Bueno, te vas mañana—. El gobernador comunicó a ese pueblo que ya estaba en camino el nuevo gobernador, que lo esperaran, y estaba la multitud de gentes esperándolo y así que lo recibieron muy bien, lo llevaron a la gobernación y después al hotel donde iba a vivir.

Al día siguiente, salió el gobernador nuevo al balcón y lo primero que ve es su marido borracho y tirado en un portal sucio, barbón y con el pelo largo; pero ella, por encima de todo eso, lo conoció y mandó al agente de policía que le llevaran ese borracho a la policía a dormir, que días de trabajo no se estaba en esas condiciones; el policía no quería llevarlo porque ya ese hombre no tenía precio. Dice el nuevo gobernador: —¡Vaye y llévelo! Y si no puede, llame otro que lo ayude y lo llevaron entre dos agentes y lo estuvo ese día guardado. Pero le mandó a hacer comida entera para desde el desayuno. Al otro día, llamó por el bejuco al capitán de la policía, diciéndole que necesitaba un preso para mandadero, y le contesta el capitán que pidiera el que quisiera y dice el gobernador: —¡Mándeme ese borracho!

Llevaron al borracho por delante de un policía y lo mandaron sentar y le dice el gobernador: —¿Por qué estás así? ¿No tienes otra ropa?— Le dice él que no. El gobernador mete la mano en el bolsillo y dice: —Señor agente: vaye a la tienda con él y le compra zapatos y un vestido y sombrero para que se cambie—. Y lo mandó a pelar y afeitarse y el peluquero no quería pelarlo porque no tenía con qué pagar. Pero éste, antes de ir a pelarse, le dice al

gobernador: —Señor gobernador: yo no ha hecho nada. No ha matado a nadie, ni cortado, ni peliado. ¿Por qué me cargan así?

Dice el gobernador: —No, que tú te vas para la cantina y no te tusas ni te raspas la barba y te chupas la plata—. Dice él: —Por Dios, señor gobernador: déjeme ir solo, que yo si voy a la peluquería. Como esta peluquería quedaba al frente de la gobernación, él salió a ver dónde se metía y vio la discusión que tenía con el peluquero y desde acá habló el gobernador, y siempre lo arreglaron y lo mandaron a bañarse.

Cuando estuvo un lugar, le preguntó al hombre botel a buscar la comida y comieron juntos y siguió el mandadero buscando la comida para el gobernador. Pero el agente de policía le había dicho todo, cómo era este hombre que era muy rico y por una apuesta perdió toda su fortuna y la mujer la metió en una gasolina que mandó hacer; dice él que la hizo muy bien acondicionada y muy lujosa, adornada con piedras preciosas muy finas.

Este gobernador estaba trabajando muy bien y condicionando todos los papeles de la gobernación que estaban muy esparatiados, que no tenían orden.

Cuando estuvo un lugar, le preguntó al hombre borracho que lo tenía de madadero. Le pregunta: —¿Por qué estáis tú en ese estado?— Le contestó el mandadero: —Yo estoy en este estado porque yo hice una apuesta con otro rico que nos topamos en el parque y nos pusimos a hablar de la vida de todos y llegamos hasta a hablar de las mujeres y él me dijo que no había mujer honrada. Y yo le dije que sí había porque mi mujer era muy honrada y hicimos la apuesta con un mes de plazo; si él me daba una prueba de mi mujer; que yo me voy a un viaje y me voy un mes, cuando vengo me darás la respuesta. Pero yo vine, me tenía la sortija de mi señora y yo le dije que me había ganado. Yo lo único que le pedí fue que me diera un mes de plazo y busqué carpintero para hacer una gasolina.

Le pregunta el gobernador que si esa gente, él y la vieja todavía estaban vivos y cuando le dicen que sí, entonces hizo una orden para el dicho soltero y le mandó con un policía y el soltero no se la recibió porque él no tenía nada que hacer con el gobernador, que él no lo conocía y se puso muy bravo y dijo que no venía.

El gobernador jaló por el bejuco y llamó al capitán de la policía, para que fuera al día siguiente con cuatro policías más; que lo trajera vivo o muerto.

Éste se opuso y le habló el capitán: —Vamos a la buena, porque tengo orden de llevarlo vivo o muerto—. Cuando este hombre bravo, vio la cosa seria, se alistó y se vino con ellos y llegó a la gobernación con altanería y tuvo el gobernador que callarlo y decirle que bajara esa voz, que no eran iguales. Dice el otro: —¿Para qué me quiere?—Y dice el gobernador: —¿Para qué lo quiero? ¡Por algo lo mando a buscar!

Llamó al mandero y salió el mandero y dice el gobernador: —¿Usted conoce ese hombre?— Y le dice el otro que no. Y le dice lo mismo otra vez que si no lo conoce y le contesta otra vez que no. Le repite el gobernador: —¿No lo conoce?— Entonces le dice el otro: —¡Ah! Sí. Este hombre es un hombre que yo hice una apuesta y yo se la gané—. Y le contó todo como había pasado esa apuesta. Y le dice el gobernador: —¿Y qué consiguió usted de prueba de la mujer de este hombre?— Y le dice: La sortija de matrimonio. Pregunta el gobernador: ¿Y cómo consiguió usted esa sortija? Si usted no conocía a la mujer de ese hombre, ni a dónde vivía, entonces cómo hizo?— Dice: —Ya como me faltaba nada más que tres días para cumplirse el plazo de la apuesta, estaba yo muy triste en el parque, cuando se me apareció una vieja y me dice que qué me pasaba, y le contesté que para qué le iba a decir y me dijo la vieja que le dijera que males comunicados, si no se quitan se alivian, y le comencé a decir y la vieja me dijo que qué le daría yo si me conseguía algo de esa niña...

Le dice el gobernador: Tienen que irme a buscar esa vieja y traérmela aquí—. Y se fue la policía a buscarla y la trajeron y le hace la pregunta el gobernador que cómo hizo para conseguirle la sortija a ese hombre, y dice la vieja: —Muy fácil. Yo me fuí a la casa de ella y le dije que yo la quería bañarla como cuando estaba chiquita, que la bañaba y le daba la teta y yo le dije que la quería bañar porque hacía mucho tiempo que no la veía y nos metimos al baño y le unté bastante jabón en los ojos y en las manos y le saqué la sortija y se la di y él me dio una casa buena.

Entonces le dice el gobernador al malvado hombre, que él había perdido su apuesta porque él no había conseguido nada, porque él no conocía siquiera a esa mujer para que la hubiera censurado su vida; que tenía que entregar todos sus intereses, los suyos y los de él y usted queda preso y la vieja queda presa por tres días y la casa es de este señor.

Al mandero lo guardó en el cuartel mientras le entregaban sus intereses.

Cuando le fueron a entregar sus intereses, salió y se fue para su casa. Pero éste, mientras estuvo trabajando con el gobernador, éste dormía siempre en el cuartel y cuando recibió sus intereses, se fue para su dicha casa, y le dice el gobernador: —Ahora que te vas para tu casa, me vas a dar un lado de tu casa—. Y le dice el mandero: —¡Como no! Todo lo que usted quiera.

Entonces dijo el gobernador: —Yo te aviso cuando yo quiero irme—. Pues ya el gobernador tenía un mes de estar trabajando allí y cuando ella consiguió lo que quería, pidió su renuncia al otro gobernador. Le dijo éste:

—La gente de esa ciudad te quieren y me piden que no te acepte la renuncia; en ese caso se te aumenta el sueldo.

Entonces este gobernador le escribió una carta bien explicada, diciéndole por qué pedía la renuncia, que ella no era tal gobernador, sino que ella quería hacer esta sentencia, porque ella tenía que castigar, porque así se lo había pedido a Dios y se lo consiguió. Cuando mandaron el nuevo gobernador, lo esperó; cuando entregó la gobernación mandó a avisar a su mandero que lo viniera a buscar y se fueron conversando, hasta que llegaron a la casa y el dicho gobernador le decía: —¿Tú no te acuerdas de tu esposa, del físico?— Decía el hombre: —Si yo la viera, la reconocería—. Y así le dijo muchas veces y no pudo conocerla; hasta que le dijo ella que no podía conocerla, lo llamó para el cuarto: —Ven acá para que veas!—. Y entraron al cuarto y comenzó a desnudarse, a quitarse la camisa de franela y pantalón y calzoncillo y quedó en calzonario y fue cuando la conoció y se regocijaron con abrazo y beso y casi amanecen hablando y quedaron felices nuevamente.

55.
LAS TRES TORONJAS

Había una viejita, y esa viejita todos los días iba donde un rey a pedirle limosna al rey; éste le daba y le daba hasta que un día se aburrió.

El rey le daba la limosna por una ventana. Le dijo la viejita: —Buenos días, señor rey—. Y él le dijo: —Buenos días—. Ella le dijo que venía a buscar la limosna; él le dijo: —¡Espérese, que ya voy a dársela!— Y entonces le echó una basenilla de miao que tenía recogido y la viejita le dijo: —¡Anda! ¡Perdió usted lo que le iba yo a regalar!

Entonces dijo el rey: —Venga acá señora, que le voy a dar todo lo que usted quiera—. Dijo ella: —Mande a la casa—. El mandó a un muchacho y la viejita le entregó tres toronjas y le dijo: —Bueno, usted las abre donde hay agua.

Entonces el muchacho no aguantó a abrir donde hay agua y la abrió donde no había: salió una niña bonita que le dijo: —Dame agua—. Y él no le dio porque no había y se murió. Entonces se fue y dijo: —Yo voy a abrir esta otra y la abrió y salió otra niña y se murió porque no había agua, y se llevó la otra donde había agua, la abrió, le pidió agua la niña, que era muy bonita y él le dio el agua.

Entonces viene él y la trepó arriba del palo y le dijo que lo esperara, que él iba a buscar al papá y a la música para llevársela. La niña era tan bonita que el agua brillaba. Entonces bajó una negra que era moza de allí y se quedó admirada de ver a la sombra tan bonita y entonces dijo: —¡Je! Tan bonita yo y cargando agua. A peso no puede ser—. Quebró el cántaro y entonces volvió y se fue para la casa y volvió con otro cántaro y lo volvió a quebrar; entonces se fue otra vez y le volvieron a dar

otro, pero ese si era duro porque estaba hecho de hierro y entonces volvió y lo llenó y comenzó a llenar y lo tiró al suelo y no lo podía romper por más que lo tiraba. Al ver eso, la niña se echó a reír; la negra miró para arriba y vio la niña y le dijo: —Usted quiere que yo le espurgue los piojitos. Entonces ella siempre se subió arriba y la comenzó a espurgar y le clavó un alfiler en la cabecita y se convirtió en paloma. La negra se quedó trepada allí en el palo.

Entonces cuando venía el rey con la música y vieron a la negra, le dijo el rey al muchacho: —Bueno: ¿dónde está la niña? Si allí hay es una negra—. Y le dijo al muchacho que se tenía que casar con ella. El muchacho le dijo que no se casaba, y el rey le dijo que eso era por pegar mentiras.

Se llevaron a la negra con la música para la casa y el rey hizo casar al hijo con la negra y después de casado, el muchacho se encerró en su cuarto a llorar.

Él tenía un mozo que le regaba el jardín y en el jardín había una palomita que decía: —¡Titi-buy! ¿Qué jadrá la reina mora, que a veces canta y a veces llora?— Y los mozos se lo dijeron al patrón, que allí estaba la palomita que decía sí. Él le dijo que se la cogieran; entonces se la llevaron a él y se puso a espurgarla y entonces le halló el alfiler y entonces se lo sacó y quedó la niña como era cuando la dejó en el pozo.

Entonces mandó a llamar al papá que fuera a ver a la niña, que era la que él decía y él la fue a ver y se quedó admirado y dijo al mozo: —Vayan a buscarme dos machos de los más bravos que tenga, para montar a la negra una pierna en cada macho, y salieron esos machos huyendo y descuartizaron a la negra.

Entonces el muchacho se volvió a casar con la niña.

56.
LOS TRES PAÑUELOS

Había una vez un rey y una reina que tuvieron una hija a la que pusieron por nombre, Rosalinda, pues era muy bella. A los pocos días de haber nacido, se celebró en el palacio una fiesta para bautizar a la princesita; a esta fiesta fueron invitadas siete hadas. Las tres más viejas se escogieron para que fueran madrinas.

Cada una de ellas, después de darle los dones que fueron así: el Hada de la Belleza le obsequió un pañuelo al cual tocó con su varita mágica y le dijo que cada vez que lo estrechara contra su corazón, resplandecería más bonita y hermosa que nunca. El Hada de la Bondad le dio otro pañuelo, diciéndole que cada vez que ella sintiera alguna pena, se enjugara las lágrimas y enseguida el dolor desaparecería. Y, por último, el Hada más vieja de todas, le dio como regalo otro, diciéndole que cada vez que estuviera enferma, buscara su pañuelo y lo agitara tres veces pidiéndole la salud.

La princesita fue creciendo cada día más bella, pero cierta noche que andaba de paso por el jardín, le dio una corriente de aire y le dio un fuerte resfriado; enseguida, todos los médicos de la corte fueron llamados, pero todo fue en vano: Rosalinda empeoraba cada vez más, hasta que por fin, un día, su madre se acordó del pañuelo mágico, el cual guardaban en un cofre de oro; no hizo más la princesa que agitarlo y enseguida desapareció el resfriado.

Años después, la princesa perdió su madre. La princesita no hacía más que llorar; por suerte, su doncella se acordó de su lindo pañuelo que el Hada de la Bondad le obsequiara; apenas se enjugó sus lágrimas, dejó de llorar. La bella Rosalinda lloró tanto que su rostro perdió su acostumbrada belleza, pero al estrecharse el pañuelo que años anteriores le regalara el Hada de la Belleza, quedó más bella que nunca.

Un príncipe vecino más tarde se casó con ella, que había quedado heredera de la corona y todos los bienes de su padre. Sus súbditos la querían mucho por lo bondadosa que era con ellos.

57.
EL TAMBOR DEL PIOJO

En un país muy lejano vivió un rey que tenía una hija muy bonita que tocaba un tambor que se oía a lo lejos.

Como los reyes acostumbraban hacer fiestas en sus palacios para invitar príncipes para que sus hijas escogieran al que le gustaba, el rey hizo un banquete para que fueran príncipes a adivinar de qué material estaba hecho el tambor de su hija.

Ninguno llegó a adivinar, pero la princesa quería a un príncipe de su pueblo, pero era enemigo de su padre y no se atrevía ir a palacio a pedir su mano. Un día la princesa estaba en el balcón y el príncipe en la ventana de su palacio; ella le dijo desde acá: —Ven a adivinar y di que el tambor está forrado del cuero de un piojo que me halló la empleada en mi cabeza—. Pero como el príncipe estaba lejos, no oyó lo que la princesa le había dicho.

Abajo del palacio estaba un viejo y oyó lo que la princesa había dicho. Enseguida pidió permiso a la guardia para entrar a adivinar. Cuando el rey lo vio le dijo: —Como no adivines, pasarás por la horca. Bueno, si eres adivinador, dime de qué está hecho el tambor de mi hija?—. El señor contestó: —Este tambor está forrado de la piel de un piojo que la empleada le encontró en la cabeza de la princesa y usted con la piel se lo mandó a hacer—. Como los reyes lo que decían tenían que cumplirse, llamó a su hija que tenía que casarse con el anciano. Por más súplicas de la princesa, los casó y la mandó que se fuera enseguida con su esposo.

La muchacha ideó invitar al viejo a bañarse a un río que tenía un gran salto; se fueron a bañar y cuando el viejo se durmió en el borde del salto, lo tiró abajo y se esnucó, pero se le trepó a la muchacha una potra en el hombro que cuando hablaba, la potra le contestaba.

Se fue andando, cruzando montañas, ríos, caseríos, hasta que llegó a una ciudad donde vivía un rey que tenía un hijo muy simpático; se hizo la muda para que nadie se enterara de que la potra le contestaba. En casa del rey la emplearon de cocinera; la llamaban La Muda.

El príncipe, cuando conoció a la nueva sirvienta, le gustó y él se decía en su mente, que esa empleada no parecía ser una joven humilde, sino una princesa. El muchacho se enamoró de una muchacha de esa ciudad. El día del compromiso fue una gran fiesta en el palacio y se comunicó la fecha del matrimonio.

Un día, le dijo la reina a la muchacha que se hiciera una mazamorra de masa. Cuando la puso a cocinar, que ya estaba gruesa, le dijo a la potra: —Ay, mi potra, ¿quieres bajarte al brazo?—. La potra le contestó: —Chí, como no—. Cuando estaba en el brazo, ella le dijo: —Ay, mi potra, bájate a la mano—. La potra le dijo: —Chí, como no!

De nuevo le dijo que se le bajara a la punta del dedo, y la potra le contestó lo mismo. Cuando la potra estaba colgando del dedo, cogió un cuchillo y se cortó la punta del dedo y tiró a la potra en la mazamorra. Comenzó a decir: —Ayayay! Ayayay! Me estoy quemando!—. Pero no la sacó, sino que habló y, al verse libre, quedó contenta, pero no dijo más nada; la reina halló muy sabrosa la mazamorra.

Por la tarde, La Muda sacó un traje verde, se puso unos zapatos del mismo color, se pintó, y, como era una princesa, quedó muy linda.

Ella sabía en donde vivía la novia del príncipe y pasó enfrente y en el balcón estaba el príncipe con la novia. El, al verla tan linda, se quedó asombrado y de pronto le dice: —Oh, Muda, pareces ser la princesa con quien ha soñado mi corazón—. Ella le contestó: —Ha visto su princesa en sueño, pero ahora la ve en realidad.

El príncipe se desprende del brazo de su novia y sale corriendo donde estaba la Muda y le dice: —¿Cómo es posible? ¡Tú no eres ninguna muda!— La toma del brazo y la conduce a un coche, para llevarla al palacio, para celebrar el nuevo compromiso, que fue una gran sorpresa para los dos reyes al oír relatar la historia que la muchacha les contaba.

El día del matrimonio invitaron a todos los reyes de los países vecinos y a su boda asistió el papá y la mamá de la princesa que fue muy feliz con su príncipe azul.

58.
LA CASA DEL HOMBRE LLAMADO PIÑA

Como antes había la costumbre de que el que gobernaba era un rey, en una ciudad gobernada por el rey sucedió esto que le voy a contar.

Se cuenta que el rey perdió un anillo muy valioso, por el que ofreció gran suma de dinero por el astrólogo que le dijera el fin de su anillo. Entonces había un hombre que podíamos decir que era un campesino y que al oír lo que ofrecía el rey por el encuentro de su anillo, se interesó para ir hasta el rey.

Este hombre se llamaba Piña, pero éste no tenía nada de civilización. El hombre fue a donde el rey y le dijo que era capaz de encontrarle el anillo. Este le expuso sus razones como para convencer al rey de que era un astrólogo, pero el rey rehusó de su propuesta. Pero como siempre a los adivinadores o astrólogos le ponen ciertas cosa para que adivinen, al señor Piña le pusieron una.

En la ciudad en donde vivía el rey, ni en los alrededores se conocía la piña. Entonces el rey le mandó a servir una comida al señor astrólogo, poniéndole varias clases de comidas y frutas; entre ellas se encontraba la piña.

El rey, como sabía que nadie conocía esa fruta en la ciudad, le dijo al astrólogo que le dijera el nombre de esa fruta. Este se puso turbado y un poco nervioso y dijo: —¡Piña, Piña! ¡En lo que te has metido!

El rey, al oírlo, díjole: —Basta, señor! Anda al apartamento a estudiar las estrellas—. El señor Piña pasó en el observatorio, comiendo y bebiendo de lo más sabroso.

El campesino a pesar de ser innorante, era muy astuto; observaba mucho a los criados cuando iban a servirle su comida y notaba que estos hablaban en

secreto. A los pocos días de estar en el observatorio, fue su esposa a visitarlo. Se puso muy contento al ver a su esposa. Este, lo primero que le dijo a su esposa, fué: —Quiero que me hagas un favor; te vas a poner debajo de la cama y cuando ves que los criados llegan a dejar la comida, al primero que llegue le dices con voz de tumba: —¡Ladrón!— Su esposa hizo lo que su esposo le ordenó.

Cuando llegaron los criados con la comida, lo primero que le dice una voz de tumba, fue: —¡Ladrón!— El criado miró a sus lados, se puso nervioso. Enseguida entró el otro y le repitió lo mismo; éstos salieron inmediamente, secreteándose; pensaron enseguida de que los autores del robo eran ellos.

Así fue en realidad: eran ellos. Dijeron entre ellos: —Tenemos que darle nuestro tesoro al astrólogo para que no nos denuncie el robo. Así fué: llegaron donde Piña y le propusieron; éste aceptó y les dijo que fueran al jardín y que hicieran de que el pavo que estaba allí, se tragara el anillo. Los criados fueron y lo hicieron.

Entonces el señor Piña fue donde el rey le dijo que matara el pavo del jardín, que ése era el que tenía el anillo. Así fué: lo mataron y tenía el anillo. Adentró el rey, y el astrólogo fue muy bien obsequiado. Y aquí se acaba el cuento y se lo lleva el viento.

59.
MANUELITO

Este era un muchacho muy valiente; él estaba buscando empleo y no encontraba dónde trabajar. Por fin, Manuelito vió un palacio, entró y habló con el rey y éste le dio trabajo en su palacio.

Este rey era muy rico: tenía trece haciendas y entonces Manuelito tuvo que cuidar las haciendas. Entonces unos tres negros que tenía el rey empleados, pusieron a Manuelito a mal con el rey, porque estos negros le dijeron al rey que Manuelito se atrevía a coger el satir macho y traérselo a puerta de palacio.

El rey mandó a buscar a Manuelito y le dijo que él tenía que traer el satir macho y Manuelito le dijo al rey que le diera una manila, una palangana, una botella de vino, dos reales de pan y un pito. Manuelito se fue para la montaña y se trepó en el palo más alto y pitió su pito, puso la palangana con el pan y el vino debajo del palo y vino el satir macho y se comió todo. Cuando acabó de comérselo, cayó al suelo, borracho, y Manuelito lo embosaló con la manila y lo echó para abajo de la montaña, pa que siguiera adelante.

Este pasó por una casa por donde había nacido un niño y lloró el satir macho. Más adelante, pasó el satir y había una casa donde había un velorio de un niño; el satir se sonrió. Siguieron su camino y llegaron a puerta de palacio. Los negros corrieron a decirle al rey que Manuelito había cogido el satir macho y que se atrevía a coger el satir hembra y hacerla hablar en puerta de palacio.

Cuando el rey vio que Manuelito vía cogido el satir macho, quedó admirado de lo que veía y le dijo: —Si no me lo haces hablar, pagas con lo delgado de tu pescuezo.

Manuelito le pidió al rey un mulero y le pegó al satir macho y le dijo: —Dime o no me dirás, por qué motivo cuando pasamos por la casa donde había

nacido el niño, lloraste? El satir le contestó: —Cómo no había yo de llorar, si ese niño ha nacido en el mundo para pasar trabajo!

Después le preguntó que por qué cuando pasaron por la casa del velorio, se había sonrío?— El satir le contestó: —¡Cómo no me he de reír, si ese niño va a gozar del trono de Dios!

Y Manuelito le preguntó al satir que por qué se sonrió cuando llegaron a puerta de palacio. El satir le contestó:—¡Cómo no me he yo de reír, si el rey con todos sus batallones no me había podido coger y me ha cogío ahora un niño!

El rey abrazó a Manuelito y mandó a matar a los tres negros, porque ellos querían que el rey matara a Manuelito, porque lo que ellos le habían dicho al rey de Manuelito era mentira. El rey le dejó a Manuelito todos sus bienes por ser tan bueno.

60.
EL TORO GARRAPATOSO

Cierta vez un rey tenía una gran hacienda y en la hacienda había un toro muy bonito, pero era garrapatoso.

Este rey tenía un mayoral que le cuidaba su reino, y, todos los días, cuando iba el mayoral, le decía al rey: ¡Buenos días, buen patrón!— Y el rey le preguntaba: —¿Y qué es del toro garrapatoso?

Pasaron varios meses, cuando un día llegó un rey de otro país a visitar al rey de ese país. Y al llegar el mozo por la mañana el visitante oyó lo que le decía el mozo al rey, y le dijo que si él no creía que ese mozo lo estaba traicionando. Y el rey le contestó que no, que eso nunca, que ese mozo lo quería mucho a él.

El visitante le dijo que apostaran el reino y el rey aceptó.

El rey se fue a su país y mandó a su hija mayor donde el mozo. Al llegar la princesa donde el mozo, la atendió y le preguntó que deseaba dormir esta noche con él.

El mozo le buscó un cuarto aparte, pero la princesa le dijo que ella quería dormir con él. Cuando llegó la noche, la muchacha le dijo al mozo que matara al toro garrapatoso, y él le dijo que no, porque ese toro era el más querido del rey.

La princesita le dijo que se casaba con él y le hizo miles propuestas, pero no llegó a convencerlo. Después vino la segunda vez y le pasó lo mismo. La tercera quería venir, pero su padre no quería; pero a tantas insistencias, el padre accedió y la dejó ir.

Llegó a donde el mozo y le dijo que se casaba con él si le mataba el toro garrapatoso y le daría la lengua y así quedarían siendo reyes de ese territorio.

El mozo aceptó, y la princesa estaba bien emocionada por esto. Se fue, y a la mañana siguiente, al llegar el mozo al palacio, dijo el rey: —Buenos días, mi buen pastor—. Contestó el mozo: —Buenos días, señor rey—. Y preguntó el rey: —¿Y qué es del toro garrapatoso?—. El mozo se quedó pensativo y a pocos segundos, le contestó: —Yo lo cambié por unos muslos muy blancos y hermosos.

El rey quedó triste y el otro dijo: —¡Viva mi mozo!—. Y le colocó la corona y se casó con la princesa el mozo.

El rey se fue de su reino y dejó a su hija y yerno encargados del reino que se había ganado. fue uno de los matrimonios más felices del mundo.

61.
A PIE Y A CABALLO

Hace mucho tiempo, en una apartada ciudad, existió un rey muy poderoso que tenía una hija muy bella. Muchos reyes y príncipes se disputaban la mano de la princesa, pues ella tenía edad para casarse. Pero el rey los desechaba, pues él quería que su hija se casara con un hombre listo e inteligente, por lo que mandó a pregonar por todas las calles su mandato.

Muchos príncipes y reyes se dirigieron al palacio para demostrar sus habilidades e inteligencia, pero el rey dijo que no servían y que sólo concedería la mano de su hija a aquel que se presentara ante él, a pie y a caballo al mismo tiempo; pero nadie podía hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Entonces un muchacho que llamaba Juan, que tenía como veinte años de edad, y que era hijo de unos campesinos muy pobres, dijo que él se presentaría ante el rey en la forma que éste exigía.

Tomó un caballo pequeño y se montó en él. El caballo era tan chiquito que los pies de Juan tocaban el suelo.

Al verlo el rey, dijo que Juan se había ganado la prueba, pero como éste era pobre, no quería que su hija se casara con él y le puso otra prueba al muchacho, pensando que en la segunda prueba no podría.

Le dijo que debía presentarse ante él vestido y desnudo al mismo tiempo. Juan, que conoció a la princesa, quedó enamorado locamente de ella y se propuso ganar y después de mucho pensar, se presentó ante el rey, desnudo y con una red encima, ganando la competencia.

El rey, no contento con esto, le dio una tercera prueba, dándole su palabra de rey que si triunfaba le daría por esposa a su hija, La tercera prueba consistió

en presentarse ante él riendo y llorando, al mismo tiempo. Juan tomó gran cantidad de cebolla, se la restregó en los ojos y rompió a reírse. El rey se vio obligado a cumplir su palabra y Juan se pudo casar con la princesa.

Al pasar los años, el rey murió y Juan pasó a su puesto y con su bondad se ganó el cariño de todos.

62.
JUAN PEREZOSO

En un remoto pueblito vivía una humilde señora, acompañada únicamente por su hijo Juan. A éste le apodaban "Perezoso", pues no le gustaba trabajar.

Un día en que no tenían ni un centavo, la señora le dijo a Juan que fuera donde el rey, que era su padrino, y le pidiera algo. Pataleando se fue, Juan, y, al llegar al palacio se halló una gata hambrienta; la cogió y se la echó al bolsillo. Cuando llegó donde el rey, éste lo recibió muy alegre; después de darle regalos y dinero, le dio un pedazo de pan para su mamá.

Juan, creyendo que llevando todo eso era mucho trabajo, botó todo y se quedó sólo con el pedazo de pan; se lo echó al bolsillo en donde mismo había echado la gata y se encaminó hacia su casa. Al llegar, su madre lo abrazó contenta y le preguntó: —Hijo mío, qué te ha dado tu padrino?—. Él le contestó: —Un pedazo de pan y una gata; aquí están en el bolsillo; sáquelo usted misma.

Corrió ansiosa la señora a buscar el pan, pero cuando metió la mano, sólo sacó migajas de pan, pues la gata se lo había comido. Lloró y regañó a su hijo, pero éste ni siquiera se conmovió.

Al día siguiente volvió a ir Juan donde su padrino y éste le dio un trozo de mantequilla, pero como Juan era tan perezoso, creyó que llevándolo en la mano era mucho trabajo, así pues, cogió la mantequilla y se la metió en el bolsillo. Así llegó a su casa; la pobre señora, esperando algo bueno, salió a recibirlo. —Dime, hijo mío, qué te ha dado tu padrino?—. Juan contestó, furioso: —Un trozo de mantequilla; sáquelo usted misma.

La señora metió la mano para sacar la mantequilla, pero sólo logró hallar un poco de grasa derretida, pues con el calor la mantequilla se había derretido. La pobre señora lloró y le pidió a Dios que compusiera a su hijo.

Al otro día se regó la noticia de que la única hija del rey estaba enferma, pues ni hablaba ni se reía y que el rey prometía al que la salvara, la mitad de su trono.

Como los días anteriores, Juan se encaminó donde el rey y le pidió algo de comer; el rey, como estaba tan triste, le dijo que cogiera lo que quisiera. Juan cogió un ternero, pero como no quería hacer fuerza llevándolo a su casa, se lo amarró al hombro. Al pasar por la calle, la princesa salía al balcón y al verlo, también se rió mucho y se compuso.

El rey, agradecido, lo casó con su hija y a su muerte, Juan reinó. Todos los meses mandaba emisarios con dinero y víveres donde su madre. Juan fue muy feliz, pues entonces sí le gustaba trabajar.

63.
FLOR DE ARENA

Había una vez un rey que tenía una hija que estaba enamorada con un joven llamado Manuelito. A los meses de estar enamorados, se casaron, con el compromiso de que cuando se moría uno de los dos, se enterraran juntos.

Pasaron los tiempos y Manuelito se enfermó, pero a los días, se mejoró. Después se enfermó Lucindita; Manuelito con miedo de que se fuera a morir, desesperó buscando medicina, pero todo fue imposible porque siempre se murió.

Manuelito mandó hacer una bóveda donde cupieran los dos, como le decía su compromiso. Repartió todo lo que tenía entre los más pobres del lugar.

Manuelito, antes de entrar a la bóveda, se llevó un vaso de agua. En la noche, ya estando en el cementerio, enterrado, vio cuando se mete a la bóveda dos culebras y se ponen a pelear; una de ellas mata a la otra, trozándola por la mitad; entonces se fué. Cuando regresó, trajo una florecita y se la puso a la culebra en la herida, regresándole la vida. Las dos culebras se fueron y dejaron la flor dentro de la bóveda.

Manuelito cogió esa flor y se la puso en la boca a la esposa y ella enseguida se sentó, pidiéndole agua. Manuelito le dio agua, salieron de la bóveda y se fueron a rodar tierra porque ya no tenían nada; Manuelito lo había repartido entre los más pobres del pueblo.

Después de haber pasado varios ratos de éstos, caminando, llegaron a una playa. Manuelito se acostó en las piernas de su esposa y se durmió. Cuando venía un barco. Lucindita era tan bonita que el capitán del barco se enamoró de ella y se la llevó, dejando a Manuelito acostado en la arena.

Manuelito despertó espantado al no ver a su esposa y se desespera buscándola, pero todo fue imposible. Cogió su camino y se fue en busca de trabajo; cuando se encuentra con un barco y comenzó a trabajar allí.

Presta la casualidad que en ese mismo barco andaba la esposa y cuando la vió, Lucindita le dijo al capitán que lo matara. El capitán le dijo que él no lo podía matar, porque no había hecho nada. Pero Lucindita siempre lo convenció diciéndole que le metiera su anillo en el bolsillo, cuando estaba dormido, y que en la mañana lo registrara a todos y el que lo tenía lo matara.

Así fue, le metieron el anillo a Manuelito en el bolsillo y en la mañana comenzaron a registrar a todos y Manuelito tenía el anillo.

Manuelito cobró su dinero y lo repartió y le dijo a uno de los mozos que lo matara, pues que si él lo enterraba en flor de arena, él quedaba vivo.

Así fue, mataron a Manuelito y le pusieron la florecita en la boca y quedó vivo. Cuando vio que el barco iba lejos, se levantó y se fue a rodar tierra. Llegó a una ciudad donde todos estaban de duelo; él le preguntó a una señora que por qué todo el mundo estaba vestido de negro; ella le dijo que porque la hija del rey estaba muy grave. Manuelito dijo que él la curaba, pero cuando la señora llegó a la casa del rey, ya había muerto.

La señora regresó llorando y Manuelito le dijo que si había muerto, él todavía se atrevía a revivirla. La señora fue corriendo donde el rey y le dice que el señor decía que él la revivía. El rey contestó que lo llevaran y que sino la revivía, lo mataban.

Manuelito fue a casa del rey, pidió un vaso de agua y que lo dejaran solito con ella. Después de haberla revivido, llamó al rey y se la entregó viva. El rey le dijo que tenía que casarse con su hija, pero él le contestó que ya él era casado y le contó toda su historia.

El rey le contestó que él era el dueño del barco donde él trabajaba y que iba a matar esos bandidos. Cuando el barco llegó, el rey mandó a bajarlos a todos; a Manuelito lo encerró en un cuarto. Llamó al capitán y le preguntó que si conocía a ese hombre y el capitán le contestó que era la primera vez que lo conocía. Llamó a Lucindita y también le dijo que no lo conocía. Entonces llamó a los trabajadores y dijeron que ese era Manuelito, un íntimo amigo y le contaron lo que había pasado.

Entonces el rey mandó a el capitán y a Lucindita amarrados de unos machos, que los descuartizaron, y entonces casó a su hija con Manuelito y les dio la mitad de su fortuna y quedaron viviendo muy felices.

64.
LA LLUVIA DE LOS BUÑUELOS

En cierto lugar había una pareja de esposos que tenía de particular, de que, siendo el hombre un señor de bastante edad, la esposa era una joven de bastante ingenio.

Francamente, era de admirar ese matrimonio, ya que no había movido a la joven para casarse, el oro, porque, al contrario, el viejo era bien pobre y lo pasaban muy mal.

La esposa era quien tenía que procurarse el sustento de los dos, por lo que siempre andaba viendo la manera de conseguir dinero. Un día estaba ella en una de sus andanzas, cuando se encuentra con un lindísimo collar; lo coge, corre a su casa, contenta y lo muestra a su esposo; el cual, siendo persona exageradamente honrada, le dice que lo devuelva en cuanto averiguan por él y prefirió ayunar ese día, a vender el collar. Poco después tuvo que entregarlo a su dueño a instancias de él y así sucedió con muchas cosas; hasta que un día encontró ella un saco lleno de oro y el cual no quiso mostrar a su esposo, por temor de que éste le hiciera devolverlo.

El esposo vio cuando ella arrastraba un saco hacia la casa; entonces le preguntó qué era eso, respondiendo ella que era un saco de piedras. El viejo no lo quiso creer, pensaba que era algún otro hallazgo de ella y la esposa decidió no dejarse quitar su tesoro y se ingenió para esto. Le dijo al esposo: —Mira: tienes que ir a la escuela porque todos los hombres tienen que ir y el que no va, lo castigarán—. Así es que, el viejo, por temor, fue a la escuela.

Ella misma lo llevó y le dijo a la maestra que lo recibiera por un día siquiera, que al viejo se le había metido ir de todos modos. La maestra, en vista de esto, lo recibió. Ella, entre tanto, en su casa, comenzó a hacer bastante buñuelos y cuando llegó el señor de la escuela, le dio de comer y lo acostó a dormir.

Cuando estaba el viejo durmiendo, subióse ella al tejado, hizo un agujero y empezó a tirar buñuelos encima del esposo. Este despertó sobresaltado y pregunta a su esposa qué estaba ocurriendo. Ella le responde que era una lluvia de buñuelos, y el viejo lo creyó. Después limpió bien la casa, de manera que no quedaran rastros de la lluvia de los buñuelos.

Al día siguiente, se aparece un señor preguntando si habían visto un saco lleno de plata que había perdido, diciéndole el viejo que su esposa había encontrado un saco y que le había dicho ésta que era un saco de piedras, pero que él creía que era el saco perdido.

Llama a la esposa y le dice que entregue el saco que había encontrado, pero ella le dice al señor que no era tal cosa que su esposo estaba loco y le daba por decir tonterías. El seguía insistiendo en que lo entregara y le decía: —Mujer, acuérdate que fue cuando yo fui a la escuela y que también ese mismo día cayó la lluvia de los buñuelos.

Al oír esto, el señor creyó que el viejo estaba loco y se fue, quedando la mujer feliz de haberse quedado con el tesoro.

65.
EL GRANITO DE FRIJOL

Ésta fue una vez que una señora iba a tener un hijo, y cuando dio a luz, resultó que el hijo había sido un frijol. Un día la señora quería mandarle la comida a su esposo que estaba trabajando en el monte; la señora estaba brava porque no tenía con quien mandar la comida.

El granito de frijol dijo: —Mamá, yo la llevo; busca el burro, le pones la enjalma y pones la comida y a yo me echa en la oreja—. El granito de frijol le llevó la comida a su papá. Cuando él regresó le dijo a la mamá que el papá le había dicho que le matara el mejor de los patos que había en la casa.

La mamá, de lo entusiasmada que estaba, le quitó la enjalma al burro y se le olvidó sacar el granito de la oreja. El burro se fue y al revolcarse, el granito se salió.

Venía una vaca rumiando y se tragó el granito; en la madrugada, un empleado del rey que fue a ordeñar la vaca, oyó que adentro de la panza de la Vaca, decía: —Lechero, lechero, deja leche para el ternero—. El lechero se asustó y fue donde el rey y le contó lo que había sucedido.

El rey fue también y le pasó lo mismo; mandó a matar la vaca para ver qué era lo que tenía. El frijolito contestó: —Yo soy un frijolito que mi madre se descuidó y me dejó ir en la oreja del burro y el burro, al revolcarse, me arrojó en el potrero y la vaca me tragó.

66.
LA MUJER QUE TRAICIONABA A SU MARIDO

Ésta era una vez que una mujer traicionaba a su marido; pero él no se daba cuenta de lo que pasaba y un amigo le dijo: Oye, ven acá: tú no sabes que tu mujer es bruja?— ¿Cómo va a ser eso?—. Dijo el otro: —Sí, hombre: aguáitala esta noche.

Y llegó la noche y se acostó, pero no se durmió, pero no vio que lo puyó para ver si estaba dormido y cogió un coco y dijo la mujer: —Diablo, si tienes poder, elévame hasta donde tú sabes habitas—. Se fue volando.

Al decir ella así, el hombre hizo lo mismo y llegó allá: vio su mujer bailando y vio el diablo con los ojos coloraditos y dijo: —¡Alabao sea el Santísimo!— El diablo sabía y lo hizo venir, porque él tenía que trabajar. Cuando llegó no vio nada y llevaba ají y cosas que picaba y fue a dar donde estaba en el río bañándose con el diablo y le echó eso en la piel a la mujer. Cuando llegó a la casa, ella decía: —Ay, me muero por el ardor!— Y se murió y se le pegó una pelota de carne en el hombro y aburrido de esto, se fue a rodar tierra.

Llegó a una casa donde había una señora haciendo manjar blanco y quiso ayudarle y él probaba y le pedía y le decía a la pelota: —Abájate más y te doy—. Al fin la pelota se le abajó y le dio un cucharazo y la mató y quedó libre toda su vida.

67.
LA DEMANDA

Había una vez un campesino que tenía un arrozal y existía otro de apellido Espinosa, que tenía un caballo. Dicho caballo era muy goloso: se metió en el arrozal y se lo comió.

El dueño del arrozal se dirigió a la alcaldía del pueblo y le dijo al alcalde: —Señor Alcalde: vengo a ponerle una queja del caballo de mano Espinosa; se metió en mi monte y se comió todito el arrozal. Quiero que me lo jale y que me pague el arrozal—. Entonces el alcalde le dijo: —Pues llévele esta orden—. Dijo el campesino: —No señor, que usted se lo mande con un policía, que ese hombre es muy jodido—. El alcalde le contestó: —Ven mañana temprano, a ver qué dice Espinosa.

Le llevaron la orden a Espinosa y ese otro día, en la alcaldía, dijo: —Yo no pago ese arroz porque no tengo plata—. El hombre se fue sin pagar el arrozal que se había comido su caballo.

A los días, el dueño del arrozal tenía que hacer un viaje y no tenía caballo; en ese momento pasó el caballo de Espinosa por allí; el hombre cogió el caballo haciendo pago del arroz que el caballo se comió y se lo llevó para el viaje; el viaje duró tres días, ida y vuelta.

El hombre del caballo se dio cuenta que éste se le había perdido y le dijo al alcalde que a su caballo se lo habían robado. El alcalde estuvo investigando el paradero del caballo. Ya el dueño del arrozal había llegado a su casa, donde comía un maestro y le dijo: —Oiga, maestro: ¿tiene un cartón por allí? Quiero que me ponga esto así mismo como le voy a decir:

"Caballo, dile a Espinosa
que no me tenga antipatía,
que aunque te tuve tres días,
no te hice ninguna cosa;
me llevaste, me trajiste,
muy cómodo me cargaste,
ahora sí que me pagaste
el arroz que te comiste."

Y cogió el cartón y se lo puso en el pescuezo del caballo. Cuando llegó el caballo donde Espinosa, lo leyó y así terminó la demanda.

68.
LA MUJER VIDAJENA

Dice que esta era una señora que le gustaba coser tarde la noche y en el día se la pasaba vidajeneando a los vecinos.

Una noche estaba cosiendo, cuando ella oyó una bulla muy grande y salió a la ventana para ver qué era lo que sucedía, y era una procesión de padres sin cabeza que llevaban velas encendidas y el cajón del estado.

El último que quedó, fue donde la señora y le entregó un cartucho y le dijo que el día siguiente lo venía a buscar. La mujer, como era tan vidajena, vio lo que había dentro del cartucho y eran tres huesos de muerto.

En ese mismo momento salió corriendo para la casa y le dijo al sacerdote que se consiguiera un niño recién nacido y que lo pusiera en una ventana con el cartucho y que cuando viniera el hombre, peñiscara al niño para que llorara.

Así lo hizo y apenas peñiscó el niño, el hombre salió saltando y quedó en el patio echando chispas por todos lados y gritándole a la mujer: —¡Te has salvado! ¡Te has salvado por el niño! Para que sepas que de día se trabaja y de noche se descansa!

69.
UNA LEYENDA DE BARRANQUILLA

Ésta era una vez tres hermanas que tenían la costumbre de coser por la noche y descansar por el día.

Una noche que las muchachas estaban cosiendo y comiendo, porque a esas horas ellas hacían comida, tocaron la puerta tres veces. Las muchachas fueron a ver quién era y el que tocó la puerta fue un señor que le dio a las muchachas tres velas para que se las guardaran.

Las hermanas se las guardaron para entregárselas al día siguiente, como habían convenido. Bueno, y entonces el señor se fue y las muchachas siguieron cosiendo. Entonces una de ellas se levantó y fue a ver las velas y cuando las vió, se dio cuenta de que eran tres huesos de muertos.

La muchacha, espantada, se lo dijo a las hermanas y entonces las tres fueron al pueblo a esa hora de la madrugada para ir donde el padre. Entonces el cura les dijo que tenían que partear a una señora, para librarse de este mal espíritu y que pagaran todos los gastos y que una de ellas fuera madrina del chiquillo. También le dijo que entonces cuando llegara el hombre a buscar las velas, le dieran un peñisco al chiquillo.

Entonces, cuando llegó el hombre, las muchachas le dieron un peñisco al niño y las tres velas. Entonces el hombre, al oír el grito del chiquillo, pegó un brinco y quedó en la mitad del patio, echando candela por todos lados y le dijo a las hermanas que se habían salvado por eso, si no él les hubiera enseñado que de noche no se trabaja, sino de día y desapareció. Las tres hermanas, espantadas no lo hicieron más, pues les sirvió de escarmiento.

VOCABULARIO

Abajó, bajó.
abuelita, anciana.
aguantar, esperar, resistir.
aguáitala, vigílala.
agüelito, abuelito.
ajorcó, ahorcó.
alante, adelante.
alevantó, levantó.
antonse, entonces.
añingotarse, ponerse en cuclillas.
argo, algo.
asina, así.
ataú, ataud.
ayegaron, llegaron.
barajusta pa yá, corre hacia allá.
basenilla, bacinica.
cacicón, ave de rapiña, gallinazo.
canalete, remo.
cayejonada, callejón.
coco, cráneo; vasija hecha del fruto del calabazo.
confisionario, confesionario.
comilona, banquete.
conversal, conversar.
*coquito,*diminutivo de coco
chácara, bolsa tejida.
chiflar, silbar.
chinguero, que juega juegos de suerte y azar.
chuparse la plata, gastar el dinero en borracheras.
chuso, espina.
dar la teta, amamantar.
de seguida, en seguida.
dejar limpiesito, quitar todo el dinero.
dejpencar, despencar.
dichoso, dicho.
dijiera, dijera.
dirse, irse.
diuno, de uno.
dólares, dollars.
donde había pista, donde había indicios.
dormilona, arete.
echar a la escuela, enviar a una persona a estudiar.
echar el cuento, relatar el cuento.

ejboquinarse, desprenderse el hacha de su mango.
el cajón del estado, ataúd pagado con fondos municipales.
en la pata de un palo, al pie de un árbol.
enantito, hace poco tiempo.
envolilló, envolvió.
esparatiados, dispersos.
este momento, en este momento.
fregao, en situación difícil, de mal genio.
gangochos, ganchos.
güeno, bueno.
guindó, colgó.
hereje, incrédulo.
hombe, hombre.
incuentra, encuentra
indino, indigno.
innorante, ignorante
jaló por el bejuco, habló por medio de la vía del teléfono.
jambre, hambre.
jierro, hierro.
jija, hija.
jondiar, lanzar, empujar.
jotoi, otoe.
jué, fué.
jueputa, hijo de puta.
jumarse, emborracharse.
lajero, conjunto de lajas.
le preguntó, le dijo.
máj, más.
malditura, maldad.
mañanitica, madrugada.
mare, mar.
marrar, amarrar.
mata, arbusto, arboleda.
méndiga, mendiga.
miel de tierra, panal que hacen algunos insectos bajo la tierra.
momentico, en un instante
naide, nadie.
neblinal, niebla profusa.
ñamó, llamó.
ñopo, hombre blanco.
pa, para.
pasan días y ven días, pasaron y vinieron los días.
pagar con lo delgado del pescuezo, pagar con la vida en la horca.
peje, pez.
pelotito, pelotita.
peñisco, pellizco.
puya, púa.
que llamaba, que se llamaba.
regresándole la vida, resucitándole.
ricuerdo, dormido.
robones, ladrones.
ruma, montón.
sajunta, en el lugar donde se cruzan ríos y caminos.
satir, sapir.
sede, sed.

sentenciar, maldecir.
socolar, limpiar de malezas un terreno.
sonrío, sonriente.
suidá, ciudad.
surrapa, residuos de café que quedan al pasarlo por un colador.
tamaño chuzo, espina muy grande.
tarde la noche, hasta la media noche.
tava, estaba.
telega, talega.
tenía una impresión, tenía la impresión.
toas, todas.
too, todo.
topar, encontrar, pelear.
totuma, vasija hecha con el fruto del calabazo.
trajiera, trajera.
valorosa, valiente.
vayáij, vayas.
venáu, venado.
vía, había.
vidajena, chismosa.
yedor, hedor.
zurrón, bolsa grande tejida.

ÍNDICE

Isaías García Aponte
NATURALEZA Y FORMA DE LO PANAMEÑO

3 **Isaías García Aponte: naturaleza y forma de lo panameño,**
por el Dr. Julio C. Moreno Davis.
13 **Lo negativo y lo afirmativo en el caracter social panameño,**
por Diógenes de la Rosa.
25 **Introducción.**

33 **Capítulo I:** ***Lo panameño y su problematicidad***
35 1. Planteo de la cuestión.
39 2. Esencia de lo panameño.

45 **Capítulo II:** ***La panameñidad como conciencia***
48 1. Justificación del ser.
51 A. Justo Arosemena o el furor de ser.
57 2. Afirmación del ser.
60 A. Pablo Arosemena o el afán de salvación.
66 B. Eusebio A. Morales o la conciencia crítica.
73 3. Definición del ser.
74 A. Octavio Méndez Pereira.
77 B. Diógenes de la Rosa.
80 C. Diego Domínguez Caballero.

85 **Capítulo III:** ***La panameñidad como estilo***
87 1. Comunidad y estilo.
89 2. Soledad y extraversión.
94 3. Inmadurez e inestabilidad mental del panameño.
100 4. Panameñidad y americanidad.

107 **Capítulo IV: *Ideas sobre la cultura***
109 1. La cultura como objetivación del espíritu.
114 2. Cultura y concepción del mundo.

119 **Capítulo V: *El drama de nuestra cultura***
121 1. De nuestro presente.
128 2. De nuestras posibilidades.

133 **Capítulo VI: *Cultura panameña y cultura americana***

141 Consideraciones finales.

147 Bibliografía.

• • • • •

Baltasar Isaza Calderón
PANAMEÑISMOS

155 **Baltasar Isaza Calderón: La lengua y la identidad nacional,**
por Ricardo Segura J.
161 **Introducción**

167 Diccionario de panameñismos.

• • • • •

Mario Riera Pinilla
CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

245 Prólogo
251 Introducción

253 **Estudio del cuento folklórico en Panamá.**
257 1. El Rey y Pedro animal.
259 2. Pedro y Juan.
261 3. Pedro animal.
263 4. Pedro animal.

264 5. Pedro animale.
268 6. Los cinco hermanos.
274 7. El elefante Alejandría.
284 8. Juanito y el ogro del palacio encantado.
286 9. Don Luis el encantado.
289 10. El pájaro grifo.
292 11. El agua de la vida.
295 12. El navío.
300 13. No, María.
304 14. El príncipe lagarto.
306 15. El pescador.
308 16. El príncipe serpiente.
309 17. El rey pajarino amor.
312 18. La rana encantada.
314 19. La ranita encantada.
316 20. La madrastra envidiosa.
320 21. Isabelita.
322 22. El peje pascual.
326 23. Coman pan y beban vino en el bautismo de este niño, hijo de mi propio hijo y hermano de mi marido.
329 24. Los hijos del rey.
331 25. Los tres infantes.
334 26. Sopita de miel y sopita de hiel.
336 27. El baile de la tirinana.
338 28. Flore.
340 29. Blanca flor.
344 30. Juan.
347 31. Juan catorce.
349 32. Rodelo.
353 33. Mare pidió terreno de dió.
356 34. Juan Bijao.
358 35. Tío conejo y tío tigre.
359 36. El tío conejo.
360 37. Cuento del tío conejo y tía zorra.
362 38. El muñeco de cera.
363 39. La zorra y la gallina fina.

364 40. La zorra.
365 41. El tío capacho.
367 42. El escarabajo y el águila.
369 43. La flor de Lilola.
371 44. Los tres hermanos.
374 45. El compadre pobre y el compadre rico.
377 46. Las brujas y el diablo.
379 47. Los siete ladrones.
381 48. El compadre pobre y el compadre rico.
384 49. El carbonero.
387 50. El gigantón.
389 51. El ladrón por estrella.
394 52. El asno transfigurado.
395 53. El señor del dolor de muelas.
397 54. No hay mujer honrada.
404 55. Las tres toronjas.
406 56. Los tres pañuelos.
408 57. El tambor del piojo.
410 58. La casa del hombre llamado Piña.
412 59. Manuelito.
414 60. EL toro garrapatoso.
416 61. A pie y a caballo.
418 62. Juan perezoso.
420 63. Flor de arena.
423 64. La lluvia de los buñuelos.
425 65. El granito de frijol.
426 66. La mujer que traicionaba a su marido.
427 67. La demanda.
429 68. La mujer vidajena.
430 69. Una leyenda de Barranquilla.

431 *Vocabulario.*

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS
DE ESTA COLECCIÓN

■

- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
  El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
  Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
  Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
  Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
  Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
  Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá,** Ernesto J. Castillero R.
  Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
  Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
  Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas,** Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.

- **Veintiséis leyendas panameñas,** Sergio González Ruiz.
  Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.

- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II),** Rodrigo Miró.

- **Plenilunio,** Rogelio Sinán.
  Luna verde, Joaquín Beleño C.

- **El desván,** Ramón H. Jurado.
  Sin fecha fija, Isis Tejeira.
  El último juego, Gloria Guardia.

- **La otra frontera,** César A. Candanedo.
  El ahogado, Tristán Solarte.

- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
  Manosanta, Rafael Ruiloba.

- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernett y Morales.
  Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.

- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.

- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castillero Pimentel.
  El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.

- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
  El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.

- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
  La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
  La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.

- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
  Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
  El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.

- **Panamá, sus etnias y el Canal,** varios autores.
  Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.

- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**

- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.

A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indoblegable
con el destino soberano de la Patria.